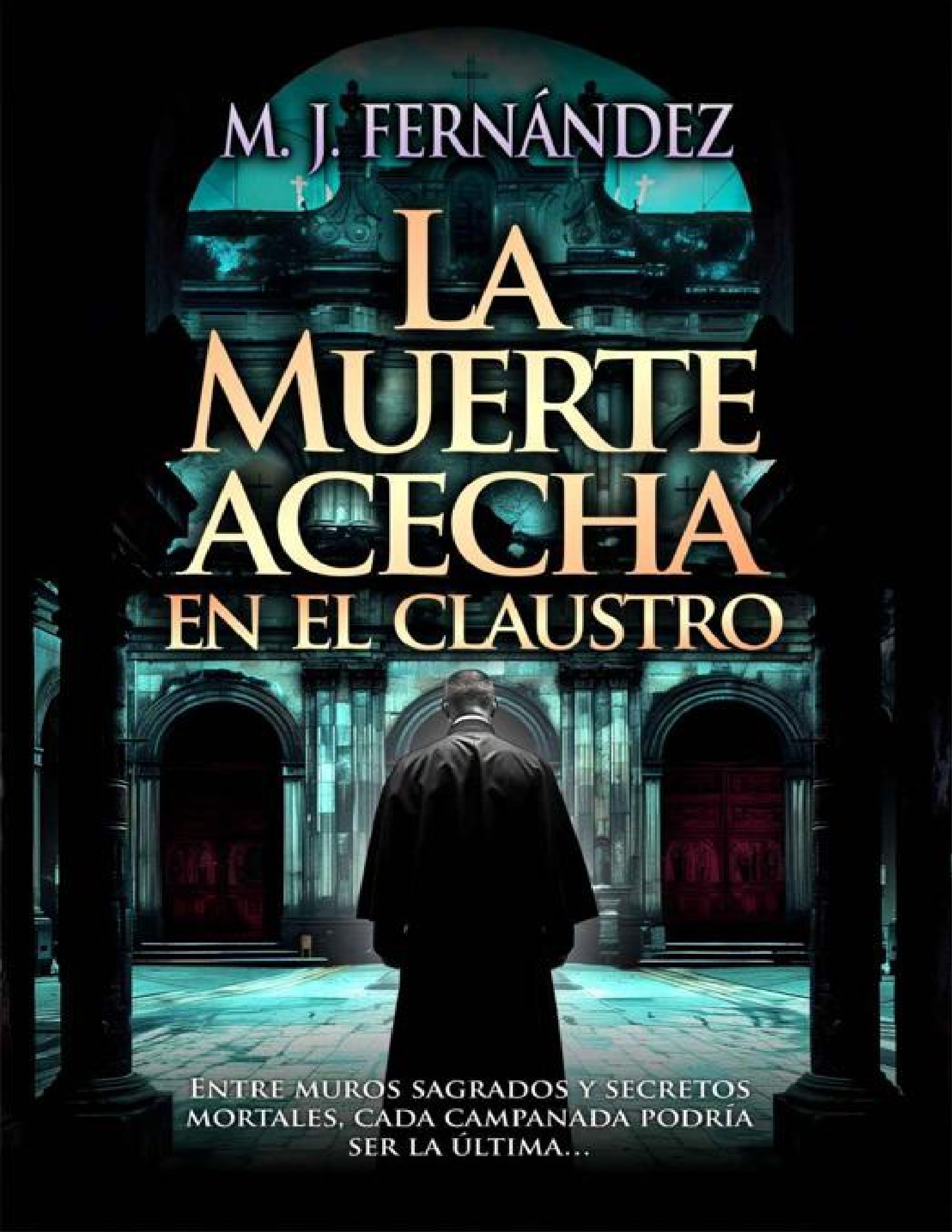

M. J. FERNÁNDEZ
LA MUERTE ACECHA EN EL CLAUSTRO
ENTRE MUROS SAGRADOS Y SECRETOS MORTALES, CADA CAMPANADA PODRÍA SER LA ÚLTIMA...

La muerte acecha en el claustro.

(José Expósito 03)

M.J. Fernández

«No hay rincón en la sombra que no oculte una historia, ni silencio que no guarde un secreto».

Thomas Carlyle

Capítulo 01

Sor Beatriz y sor Ana se separaron del resto de las hermanas y avanzaron por el frío, oscuro y austero corredor, de regreso a sus celdas. Ya las campanas que anunciaban el final de los maitines habían cesado y el absoluto silencio de la noche reinaba sobre el convento. La escasa luz provenía de las lámparas de aceite, cuyas llamas bailoteaban, creando un juego de sombras fantasmales sobre los muros de piedra. De repente, la monja de mayor edad se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre, sor Beatriz?

La religiosa demoró un instante en responder.

—Nada… Me pareció ver… —la novicia la miró con expectación, hasta que ella sacudió la cabeza— No es nada. Debió ser el reflejo de las lámparas.

Continuaron recorriendo el pasillo a paso lento, todavía rodeadas por el olor a incienso reminiscente de la oración matutina, que perdía terreno frente al leve aroma de los jardines que ocupaban el centro del convento y que sor Dolores cuidaba con tanto mimo.

Sor Beatriz se estremeció y miró a su alrededor, buscando un motivo para la desagradable sensación que estaba experimentando. Hubiera jurado que alguien las vigilaba. Sin embargo, las únicas miradas provenían de los cuadros de santos y vírgenes que adornaban las paredes. La serenidad de sus rostros contrastaba con las sensaciones que la religiosa estaba experimentando.

La monja sonrió a sor Ana con benevolencia. Continuaron acercándose a sus celdas a paso lento, con las manos ocultas dentro de las amplias mangas de los hábitos. La religiosa de mayor edad se detuvo frente a su puerta, y aguardó hasta que la novicia alcanzó la suya, un par de celdas más adelante. Con una sonrisa maternal, esperó a que sor Ana entrara y cerrara a sus espaldas. Solo entonces, empujó con suavidad su propia puerta, que se abrió con un leve crujido.

Todo fue muy rápido. En cuanto sor Beatriz puso un pie dentro del habitáculo, un leve movimiento a su espalda disparó sus alertas. Sin embargo, no tuvo tiempo de reaccionar cuando una sombra se abalanzó sobre ella. La hermana sintió la presión de la basta tela sobre la cara y un olor dulzón penetrante que le impidió respirar. Sus esfuerzos por gritar resultaron inútiles y poco a poco, su respiración se hizo más forzada y superficial. El martilleo de su corazón le golpeaba los oídos, consecuencia de la tormenta desatada por el pánico.

Los esfuerzos de sor Beatriz por gritar fueron inútiles. Aunque intentó apartar el pañuelo de su cara, los brazos no le respondieron. Sintió que su cuerpo perdía las fuerzas, como si estas fueran agua que se deslizara por un sumidero. Cada vez se sentía más débil y un desagradable mareo comenzó a nublar su cabeza. La celda ya no era el familiar refugio acogedor. Se había convertido en un remolino de imágenes distorsionadas, que daban vueltas sin sentido.

Ya no tenía fuerzas para resistir y la pesadez de sus párpados la forzaba a abandonarse. Un frío penetrante recorrió su espina dorsal, antes de que las piernas le fallaran y sus rodillas cedieran. En medio de su angustia recordó la desaparición de sor Concepción y comprendió que la novicia no se había fugado. También supo que la agresión que estaba sufriendo tenía relación con su extraño descubrimiento de la semana anterior. Aunque solo se lo había confiado a pocas personas dentro del convento, ahora comprendía que había cometido un error letal.

Una comprensión que llegaba demasiado tarde. Poco a poco, el mundo se fue apagando a su alrededor, hasta que quedó sumida en una oscuridad profunda y silenciosa, en cierto modo, acogedora. Antes de perder la conciencia por completo, sor Beatriz escuchó el repique de las campanas y la alcanzó la idea absurda de que estaban sonando a destiempo.

Capítulo 02

El sol ya se había enseñoreado sobre Salamanca y la ciudad se desperezaba como un felino después de una larga siesta. En el comedor de la posada San Marcos, José, Inocencio y Cipri compartían una mesa. Los rodeaba el murmullo animado de conversaciones y risas, al que acompañaban el tintineo de tazas y platos. Los olores hogareños del pan recién horneado y el café envolvían a los huéspedes, y la luz de la mañana se filtraba a través de las ventanas, iluminando los manteles blancos que cubrían las mesas. La primavera estaba en pleno apogeo y el tiempo desplegaba sus mejores galas.

Don Pancho se movía de un lado a otro, asegurándose de que todos sus huéspedes recibieran la mejor atención. José pasó la servilleta de tela por sus labios, al mismo tiempo que miraba a su alrededor con ojos atentos, mientras Inocencio permanecía concentrado en los huevos con tocino de su plato, y Cipri daba un sorbo a su taza de leche con un chorrito de café.

La entrada apresurada de un chiquillo atrajo la atención del policía. El chaval era un golfillo de los muchos que deambulaban por las calles de Salamanca. El chico recorrió el comedor con la mirada, hasta que sus ojos se centraron en la mesa de José y sus amigos. Intrigado, el inspector llamó la atención de Inocencio sobre el recién llegado.

—¿Amigo tuyo?

El joven desvió la mirada de su plato por un momento, y prestó atención al chiquillo.

—¡Vaya, si es El Pulga! —respondió con una sonrisa, al mismo tiempo que hacía un gesto con la mano, para que el chaval se acercara.

El Pulga sorteó las mesas del comedor con prisas. Su agitación daba fe de su urgencia. Cuando llegó junto a la mesa, Inocencio lo saludó con una ligera palmada en el hombro.

—¿Qué haces aquí, Pulga?

El chico también palmeó el hombro de Inocencio y respondió, sin apartar los ojos del desayuno de su amigo.

—He venido por un recado. Traigo una nota para don José Expósito.

—Soy yo. Déjame verla —El Pulga le entregó la nota al policía, pero mantuvo los ojos clavados en el plato. Los recuerdos invadieron a José, con una mezcla de nostalgia y tristeza—. ¿Tienes hambre, Pulga?

El chiquillo se mordió los labios y asintió.

—Acompáñanos. Serás mi invitado.

Por primera vez, el chaval apartó los ojos del hipnótico plato y los abrió como canicas, para centrarlos en su anfitrión.

—¿Habla en serio, señor?

—Por supuesto, siéntate —José buscó a don Pancho con la mirada y gesticuló para que se acercara, mientras el golfillo ocupaba la silla libre junto a Cipri.

El posadero llegó hasta la mesa y el policía le habló en susurros.

—Por supuesto, don José. Enseguida lo traigo.

Mientras El Pulga esperaba su desayuno con expectación, Expósito desplegó la nota que

le había entregado y frunció el ceño. Inocencio y Cipri le prestaron atención de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inocencio.

—Esto es preocupante.

Expósito releyó la nota una vez más:

«Ayuda. Una grave amenaza se cierne sobre el convento de Santa Ana de la Encarnación. Ya han desaparecido dos hermanas y todas las demás se encuentran en peligro.

Don Luis Domínguez».

José se la mostró a su amigo, quien al verla enarcó las cejas.

—¿Conoces a este «Luis Domínguez»? —preguntó Inocencio. Expósito negó con la cabeza —Tal vez se trata de una broma.

—No lo creo. ¿Quién te la entregó, Pulga? —le preguntó el inspector al chiquillo.

Por debajo de la mesa, el chaval balanceaba las piernas, que no le llegaban al suelo.

—Fue un cura, don José. Me dijo que era urgente.

—¿Un cura? Esto es muy extraño. ¿Dónde te la dio?

El Pulga se encogió de hombros.

—En la Calle Mayor, señor. Me dijo su nombre y que lo buscara en esta pensión o en la comisaría. Hizo que le prometiera que no se la mostraría a nadie más. Me dio una perra gorda y se marchó. Parecía tener prisa.

El chico desvió su atención hacia don Pancho, que regresaba con una bandeja. El posadero depositó un plato de huevos con tocino y una taza de café con leche frente al golfillo, quien comenzó a comer con avidez, apenas el plato tocó la mesa.

—Tal vez ese cura esté relacionado con el convento y sepa de ti por tu madre —sugirió Inocencio.

—Sí, es posible —admitió José—. Dime, Pulga. ¿Conocías a este cura? ¿Lo habías visto antes?

—No, señor —respondió el chiquillo, sin dejar de masticar—. No era ninguno de los párrocos de las iglesias de por aquí.

—Tal vez sea uno de los sacerdotes del obispado —argumentó Inocencio.

—Es posible —José volvió a leer el preocupante mensaje—. En todo caso, firmó la nota, así que lo averiguaré muy pronto.

—En caso de que en verdad se trate de un sacerdote —puntualizó Inocencio.

José frunció el ceño ante la observación de su amigo.

—Dime, Pulga, ¿crees que podrías reconocer a ese cura si lo vieras de nuevo?

El chaval apartó su atención del plato por unos segundos, para negar con la cabeza.

—No, señor. Era un cura normal. A mí todos me parecen iguales.

—Visitaré a mi madre, antes de ir a la comisaría. Si este sacerdote está relacionado con el convento, es posible que ella sepa de quién se trata —Después de guardar la nota en su bolsillo, José se levantó de la silla y se puso la chistera—. Así también me aseguraré de que ella está bien. Disfruta tu desayuno, Pulga.

—Gracias, señor —respondió el chaval, después de tragar.

Cuando José ya había abandonado el comedor. Cipri dejó su taza vacía sobre la mesa.

—Yo también me tengo que marchar. No quiero llegar tarde al establo.

—¿No te vas a comer tu pan? —le preguntó El Pulga con avidez en la mirada.

Cipri sonrió.

—No. Puedes comerlo tú si lo deseas.

El golfillo se apoderó del pan de inmediato.

—¡Gracias!

Inocencio observó a Cipri con el ceño fruncido.

—Espera, Cipri. Antes de que te vayas, quiero que me digas qué es lo que te preocupa.

El chico sacudió la cabeza.

—Nada me preocupa, Inocencio. Estoy bien.

—Vale. Ahora en serio. Llevas varios días pensando en musarañas. A mí me lo puedes confiar. ¿Acaso hay alguna chavala que te hace tilín? Mira que yo podría darte muy buenos consejos sobre el tema.

—No es eso.

—¡Ah, entonces sí hay algo! Vamos, soy todo orejas.

Cipri dejó escapar un suspiro de resignación.

—Vale. La semana pasada pusieron un cartel en el establo. Están abiertas las inscripciones para la carrera de caballos del Carnaval Ecuestre de Aldehuela del Río, que se celebra el 3 de mayo.

—Eso es en tres semanas —Cipri asintió—. Y deduzco que te gustaría participar.

—Sí, pero eso es imposible.

—¿Qué te lo impide? ¿Cuáles son los requisitos?

El chico se encogió de hombros.

—Solo hay que disponer de un caballo y saber montar.

—¿Y cuál es el problema? Tienes a Macabeo y supongo que sabes montar. Creciste en una ganadería.

Cipri suspiró.

—Necesitaría el permiso de don José para participar con Macabeo. Además, sé montar, pero mi padre murió antes de poder enseñarme lo suficiente para ser un buen jinete.

—¿Y cuál es el premio de esa carrera?

—Una medalla de oro grabada con el escudo del pueblo, un trofeo de plata conmemorativo con el nombre del ganador y su caballo, y un premio en efectivo de 500 pesetas.

—¡Quinientas pesetas! Supongo que no te rendirás tan pronto.

El chaval bajó la mirada.

—No me importa mucho el dinero, Inocencio. Mi mayor deseo sería demostrar lo grandioso que es Macabeo y entregarle el premio a don José, en agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí. Sin embargo, solo es un sueño, porque no soy lo bastante bueno como jinete.

—Siendo así, supongo que tienes razón. Sin el entrenamiento apropiado podrías salir lastimado. No es aconsejable que corras riesgos innecesarios —Cipri se mordió los labios e Inocencio le palmeó el hombro para animarlo—. No te sientas mal por no poder demostrarle tu gratitud a José con el premio, Cipri. Te aseguro que él ya aprecia el valor de Macabeo y conoce bien tus sentimientos.

Capítulo 03

Expósito recorrió las calles a paso apresurado y llegó al convento Santa Ana de la Encarnación en pocos minutos. Su fachada de arenisca dorada resplandecía con las primeras luces del sol primaveral. José golpeó la aldaba con determinación. Al cabo de pocos segundos se abrió una puerta de tamaño normal, que se encontraba recortada dentro de los imponentes portones de roble macizo. La monja portera frunció el ceño en cuanto lo vio.

—¿Usted? No es hora de visita, don José. Debe saber que tenemos un horario estricto y reglas severas. No puede venir a ver a su madre cada vez que se le antoje.

—Lamento incordiar, sor Juana. Sin embargo, es importante que hable con ella.

La portera dudó por un momento. Entonces, dejó escapar un suspiro y le permitió la entrada.

—Aguarde aquí. Le preguntaré a la Madre Superiora si autoriza la visita.

Mientras la anciana monja se alejaba por el pasillo en dirección al despacho de la Superiora a paso lento, José comenzó a pasearse de un lado a otro. Todo tipo de teorías invadieron su cabeza. Sor Juana regresó al cabo de algunos minutos.

—La Madre Superiora autorizará la visita en esta ocasión, don José, pero me pidió que le advirtiera que será la última vez. Debe ajustarse al horario establecido, al igual que el resto de nuestros familiares.

—Lo comprendo, sor Juana. Gracias.

—Ya envié un aviso a sor Jimena y debe estar esperándolo. Acompáñeme.

José siguió a la monja, y el sonido de sus botas se impuso a los pasos silenciosos de la hermana, quien parecía deslizarse sobre el suelo de piedra. El policía miró de reojo a su guía con disimulo. No se le escapó la pronunciada línea entre sus cejas fruncidas, ni las arrugas de preocupación alrededor de sus ojos. Las religiosas con las que se cruzaron en su recorrido bajaron la mirada al verlo, como si prefirieran ignorar su presencia. El inspector se preguntó si alguna de ellas sospecharía que algo inusual y peligroso ocurría en el convento.

Sor Juana abrió la puerta del locutorio y se hizo a un lado para que José pudiera entrar.

—Tiene diez minutos.

—Gracias, hermana.

En cuanto cruzó el umbral, el inspector escuchó la puerta cerrarse a su espalda. Del otro lado de la celosía, Jimena lo recibió con una sonrisa, que no pudo esconder la preocupación de su mirada.

—José, siempre me alegra verte, pero no te esperaba a esta hora. ¿Ha ocurrido algo?

A través de la celosía, Jimena rodeó a su hijo en un abrazo que lo reconfortó en medio de su inquietud. Después de asegurarse de que ella estaba bien, Expósito le mostró la nota que acababa de recibir.

—¿Reconoces la firma? ¿Sabes quién es este don Luis Domínguez? —preguntó José, con voz ansiosa.

—Sí, se trata del confesor del convento.

—¿Confías en él? ¿Crees que pudo escribir esta advertencia?

Jimena la leyó y soltó un suspiro.

—Sí, don Luis es de fiar y me temo que lo que afirma esta nota es cierto.

—¿Han desaparecido dos monjas? —preguntó él con un parpadeo—. ¿Cómo es posible que las autoridades del convento no lo hayan denunciado?

Jimena negó despacio con la cabeza.

—Tiene una explicación lógica, José. La primera hermana desaparecida era una novicia: sor Concepción. Fue hace una semana, y la conclusión general fue que se había marchado sin avisar, por voluntad propia.

—¿Eso no es extraño?

—Sor Concepción todavía no se había consagrado y había rumores de que nunca lo haría. Su carácter tendía a la rebeldía. En el momento de su desaparición estaba bajo castigo por indisciplina. Tenía que fregar el suelo de la capilla durante una semana y se mostraba bastante disgustada con la tarea. Supongo que no nos sorprendimos cuando no apareció en los maitines.

—Comprendo. ¿Y la segunda hermana?

—Sor Beatriz. Apenas notamos su ausencia esta mañana, durante el desayuno. El caso de sor Beatriz es muy diferente. Lleva años en el convento y es una de las hermanas más obedientes y devotas. Estamos seguras de que nunca habría abandonado el convento sin una buena razón y sin pedir permiso. En cuanto se descubrió su ausencia, el temor y la desconfianza se apoderaron de toda la comunidad.

Expósito se quedó pensativo por un momento.

—Don Luis debe haberse enterado de algo importante, y ese es el motivo de esta nota. Será mejor que lo localice y hable con él.

—Hoy es día de confesión. Suele comenzar muy temprano y terminar a media mañana. Es probable que puedas hablar con él, después de que cumpla con el sacramento.

El policía asintió.

—¿Podrías decirle que lo esperaré a la salida del convento, después de las 10:30?

—Por supuesto.

Jimena le devolvió la nota con un suspiro.

—Hay algo más que deberías saber.

—Te escucho —le confirmó José, enderezando la espalda.

—No sé si alguien más lo ha notado, pero ahora me doy cuenta de que tanto durante la desaparición de sor Concepción como anoche, las campanas sonaron a destiempo.

—¿A destiempo?

—Las campanas suenan bajo un horario estricto. Sin embargo, en ambas ocasiones se escucharon fuera de ese horario, sin motivo aparente. Recuerdo que la primera vez, la Madre Superiora pensó que la responsable había sido la propia sor Concepción, como un gesto de rebeldía. Sin embargo, lo mismo ocurrió anoche, cuando desapareció sor Beatriz.

El inspector frunció el ceño.

—Es un dato importante. Me preocupa la situación, y temo que puedas estar en peligro.

—Calma tu angustia, hijo. Te prometo que tendré mucho cuidado.

—Hablaré con el comisario sobre este asunto. Estoy seguro de que él puede interceder con el obispo, para que me permita investigar lo que está ocurriendo aquí.

—Cuenta con mi ayuda en lo que sea necesario.

—Gracias.

El chirrido de los goznes de la puerta captó la atención de ambos. Sor Juana apareció en

el umbral.

—Ya han pasado los diez minutos, inspector. Ha terminado la visita.

José se acercó a la celosía y se despidió de su madre con un abrazo, antes de seguir a la hermana portera, que lo acompañó a la salida del convento. Una vez en la calle, sintió la calidez del sol y una brisa fresca le acarició el rostro. Lo rodeó el bullicio de la ciudad, cargado con el murmullo de las voces, los gritos de los pregoneros y comerciantes, los cascos de los caballos y el roce de las ruedas de los carros sobre el adoquinado de piedra. Tuvo la sensación de que había despertado de un sueño, para caer en la realidad cotidiana.

Se volvió hacia el edificio que acababa de abandonar. Las paredes del convento ya no eran un refugio seguro. Donde antes reinaban la calma y el sosiego de la contemplación, ahora dominaban la incertidumbre y el peligro. Su único consuelo era la fortaleza de Jimena y la certeza de que ella era una sobreviviente. Sin embargo, apremiaba la necesidad de resolver el misterio, antes de que hubiera nuevas víctimas.

El inspector apuró el paso en dirección a la comisaría. Cuando pasaba frente a la universidad, se encontró con Encarna, que se encaminaba hacia la institución con un libro en la mano. La saludó con una reverencia y besó su mano.

—¿Qué haces por aquí tan temprano? —le preguntó José a su prometida—. ¿Todo está bien?

—Por supuesto. He venido a devolver un libro a la biblioteca, mientras los niños desayunan. ¿Y tú? Pareces preocupado.

José se preguntó si sería prudente revelarle sus inquietudes a Encarna. No quería causarle desazón. Sin embargo, la inteligencia de su prometida podría resultar útil. Quizá ella pudiera aportar alguna idea reveladora. Después de darle una breve explicación, el inspector le mostró la nota del confesor. Los ojos de Encarna brillaron con una chispa de interés, mientras leía. Al cabo de algunos segundos, le devolvió el papel a José, quien lo volvió a guardar en su bolsillo.

—¿Qué opinas?

—Es evidente que este sacerdote sabe lo que ocurre en el convento y quiere advertir a las autoridades.

—Lo que no comprendo es por qué no se ha presentado en la comisaría para poner la denuncia.

—Quizá por discreción —sugirió Encarna—. Un cura entrando en una comisaría despertaría muchos rumores. Es posible que quiera evitarlo con un encuentro privado.

—Tienes razón. Excelente observación. Habrías sido una buena investigadora.

—Gracias, José —respondió ella, ruborizándose—. Me complace poder ayudarte.

Capítulo 04

Después de agradecerle a Encarna por su aporte y despedirse de ella, José continuó su camino. Preocupado por la seguridad de su madre y los extraños sucesos en el convento, el inspector avanzó con paso apresurado por las calles adoquinadas de Salamanca, en dirección a la comisaría. La brisa fresca de la mañana acariciándole el rostro no consiguió calmar su inquietud.

Cuando llegó a su destino, el inspector se detuvo para tomar un respiro frente al sólido y austero edificio de piedra caliza. Necesitaba hablar con el comisario lo antes posible. En cuanto cruzó el umbral, el agente que se encontraba en la recepción llamó su atención con un gesto, al que José respondió con una sacudida de la cabeza.

—Lo que tengas que decirme tendrá que esperar, Tobías.

—Me temo que esto no puede esperar, inspector. El comisario me ordenó que lo enviara a su despacho en cuanto llegara.

Expósito asintió sin más explicaciones y subió las escaleras a toda prisa. Era una razón más que lo apremiaba a reunirse con el comisario. Llegó a su destino con el corazón desbocado y la respiración agitada. Anunció su presencia con un par de golpes firmes en la puerta, y desde el otro lado, el comisario Holguín lo invitó a pasar. José abrió y entró con determinación. Don Carlos frunció el ceño en cuanto lo vio.

—¡Válgame Dios, Expósito! ¿Acaso ha estallado la guerra? Parece que ha visto al diablo en persona. Siéntese y cuénteme por qué está tan agitado.

Tomando conciencia de su angustia, José obedeció a su superior, se sentó frente a él y se dio un momento para respirar profundo y calmarse.

—Lo siento, comisario. Recibí su mensaje en la puerta, pero ya tenía intención de solicitar una entrevista urgente con usted. El asunto que me trae a verlo me preocupa mucho, porque me toca muy de cerca. Temo por la seguridad de mi madre.

—¿Su madre? ¿Ella no está en el convento de Santa Ana? —El inspector asintió— ¿Qué peligro podría correr en un convento? No se me ocurre un lugar más seguro.

Expósito le entregó la nota a Holguín, al mismo tiempo que le informaba acerca de la presunta identidad de su autor y la forma en que había recibido el mensaje que reportaba la desaparición de las monjas. También le mencionó el dato de las campanadas que sonaban a destiempo. Las cejas del comisario primero se alzaron, y a medida que escuchaba y leía la nota, se fueron frunciendo.

—Tiene razón en preocuparse, Expósito. Lo que no comprendo es por qué todavía no hemos recibido ninguna denuncia formal, acerca de un asunto tan grave. ¿Está seguro de que todo esto no se trata de un error? Quizá esas religiosas no desaparecieron, sino que recibieron alguna asignación de servicio o las trasladaron a otro convento.

El inspector negó con la cabeza.

—Por lo que me dijo mi madre, su ausencia sorprendió incluso a la Madre Superiora. Además, esa teoría no explica la advertencia del confesor.

—¿La nota? ¿Está seguro de que es auténtica y no se trata de una broma de alguno de

sus peculiares amigos?

—Si está pensando en Inocencio, se equivoca, señor. Reconozco las sombras en su pasado, pero usted sabe que yo también tengo las mías. Por otro lado, es un amigo leal y confiable. Nunca jugaría con algo así. Me temo que la nota sí fue escrita por el confesor del convento.

—¿Y cómo explica que no hayamos recibido ninguna noticia sobre un asunto tan grave?

El joven inspector se encogió de hombros.

—No me sorprendería que las autoridades eclesiásticas hayan decidido resolver el problema por sí mismas, para evitar el escándalo y proteger el prestigio de Santa Ana. Le envié un mensaje a este sacerdote para reunirnos a las 10:30 y que me informe acerca de lo que sabe. Quiero su permiso para ocuparme de este asunto.

Holguín dudó por un momento, antes de asentir.

—Lo necesito en otra asignación, pero esto también me preocupa. Lo que haremos será…

El sonido de dos golpes firmes en la puerta interrumpió al comisario. Después de la autorización de Holguín, Leandro asomó la cabeza.

—¿Usted me llamó, don Carlos?

El comisario hizo un gesto, invitándolo a entrar.

—Rodríguez. Sí, por supuesto. Pase y siéntese.

Leandro saludó a José con un gesto y ocupó la silla a su lado.

—Los he llamado a ambos porque quiero que se ocupen de investigar un asunto muy serio. He recibido instrucciones del gobernador civil, quien a su vez responde a una orden que proviene del director general de Seguridad, en Madrid.

—Debe ser importante —reconoció Leandro.

Holguín asintió.

—Lo es —el comisario abrió la carpeta que tenía frente a él, y repartió algunos de los documentos que contenía entre sus dos subalternos—. Como podrán comprobar, los compañeros de Madrid interceptaron una serie de cartas y telegramas, en los que se discute la venta de obras de arte y joyas robadas. De estos mensajes, han podido deducir que el famoso ladrón, apodado La Sombra, es el responsable de todos esos robos y que tanto él como el botín, se encuentran ocultos en Salamanca.

—¿La Sombra? —repitió Leandro—. Lleva años burlándose de la Ley, pero todavía no sabemos casi nada sobre él.

El comisario sonrió.

—Es probable que la información que conseguimos en esta correspondencia sea un factor determinante para cambiar su suerte. Atentos, esto es lo que sabemos hasta ahora: Se trata de un maestro del engaño. Es tan escurridizo, que todavía no tenemos ningún indicio acerca de su verdadera identidad. Además, utiliza cómplices que lo ayudan a ejecutar sus planes. Sabemos que tiene una red de contactos bien establecida que le permite operar con impunidad.

—¿Conocemos la identidad de alguno de esos «colaboradores»? —preguntó José.

—Me temo que no. Es evidente que están seleccionados entre los delincuentes más hábiles. Tampoco sabemos nada concreto sobre su persona. Podría tratarse de cualquiera. La verdadera identidad de La Sombra es un misterio.

Leandro frunció el ceño, antes de preguntar.

—Actúa desde hace años, ¿cómo es posible que todavía no tengamos indicios sobre él o sus cómplices?

—A mi pesar, debo reconocer que se trata de un sujeto brillante. Sus estrategias para

cometer los delitos son meticulosas y eficientes. Estudia a sus víctimas y sus rutinas al detalle antes de actuar. No deja nada al azar. Suele robar joyas y obras de arte de gran valor, que luego vende en el mercado negro. Todavía no hemos descubierto cómo lo hace. En cuanto da un golpe, los objetos robados desaparecen sin dejar rastro, demasiado rápido para que haya tenido tiempo de ofrecerlos en el mercado negro. Expósito cambió de postura en el asiento.

—Es evidente que cuenta con un buen escondite.

—Una cueva de «Alí Babá» —comentó Leandro.

El comisario asintió, antes de continuar.

—Aunque en alguna ocasión ha actuado en San Sebastián y Valencia, casi siempre centra sus golpes en Madrid y Barcelona. Nunca ha operado en Salamanca. Sin embargo, los mensajes interceptados sugieren que vive aquí, así que es probable que esconda el botín muy cerca.

—¿Es la razón por la que nos están asignando el caso? —preguntó Leandro.

—Así es.

El inspector Rodríguez frunció el ceño.

—Si nadie puede reconocerlo ni se sospecha de quién se trata, ¿cómo saben cuándo está relacionado con algún robo en particular?

—Por su *modus operandi*. Es tan distintivo que no es posible confundirlo con el delito perpetrado por otro criminal. En primer lugar, sus golpes son planificados con mucho cuidado. La Sombra no deja nada al azar. Pasa meses, a veces incluso años, planeando cada detalle. Estudia a sus víctimas y sus rutinas.

José intervino con los ojos entornados.

—Señor, hace unos minutos comentó que siempre intervienen cómplices en sus golpes. ¿Eso significa que nunca está presente en sus crímenes?

—En realidad, es difícil precisar su presencia física al momento del robo. Al parecer, depende de los planes que haya trazado en cada situación. Sin embargo, en algunos de estos golpes se ha determinado la participación de ciertos personajes, que desaparecieron al mismo tiempo que el botín, pero que luego se descubrió que nunca habían existido.

—Se trataba de él —sentenció Leandro.

Holguín asintió.

—La Sombra es un maestro del disfraz. Puede ser un noble extranjero en una recepción, un comerciante en una feria de antigüedades o un simple jardinero en una fiesta privada. Cambia de apariencia con tal destreza, que nadie sospecha de él, hasta que es demasiado tarde.

—¿Y cómo han relacionado los casos en los cuales actúa a través de un intermediario? —preguntó Expósito.

—Porque después de cada robo, La Sombra deja una nota burlona en el lugar del crimen. Le gusta desafiarnos. Por ejemplo, en su último robo en Madrid, dejó una nota en latín que decía: «Quod tibi inexplicabile aenigmata est, lusus mihi est». Traducido: «Lo que para ti es un enigma indescifrable, para mí es un juego».

—¿Cómo consigue vender los objetos que roba? —preguntó Leandro.

—Tanto las joyas como las obras de arte suelen reaparecer en el mercado negro meses o años después del robo, siempre en perfectas condiciones y con certificados de autenticidad falsificados. Sospechamos que utiliza intermediarios y subastas clandestinas para vender estas piezas, lo que dificulta rastrear su origen.

José permanecía pensativo, con docenas de preguntas sin respuesta rondándole la cabeza. Rompió su silencio con una de ellas.

—Don Carlos, ¿nos enfrentaremos a un ladrón o a una organización criminal?

El comisario dejó escapar un suspiro.

—Me temo que La Sombra cuenta con una amplia red de cómplices. Muchos de ellos en posiciones clave. No me sorprendería que parte de esa red se encuentre en Salamanca. También tendremos que identificarlos, para debilitar la estructura que lo sostiene.

—¿Qué puede decirnos del botín? —preguntó Leandro.

—Según los informes, el botín de La Sombra incluye joyas y obras de arte de valor incalculable. Algunas fueron robadas de museos, pero en su mayoría pertenecían a colecciones privadas de Madrid y Barcelona.

—¿Alguna idea de dónde las esconde?

—Me temo que no, pero sospechamos que el botín podría estar oculto en una propiedad alquilada o en un almacén vigilado con discreción. Tal vez se encuentre repartido por la ciudad. Reconozco que será como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, es lo que se espera de nosotros.

—¿No recibiremos apoyo?

Holguín sacudió la cabeza.

—El caso está en nuestras manos por completo. Tenemos la orden de identificar y detener a La Sombra, así como recuperar los objetos robados. Ambos son mis mejores investigadores, así que a partir de ahora, la tarea les corresponderá a ustedes.

—Por supuesto, comisario. No lo defraudaremos —dijo Leandro, con un asentimiento.

Un cosquilleo recorrió el estómago de José. Si tenía que ocuparse de una investigación tan importante y compleja, ¿cómo podría averiguar lo que estaba ocurriendo en el convento, para poder proteger a Jimena? No se le ocurrió nada. Una orden era una orden y no podía desobedecerla, pero tenía un hilo de esperanza: Al comisario también le preocupaba lo que estaba ocurriendo en Santa Ana. Quizá Holguín tuviera una respuesta. José se disponía a hablar, cuando un sonido invadió el ambiente y lo dejó helado. Eran las campanas del convento. En un movimiento reflejo, el comisario y él consultaron sus relojes: las ocho y quince. Estaban sonando a destiempo. Holguín frunció el ceño y José notó cómo la sangre abandonaba su propio rostro.

Capítulo 05

Un silencio opresivo siguió a las campanadas y los ojos de José se clavaron en el comisario con una súplica muda. Don Carlos le devolvió la mirada en silencio. Las arrugas de su frente daban fe de su indecisión y desconcierto. Leandro los observaba con las cejas enarcadas, ajeno a la preocupación de su superior y su compañero. Con el ceño fruncido, Holguín asintió, al mismo tiempo que volvía a guardar el reloj en su bolsillo, despacio.

—Puede irse, Expósito. Averigüe qué está ocurriendo en el convento y regrese para informarme. Evaluaremos la situación, antes de tomar una decisión.

—Sí, señor —acertó a decir José, al mismo tiempo que se levantaba de la silla y abandonaba el despacho a toda prisa.

El corazón golpeó el pecho del inspector con furia, mientras corría hacia el convento por las calles empedradas, sorteando transeúntes, carros y caballos. La imagen de Jimena en su último encuentro ocupaba todo su pensamiento. Volvió a escuchar sus palabras en su cabeza: «cada vez que ha desaparecido una hermana, las campanas de la capilla han sonado a destiempo». ¿Ella estaría bien? La idea de volver a perderla se le hacía insoportable.

A pesar de los latidos acelerados de su corazón y las protestas de los músculos de sus piernas, el inspector hizo un esfuerzo para aumentar la velocidad. Cuando ya se encontraba a mitad del camino, al cruzar una esquina, se detuvo en seco. La religiosa lo reconoció y también frenó su carrera. Se trataba de una novicia muy joven, y era probable que lo hubiera visto por los pasillos de Santa Ana, en alguna de sus visitas a Jimena.

—¡Usted es el hijo de Jimena! El policía, ¿no es así? —dijo la chica jadeando y con las mejillas arreboladas por sus propias prisas.

—¿Vienes del convento? —Ella asintió— Escuché las campanadas, ¿qué pasó?

—Yo… la Madre Superiora me ordenó que corriera a la comisaría para avisar a la Policía. ¡Ha ocurrido una desgracia en el convento! Necesitamos ayuda.

José parpadeó y rechinó los dientes. Se obligó a sí mismo a conservar la calma. La desesperación no era buena consejera en ese momento.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé, señor. Sor Teresa no me lo dijo cuando me envió a pedir ayuda —La novicia tragó saliva y trató de explicarse—. Entramos en la capilla y comenzamos a prepararnos para la confesión. A sor Cecilia le correspondía el primer turno, así que cuando llegó el momento, se acercó al confesionario y entonces comenzó a gritar. Sor María nos dijo que no nos moviéramos y corrió junto a ella. Luego, sor María ordenó que todas debíamos salir de inmediato y ella misma acompañó a sor Cecilia hasta la puerta. Ya afuera, sor Cecilia seguía llorando sin consuelo y sor María envió a buscar a la Madre Superiora, quien me dio la orden de pedir ayuda a la Policía. Es todo lo que sé.

—¿Dónde estaba Jimena cuando ocurrió todo eso?

—¿Sor Jimena? Ella, ella estaba con nosotras. También esperaba por la confesión.

—Entonces, ¡está bien! No le ha pasado nada.

—No, señor. Ella está bien.

—¿Estás segura?

—Sí, señor.

—Escucha… ¿cuál es tu nombre?

—Soy sor Catalina.

—De acuerdo, sor Catalina, quiero que sigas las instrucciones de la Madre Superiora, continúes hasta la comisaría y le informes al comisario Holguín lo que está pasando. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ve.

La joven reinició su carrera, mientras José hacía lo mismo en dirección contraria. El encuentro con la novicia había calmado un poco su ansiedad. Jimena estaba bien, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Qué había ocurrido en el convento para causar ese revuelo, empujando a las religiosas a vencer su natural reticencia a las intromisiones externas? Debía tratarse de un acontecimiento muy grave.

El inspector llegó al convento sin aliento. Golpeó con fuerza el portón, todavía con la respiración entrecortada, mientras hacía un esfuerzo por recuperar la calma. Sor Juana, la hermana portera, abrió la pequeña portezuela recortada en el enorme portón. La anciana religiosa lo miró sin disimular su desconfianza.

—¿Usted de nuevo? Supongo que en esta ocasión viene como policía, para atender la llamada de la Madre Superiora.

—Así es, hermana.

Sor Juana rechinó los dientes, como si José fuera el responsable de la perturbación de la paz de su habitual vida monacal.

—Sígame. La Madre lo está esperando.

Sin esperar respuesta, sor Juana avanzó por el pasillo con una rapidez sorprendente. José la siguió, obediente. A medida que avanzaban por los antiguos corredores, los envolvió el aire frío y húmedo de la vieja construcción. El eco de las botas del inspector resonó en los pasillos de piedra, contrastando con los pasos silenciosos de la monja y añadiendo una sensación de inquietud al ambiente. Las escasas lámparas de aceite apenas iluminaban desde las altas y desnudas paredes de piedra, dando la impresión de que no había lugar para la luz en ese espacio de recogimiento.

A medida que se internaban en las entrañas del convento, José percibió los olores a incienso y a cera derretida con mayor claridad. Era un aroma penetrante que impregnaba el aire y acentuaba la sensación de solemnidad, trayéndole recuerdos de su infancia en el orfanato. Sor Juana lo guiaba en silencio, mientras deslizaba las cuentas de un rosario entre sus dedos. José comprendió que la anciana estaba tratando de encontrar consuelo en la oración.

Por fin llegaron a un pasillo más estrecho, que terminaba en la capilla. Para sorpresa de José, sor Teresa, la Madre Superiora, lo esperaba de pie frente a la puerta cerrada. La religiosa se frotaba las manos con desesperación, en un claro esfuerzo por contenerse.

Al agudo policía no se le escapó la humedad delatora en los ojos de la Madre Superiora. Lo que había ocurrido estaba a punto de sobrepasarla y era evidente que hacía grandes esfuerzos por no desmoronarse. Junto a sor Teresa se encontraba otra monja, a quien el inspector no conocía. Era una mujer de mediana edad, mirada firme y expresión severa. La Madre Superiora se la presentó como sor María, la administradora del convento. El policía comprendió que sor María era quien mejor estaba soportando el envite de los acontecimientos y también quien servía

de soporte moral a las demás religiosas.

—He venido lo antes posible, Madre. Sor Catalina no supo explicarme qué fue lo que ocurrió.

Sor Teresa cerró los ojos, como si las palabras del policía le causaran un dolor físico, y una lágrima escapó por fin de uno de sus ojos.

—Ha ocurrido la peor desgracia posible, don José. Será mejor que lo vea por usted mismo —respondió la religiosa con voz temblorosa—. Rezo para que pueda ayudarnos.

La Madre Superiora empujó la puerta de la capilla para darle paso al policía y en cuanto Expósito puso un pie en el umbral, lo alcanzó el metálico e inconfundible olor de la sangre, en parte oculto bajo el aroma del incienso. Por algún extraño capricho de su mente, la voz de Holguín resonó en su cerebro: «no se me ocurre un lugar más seguro que un convento». Aquellas palabras, pronunciadas con sorpresa y honestidad, ahora le parecían una broma cruel.

Capítulo 06

Mientras Expósito se internaba en el misterio que lo esperaba en la capilla, el comisario Holguín se había quedado en su despacho, después de ordenarle a Leandro que elaborara los informes necesarios sobre sus casos en curso. Quería que reservara todo su tiempo a la investigación de La Sombra. Holguín tenía la esperanza de que el repique de las campanas fuera una falsa alarma y aguardaba con impaciencia el regreso de su mejor investigador. Estaba seguro de que José y Leandro, trabajando juntos, serían capaces de atrapar al escurridizo ladrón de cuello blanco y recuperar el botín.

El repique de un par de golpes lo sacó de sus pensamientos.

—Adelante —Uno de los agentes se asomó a la puerta entreabierta. Con el ceño fruncido ante el semblante serio y preocupado de su subalterno, Holguín lo invitó a hablar con un gesto—. ¿Qué ocurre, Velasco?

—Señor… acaba de llegar una joven novicia proveniente del convento Santa Ana de la Encarnación… Viene de parte de la Madre Superiora. Solicita nuestra ayuda por una situación grave que requiere intervención urgente. Sin embargo, no pudo decirnos con precisión de qué se trata…

Holguín entornó los ojos.

—Continúe.

—También nos dijo que se había cruzado con el inspector Expósito, quien se dirigía hacia el convento.

El comisario permaneció pensativo por un instante. Se vinieron al suelo todas sus esperanzas de que las campanadas que habían escuchado fueran el resultado de un error o una broma. Lo último que necesitaba en ese momento, con un adversario de la envergadura de La Sombra, era tener que distraer recursos para investigar lo que fuera que ocurriera en Santa Ana. Sin embargo, no podía ignorarlo. Don Carlos rechinó los dientes, para tratar de contener su frustración.

—Es posible que el inspector Expósito necesite ayuda para hacer frente a la situación. Qué dos parejas de agentes se dirijan al convento de inmediato, y que lo asistan en lo que necesite.

—Sí, señor.

Velasco giró sobre sus pies y salió del despacho sin abandonar su actitud marcial. El comisario tamborileó con los dedos sobre la superficie de su escritorio, preguntándose cuál sería la mejor estrategia que debía seguir. Todavía no tenía idea de qué era lo que había ocurrido en el convento, pero lo que fuera, sabía que mantendría ocupada la mente de Expósito, hasta que pudieran solucionarlo. No podía esperar más. Holguín se asomó a la puerta y ordenó que volvieran a llamar a Rodríguez. Al cabo de un par de minutos, Leandro se presentó en el despacho.

—Usted dirá, comisario.

—Rodríguez. ¿Ya cumplió con mi encargo?

—Sí, señor. Le entregué toda la información de mis casos a Rueda. Él se encargará de ellos.

—Muy bien. Me temo que Expósito tendrá que ocuparse de lo que sea que ocurre en el convento. Al menos de momento. No podemos seguir perdiendo el tiempo. La información de la correspondencia intervenida pierde vigencia con cada minuto que pasa. Quiero que comience a investigar este asunto. Expósito se incorporará al caso, en cuanto sea posible.

—Sí, señor.

Holguín cogió la carpeta de cuero marrón que reposaba en su escritorio. Estaba desgastada por el uso, y el escudo de la Policía destacaba en relieve en la tapa. Se la entregó a su subalterno con un suspiro.

—Aquí tiene. Confío en usted, Rodríguez. Supongo que no es necesario que le diga que este caso es prioritario. No escatime recursos. Si necesita algo, solo dígamelo. Por la reputación de esta comisaría y el bien de la ciudad, tenemos que atrapar a La Sombra y encontrar el escondite del botín, lo antes posible.

—Sí señor.

Leandro salió del despacho del comisario con la carpeta en la mano y un peso sobre los hombros. Se preguntó si sería capaz de afrontar el desafío. No solo era el caso más importante y difícil de su carrera, sino que tampoco podría contar con la inteligencia y la astucia de Expósito. Sin embargo, no podía traicionar la confianza del comisario. Tenía que hacer su mejor esfuerzo, por difícil que resultara.

Una vez en su mesa de trabajo, Leandro abrió la carpeta. Los informes estaban organizados en secciones y etiquetados. Algunos de los documentos clave tenían notas adicionales, escritas por la mano de Holguín. Señal de la revisión exhaustiva que el comisario ya había llevado a cabo.

El inspector Rodríguez encontró cartas y telegramas cifrados y descifrados, que habían sido interceptados por las autoridades en Madrid. También contenía información detallada sobre la venta de obras de arte y joyas robadas, con referencias a Salamanca como el posible lugar de origen.

La mayoría de los robos se habían cometido en Madrid y Barcelona, y cada uno estaba documentado en detalle con descripciones meticulosas de los objetos robados, *modus operandi* de cada robo, testimonios de testigos y posibles implicados.

Uno de los documentos correspondía a la información disponible sobre La Sombra. Su descripción física era tan variable en cada golpe, que resultaba imposible atribuirle algún rasgo propio. Por otro lado, el informe señalaba los alias conocidos, métodos de operación, antecedentes de sus crímenes, y algunas especulaciones no comprobadas sobre sus contactos.

Leandro también encontró un mapa detallado de Salamanca que contenía marcas y anotaciones para indicar posibles escondites, rutas de escape, y lugares de interés relacionados con las operaciones de La Sombra. Señalaba ubicaciones de propiedades sospechosas y posibles puntos de venta de las obras robadas. Sin embargo, casi toda la información del mapa era especulativa y el inspector comprendió que solo podía servirle como orientación. Tendría que llegar a sus propias conclusiones.

Esta carpeta no solo proporcionó a Leandro toda la información que necesitaba para comenzar su investigación, sino que también destacaba la seriedad y la complejidad del caso que tenían entre manos.

Después de estudiar toda la información, el inspector tomó nota de los datos más importantes y comenzó a trazar un plan de acción.

Era evidente que si quería avanzar, tendría que averiguar lo que se sabía en la calle sobre aquel asunto. Leandro se encaminó a la sala de descanso de los agentes y encontró a varios de ellos conversando. Los rodeaba el olor terroso a nuez del aceite de linaza que usaban para limpiar las armas, y que se imponía sobre el del café recién hecho. Los murmullos se silenciaron en cuanto él apareció en el umbral.

—Necesito seis voluntarios.

Todos los agentes se levantaron y adoptaron una posición firme. Leandro señaló a los seis que conocía mejor y les asignó tareas específicas. Dos de ellos fueron enviados a visitar lugares con mala reputación, para interrogar a los encargados acerca de los objetos robados. Debían informar cualquier movimiento extraño en los bajos fondos de la ciudad. Otros dos tendrían que hacer averiguaciones en los lugares sospechosos señalados en el mapa de la carpeta. Con respecto a los dos restantes, debían entrevistar a los informantes de la policía y presentarle un informe.

Una vez puesta en movimiento la maquinaria de investigación, el inspector regresó a su escritorio y se tomó un momento para revisar su plan una última vez. Era evidente que al tratarse de un caso tan especial, necesitaría ayuda extraordinaria. Esperaba que el comisario lo comprendiera.

Capítulo 07

Los pasos de las botas de José sobre el suelo empedrado rompieron el silencio de la capilla como una blasfemia. El ambiente que los rodeaba era opresivo y el olor a incienso impregnaba el aire, creando una atmósfera que al joven inspector le resultó asfixiante. Hacia la mitad de la nave, la Madre Superiora se detuvo y señaló hacia una de las esquinas junto al altar, donde se encontraba el confesionario. El inspector comprendió que sor Teresa era incapaz de acercarse más, así que continuó el recorrido solo. En la medida en que avanzaba, el olor metálico de la sangre se hacía más intenso, así que no se sorprendió cuando abrió la puerta del pequeño cubículo y encontró el cuerpo de un sacerdote semisentado, en la posición en la que había muerto. La sotana negra ocultaba la sangre, cuyo olor delataba su presencia. Sin embargo, el cuchillo ensangrentado junto a la víctima no dejaba dudas acerca de lo que había ocurrido. Aunque el olor de la muerte comenzaba a impregnar el ambiente y predominar sobre el de la sangre, al acercarse un poco más, el inspector percibió los rastros de un perfume. Era un delicado aroma floral, que resultaba discordante en el entorno austero de un convento. No debería estar allí.

José usó su propio pañuelo para coger el arma homicida con el fin de revisarla más de cerca. La sangre cubría toda la hoja, hasta la empuñadura, pero no aportó mucho más. Se trataba de un cuchillo de cocina común y corriente. Cualquiera podía haberlo cogido de la cocina del convento o traerlo de casa.

El inspector rechinó los dientes frente a la escena desconcertante y perturbadora. ¿Cómo era posible que aquel lugar de recogimiento y oración se hubiera convertido en el escenario de un crimen tan brutal? ¿Quién lo había cometido? La víctima era un hombre adulto en un excelente estado físico. Sacerdote o no, lo natural habría sido que luchara por su vida. La llegada de los agentes enviados por Holguín lo distrajo de sus cavilaciones por un momento. Se sintió complacido cuando comprobó que uno de los recién llegados era el joven Argimiro García. El chico estaba decidido a aprender bien el oficio y siempre seguía sus instrucciones al pie de la letra.

El inspector envió a uno de los agentes de regreso a la comisaría, para que le informara a Holguín acerca de lo que había ocurrido. Luego dio instrucciones a los demás para que vigilaran la puerta de la capilla y no permitieran la entrada a nadie. José volvió sobre sus pasos hasta el lugar donde esperaba la Madre Superiora.

—Supongo que el sacerdote era el confesor del convento.

—Sí, inspector —respondió sor Teresa con voz temblorosa—. Es… Era don Luis. Ha sido nuestro confesor desde hace tres años.

José no tuvo duda de que la nota que le había enviado la propia víctima aquella misma mañana debía estar relacionada con su muerte. ¿Qué quiso decirle el confesor que le había costado la vida?

—¿Sabe si don Luis tuvo problemas con alguien dentro del convento?

—No creerá usted… —respondió la Superiora, escandalizada— No estará insinuando

que una de las hermanas…

—Madre, comprendo que todo esto es desconcertante y que la idea de que una de las religiosas del convento esté involucrada, desafía las bases de la moral, pero como policía debo tener en cuenta todas las posibilidades. Ahora, por favor dígame lo que sepa sobre las religiosas desaparecidas.

El ceño de sor Teresa se frunció de inmediato.

—¿Cómo…? Claro, Jimena. Ella le habló sobre este asunto, ¿no es así?

—Visto lo visto, hizo lo correcto. Quizá habríamos podido evitar la muerte del confesor, si hubiéramos comenzado a investigar cuando desapareció la primera de sus hermanas.

La Madre Superiora cerró los ojos como si sintiera un dolor profundo. El dolor de la culpa.

—Tiene razón, inspector. Sin embargo, fue esta mañana cuando notamos la desaparición de sor Beatriz y comenzamos a preocuparnos. Debo reconocer que la desaparición de sor Concepción no sorprendió a nadie. Era una chica desobediente y rebelde, que no estaba preparada para la vida monacal, así que teníamos la certeza de que había escapado.

—¿Y sor Beatriz?

La Madre Superiora negó con la cabeza.

—Su situación era muy diferente, pero no tuvimos tiempo de reaccionar. Asistió a los maitines, pero no se presentó al comedor durante el desayuno. Envié a una de las novicias a buscarla y no la encontró en su celda. Me disponía a dar la orden de revisar todo el convento para dar con ella, cuando me avisaron de que habían encontrado a don Luis muerto en el confesionario. Lo lamento mucho, inspector. Hasta los acontecimientos de hoy, creímos que se trataba de un problema disciplinario interno.

—Es evidente que hubo un error de juicio —sentenció el policía. Sor Teresa dejó escapar un suspiro y bajó los hombros, como si se desinflara. Expósito reanudó el interrogatorio—: No ha respondido mi pregunta: ¿don Luis tuvo problemas con alguna de las religiosas del convento?

—No, inspector. No he tenido noticias de que don Luis tuviera problemas con ninguna de las hermanas.

—¿Qué puede decirme del confesor como persona?

—¿A qué se refiere?

—¿Era amable o gruñón, complaciente o severo?

La Madre Superiora respiró profundo como si el aire le proporcionara las fuerzas necesarias para responder.

—Don Luis era apacible y callado, pero muy apreciado por todas las hermanas. Sabía escuchar, era comprensivo y muy respetado. No imagino que nadie en este convento quisiera hacerle daño.

—Muy bien, Madre. Cuando termine aquí, debo hablar con la hermana que encontró el cuerpo.

—Lo que usted diga, inspector. Estaré en mi despacho.

Con los ojos húmedos, la Madre Superiora asintió y se retiró de la capilla, al mismo tiempo que murmuraba sus oraciones en voz baja. José cogió una de las lámparas de aceite que colgaban de los muros y regresó al confesionario, decidido a encontrar alguna pista que lo orientara en aquella situación tan extraña. Una vez en la pequeña cabina de madera, se inclinó sobre el cadáver, para observar la herida que había acabado con la vida del sacerdote. Tendría que esperar los resultados del forense, pero todo indicaba que el asesino había apuñalado a la víctima en el estómago con todas sus fuerzas. Las manos del sacerdote no tenían heridas

defensivas, así que Expósito concluyó que el confesor había sido atacado por sorpresa.

José se enderezó y su mirada escudriñó el confesionario. La estructura era de madera tallada y no dejaba espacio para ninguna maniobra. Para don Luis, frente a su asesino, aquel pequeño espacio se había convertido en una trampa jaula. El inspector movió con cuidado los cortinajes de terciopelo y revisó cada rincón del habitáculo, en busca de alguna señal que el asesino hubiera podido dejar atrás.

Cuando sus ojos volvieron a centrarse en el cuerpo, un reflejo llamó su atención. Sobre el oscuro hábito del confesor había un cabello largo y negro, que brilló bajo la lámpara como si lo estuviera llamando. José lo cogió con delicadeza, y lo acercó a la luz con cuidado. El cabello del confesor era rubio y corto, así que este no podía ser suyo. ¿Pertenecería al asesino? El policía razonó con rapidez: por mandato de su orden, las religiosas del convento debían mantener el cabello corto. Sin embargo, existía la posibilidad de que alguna de ellas desobedeciera esa norma y ocultara una melena bajo el velo. Expósito suspiró. Necesitaría mucho más que ese cabello, para convencer a las monjas de descubrir sus cabezas con el fin de comprobarlo. También existía la posibilidad de que ese cabello se hubiera adherido a la sotana en cualquier otro lugar, y no tuviera ninguna relación con el convento. A fin de cuentas, la vida del confesor no había transcurrido detrás de esos muros.

El inspector revisó con cuidado las paredes y el suelo del confesionario. La ausencia de cualquier señal de lucha lo convenció de que el ataque había sorprendido a la víctima, y que todo había transcurrido muy rápido. El cabello largo en el cuerpo y el rastro de perfume sugerían que una mujer podría estar involucrada, lo cual no era muy revelador, teniendo en cuenta que había más de veinticinco monjas viviendo en el convento. Y esas religiosas se encontraban ahora en peligro, incluyendo a su propia madre. Un nudo atenazó el estómago de José. Ya no tenía duda de que las campanadas a destiempo eran una advertencia, pero ¿de quién y por qué? Esa persona debía saber o sospechar lo que estaba ocurriendo y lo más probable era que se tratara de una de las monjas, pues ellas eran quienes podían acceder a las campanas con mayor facilidad. Pero si esa persona trataba de lanzar una advertencia, ¿por qué no daba un paso al frente y contaba lo que sabía?

La única certeza que tenía el policía era que la vida de todas las religiosas que vivían en el convento corría un grave peligro. Era urgente descubrir al asesino y detenerlo, antes de que se cobrara otra víctima. Con esta convicción, Expósito salió de la capilla y se encaminó al despacho de la Madre Superiora, dispuesto a interrogar a la monja que había descubierto el cadáver.

Capítulo 08

José salió de la capilla y ordenó a los agentes que permanecieran vigilantes. La monja portera aguardaba a pocos pasos y frunció el ceño con desagrado cuando escuchó las instrucciones del policía a los agentes. Por un momento, el inspector se preparó para recibir una queja, pero sor Juana debió pensarlo mejor, porque se limitó a pedirle que la acompañara.

—La Madre Superiora lo espera en su despacho.

José siguió a su guía, quien lo condujo a través de los silenciosos pasillos. En esta ocasión no encontraron a otras monjas deambulando por ellos y el policía comprendió que la Superiora les habría ordenado que permanecieran en sus celdas. Una medida muy prudente, dadas las circunstancias. Cuando llegaron a su destino, sor Juana golpeó la puerta con suavidad y la abrió sin esperar respuesta. Entonces, se hizo a un lado para darle paso al inspector.

Expósito se encontró en un despacho pequeño en el que dominaban el olor a tinta y cera de vela. La Madre Superiora lo aguardaba sentada detrás de su escritorio, con todos los músculos rígidos y unos ojos hinchados que delataban que había aprovechado la soledad de su refugio, para dar rienda suelta al llanto consolador. Obedeciendo a un gesto de su anfitriona, José se sentó en una de las robustas sillas frente a ella.

—¿Ha descubierto quién hizo esto, inspector?

—Me temo que todavía es pronto para saber la identidad del homicida. Sin embargo, las circunstancias permiten llegar a algunas conclusiones. Entre ellas, todo indica que el asesino se mueve con soltura dentro del convento, lo cual le imprime urgencia a la investigación.

—¿No estará sugiriendo que una de las hermanas…?

—No lo sugiero, Madre, pero es una de las vías de investigación que debo explorar. Y por supuesto, necesitaré su colaboración.

Sor Teresa llenó sus pulmones de aire y lo retuvo por un momento, antes de soltarlo despacio. Aunque hacía esfuerzos por controlarse, no podía contener el leve temblor que agitaba sus manos.

—Inspector, comprendo que usted debe hacer su trabajo y que es importante descubrir al responsable de un acto tan espantoso, pero tenga en cuenta que me preocupa el prestigio del convento. Esta situación puede hacernos mucho daño. Y tener a la policía entre nosotras resulta perturbador. Solo queremos vivir en recogimiento y oración. ¿No sería posible que las autoridades eclesiásticas se ocuparan de investigar este asunto?

Expósito se acomodó en la silla, al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—Me temo que no se trata de un «asunto», Madre. Estamos hablando de un crimen: un asesinato cometido a sangre fría. También debemos tener en cuenta la desaparición de dos hermanas, cuyo destino todavía desconocemos. No quiero asustarla, sor Teresa, pero nadie estará seguro en el convento, hasta que atrapemos al responsable de la muerte de don Luis y averigüemos qué le ocurrió a sor Concepción y a sor Beatriz. Por otro lado, comprendo su preocupación y haré lo posible por llevar a cabo la investigación con discreción.

—Muy bien, inspector. Le ruego que me disculpe. Todo lo que ha ocurrido me supera. Es

una situación que nunca hubiera imaginado que tendría que enfrentar y supongo que no estaba preparada para algo así.

—Nadie está preparado para afrontar un asesinato, Madre —reconoció Expósito con tono amable—. Deje esto en mis manos. Solo le pido su colaboración.

Sor Teresa suspiró.

—De acuerdo, inspector. Tiene usted razón. ¿Qué debo hacer?

—Necesitaré hablar con algunas de las religiosas y es posible que deba hacerlo en repetidas oportunidades. Es probable que tenga que visitar el convento con frecuencia y quizá hacer algunos registros. Le agradecería que nos permitiera libertad de movimiento a los agentes y a mí. Le aseguro que actuaremos con respeto y discreción.

Sor Teresa parpadeó.

—Inspector… estoy dispuesta a ayudar, pero esto rompe todas las reglas de nuestra orden. No sé si… Supongo que debería consultarlo con el obispo.

—Me ocuparé de que el comisario consiga las autorizaciones necesarias del obispado, Madre, pero nuestra prioridad debe ser la seguridad dentro del convento.

La Superiora cerró los ojos como si sintiera un dolor físico y asintió.

—Por supuesto que lo más importante para mí es la seguridad de las hermanas y que todo esto se resuelva lo antes posible. Puede contar con nuestra colaboración, inspector. Confío en su promesa de discreción y respeto.

—Gracias, sor Teresa. Ahora, me gustaría hablar con la hermana que encontró el cuerpo de don Luis. Sor…

—Sor Cecilia. Está en la enfermería. Como comprenderá, recibió un fuerte impacto y no dejaba de llorar.

—Haré lo posible para no incomodarla demasiado.

—Lo acompañaré.

Ambos salieron del despacho y rodearon el jardín interior del convento, hasta llegar a una de las puertas del pasillo paralelo. La Madre Superiora anunció su presencia con un saludo y entró, dejando al policía en el corredor. Después de algunos segundos, la Superiora invitó a Expósito a seguirla.

Cuando José cruzó el umbral, lo recibió el aroma limpio y medicinal de las hierbas secas y los ungüentos que usaba la enfermera en su tarea. Una fila de camas estrechas con cabeceras de hierro forjado ocupaba la pared del fondo. Sobre la cabecera de cada una había un crucifijo tallado en madera, cuya finalidad era proporcionar consuelo y protección. Solo una de las camas estaba ocupada por una monja joven con los ojos hinchados y el terror todavía grabado en el rostro. Sor Teresa se acercó a la hermana que se ocupaba de la enfermería. Era una mujer mayor. Su rostro plagado de arrugas contradecía la firmeza y energía de sus movimientos. La Madre Superiora se la presentó al policía como sor Inés, y le explicó en murmullos a la monja cuál era la solicitud del inspector. La enfermera se acercó a sor Cecilia, sostuvo su mano y le susurró algunas palabras que José no consiguió comprender.

Sor Cecilia levantó la mirada hacia el policía y asintió. Solo entonces, le permitieron acercarse a su testigo. La enfermera intervino, antes de que José pudiera pronunciar palabra.

—Inspector, sor Cecilia ha recibido un fuerte impacto emocional y no ha sido fácil calmarla. Por favor, sea cuidadoso.

—No se preocupe, sor Inés, trataré de incomodar a su paciente lo menos posible.

La Madre Superiora se excusó y se marchó, pero la enfermera permaneció junto a la cama de la novicia, vigilante de sus reacciones y dispuesta a intervenir si era necesario. Expósito

la dejó hacer. Su presencia proporcionaría tranquilidad y confianza a su testigo, favoreciendo el interrogatorio. Después de presentarse y preguntarle si estaba en condiciones de hablar, José le pidió que le contara lo que había ocurrido aquella mañana. El recuerdo desencadenó lágrimas silenciosas en la religiosa, que respondió entre hipidos.

—El confesor llegó temprano como siempre. Después del desayuno, las hermanas que queríamos confesión entramos en la capilla, mientras él terminaba sus oraciones y se preparaba.

—¿Lo vieron entrar en el confesionario? ¿Alguien se le acercó?

—No, él ya estaba dentro del confesionario cuando llegamos a la capilla y nadie se le aproximó. Yo… cuando llegó el momento me acerqué para confesarme y recibir la absolución, pero nunca imaginé…

El llanto interrumpió a la monja y la enfermera intervino para consolarla. José esperó a que se tranquilizara para hacer la siguiente pregunta.

—¿Cómo supieron que podían entrar? Quiero decir, quién les avisó.

En esta ocasión, fue sor Inés quien respondió.

—Nadie nos avisa del momento en que comienza la confesión, inspector. Los horarios del convento son muy estrictos y don Luis los respetaba. La confesión debe comenzar a las ocho de la mañana y cuando las campanadas lo anunciaban, él ya estaba preparado.

—Entonces, ¿se acercó al confesionario cuando sonaron las ocho campanadas?

—Sí, señor.

—¿Notó algo inusual en la capilla?

—No, señor. Todo parecía normal hasta que llegué al confesionario. Entonces, lo vi y mis hermanas dicen que grité, aunque yo no lo recuerdo —sor Cecilia rompió en llanto y Expósito tuvo que esperar algunos segundos hasta que consiguió tranquilizarse, con la ayuda de la enfermera—. Lo único que recuerdo es a sor María sacándome de la capilla y trayéndome aquí.

—Las campanadas se escucharon dos veces hoy… Una de ellas a destiempo. ¿Qué pueden decirme de eso?

—No lo recuerdo —dijo la novicia.

—Sí, inspector. Yo también las escuché —intervino sor Inés—. Fue poco después del descubrimiento del cuerpo de don Luis. No sabemos quién las hizo sonar, pero no es la primera vez que alguien las toca a destiempo.

José continuó interrogando a sor Cecilia, pero, aunque la religiosa se mostró colaboradora, era evidente que no sabía más de lo que le había contado. El inspector salió de la enfermería con más preguntas que respuestas. Tendría que asegurarse de que Holguín lo eximiera de buscar a La Sombra, para dedicarle todo su tiempo a descifrar el misterio del convento y encontrar al asesino.

Sin embargo, lo primero sería comprobar por sí mismo que Jimena se encontraba bien. Necesitaba verla antes de abandonar el convento, así que le solicitó a sor Juana que preparara una visita. La monja portera cumplió su solicitud con el ceño fruncido. Era evidente que la Madre Superiora cumplió su palabra y había girado instrucciones para favorecer la investigación.

Capítulo 09

El cálido sol primaveral acarició el rostro de Leandro, mientras recorría las calles de Salamanca en dirección a su primer destino: la posada San Marcos. El albergue se encontraba en una esquina tranquila. Aunque modesto, todavía conservaba cierta elegancia de tiempos en los que había sido más próspero. Leandro empujó la pesada puerta de madera, que se abrió con un leve quejido de sus goznes, y lo recibió el agradable ambiente hogareño que caracterizaba a ese albergue.

A esa hora, el vestíbulo estaba sumido en un silencio casi absoluto, solo roto por el reloj de péndulo que adornaba una esquina. Aún se percibían reminiscencias del leve aroma a café y pan recién horneado del reciente desayuno. La recepción estaba desierta, así que Leandro se acercó al mostrador, tocó la campanilla y esperó, tamborileando con los dedos sobre la superficie de madera.

Mientras aguardaba la llegada de don Pancho, el policía echó una ojeada a su alrededor, pero la única persona que vislumbró a través de la puerta entreabierta del salón fue a un anciano sentado en una butaca, absorto en el periódico que estaba leyendo.

El sonido firme de unos pasos desvió la atención del inspector hacia la escalera. Don Pancho se acercaba al mostrador con sus movimientos pausados y su habitual sonrisa.

—Usted es el inspector amigo de don José, ¿no es cierto? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, don Pancho. Estoy buscando a Inocencio.

La sonrisa del posadero se desvió en una mueca de picardía.

—¡Ah! Inocencio. No está aquí, inspector. Se marchó en cuanto terminó de desayunar —don Pancho se inclinó hacia adelante y bajó el volumen de su voz en actitud conspiradora—. Sospecho que podrá encontrarlo en la carpintería de la calle Zamora.

Leandro entrecerró los ojos, sin comprender la actitud del posadero, le agradeció por la información y abandonó la posada, en dirección a la calle Zamora. La ciudad ya se había despertado y lo envolvió el bullicio de los carros y carruajes, los cascos de los caballos, y los murmullos de los transeúntes. Todos aquellos sonidos familiares formaban un telón de fondo para los habituales pregones del chiquillo que vendía los periódicos:

—¡Entérese! Nueva línea del ferrocarril conecta Madrid y Valencia.

Leandro apuró el paso hasta llegar a la carpintería de la calle Zamora. Allí se encontraba Inocencio, y el policía por fin comprendió la actitud del posadero. El chico daba conversación al carpintero, un hombre de mediana edad, que respondía de forma mecánica a las preguntas del joven sobre su oficio, sin apartar su atención de la silla que estaba fabricando. Aunque Inocencio pretendía interesarse en la carpintería, sus ojos se desviaban con frecuencia a la chica que barría el fondo del taller, casi con seguridad, la hija del carpintero. Entre los dos jóvenes se mantenía una comunicación muda, a través de gestos y sonrisas. Las mejillas sonrosadas de la chavala daban fe del éxito de Inocencio.

La llegada de Leandro interrumpió el flirteo, para desazón de Inocencio. El carpintero levantó la mirada de la silla y la joven se apresuró a seguir barriendo.

—¿Puedo ayudarlo en algo, caballero? —preguntó el artesano.

—No, gracias. He venido en busca de Inocencio —Leandro centró su atención en el joven—. ¿Puedes acompañarme? Necesito hablar contigo.

Con expresión resignada, Inocencio siguió al inspector de regreso a la calle. En cuanto salieron de la carpintería, el chico se detuvo con el ceño fruncido.

—Yo no hice nada.

—Ya lo sé, hijo. He venido a buscarte porque necesito tu ayuda.

—¿Para un caso? —Leandro asintió—. ¡Genial! ¿José también participará en la investigación?

—Todavía no lo sé. La intención del comisario es que ambos nos ocupemos, pero él tuvo que atender otra llamada. Supongo que dependerá de la importancia de lo que haya ocurrido. En cualquier caso, no podemos perder el tiempo en este asunto.

—Vale. ¿De qué se trata?

El policía le informó al joven los detalles de la investigación que tenía entre manos.

—…Estoy seguro de que tus habilidades y contactos pueden resultar muy útiles, y necesitaré toda la ayuda posible.

—Por supuesto, inspector —respondió Inocencio, hinchando el pecho como un pavo real —. Cuente conmigo. Verá como ese tío no se nos escapa, por muy sombra que sea.

Leandro sonrió ante el entusiasmo juvenil.

—Me alegra poder contar contigo. ¿Has escuchado algún rumor sobre La Sombra o los objetos robados?

El joven exladrón negó con la cabeza.

—Me temo que no, inspector. Sí he escuchado mencionar a La Sombra, pero como una leyenda. Ni siquiera sabía que existía en realidad.

—Aun así, me interesa. ¿Qué se dice de él en la calle?

El chico se encogió de hombros.

—No estoy seguro de que esa información sirva de algo, inspector. Hay quien dice que tiene poderes sobrenaturales, que puede cambiar de apariencia como quiere y algunos le atribuyen la habilidad de atravesar las paredes.

Leandro enarcó las cejas.

—Espero que ese atributo solo sea resultado de la imaginación popular. ¿Qué más sabes del sujeto? Cualquier detalle podría resultar interesante.

—Se dice que le gusta burlarse de la Policía, que les deja notas desafiantes, porque sabe que nunca lo podrán atrapar.

—Lo de las notas es cierto. La otra afirmación trataremos de desmentirla. ¿Algo que nos oriente sobre su identidad?

—Me temo que no, inspector. Ni siquiera tenía idea de que viviera en Salamanca. Todas las historias que se cuentan sobre él transcurren en Madrid o Barcelona.

—Sí, al parecer es donde suele dar sus golpes. Sin embargo, las evidencias señalan que se refugia en Salamanca. ¿Has escuchado algo sobre el botín?

—Solo que siempre roba objetos de mucho valor. Y que lo hace en las narices de sus propietarios y hasta de la Policía. Yo tampoco sabía que el botín podría encontrarse en Salamanca. No creo que nadie en la calle lo sospeche o ya habría comenzado una caza del tesoro.

—Será uno de los datos que tendremos que averiguar.

—Sí, señor. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Inocencio, frotándose las manos.

—Comenzaremos por hablar con tus contactos.

Inocencio se mordió los labios y desvió la mirada hacia el horizonte.

—Inspector, no quiero ofenderlo, pero no creo que mis amigos estén dispuestos a contar lo que puedan saber, si hay un policía presente. Los chivatos no están bien vistos. Aunque conocen mi amistad con José y tienen claro que de vez en cuando colaboro con la Policía, hablar conmigo no les golpea tanto la conciencia. No sé si me explico.

Leandro asintió.

—Lo comprendo. Es el motivo por el que estoy solicitando tu ayuda, Inocencio. Tú puedes llegar a información que estaría vedada para mí —El inspector se quedó pensativo por un momento—. Creo que lo más prudente será que nos separemos y cada uno consulte sus propias fuentes.

—Sí, señor.

—¿Tienes alguna pregunta sobre la investigación?

—No, señor. Todo está muy claro.

—De acuerdo, en ese caso, manos a la obra. Nos reuniremos a la hora de la comida en la posada San Marcos, para que comparemos nuestras notas.

Capítulo 10

José recorrió los silenciosos pasillos del convento, acompañado por sor Juana, cuya expresión no ocultaba su incomodidad. Él la comprendía. El organizado y predecible mundo de la anciana monja había saltado en pedazos de un momento a otro. La pobre mujer debía sentir que estaba viviendo una pesadilla. Llegaron hasta la habitación de visitas del convento y los recibió el frío húmedo de un espacio cerrado y opresivo, que nunca se ventilaba.

—Aguarde aquí. Iré a buscar a Jimena.

El inspector asintió en silencio, mientras sor Juana cogía una llave del manojo que colgaba de su cintura, y la usaba para cruzar la pequeña puerta que cerraba la celosía.

José se sentó en la incómoda silla de madera, mientras se preguntaba qué medidas podría tomar para proteger a su madre. Comprendió que sus opciones eran limitadas. Jimena no estaría segura hasta que detuviera al responsable de la desaparición de las monjas y el asesinato del confesor. ¿Se trataría de la misma persona? Sería lo más lógico. ¿Qué probabilidad habría de que convivieran un asesino y un secuestrador en un convento de monjas?

El chirrido de los goznes de la puerta del otro lado de la celosía interrumpió sus pensamientos. Jimena apareció en el umbral y se acercó a él despacio, dedicándole una sonrisa de bienvenida. A pesar de la simplicidad del hábito que pretendía sumirla en el anonimato, la prestancia que irradiaba su madre le confería un halo de autoridad.

—Es un regalo del Cielo volver a verte tan pronto, hijo. Aunque lamento que sea en estas tristes circunstancias. ¿Serás tú quién se ocupe de averiguar lo que ocurre en el convento?

—Sí, madre —respondió Expósito, al mismo tiempo que se levantaba de la silla y le daba un abrazo a través de la celosía.

—Entonces, todo se resolverá muy pronto —Jimena le acarició la mejilla—. Estoy segura de que tú descubrirás al culpable y lo llevarás ante la Ley.

José se mordió los labios y dejó escapar un suspiro.

—Hasta que lo consiga, temo por todas vosotras, pero en especial por ti.

—Todo estará bien, hijo. Te prometo que tendré cuidado. ¿Puedo hacer algo para ayudarte? Yo puedo moverme con libertad dentro del convento y acceder a lugares y conversaciones que a ti te estarían vedados. Tal vez pueda conseguir información importante para tu investigación.

El inspector se quedó pensativo por algunos instantes y sacudió la cabeza.

—Reconozco la utilidad de lo que propones, madre, pero la persona que busco ya hizo desaparecer a dos hermanas y cometió un asesinato a sangre fría. No sería capaz de ponerte en un peligro así.

—No temas por mí, José. Recuerda que a pesar de vestir este hábito, yo sé cómo cuidarme.

—Aun así, madre. Será mejor que te mantengas al margen.

—Comprendo, y no quiero causarte ninguna preocupación, pero no dejes de tener presente mi oferta si cambias de opinión.

José sonrió a su madre para mostrarle su gratitud.

—Espero que no sea necesario —El inspector le explicó a Jimena lo que había encontrado en el confesionario y sus conclusiones—… también me preocupan las campanadas. Todo indica que el responsable de hacerlas sonar se encuentra dentro del convento o tiene libre acceso a este edificio. Me pregunto si se tratará del propio asesino.

Jimena frunció el ceño.

—¿Por qué querría el asesino anunciar sus crímenes?

El inspector se encogió de hombros.

—Quizá para desviar la atención. O tal vez se trata de una persona muy pagada de sí misma, que quiere desafiarnos y demostrar que es más listo que nosotros. Lo que sí es evidente es que quienquiera que haga sonar las campanas, sabe lo que está ocurriendo aquí, y por alguna razón se mantiene oculto y calla.

—Supongo que tienes razón.

El inspector se quedó pensativo por un momento, antes de volver a hablar.

—Aunque prefiero que no intervengas en la investigación, puedes ayudarme proporcionándome información. El convento me resulta ajeno. Quiero decir, este lugar está cerrado al mundo exterior y guarda muy bien sus secretos. Además, está resultando muy difícil conseguir respuestas, debido a la reticencia de las religiosas. En especial la Madre Superiora, que colabora a regañadientes. Sospecho que su actitud está influyendo en las demás. Tal vez tú podrías contarme detalles, que el resto de las hermanas prefieren mantener en silencio.

—Por supuesto que te ayudaré en todo lo que pueda, José.

—Me desconciertan las campanadas. Aunque no descarto por completo que el responsable sea el propio asesino, me inclino a pensar que alguna de las religiosas trata de prevenirnos. ¿Tienes idea de quién puede ser?

Jimena se quedó pensativa por algunos instantes. Entonces, negó con la cabeza.

—Me temo que no. Llevo muy poco tiempo aquí como para conocer bien a todas las hermanas. Además, las reglas de la orden no facilitan la comunicación entre nosotras. Están pensadas para que mantengamos una vida de recogimiento y oración. Sin embargo, hay alguien que quizá puede responder a todas tus dudas.

—¿Quién?

—Sor Catalina.

—¿La novicia?

—¿La conoces? —preguntó Jimena, sin disimular su sorpresa.

—De paso. Me crucé con ella cuando fue a la comisaría para pedir ayuda. ¿Crees que esa novicia puede ayudar en la investigación?

Jimena asintió con una sonrisa.

—Sor Catalina es inocente y devota. La abandonaron en las puertas del convento recién nacida y creció criada por las monjas. Es quien mejor conoce a todas las hermanas y siempre está dispuesta a ayudar.

—Entonces, es la persona con la que necesito hablar.

—Espera aquí. Iré a buscarla —sentenció Jimena, y salió del cuarto de visitas sin esperar respuesta.

Al cabo de algunos minutos, la madre de Expósito regresó con Catalina. En cuanto vio a José, la chica desvió la mirada hacia Jimena y de inmediato la clavó en el suelo.

—No tienes nada que temer, sor Catalina. Solo quiero hacerte algunas preguntas —la tranquilizó el inspector. La joven novicia se limitó a asentir, sin apartar la mirada de las baldosas

de piedra—. ¿Qué sabes acerca de las hermanas que desaparecieron?

Catalina respondió sin levantar la mirada y en voz tan baja, que era casi inaudible.

—A ninguna de las hermanas le sorprendió la desaparición de sor Concepción. Ella… ella no era feliz aquí y muchas veces dijo que quería abandonar esta vida, pero hoy todo cambió. Sor Beatriz nunca se habría marchado sin una buena razón, y luego está lo del confesor. Todas las hermanas tienen miedo y están muy nerviosas.

—¿Y tú? ¿También tienes miedo?

La novicia se encogió de hombros.

—Yo rezo y confío en Dios.

—Tú conoces bien a todas las hermanas, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Qué me puedes decir de ellas?

—Yo no… hablar de ellas sin que estén presentes no estaría bien, señor.

—No es así en esta ocasión, Catalina —intervino Jimena—. No se trata de que las critiques, sino de que colabores con el inspector, para que pueda detener al criminal y devolver la paz al convento.

—¿Tendré que confesarme después? —preguntó la chica, levantando un poco la mirada, en dirección a Jimena.

—Solo si así te sientes mejor.

Catalina encogió un hombro y dejó escapar un suspiro de resignación.

—Está bien, ¿qué quiere saber?

Expósito habló con un tono de voz suave y tranquilizador.

—¿Has visto algo que te haya parecido extraño desde la desaparición de sor Concepción?

La novicia bajó todavía un poco más el volumen de su voz.

—Yo… desde hace algunas semanas he visto a sor Teresa paseando por los pasillos, antes de los maitines. Supongo que no podía dormir. Además…

—¿Además? —la animó el policía.

—Hace un par de semanas la escuché discutiendo con don Luis. Ambos parecían muy enfadados.

—La Madre Superiora y la víctima —repitió José para sí mismo.

Sor Catalina se mordió los labios.

—No es lo único que has visto, ¿verdad? —sentenció Jimena con los ojos entornados.

La joven novicia cambió de posición, revelando su incomodidad.

—También… también… en una ocasión entré en la oficina de Administración, para cumplir un recado de sor Teresa, y sor María escondió algo que tenía en la mano.

—La administradora del convento —precisó el inspector.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —le dijo Jimena a la chica con una sonrisa consoladora.

—¿Hay algo más? —preguntó José.

La novicia sacudió la cabeza.

—Te agradezco mucho tu colaboración —le dijo el inspector—. Debo marcharme para comenzar la investigación cuanto antes, pero me sigue preocupando vuestra seguridad. Si necesitáis hacerme llegar algún mensaje…

—Las novicias tienen más libertad de movimiento para salir del convento —reconoció Jimena—. Si necesitamos hacerte llegar un mensaje, sor Catalina te lo puede llevar.

—Ayudaré en todo lo que pueda —confirmó la novicia.

—Eres muy valiente —la felicitó el policía.

—¿Puedo retirarme?

José hizo un leve gesto de asentimiento.

—Por supuesto —respondió Jimena—. Puedes regresar a tus tareas, hija.

Catalina no se hizo de rogar y desapareció por la misma puerta por la que había llegado. El inspector esperó un tiempo prudencial, antes de volver a hablar.

—¿Estás segura de que es de confianza?

Jimena dibujó una leve sonrisa y asintió.

—Por supuesto.

—Muy bien. En ese caso, no dudes en hacerme llamar con ella si te enteras de algo o si crees que puedes correr algún peligro.

—Descuida, hijo. Concéntrate en tu tarea y no te angusties por mí. Yo voy a estar bien. Encuentra a ese asesino y devuelve la paz al convento. Si alguien puede lograrlo, ese eres tú.

Expósito sonrió ante la confianza que le demostraba su madre, se despidió con un abrazo y se marchó. En cuanto cruzó el portón del sobrio edificio de piedra, lo rodearon los sonidos de la calle que bullía de vida, contrastando con el pesado silencio que acababa de dejar atrás.

Capítulo 11

Leandro e Inocencio tomaron caminos diferentes. Mientras Inocencio se internaba en las callejuelas de la ciudad, el policía sacó las notas que llevaba preparadas. Las cartas no proporcionaban nombres, pero sí encontró un dato del que podría deducir una pista, si era lo bastante listo. Hacía referencia a una de las subastas, que se habría llevado a cabo en una trastienda, hacía dos semanas. «Nos encontraremos el jueves 16, a las veintitrés horas, en el refugio del artesano con manos de madera y ojos de cristal». Así que tendría que buscar a un artesano, y por lógica, la subasta habría tenido lugar en un taller o tienda de artesanía. Pero había docenas en Salamanca. ¿Cómo podía identificar la correcta?

«Manos de madera y ojos de cristal». ¿Qué demonios significaba? No le encontraba ningún sentido. Después de pensarlo por un largo rato, el policía tuvo una idea: tal vez las manos y los ojos no se referían a una persona, sino a una ubicación. El lugar de la subasta. Una tienda de artesanía con ojos de cristal… Entonces, recordó una ocasión en la que había acompañado a su mujer... Ella quería comprar una lámpara de aceite con cristales tintados. El policía hizo memoria: una de las ventanas de la tienda llamaba la atención por sus cristales coloridos. No lo había olvidado, porque le pareció una estrategia astuta para atraer a potenciales clientes. Leandro también recordó que el local estaba repleto de muebles de madera antiguos. «Manos de madera». No podía estar seguro de que su razonamiento fuera correcto, pero era la mejor pista que tenía.

El inspector se encaminó a la tienda y llegó al cabo de pocos minutos. En cuanto entró, lo alcanzó el fuerte olor a cedro y pino, que reforzó sus sospechas de que estaba en el lugar correcto.

—Bienvenido, caballero. ¿Qué puedo hacer por usted? —El hombre que lo recibió era de mediana edad y expresión amable. Su sonrisa se congeló cuando Leandro se identificó—. No lo comprendo. ¿Qué interés podría tener la Policía en mi humilde persona?

—¿Cuál es su nombre?

—Baldomero Núñez, para servir a Dios y a usted.

—Le diré cuál es el motivo de mi visita a su tienda, don Baldomero. Estamos interesados en una reunión clandestina que se celebró aquí, el día 16, a las veintitrés horas.

El rostro de Baldomero perdió todo su color, confirmándole a Leandro que había acertado en sus deducciones.

—Yo… eh… no. Inspector, le juro que yo no hice nada malo —Baldomero comenzó a frotarse las manos con desesperación—. Solo… solo alquilé la trastienda a un caballero por un par de horas. Quería reunirse con algunos amigos en privado y me pagó bien. No… no tenía idea de que la reunión fuera clandestina.

—¿Ese caballero le dijo su nombre?

—No, señor.

—¿Cuánto le pagó?

—Ciento cincuenta pesetas.

—¿Esa cantidad de dinero no le hizo sospechar que se trataba de una oferta turbia?

—Compréndalo, inspector —le suplicó el tendero con voz temblorosa—. La situación es difícil… El alquiler de este local se lleva casi todas las escasas ganancias de mi negocio. Ciento cincuenta pesetas cubrieron varios meses de alquiler y me permitieron adquirir mercancía de calidad, que puede atraer clientes con mejor capacidad para comprar. Era solo una noche. Fue una oferta tan tentadora, que no pude negarme. No creí que estuviese haciendo nada incorrecto.

—Pues me temo que se involucró con una banda de ladrones de arte.

—Yo… yo… ¿me arrestará? —preguntó Baldomero con voz llorosa— ¿Iré a la cárcel?

—Eso dependerá de usted. Si colabora y nos ayuda a atrapar a estos sujetos, podríamos considerar su situación.

—¡Por supuesto, inspector! Colaboraré en todo lo que sea necesario.

—Muy bien. Lo primero que debe hacer es acudir ahora mismo a la comisaría y preguntar por el subinspector Soteldo. Le contará todo lo que sabe, sin omitir ni un solo detalle.

—Sí, señor.

—También se reunirá con el dibujante de la Policía, y le describirá al hombre que le alquiló la trastienda lo mejor que pueda.

—Sí, señor.

—Si cuando regrese a la comisaría, no encuentro su declaración y el retrato de ese delincuente, vendré a buscarlo con dos agentes, para que duerma esta noche en una de nuestras celdas. Y será mejor que no intente salir de la ciudad, porque le juro que lo encontraré dondequiera que se esconda.

—No… nunca intentaría burlar a la Ley, inspector. Colaboraré todo lo posible con usted.

—Por su bien, eso espero. ¿Encontró algún rastro cuando limpió la trastienda, después de la reunión?

—No, señor. Ahora que lo menciona, todo estaba intacto al día siguiente. Como si no hubieran utilizado el local.

—Quiero verlo por mí mismo.

Con un asentimiento, el tendero condujo al inspector hasta la trastienda. En el amplio espacio se apilaban muebles y objetos que necesitaban reparación, antes de ser expuestos para la venta. En un primer momento, Leandro no vio nada que le llamara la atención. Sin embargo, llevó a cabo una inspección más cuidadosa, comprobando bajo la mercancía y en los rincones. Junto a la puerta encontró algunos restos de tierra. Por suerte, quien se ocupaba de limpiar la tienda no era muy eficiente en su labor. Leandro frotó una pequeña muestra de la tierra entre sus dedos y sintió una textura granulada, más gruesa de lo que esperaba. El policía usó una hoja de papel que le proporcionó el tendero, para recoger toda la tierra que pudo. Después de doblar el papel con cuidado, lo envolvió en su propio pañuelo y lo guardó en el bolsillo.

—Esto será todo por el momento —le dijo el inspector al asustado tendero—. Cierre la tienda y cumpla con las instrucciones ahora mismo.

—Lo que usted ordene, inspector.

Leandro salió del local, seguro de que Baldomero obedecería de inmediato. Esperaba que el tendero fuera buen fisonomista. El policía comenzó a sentirse un poco más optimista. Si la tierra que llevaba en el bolsillo provenía de las obras de arte robadas o de los zapatos de los ladrones, era posible que un buen geólogo pudiera darle una pista acerca del lugar donde las almacenaban. El policía encaminó sus pasos en dirección a la Universidad de Salamanca. Si en algún lugar podían ayudarle con ese reto, sería allí.

Mientras Leandro seguía su única pista, Inocencio se internaba en el laberinto de callejuelas en las que había crecido. Encontró a El Orejillas en la taberna que solía frecuentar.

«El rincón del zorro» no dejaba lugar a equivocaciones. La pintura desconchada y cubierta de moho de su fachada, así como el letrero casi borrado por el sol y la lluvia, proporcionaban una idea cierta de lo que el potencial cliente encontraría en su interior. Inocencio empujó la puerta de madera, que amenazaba con desmoronarse de un momento a otro. De inmediato lo rodeó el olor a humedad y tabaco rancio. Las paredes pedían a gritos una mano de pintura y los tablones del suelo crujieron bajo sus botas. A pesar de la escasa iluminación, Inocencio localizó a El Orejillas en la mesa del fondo.

Su antiguo amigo de correrías tenía su atención en una jarra de cerveza de tamaño considerable. Inocencio se encaminó hacia él, atravesando por delante del corpulento tabernero y de una mesa ocupada por cuatro hombres que jugaban a las cartas, apostando fuerte. Su paso fue seguido por miradas hoscas, hasta que tanto los jugadores como el tabernero comprobaron que el interés del joven desconocido estaba centrado en el ocupante de la última mesa.

El sonido de sus pasos alertó a El Orejillas, quien por reflejo llevó la mano al bolsillo en busca de su navaja. En cuanto reconoció a Inocencio, se relajó y volvió a centrarse en su cerveza, olvidando la navaja.

—Hola, Rubito. Hacía tiempo que no te dejabas ver por aquí. Te has olvidado de tus viejos amigos.

—Sabes que eso no es cierto, Orejillas —replicó Inocencio, sentándose frente a su amigo.

—Claro que lo es. Desde que tú y José, El Ardilla, os pasasteis al bando de los polis y vivís en esa posada tan elegante, ya no os acordáis de los que seguimos en las calles.

—Por supuesto que nos acordamos, Orejillas. Además, también vosotros podéis salir de las calles. Solo tenéis que proponéroslo y encontrar un trabajo honesto.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué trabajas tú? ¿Puedes decírmelo? ¿Acaso te convertiste en poli como El Ardilla?

—Por supuesto que no —respondió Inocencio, con tono ofendido—. Soy el mensajero oficial de la condesa Rocha y su familia.

—¿Y pagan bien?

—No mucho, pero reconozco que dispongo de bastante tiempo libre.

—No todos tenemos la suerte de conocer a una ricachona con ganas de tirar su dinero —se quejó El Orejillas.

—En fin, cada uno en lo suyo. No he venido a decirte cómo tienes que llevar tu vida, Orejillas.

—Pues, ¡qué alivio! ¿Qué es lo que quieres?

Inocencio miró a su alrededor. Los jugadores estaban concentrados en sus cartas y el tabernero había desaparecido. Con toda probabilidad, estaría en la bodega, bautizando el vino. Aun así, Inocencio bajó la voz, para explicarle la situación a su antiguo compañero y preguntarle acerca de lo que se escuchaba en las calles, con respecto de La Sombra. Cuando Inocencio concluyó, El Orejillas se apoyó en el respaldo de la silla y bebió un largo sorbo de su cerveza.

—Algo he escuchado, pero tiene un precio —Inocencio ya estaba preparado, así que deslizó dos pesetas sobre la mesa. El Orejillas las hizo desaparecer en el mismo bolsillo donde guardaba la navaja—. En las calles se habla de mercancía especial. Solo para gente muy fina. Se rumorea que de vez en cuando organizan subastas secretas.

—¿Quién?

El Orejillas negó con la cabeza.

—Eso nadie lo sabe, pero por las cantidades que se mueven allí, debe ser gente de muy arriba.

—¿Dónde se llevan a cabo esas subastas?

—Por lo que se dice, cambian de lugar con frecuencia. Casas, habitadas o no, tiendas, talleres, graneros y hasta establos. Pagan bien por una noche, y encuentran mucha gente dispuesta a recibir una buena cantidad de dinero por ceder parte de su propiedad durante una noche, sin hacer muchas preguntas.

—¿Cuántas personas están involucradas?

El Orejillas se inclinó hacia adelante y le hizo gestos al tabernero para que le llevara otra cerveza.

—Eso tendréis que averiguarlo tus amigos polis y tú.

Inocencio soltó un suspiro de resignación.

—De acuerdo, pero mantente atento y si escuchas algo más, hazme llamar.

—Eso también tiene un precio.

—Me he regenerado, pero no me he convertido en gilipollas, Orejillas. Si consigues más información y vale la pena, te la pagaré. Mientras tanto, disfruta tu cerveza.

Sin esperar respuesta, Inocencio se levantó, dio una suave palmada a la mesa a modo de despedida y abandonó el bar. Las siguientes horas las pasó ocupado, visitando a otros viejos amigos, pero no encontró más respuestas de las que ya tenía. La Sombra y sus cómplices sabían moverse por Salamanca sin dejar mucho rastro. Y no reclutaban a sus colaboradores entre los pequeños delincuentes de la ciudad, lo cual dejaba fuera de su ámbito a los antiguos conocidos de Inocencio.

Las campanadas de la catedral le anunciaron la hora de la comida, a la vez que sus tripas. Ya había agotado todas sus fuentes de información, así que lo más prudente sería llenar la andorga. Aunque todavía era temprano para reunirse con Leandro, la promesa de un plato caliente lo animó a guiar sus pasos de regreso a la posada San Marcos.

Inocencio comenzó a salivar en cuanto cruzó el umbral del albergue y lo recibió el olor inconfundible del cocido. Se apresuró en llegar al comedor. Aunque casi todas las mesas ya estaban ocupadas, el amplio espacio estaba sumido en el silencio. Cada uno de los huéspedes estaba centrado en su plato y nadie parecía muy dispuesto a distraerse de la tarea de vaciarlo.

En su mesa habitual se encontraba Cipri, ocupado en la misma tarea que el resto de los comensales. Inocencio se sentó a su lado y lo saludó con una palmada en el hombro. Después de decidir que podía satisfacer su apetito, mientras aguardaba la llegada de Leandro, el joven hizo un gesto hacia don Pancho para que le llevara su plato de cocido. Esperaba que el inspector hubiera tenido mejor suerte que él en sus indagaciones.

Capítulo 12

Cipri seguía concentrado en su plato de cocido, mientras Inocencio aguardaba que llegara su comida. El chiquillo mantenía la mirada baja y un silencio que no era habitual en él.

—Has venido a comer temprano hoy, Cipri.

—Sí, es que olvidé mi bocadillo de media mañana. Por eso decidí venir a comer antes. Regresaré al establo en cuanto termine.

Don Pancho llegó con el plato de Inocencio y lo depositó frente a él. El chico se frotó las manos.

—¡Esto huele que alimenta!

Cipri se encogió de hombros.

—Está muy bueno. Como siempre.

Inocencio cogió la cuchara y observó a su amigo con el ceño fruncido.

—¿Qué te ocurre, Cipri? Te veo muy desanimado. ¿Sigues preocupado por no poder participar en la carrera de Aldehuela del Río?

El chiquillo hizo una mueca con los labios y bajó aún más la mirada.

—Ya he aceptado que no puedo participar. Tú mismo me lo confirmaste.

—No sabía que fuera tan importante para ti.

—En cualquier caso, da igual. Es imposible que pueda competir contra jinetes experimentados.

—Jinetes experimentados… —repitió Inocencio—. ¡Eres genial, Cipri! Acabas de darme una idea.

—¿Qué?

Con renovado entusiasmo, Inocencio convenció a Cipri de que dejara el resto de su cocido y él mismo renunció al suyo.

—No hay tiempo que perder. ¡Vamos!

—¿Adónde?

—Ya lo verás.

—Pero ¿y tu comida?

—Ya tendré tiempo para eso después. Esto es más importante.

Inocencio se levantó de la mesa y cruzó el comedor en dirección a la salida. Cipri lo siguió con el desconcierto pintado en el rostro. Una vez en la calle, los rodearon los sonidos de la ciudad en plena ebullición. El sol arrancaba destellos dorados a las piedras calizas de los edificios, dando la sensación de que la ciudad fuera de oro. Una suave brisa los acompañó en su recorrido.

Cipri se esforzaba en alcanzar a Inocencio y sus largas zancadas. Ya casi habían llegado al límite de la ciudad, cuando el chaval se atrevió a protestar.

—¿Adónde vamos, Inocencio? Tengo que regresar al establo o llegaré tarde al siguiente turno.

—No te preocupes, Cipri. Valdrá la pena. Ya compensarás con alguna hora extra, si es

necesario. Te prometo que no te arrepentirás.

Confiando en su amigo, el chaval continuó avanzando a su lado sin más protestas. Encontraron su destino cerca del límite de la ciudad.

A pesar de su decadencia, la mansión se alzaba solitaria e imponente. Las rejas oxidadas, la pintura desconchada de sus paredes y las altas hierbas del jardín, no sorprendieron a Inocencio.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Cipri—. Este lugar está abandonado.

—Es lo que parece, pero no. Quiero presentarte a alguien.

Cipri enarcó las cejas sin decir nada y a pesar de sus dudas, se mantuvo junto a su amigo. Subieron las escaleras y los alcanzó el olor del moho que invadía las paredes. usando la aldaba, Inocencio golpeó la puerta con decisión. La voz que respondió se escuchó firme y enfadada.

—¡Ya voy! ¿Quién molesta?

El chirrido de los goznes acompañó al movimiento del pesado portón. El anciano de aspecto frágil y ojos vivaces que apareció en el umbral los miró con el ceño fruncido. Entonces, reconoció a Inocencio y enarcó las cejas.

—¡Ah, eres tú, Inocencio! ¿A qué se debe tu visita esta vez?

—Don Ernesto, he venido porque quiero presentarle a un amigo.

El anciano dirigió una rápida mirada a Cipri y luego volvió a centrarse en Inocencio con el ceño fruncido.

—No sé a qué viene esto. Te tengo una consideración especial, porque ayudaste a salvar a los caballos de la ciudad de aquella banda de ladrones, y por eso te ganaste mi respeto, pero debes saber que no me siento cómodo con la compañía de nadie. Ni siquiera la tuya o de tus amigos.

—Será mejor que nos marchemos, Inocencio —dijo Cipri, bajando la mirada—. Estamos molestando.

Don Ernesto centró su atención en el chiquillo, sin cambiar su expresión.

—Lo lamento, chaval. Sé que soy un viejo cascarrabias, pero no puedo evitarlo. Prefiero estar solo.

—Escuche, don Ernesto —intervino Inocencio—. Creo que esto le va a interesar.

Antes de que el anciano pudiera protestar, el joven le habló acerca de la carrera, el sueño de Cipri de participar y los problemas que enfrentaba para conseguirlo. Le dijo que trabajaba en un establo como mozo de cuadra. También le comentó acerca de la habilidad y la pasión que Cipri sentía por los caballos. Una pasión que don Ernesto compartía. El viejo jinete escuchó en silencio, parpadeando de vez en cuando. Entonces, centró su atención en Cipri.

—¿Alguna vez has montado, chaval?

El chico respondió con timidez.

—Sí, señor. Crecí en una ganadería y mi padre me enseñó a montar, pero un toro lo corneó cuando yo era muy pequeño. Después de que él murió, solo pude acercarme a los caballos para atenderlos.

—Ya veo. Pasad.

Los chavales entraron. El interior de la casa lucía tan deteriorado como el exterior. Nada había cambiado desde la última visita de Inocencio. Don Ernesto los condujo al salón y los invitó a sentarse frente a él.

—¿Qué edad tienes, Cipri?

—Trece años, señor —El chico enderezó la espalda con orgullo—. ¡Estoy a punto de cumplir catorce!

—Ya veo. ¿Y estás dispuesto a trabajar duro?

—Por supuesto, señor —respondió el chaval con una chispa en los ojos.

—Debes saber que si acepto entrenarte, no será para que compitas, sino para que ganes. Y eso significa que tendrás que llegar a ser un jinete excepcional en solo tres semanas. No será fácil. ¿Estás dispuesto?

El chico desplegó una amplia sonrisa.

—Sí, señor. ¿Me entrenará?

Don Ernesto se quedó pensativo por un momento.

—¡Diablos! ¿Por qué no? Sigue mis indicaciones y tus competidores no sabrán qué fue lo que pasó. ¿Dispones de un buen caballo?

Cipri se desinfló un poco y miró a Inocencio, en busca de una respuesta.

—Tú no te preocupes. Si José te pone algún impedimento, yo lo convenceré de que te permita montar a Macabeo —le prometió Inocencio. Entonces, se volvió hacia don Ernesto—. Cuenta con un espléndido potro.

El viejo jinete se contagió con el entusiasmo de los chavales.

—Perfecto. Entonces, no se diga más. En cuanto os vayáis, cortaré las malas hierbas del jardín, para convertirlo en un campo de entrenamiento. Nos queda muy poco tiempo, así que tendremos que comenzar hoy mismo. Ven con tu caballo esta misma tarde, después de tu trabajo en el establo.

—Sí, señor. Le prometo que seguiré todas sus instrucciones y me esforzaré en ser el mejor jinete de Salamanca.

Por primera vez desde que Inocencio lo conocía, don Ernesto desplegó una sonrisa.

—Me gusta tu actitud, chaval. Yo mismo me ocuparé de inscribirte en la carrera. Tú solo debes centrarte en aprender.

Capítulo 13

Después de la entrevista con la novicia, José salió del convento, decidido a investigar más a fondo a la víctima y a las monjas que sor Catalina había señalado. Era su mejor oportunidad para encontrar pistas que esclarecieran aquel turbio asesinato. Sin embargo, sabía que a las autoridades eclesiásticas no les gustaba que los laicos metieran las narices en sus asuntos, así que primero tendría que garantizar la colaboración de la Santa Iglesia.

En cuanto llegó a la comisaría, José se encaminó al despacho del comisario Holguín, quien lo recibió de inmediato y lo escuchó en silencio, sin disimular su preocupación. Cuando el inspector terminó su exposición, don Carlos se apoyó en el respaldo de su silla y sacudió la cabeza.

—En cuanto la novicia vino a dar el aviso de que necesitaban nuestra ayuda en el convento, comprendí que lo que estaba ocurriendo era grave y que exigiría toda nuestra atención. Por eso le asigné el caso de La Sombra a Rodríguez.

Expósito suspiró con alivio.

—Gracias, comisario. Era una de las solicitudes que le iba a hacer. Quiero ocuparme de encontrar a este asesino, antes de que vuelva a cometer un crimen.

—Algo me dice que no es lo único que quieres.

El tuteo por parte del comisario le dio al inspector la medida de la preocupación de su superior.

—Tiene razón, señor. En vista de las declaraciones de sor Catalina, mi primer paso debe ser investigar a la víctima y a las dos monjas que ella mencionó. Son mis mejores sospechosas.

Holguín rechinó los dientes.

—Extraña situación esta, pero tienes razón. Le escribiré una carta al obispo, para que colabore contigo y te facilite la investigación. Si quieres acceder a la información que necesitas, necesitarás todo el respaldo posible.

Sin más demora, el comisario redactó una carta dirigida al obispo, con letra grande, redondeada y legible, secó la tinta con arena y le entregó el documento a su subalterno.

—Atrapa pronto a ese sujeto, José. Antes de que este asunto se nos vaya de las manos.

—Sí, señor.

Después de asegurarse de que la tinta estaba seca, el inspector dobló con cuidado el documento y lo guardó en uno de los bolsillos internos de su chaqué.

—Lo mantendré informado, señor.

—Cuento con ello, hijo.

Expósito salió del despacho de Holguín y de la comisaría, sintiéndose más seguro. Esperaba que esa carta le abriera las puertas a secretos que permanecían ocultos. Encaminó sus pasos en dirección al obispado de Salamanca, en la calle Rosario.

El edificio de arquitectura renacentista se erguía imponente, con sus muros de piedra dorada que reflejaban la luz del sol, resaltando su grandeza. El amplio terreno sobre el cual se asentaba estaba rodeado por una alta reja de hierro, forjada con detalles intrincados. En la

majestuosa fachada, los grandes ventanales arqueados y decorados con vitrales coloridos atraían la mirada, y el rosetón gótico, junto con el escudo de la diócesis que coronaba la entrada, remataba la imponente estructura.

José cruzó los enormes portones y se internó en el obispado. Se encontró inmerso en un silencio profundo y reverencial, solo roto por el eco de sus botas sobre el mármol pulido. Un eco que resonaba en las paredes revestidas con paneles de madera oscura, cubiertas por pinturas de santos y obispos ilustres. Lo alcanzó el olor denso y penetrante, un poco amargo y vegetal, que provenía de las lámparas alimentadas con aceite de oliva.

El inspector le preguntó por el obispo a uno de los sacerdotes con los que se cruzó. El religioso le indicó cómo llegar a su despacho. Siguiendo sus instrucciones, Expósito subió por la escalera de mármol de amplios escalones y recorrió el pasillo, hasta alcanzar el despacho del obispo.

La antesala estaba ocupada por un escritorio de madera oscura y solo adornada por un crucifijo en la pared del fondo. En ella se imponían los olores de la tinta y el papel. Un sacerdote que ya había sobrepasado la mediana edad se encontraba ocupado en sus tareas administrativas, pero levantó la mirada en cuanto sintió la presencia del policía.

—¿Puedo ayudarlo en algo, caballero?

El clérigo palideció cuando José se presentó y le explicó en pocas palabras el motivo de su presencia. También sacó del bolsillo el documento que le había proporcionado el comisario, y le informó al secretario que se trataba de una autorización.

—… como comprenderá, es un asunto urgente que no puede esperar por una cita —concluyó el policía.

—Aguarde un momento, por favor.

El sacerdote se acercó a la puerta del despacho y la golpeó con suavidad. Después de recibir el permiso del obispo, desapareció por algunos segundos y regresó, para darle paso al policía.

—El obispo lo recibirá de inmediato, inspector.

Expósito le agradeció al sacerdote su buena disposición a colaborar y entró al despacho. Contrastando con la austeridad de la antesala, la oficina del obispo era espaciosa y muy bien iluminada. Los ojos del policía se centraron de inmediato en el hombre que ocupaba el robusto escritorio de madera oscura. Su aspecto bonachón contrastaba con la autoridad que ejercía.

—Adelante, inspector. Siéntese, por favor. El padre Valdés me informó acerca del preocupante motivo de su visita. Me sorprende que la Madre Superiora del convento no me haya avisado de inmediato de lo que estaba ocurriendo, pero comprendo que los acontecimientos han sido impactantes para ella y el resto de las hermanas. Y en esas circunstancias no se razona con lógica ni sabiduría.

José se preguntó si esa omisión habría sido consecuencia del desconcierto o tendría algún otro motivo. Todavía no sabía lo suficiente para llegar a una conclusión, así que decidió no compartir sus dudas con el obispo.

—Es usted muy comprensivo, señor obispo.

—Mi secretario mencionó una autorización de su comisario.

Expósito le entregó la nota de don Carlos. El obispo la leyó sin prisas y asintió.

—Lo que solicita su superior es razonable. Como comprenderá, somos los primeros interesados en que se descubra al responsable de alterar la paz del convento y por supuesto, ayudaremos de la mejor forma posible. Le enviaré instrucciones a la Madre Superiora, para que también colabore con las autoridades en todo lo que sea necesario. Sin embargo, confío en su

discreción.

—Llevaré esta investigación de la forma más prudente que pueda, Excelencia —prometió José—, pero no creo que sea posible que no trascienda la noticia.

—Sí, claro. Eso lo comprendo. Y no será fácil contener el escándalo, pero le ruego que sea cuidadoso en sus procedimientos.

—Por supuesto, Excelencia.

—¿Qué necesita de nosotros?

—Acceso a sus archivos, Excelencia. Debo encontrar información acerca de don Luis, así como de algunas de las religiosas relacionadas con lo que ocurrió.

—¡No estará sugiriendo que una de las hermanas fue la responsable de tan horrendo crimen!

José se removió en el asiento, mientras buscaba las palabras más apropiadas para responder.

—Excelencia, el convento es un lugar cerrado a cal y canto. Las probabilidades de que la persona responsable de la desaparición de las hermanas y el asesinato del sacerdote provenga del exterior, me temo que son muy escasas. No quiero ser ofensivo, pero si quiero hacer bien mi trabajo, debo considerar la posibilidad de que la persona que estoy buscando sea una de las religiosas.

El obispo cogió aire, al mismo tiempo que cerraba los ojos.

—Comprendo. Y a mi pesar, supongo que debo reconocer que tiene razón. Autorizaré su investigación.

El prelado cogió papel y una plumilla para redactar el documento que abriría las puertas a los secretos de los archivos del arzobispado. También le dio una recomendación para los sacerdotes que compartían residencia con el confesor.

Después de secar la tinta, le entregó los documentos al policía.

—Muéstrele esta autorización a don Francisco, el hermano bibliotecario, y él le proporcionará la información que necesite.

—Muchas gracias, Excelencia. Y cuente con mi discreción.

—Confío en usted, inspector.

Expósito salió del despacho del obispo un poco más animado, y le preguntó al secretario cómo llegar hasta el Archivo Diocesano. Siguiendo las instrucciones del sacerdote, José alcanzó la puerta de madera tallada que estaba buscando. En cuanto la abrió, se encontró en una amplia sala silenciosa, llena de estanterías que llegaban hasta el techo, repletas de volúmenes encuadernados en cuero con letras doradas. Predominaba el olor a tinta y papel viejo, propio de las bibliotecas. El hermano bibliotecario era un sacerdote de mediana edad, que permanecía sentado a una de las mesas, concentrado en un misal. Levantó la mirada en cuanto escuchó el chirrido de los goznes de la puerta.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó, sin disimular su sorpresa.

Obedeciendo a la discreción solicitada por el obispo, el inspector se abstuvo de identificarse como policía. Solo le comunicó que necesitaba información sobre algunos religiosos de la diócesis y que para ello disponía de la autorización del obispo. Las cejas del bibliotecario se enarcaron, pero no puso ninguna objeción. Le pidió a José que ocupara una de las mesas y tomó nota de los nombres de los archivos que tendría que encontrar. Minutos después, don Francisco regresó con tres pesados libros, que depositó sobre la mesa con un respeto reverencial.

—Aquí los tiene, señor Expósito. Son los registros de los años en los que tomaron los

hábitos las personas en las que usted está interesado.

El tono del bibliotecario no escondió su desconcierto y desagrado ante la orden de su superior. José lo ignoró y se dispuso a descubrir los secretos detrás de los nombres que se relacionaban con ese caso. Religiosos o no, él estaba detrás de un asesino y no descansaría hasta detenerlo.

Capítulo 14

Al igual que Inocencio, Leandro tampoco había tenido una jornada productiva. Ninguno de sus informantes habituales pudo proporcionarle datos significativos acerca de La Sombra o los objetos robados. No tenía duda de que la información de las cartas interceptadas era cierta, pero el ladrón había demostrado una gran astucia y una enorme capacidad para pasar desapercibido. De ahí su alias.

El policía consideró sus opciones. La Sombra no era un pequeño ratero. Las cantidades de dinero que pasaban por sus manos eran respetables. A menos que guardara sus ganancias bajo el colchón, tendría que existir un rastro de esas transacciones ilegales. El dinero no era fácil de ocultar, así que Leandro decidió tratar de seguirle la pista. Con esta idea en la cabeza, se encaminó al Banco Centro Salamanca, el más importante de la ciudad, donde llevaría a cabo su siguiente indagación.

El inspector se dirigió a la calle Rúa Mayor, donde se encontraba la sede principal de la institución. El edificio se reconocía con facilidad por la elegancia de su fachada neoclásica, con sus columnas flanqueando la entrada principal. Las paredes de piedra caliza eran de un blanco inmaculado, que reflejaba la luz del sol.

Cuando cruzó el umbral, Leandro se encontró en un vestíbulo amplio y luminoso. El techo abovedado hizo que sus pasos resonaran sobre el suelo de mármol pulido, mezclándose con el eco del murmullo de los clientes. El amplio vestíbulo olía a cera para pisos. El policía se acercó al mostrador de atención al cliente, que se extendía a lo largo de una de las paredes. Allí, dos empleados, vestidos con elegancia, se mantenían atentos a las necesidades de los clientes. Leandro se acercó al primero de ellos que se desocupó.

—¿En qué puedo serle útil?

El inspector se identificó y las cejas del joven se enarcaron. Antes de que el empleado pudiera expresar su desconcierto, el policía le aclaró que acudía en busca de ayuda para una investigación.

—Necesito entrevistarme con el director general del banco.

—El señor Olmedo —respondió el empleado, un poco más sosegado—. Se encuentra en su despacho. En el segundo piso.

Leandro le agradeció al joven por su colaboración y recorrió el vestíbulo hasta el fondo, donde una amplia escalera de mármol con una balaustrada de hierro forjado conducía a los pisos superiores. Recorrió el pasillo alfombrado, y se sintió vigilado por las miradas escrutadoras de los retratos que se encontraban alineados a lo largo del corredor. Se trataba de una larga lista de antiguos directores, que daba fe de la solidez y la trayectoria del banco.

El inspector llegó hasta una sólida puerta de roble que identificó como la oficina del director, gracias a la placa dorada junto al marco. Golpeó la puerta para anunciar su presencia y entró, sin esperar a ser invitado. La antesala era amplia y decorada con elegancia. El secretario, que ocupaba un escritorio de caoba en el centro, levantó la mirada hacia el intruso y frunció el ceño.

—Caballero, esta zona está restringida a los clientes. Y el director no recibe sin cita.

—Tendrá que hacer una excepción —sentenció Leandro, al mismo tiempo que le enseñaba su identificación—. Policía.

Los ojos del secretario se abrieron como si quisieran salir de sus órbitas.

—Yo… Eh… Le consultaré a don Rafael.

El empleado entró en el despacho, después de anunciarse, y al cabo de pocos segundos, regresó para darle paso al visitante. Leandro cruzó el umbral y se encontró con una habitación aún más opulenta, con el suelo tapizado por una alfombra de diseños intrincados, y cuyo centro se encontraba ocupado por un imponente escritorio de caoba tallada. Lo alcanzó una mezcla de olores a aceite de almendras, tinta y tabaco de pipa.

Don Rafael Olmedo lo recibió con una sonrisa, se levantó de su silla, y después de estrecharle la mano, lo invitó a sentarse frente a él. Sus ojos se clavaron en el policía con una mirada escrutadora. Se trataba de un hombre de mediana edad, de apariencia distinguida y sofisticada.

—Mi secretario me informó que usted es inspector de la Policía, don…

—Leandro Rodríguez.

—¿Qué puedo hacer por usted, inspector Rodríguez?

En pocas palabras, Leandro le explicó a don Rafael en qué consistía el caso que investigaba y cuál era la ayuda que necesitaba de él. El banquero lo escuchó con atención sin interrumpirlo, hasta que el policía concluyó su exposición:

—… por eso estoy seguro de que seguir el rastro del dinero nos puede conducir a identificar a La Sombra.

—Es sorprendente que un delincuente como ese pueda vivir en Salamanca sin que nadie lo haya sospechado, hasta que aparecieron esas cartas.

—Nos enfrentamos a un adversario muy inteligente y astuto.

—Sin duda alguna. Por supuesto que puede contar conmigo para que colabore en lo que sea necesario. Detener a ese ladrón redundará en beneficio de la seguridad de todos. ¿Cómo puedo ayudarlo?

—Por las manos de La Sombra pasan grandes cantidades de dinero. Suficiente para sospechar que no lo conserva en efectivo. Eso significa que debe estar empleando algún método para blanquearlo y hacerlo entrar en el sistema bancario, sin que nadie sospeche. Necesitaremos su colaboración para rastrear estos movimientos.

Don Rafael entornó los ojos.

—¿La información de la que dispone lo condujo a este banco, inspector?

—No, don Rafael. Debo reconocer que todavía no tenemos ningún indicio al respecto. Decidí comenzar por su banco, porque es el más importante de Salamanca y por lo tanto, es probable que el dinero de La Sombra haya pasado por sus arcas en algún momento.

—Comprendo —don Rafael tamborileó sobre la mesa y se quedó pensativo, antes de volver a centrar la mirada en el policía—. Inspector, lo que me está pidiendo implicará horas de trabajo de uno o dos de nuestros empleados, por un tiempo indeterminado y sin tener la certeza de conseguir resultados. Sin embargo, entiendo su situación y soy un hombre de palabra. Prometí colaborar y lo haré.

—No sabe cuánto se lo agradezco, don Rafael.

—Lo considero mi deber ciudadano. Ordenaré una auditoría. Tendremos que revisar los registros de todas las transacciones, para buscar cualquier irregularidad o patrón sospechoso. También verificar la autenticidad de las firmas en los cheques y documentos. Sin embargo, debe

tener en cuenta que no existe la certeza de que ese ladrón sea uno de nuestros clientes.

—Soy consciente de ello, don Rafael. Es posible que durante la investigación surjan más indicios al respecto.

El banquero se recostó en el respaldo de su asiento.

—Alertaré a los demás banqueros de la ciudad, para que también lleven a cabo auditorías en sus bancos. Es importante que descubramos esas transacciones fraudulentas, si en realidad existen. El dinero mal habido perjudica a todo el sistema financiero.

Leandro sonrió, sin disimular su satisfacción.

—Eso será de gran ayuda, don Rafael. Nos permitirá acorralarlo.

Olmedo se puso de pie. Leandro lo imitó.

—En ese caso, no hay tiempo que perder. Le daré la orden a mi secretario para que comiencen la auditoría y yo visitaré a mis colegas ahora mismo. Además, mantendremos un rastreo constante para detectar movimientos sospechosos. Le avisaré cualquier descubrimiento de inmediato.

El policía se despidió del banquero y salió del despacho con energía renovada. Tenía la esperanza de que aquella semilla rindiera frutos.

Capítulo 15

José ya llevaba algunas horas revisando los archivos diocesanos y tomando nota de la información que le interesaba. Había descubierto algunos datos interesantes: la Madre Superiora, cuyo verdadero nombre era Juana Villalobos, era de un pueblo cercano: Colmado de la Reina. El confesor provenía del mismo pueblo. Esta circunstancia y la escasa diferencia entre sus edades, hizo que el policía concluyera que sor Teresa debió conocer a la víctima, antes de que ambos ingresaran a la vida religiosa. Un dato para tener en cuenta y que la Madre Superiora había olvidado mencionar. ¿Qué relación había existido entre sor Teresa y don Luis? El inspector recordó que la novicia los escuchó discutir. ¿Cuál había sido el motivo de esa discusión? ¿Habría sido tan grave como para terminar en un asesinato? ¿Tendría alguna relación con la desaparición de las monjas? Expósito no era capaz de llegar a ninguna conclusión. Le faltaba información.

Por otro lado, sor María, la administradora del convento, era oriunda de la ciudad de Salamanca. José no había encontrado ninguna conexión personal entre ella y el sacerdote asesinado. Sin embargo, eso por sí solo no la descartaba como sospechosa. Que hubiera escondido un objeto al ser sorprendida en su despacho, daba qué pensar. ¿Qué era lo que la hermana administradora tenía que ocultar? ¿Tal vez sor María le hizo partícipe de algún oscuro secreto al confesor, en un momento de debilidad, para luego arrepentirse? Expósito tenía que reconocer que ambas sospechosas eran prometedoras, pero tendría que investigarlas, para descubrir si existía un hilo que conectara a alguna de ellas con el crimen.

Una vez recolectada toda la información posible acerca de la víctima y las religiosas, el policía le agradeció al hermano bibliotecario por su colaboración y se despidió. Tenía claro cuál sería su siguiente paso: Necesitaba más información sobre la víctima.

Después de pasar horas en el archivo del obispado, cuando José salió a la calle, agradeció el alivio del aire fresco y la caricia del sol sobre su rostro. La residencia del difunto sacerdote se encontraba muy cerca del convento y dirigió sus pasos hacia allí. Cuando llegó a su destino, se detuvo por un momento frente al edificio. Era una construcción sólida y sobria. Aunque envejecidas por el tiempo, las paredes de piedra conservaban su elegancia. Una pequeña imagen tallada de San Pedro se mantenía vigilante sobre el dintel de la maciza puerta de roble.

José usó la pesada aldaba para anunciar su presencia. Pocos segundos después le abrió un sacerdote muy joven, que no pareció sorprendido por su presencia.

—Bienvenido, hijo. ¿Qué desea? —José se identificó y le mostró la recomendación del obispo. El religioso cerró los ojos como si se encomendara al cielo— Ya esperábamos la visita de la Policía en cualquier momento. ¿Cómo podemos ayudarle?

—¿Esperaban que los visitara la Policía? Entonces, ¿ya tienen noticia de los acontecimientos del convento?

—Sí, inspector. La Madre Superiora nos envió un mensaje con una novicia, en cuanto se descubrió que don Luis... Todavía no lo podemos creer y no comprendemos cómo pudo ocurrir algo tan espantoso en Santa Ana. Rezamos por el alma de nuestro compañero.

—¿Cuántos sacerdotes comparten la residencia?

—Solo éramos don Luis, que en paz descanse, don Diógenes y yo.

—¿Su nombre es…?

—Martín. Martín Perales. Para servir a Dios y a usted. ¿Ya saben quién…?

—Estamos investigando. ¿Cómo era la relación de don Luis con don Diógenes y con usted?

—Manteníamos un trato de respeto y consideración. Nos llevábamos bien.

—La convivencia no suele ser fácil, incluso entre religiosos. A fin de cuentas, somos humanos —argumentó Expósito—. ¿Nunca tuvieron diferencias de opinión o discusiones?

—No, inspector. Don Luis tenía un carácter apacible y colaborador. La convivencia con él era muy fácil.

—Necesitaré hablar también con don Diógenes y revisar la habitación de don Luis.

—Por supuesto, inspector. Acompáñeme, por favor.

El padre Martín dejó pasar al policía y cerró la puerta a sus espaldas. En cuanto cruzó el umbral, José notó la sobriedad y sencillez del ambiente. El aire estaba impregnado con un sutil aroma a incienso, vestigio de las recientes liturgias. La entrada daba acceso a un pequeño recibidor, ocupado tan solo por un paragüero y adornado por un crucifijo. Una puerta proporcionaba intimidad a los habitantes de la casa.

Del otro lado de la puerta, cuatro pasillos rodeaban un patio interno en el que abundaban las macetas con flores. En el centro, una acacia daba sombra a un banco de madera. Allí se encontraba sentado un sacerdote anciano que sostenía un rosario, mientras murmuraba para sí mismo y pasaba las cuentas entre sus dedos. Don Diógenes, concluyó el policía. El sacerdote estaba tan concentrado en sus oraciones, que no advirtió la presencia de los hombres que se le aproximaron.

—Don Diógenes —lo llamó don Martín en voz baja—. Lamento interrumpirlo, pero el inspector quiere hablar con usted acerca de don Luis.

En un primer momento, el anciano continuó concentrado en sus rezos como si no hubiera escuchado. José se disponía a llamar su atención, cuando el sacerdote levantó la mirada y la clavó en él. Al policía le sorprendió la vivacidad de los ojos que lo escrutaron.

—Una oración nunca se debe dejar a medias —comentó, como si hubiera leído la mente de su visitante—. ¿Qué podemos hacer por ti, hijo?

—Perdóneme que lo moleste en un momento tan sagrado, don Diógenes —dijo José con respeto—, pero debo hacerle algunas preguntas sobre don Luis.

—Don Luis. Dios lo tenga en Su Gloria. Lo que le ha ocurrido al pobre Luis es inconcebible, y una demostración de que debemos estar siempre vigilantes frente a las malas artes del Maligno.

—Es por eso por lo que estoy aquí, don Diógenes. Tengo la misión de descubrir quién asesinó a don Luis y por qué, pero necesitaré ayuda.

—Por supuesto, hijo. Puedes preguntar.

—¿Cómo era don Luis? Me refiero como persona.

—¡Ah! —exclamó el anciano sacerdote en un suspiro—. era un alma de Dios. Amable, considerado y muy devoto.

—¿Tenía enemigos? ¿Alguien que le deseara mal?

—Por supuesto que no. Don Luis había dedicado su vida al recogimiento y la oración. Y cumplía su misión como un buen sacerdote.

—Entonces, ¿no sospecha de nadie que quisiera hacerle daño?

—¿Hacerle daño a don Luis? No se me ocurre nadie —sentenció don Diógenes con

firmeza—. Por eso no comprendo qué fue lo que le pasó. La única explicación que encuentro es que estaba en el lugar y momento equivocados, aunque no comprendo cómo pudo pasar algo así dentro del convento.

Expósito asintió, se quedó pensativo por un momento y pasó la mirada por ambos religiosos, involucrando a don Martín en la siguiente pregunta.

—¿Don Luis no les comentó que tuviera algún problema?

Don Martín negó con la cabeza de inmediato, pero fue el anciano quien respondió.

—Don Luis era muy reservado. Hablaba poco y nunca de sí mismo. Sin embargo…

—¿Qué? —Lo animó el policía.

—Debo reconocer que en las últimas semanas lo noté muy nervioso. No me atreví a preguntarle qué le pasaba, pero era evidente que algo le preocupaba.

El inspector asintió. Tendría que averiguar qué era lo que había roto la tranquilidad en la vida del sacerdote asesinado.

—Muchas gracias, don Diógenes. Lo dejo continuar con sus oraciones —Expósito enfocó la mirada en don Martín—. Debo ver la habitación de don Luis.

—Por supuesto, inspector. Sígame, por favor.

El joven sacerdote condujo a José a lo largo de uno de los pasillos y se detuvo frente a una de las puertas, que no se diferenciaba en nada de las demás. Abrió y se hizo a un lado.

—Iré a acompañar a don Diógenes en sus oraciones, inspector. Avíseme si necesita algo.

Expósito asintió y se quedó solo en medio de la habitación. Tal como esperaba, en el cuarto predominaban el orden y la austeridad. Olía a cera de vela y a tinta. El mobiliario lo componían una cama, un escritorio y un armario.

José miró a su alrededor, escrutando cada detalle. Las paredes estaban adornadas con cuadros de imágenes religiosas y había un crucifijo sobre la cabecera de la cama. Todo muy previsible.

El inspector comenzó a registrar la habitación con minuciosidad. En el armario solo había sotanas y una capa de lana para el invierno. Encima del escritorio, apilados en una esquina, encontró una biblia y algunos libros sobre teología.

Una lámpara de queroseno atrajo su atención. José retiró el cristal y revisó el interior del candil. Su mirada se centró en un pequeño trozo de papel que no se había quemado por completo, y que sobresalía de la base de metal. Tenía algo escrito.

Expósito sacó una lupa de su bolsillo y se acercó a la ventana. Entonces, pudo leer la palabra «peligro» y la parte superior de una «t», que pertenecía a un texto que había ocupado la línea inferior. ¿Convento?

Sin saber qué pensar, José continuó su registro de la habitación. Notó que había algo dentro de la Biblia: un sobre cumplía la función de marcapáginas. El inspector lo examinó con detenimiento. Era común y corriente, sin remitente ni destinatario. Sin embargo, estaba roto en la solapa. ¿Había contenido un anónimo? El policía centró su atención en la Biblia, justo en la página que marcaba el sobre. Se trataba del libro de Proverbios y uno de los versículos estaba subrayado:

Proverbios 27:12. «El prudente ve el peligro y lo evita; el inexperto sigue adelante y sufre las consecuencias».

De nuevo la palabra «peligro». El fragmento quemado, el sobre sin remitente, el pasaje bíblico y el nerviosismo del sacerdote que había notado don Diógenes, le hicieron comprender al policía que don Luis había recibido un anónimo con algún tipo de amenaza o advertencia. Ahora debía averiguar el motivo de todo aquello.

Una vez que se dio por satisfecho con el registro, José se despidió de los sacerdotes y salió en busca de su siguiente pista. Era evidente que el propio don Luis había destruido el anónimo y se había esforzado en guardar el secreto, cerrando esa vía de investigación. El inspector meditó acerca de su siguiente paso. En vista de la resistencia que la Madre Superiora mostraba hacia la investigación, así como su indudable relación conflictiva con la víctima, Expósito decidió comenzar por ella. Era posible que no tratara de proteger al convento, sino a sí misma.

Capítulo 16

Expósito se encaminó al establo, con la intención de buscar a Macabeo para trasladarse a Colmado de la Reina, donde esperaba encontrar respuestas sobre sor Teresa y la víctima. Estaba convencido de que ambos ya se conocían antes de tomar los hábitos, y sería determinante para la investigación descubrir cuál era la relación que existía entre ellos.

En cuanto entró a la caballeriza, lo recibió el olor a cuero y sudor de caballo. Cipri se encontraba subido a un taburete, cepillando a una yegua alazana. El chaval enarcó las cejas cuando vio a su tutor y tuvo que sujetarse a la crin de la yegua, para no perder el equilibrio.

—¡Don José! No lo esperaba hoy por aquí. Creí que lo vería más tarde en la posada.

Al inspector le sorprendió la conducta del chico, quien por lo general lo recibía con menos reserva.

—¿Puedes preparar a Macabeo, Cipri? Debo viajar hasta un pueblo cercano.

El chiquillo parpadeó y se bajó del taburete sin demasiada prisa.

—¿Se llevará de viaje a Macabeo, don José?

Expósito enarcó las cejas ante la pregunta.

—Sí, me llevaré a Macabeo. ¿Por qué lo preguntas, Cipri? ¿Acaso Macabeo está enfermo o lastimado?

El chico ya estaba cogiendo la montura del isabelino para ensillarlo.

—No, señor. Macabeo está muy bien. Y estoy seguro de que está deseando hacer un poco de ejercicio. ¿Cuándo volverá, señor?

—Espero regresar esta tarde, Cipri, pero dependerá de cómo evolucione la tarea que debo realizar. Quizá tenga que permanecer fuera uno o dos días.

El chaval bajó la mirada y asintió. Mordiéndose los labios, Cipri comenzó a ensillar al caballo. José entornó los ojos, sin perder detalle de la expresión facial de su pupilo. A pesar de sus esfuerzos, el chiquillo no podía disimular su disgusto. ¿Qué diablos estaba ocurriendo allí?

José se acercó, con suavidad giró a Cipri para que quedara frente a él y se agachó, apoyando ambas manos en los hombros del chiquillo, con la intención de transmitirle confianza.

—¿Qué ocurre, Cipri? ¿Por qué te preocupa que me lleve a Macabeo?

Los ojos del chico se clavaron en su tutor con indefensión. Bajó la mirada y comenzó a mover el pie, apoyado en su punta. Entre titubeos, Cipri le contó a José su sueño de ganar la carrera de Aldehuela del Río, y su plan de entrenar con Macabeo.

—Ahora comprendo. ¿Por qué tienes tanto interés en ganar la carrera?

—Quiero hacerlo por usted, señor.

—¿Por mí?

—Sí, señor. Para poder darle el premio, en agradecimiento por todo lo que ha hecho para ayudarme.

—Cipri, no es necesario que me lo agradezcas. Para mí es suficiente recompensa verte crecer y saber que te convertirás en un hombre de bien.

—Pero yo quiero compensarlo de alguna manera —insistió el chiquillo—. Mi padre me

decía que es de bien nacidos, ser agradecido.

—Tu padre tenía razón, pero la gratitud va más allá de regalos materiales. Tu sola intención ya es suficiente para mí.

—Además, quiero hacerlo por Macabeo.

—¿Por Macabeo?

Cipri irguió la espalda.

—Para demostrar que es el mejor caballo de toda Salamanca.

José miró de reojo al isabelino y dibujó una sonrisa.

—Sospecho que ya lo sabe o al menos, se lo cree.

—Entonces, ¿no me dará su permiso para participar en la carrera, don José?

Expósito lo pensó por un momento y soltó un largo suspiro, antes de hablar.

—Una carrera es una competencia que implica muchos riesgos, Cipri. No quiero desanimarte, pero hace falta mucho más que un buen caballo y entusiasmo. La pericia y el entrenamiento del jinete son fundamentales. Temo que si lo intentas, puedas resultar lastimado.

—Pero… eso ya lo hemos pensado. Y me entrenará un jinete experto. Estaré preparado, don José. Le aseguro que no sufriré ningún daño.

—Espera un momento. ¿Dijiste que lo habéis pensado? —Cipri asintió—. ¿En plural? ¿Tú y quién más?

Las palabras del chico comenzaron a salir atropelladas.

—Eh… Inocencio fue quien sugirió que me entrene don Ernesto, y él aceptó. Íbamos a comenzar esta tarde, con su permiso, claro. Don Ernesto ha ganado muchas carreras y es un gran jinete…

—¡Inocencio! —repitió José—. ¿Por qué no me sorprende que esté detrás de todo este lío?

—Por favor, no se enfade con Inocencio, don José. Él… él solo quiso ayudarme. En cualquier caso, ya no importa. Si usted no me da su permiso y no quiere que monte a Macabeo en la carrera, no podré participar —El chico se volvió hacia el isabelino y continuó la tarea de ensillarlo.

José se irguió, mientras observaba los hábiles dedos de Cipri, preparando la montura para él. No se le escapó el esfuerzo que estaba haciendo el chaval para contener las lágrimas de decepción que pugnaban por salir, y se sintió un canalla. Se preguntó si estaría haciendo lo correcto. ¿Estaba lastimando a Cipri, al tratar de protegerlo?

Quizá la experiencia podría ser beneficiosa para la autoestima del chico. Por otro lado, no confiaba mucho en el buen juicio de Inocencio, pero sabía que nunca respaldaría a Cipri en una aventura que resultara peligrosa para el chiquillo. José volvió a apoyar la mano en el hombro del chaval para llamar su atención.

—Quítale la montura a Macabeo, Cipri. No me lo llevaré. Lo necesitarás para entrenar.

La sonrisa que iluminó el rostro del chaval convenció a José de que había tomado la decisión correcta.

—Entonces, ¿me da su permiso, señor? —Expósito asintió—. ¿Y me permitirá entrenar y correr con Macabeo?

—No podría dejarlo en mejores manos.

Cipri soltó lo que tenía en las manos y saltó sobre José para abrazarlo con fuerza.

—Gracias, don José. Muchas gracias.

El inspector correspondió al abrazo del chico y cuando lo regresó al suelo, le revolvió el cabello.

—Eso sí, debes prometerme que tendrás cuidado y te asegurarás de que estás preparado para el momento de la carrera. Por supuesto que quiero que ganes, pero eso no me preocupa. Lo más importante es que no resultes lastimado.

—Descuide, don José. Seré muy prudente. Y sí, voy a ganar. Pero… si no se lleva a Macabeo, ¿cómo llegará a ese pueblo que necesita visitar?

—No te preocupes. Ya me las arreglaré.

Expósito palmeó con suavidad una de las ancas de Macabeo y salió del establo. Encaminó sus pasos en dirección a la estación de postas, donde podría alquilar un caballo para el viaje.

Minutos después, el inspector recorría los caminos en dirección a Colmado de la Reina, a lomos de un bayo bastante nervioso.

Capítulo 17

Mientras José se encaminaba al cercano pueblo de origen de la Madre Superiora y el confesor, en busca de pistas, Leandro llegó a la posada San Marcos, para intercambiar resultados con Inocencio. El inspector encontró la recepción desierta. Sorprendido, consultó el reloj de péndulo de la esquina y comprobó que era la hora de la comida, así que se acercó al comedor, guiado por el murmullo de voces de los comensales. Los olores culinarios que provenían de la cocina despertaron recuerdos de su infancia.

Cuando entró en el comedor, algunos huéspedes dejaron de lado su comida y su conversación por un momento, para centrar una mirada de curiosidad en el recién llegado. De inmediato volvieron a lo suyo. Leandro paseó la vista por el comedor, hasta que localizó a Inocencio, tan concentrado en el plato que tenía delante, que no había advertido su presencia. El policía se acercó al joven sorteando las mesas, que estaban distribuidas de manera que sacaban el máximo provecho posible del espacio. Inocencio, quien en ese momento rebañaba el plato de cocido con un trozo de pan, levantó la mirada y sonrió.

—Don Leandro. Lo estaba esperando.

—Pues ya veo que aprovechaste bien el tiempo de espera —respondió el policía con una sonrisa, al mismo tiempo que ocupaba la silla frente al joven.

—Hay que llenar la andorga. Además, no sabe cómo se las gasta la mujer de don Pancho en la cocina. Este cocido está de «coge pan y moja».

—Ya veo, ya.

El posadero, siempre atento a las necesidades de sus huéspedes, ya se había acercado a la mesa para recoger el plato vacío de Inocencio.

—Enseguida te traigo tu postre, chaval. ¿Desea comer, inspector? ¿Le traigo el plato del día?

—Le agradezco la oferta, don Pancho, pero no tenemos tiempo. Será suficiente con un café.

—Usted a mandar —respondió el posadero con una sonrisa—. Enseguida se lo sirvo.

Don Pancho recogió el plato de Inocencio, lo puso en una bandeja que ya ocupaban otros platos iguales y se retiró. Leandro esperó a que se alejara de la mesa, antes de hablar.

—¿Pudiste averiguar algo, Inocencio?

El chico apoyó la espalda en el respaldo de la silla y se encogió de hombros.

—Me temo que descubrí menos de lo que hubiera deseado, don Leandro. Solo confirmé que hay objetos valiosos moviéndose en el mercado negro de Salamanca, pero ninguno de mis amigos dispone de información precisa sobre eso. Además, los rumores apuntan a personas importantes, pero ese tipo de gente no se relaciona con mis conocidos, así que no he conseguido más detalles.

Leandro dejó escapar un suspiro que delató su decepción.

—Comprendo, Inocencio. Está bien. Has hecho lo posible.

—¿Usted tuvo mejor suerte?

El inspector sacudió la cabeza.

—Me temo que no. La información de mis contactos es muy parecida a las respuestas de tus amigos: los objetos de arte se han visto en diferentes lugares de Salamanca, lo que sugiere que están escondidos en la ciudad. Sin embargo, nadie tiene noticia de quiénes están detrás. Deduzco que La Sombra y sus cómplices se mueven en esferas diferentes a las que frecuentan los delincuentes comunes de Salamanca.

Inocencio torció la boca en una mueca.

—Eso nos deja ciegos y sordos para descubrir lo que está ocurriendo. ¿Qué hacemos ahora?

Leandro sonrió ante la pregunta del chico.

—Bien, yo tendré que buscar otras vías de investigación. Tú ya hiciste lo posible por ayudarme, Inocencio. No tienes ninguna obligación en este asunto, así que puedes volver a tu coqueteo con la hija del carpintero.

Inocencio enderezó la espalda.

—¡No estará hablando en serio, señor! No me puede dejar así, con la incógnita de qué está pasando. Quiero acompañarlo hasta el final en esta aventura. Podría necesitar mi ayuda más adelante.

—No sabemos a quién nos enfrentamos, Inocencio. Puede ser peligroso.

—Y emocionante —replicó el chico, inclinándose hacia adelante—. Vamos, inspector. Hacemos un gran equipo, y usted lo sabe.

Entre sorprendido y divertido, Leandro enarcó las cejas y continuó exponiendo sus argumentos.

—Además, ya sabes lo que opina el comisario acerca de involucrar civiles en las investigaciones. En especial, si el civil eres tú. Si se entera de que me estás ayudando, más allá de proporcionarme información, pedirá mi cabeza en una bandeja.

Inocencio dibujó una media sonrisa de picardía.

—Ya ha escuchado lo que se dice del perro que ladra…

Leandro se quedó pensativo por un momento, mientras tomaba una decisión.

—De acuerdo, permitiré que me ayudes con las indagaciones, pero si advertimos algún peligro, seguirás mis instrucciones y te apartarás sin discusión.

—¡Palabra de ladrón!

El inspector parpadeó, no muy seguro de cómo interpretar la respuesta. Resignado, suspiró. En ese momento, don Pancho apareció junto a la mesa con el café de Leandro y una manzana para Inocencio. Dejó la comanda sobre la mesa y se retiró con discreción.

En cuanto el posadero se alejó, el policía le contó a Inocencio los detalles de su visita al banco. El chico lo escuchó con atención y asintió.

—No sé mucho sobre banqueros o finanzas, don Leandro, pero seguir el rastro del dinero siempre es una buena idea. ¿Qué hacemos ahora?

—Te confieso que no lo sé, hijo. Estoy tratando de encontrar esa respuesta desde que salí del banco, pero todas las pistas nos han conducido a callejones sin salida. Ahora comprendo por qué este ladrón de cuello blanco recibe el apodo de La Sombra. No deja ninguna huella.

—¡Es un desafío! Y me encantan los desafíos. —sentenció Inocencio, con un entusiasmo contagioso. Su expresión cambió de repente, mientras masticaba un bocado de manzana. Tragó con rapidez, para retomar la palabra—: Tengo una idea. ¡Doña Carmen!

—¿Quién?

—Doña Carmen. Es la propietaria de «El salón del jazmín», la sala de té de moda. Es

frecuentada por la alta sociedad de Salamanca y doña Carmen siempre está bien informada. Además, tiene un talento especial para recordar detalles importantes acerca de lo que escucha.

Leandro asintió.

—Conozco el salón. Alguna vez he llevado a mi mujer. Tienes razón. Visitar a doña Carmen es una buena idea.

Leandro apuró su café, mientras Inocencio terminaba de comer su manzana. Ambos se levantaron de la mesa con ánimos renovados y se encaminaron a la calle de la Rúa Mayor, donde se encontraba «El salón del jazmín». Allí los clientes conversaban sobre sus asuntos privados, por lo que era probable que entre los murmullos y cotilleos de la alta sociedad, la propietaria del lujoso salón hubiera escuchado algún rumor que los pusiera sobre el rastro del escurridizo ladrón.

Capítulo 18

Mientras Leandro e Inocencio se reunían en la posada, José llegó a Colmado de la Reina. El pequeño pueblo se alzaba en medio de una vasta llanura, y el sol de la tarde se reflejaba en los tejados rojizos. En la medida en que el inspector se internó en las estrechas y empedradas calles, lo envolvió el rumor de una fuente situada en la plaza central. Cuando llegó al centro del pueblo, lo rodearon las fachadas encaladas, adornadas con geranios y claveles, que sobresalían entre los balcones de hierro forjado.

Una suave brisa acarició al policía, impregnando el aire con los aromas frescos de la tierra húmeda y de los pinos de los bosques cercanos, que se mezclaron con el olor del pan recién horneado que emanaba de la pequeña panadería del pueblo. La iglesia, situada junto al Ayuntamiento, destacaba entre las construcciones que rodeaban la plaza. Se trataba de un antiguo y robusto edificio de piedra. José desmontó y se aseguró de atar bien su bayo a un poste, antes de cruzar la plaza, sorteando a los vecinos que se habían reunido a conversar y que lo observaban con una mezcla de curiosidad y desconfianza, identificándolo como forastero de inmediato.

Expósito saludó con un toque de su chistera a los «colmaderos» con los que se iba cruzando, mientras encaminaba sus pasos en dirección a la iglesia. Ignorando los murmullos a sus espaldas, el inspector entró en el templo. Se encontraba vacío, por lo que decidió preguntar por el párroco en la casa parroquial. Cuando salió de la capilla, identificó la construcción que buscaba con facilidad, gracias al crucifijo sobre el dintel de su puerta. Además, era la vivienda más cercana a la iglesia. Llamó a la puerta y le abrió un hombre de mediana edad, robusto y de baja estatura, que se identificó como Torcuato Pérez, el sacristán.

—¿Qué desea, caballero?

—Mi nombre es José Expósito. Soy inspector de la Policía de Salamanca y necesito hablar con el párroco —respondió el inspector, al mismo tiempo que le mostraba su identificación.

Torcuato parpadeó desconcertado, mientras observaba el documento con expresión dubitativa. José comprendió que, como era habitual, no sabía leer. Después de algunos segundos, el sacristán le devolvió la identificación.

—Pase y espere un momento, por favor. Iré a avisarle a don Antonio.

El vestíbulo de la casa parroquial era austero. Las paredes encaladas y manchadas por la humedad estaban adornadas con cuadros de santos y vírgenes. El olor mohoso de la escasa ventilación enrarecía el aire. El inspector solo había esperado un par de minutos, cuando los pasos del sacristán y el sacerdote sobre el suelo de terracota le advirtieron al policía que su testigo había llegado.

Don Antonio era un hombre mayor, de expresión bondadosa y actitud tranquila. La chispa en sus ojos delataba la curiosidad que le había despertado la inesperada visita.

—Torcuato me dice que usted es inspector de la Policía de Salamanca —Expósito asintió —. ¿A qué debemos su visita?

—Don Antonio, le agradeceré su colaboración. Debo recolectar información acerca de

dos personas nativas de este pueblo, que ahora viven en Salamanca. Se trata de una investigación en curso.

—Comprendo. Por supuesto que colaboraré en lo que pueda. ¿De quiénes se trata?

El inspector sacó un papel del bolsillo donde había anotado los verdaderos nombres de sor Teresa y el confesor.

—Sus nombres son Juana Villalobos y Luis Domínguez. Ambos se consagraron a la vida religiosa.

—¿Su investigación involucra a un sacerdote y una religiosa?

José sacó la autorización del obispo del bolsillo interno de su chaqué y se la mostró al párroco.

—Espero que esa circunstancia no lo desanime a colaborar. El obispo está en cuenta y reconoce la necesidad de apoyar estas indagaciones.

Don Antonio ojeó el documento y se centró en la firma. Entonces, asintió.

—Haré lo posible por ayudar, inspector. Sin embargo, los nombres que ha mencionado me resultan desconocidos. Es muy probable que ya se hubieran marchado cuando llegué a este pueblo, aunque han pasado más de veinte años, desde entonces.

—Según los expedientes de ingreso a la vida religiosa que constan en los archivos diocesanos, doña Juana y don Luis tomaron los hábitos en el año 1860.

—Eso lo explica. Yo fui asignado a Colmado de la Reina en el año 1863. Sin embargo, si esas personas nacieron en este pueblo, debemos contar con sus registros bautismales.

Expósito asintió.

—Sería un buen comienzo.

—Acompáñeme, por favor.

El sacerdote condujo a José a través de un largo pasillo, que terminaba en una puerta cerrada. Torcuato ya se había adelantado con un enorme llavero en la mano y para cuando ellos llegaron hasta él, ya la puerta estaba abierta. Comunicaba con la sacristía, lo cual proporcionaba al párroco una entrada directa y discreta desde su lugar de residencia. El sacristán le entregó el llavero a don Antonio, quien después de darle las gracias, gesticuló para indicarle que podía volver a sus tareas habituales. El inspector siguió al sacerdote a través de la sacristía, hasta una puerta que también se encontraba cerrada con llave. El chirrido de los goznes al abrirse reveló al policía el poco uso que se hacía de esa habitación.

El archivo de la iglesia del pueblo era un habitáculo pequeño, rodeado por estanterías de roble, repletas de volúmenes encuadernados en cuero. Los lomos estaban identificados con etiquetas escritas con caligrafía elegante. El olor a papel viejo, moho y humedad, concentrado por la ausencia de ventanas, creaba una atmósfera asfixiante. Don Antonio cogió una lámpara que se encontraba sobre una rústica mesa de roble en el centro de la habitación. Cuando la encendió, el olor terroso del aceite de colza se sumó al aire ya saturado. Con la lámpara en la mano, el sacerdote se dirigió al policía.

—¿Tiene idea del año en el cual fueron bautizadas las personas que investiga, inspector?

—Don Luis tenía cincuenta años, y sor Teresa, tiene cuarenta y ocho.

Don Antonio entornó los ojos.

—Veamos, eso significa que nacieron en los años 1837 y 1839. Sus bautizos debieron llevarse a cabo en los días siguientes al nacimiento, así que para comenzar, buscaré los registros de esos años.

—Me parece bien.

El párroco se movió con familiaridad entre los estantes, hasta que encontró los libros

correctos, volvió a dejar la lámpara sobre la mesa, cogió los gruesos volúmenes y se los entregó a José.

—Aquí tiene, inspector. Tómese su tiempo. Estaré en la iglesia. Por favor, avíseme cuando termine.

El inspector abrió el primero de los libros, sacó su libreta de notas y un estuche con su plumilla y su tintero portátil. En cuanto estuvo preparado, comenzó a revisar los libros con minuciosidad. Después de un par de horas había encontrado los registros bautismales y tenía anotados los nombres de los padres de sor Teresa y del confesor. Al menos sabía por dónde comenzar. José guardó en su bolsillo la libreta y los instrumentos de escritura, devolvió los volúmenes a sus correspondientes estantes, apagó la lámpara y salió del archivo, cerrando la puerta a su espalda. Respiró profundo el aire renovado. Entonces, se encaminó a la iglesia.

El policía encontró a don Antonio sentado en uno de los bancos, con actitud concentrada, mientras movía sus labios en un murmullo inaudible. José esperó con paciencia a que el párroco terminara sus oraciones. En cuanto el sacerdote advirtió la presencia de José, se persignó y se acercó a él.

—¿Encontró lo que buscaba, inspector?

—Sí, padre. Sor Teresa es hija de don Rodrigo Villalobos y doña Juana Espino de Villalobos. En cuanto a don Luis, era hijo de don Tomás Domínguez y doña Vicenta Robles de Domínguez. ¿Conoce a estas personas?

El párroco se quedó pensativo.

—Me temo que no. Y le puedo asegurar que conozco bien a todos mis feligreses. Como habrá comprobado, este es un pueblo pequeño. Sin embargo, en vista de los años que han pasado desde que se celebraron esos bautizos, es muy probable que estas personas fallecieran antes de mi llegada al pueblo.

—¿Con quién podría hablar para informarme sobre ellos?

—Veamos… Quizá los «colmaderos» más ancianos lo puedan ayudar: don Salustiano y doña Vicenta.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Si lo desea, puedo enviarles un mensaje para que se reúna con ellos en la sacristía.

—Se lo agradecería, don Antonio. Eso me ahorrará mucho tiempo.

Ambos regresaron a la sacristía, donde el párroco le dio instrucciones a Torcuato para que buscara a don Salustiano y doña Vicenta. Apenas habían pasado quince minutos, cuando el sacristán regresó con los ancianos.

José calculó que don Salustiano no tendría menos de ochenta años. A pesar de ello derrochaba energía, aunque necesitaba la ayuda de un bastón para andar. Su rostro, arrugado y curtido por el sol, y sus manos callosas con dedos retorcidos por la artrosis, revelaban horas de duro trabajo a la intemperie.

Doña Vicenta tendría alrededor de setenta y cinco años. Compensaba su delgadez y su baja estatura con un porte erguido que imponía respeto, y que contradecía la mirada amable y comprensiva de unos ojos que habían visto demasiado.

Don Antonio les presentó al policía y les explicó el motivo por el que los había hecho llamar. Después de un primer momento de desconcierto, don Salustiano rompió el silencio.

—¿Podemos saber por qué está interesado en estos «colmaderos»?

Expósito suspiró y les explicó el motivo de sus indagaciones, aunque sin exponer los detalles. Tanto el párroco como los ancianos se persignaron como si hubieran visto aparecer al diablo. Después de las expresiones de sorpresa y las plegarias rogando Protección Divina, los

testigos se tranquilizaron lo suficiente para comenzar la entrevista.

—Entiendo que quiere información sobre el sacerdote fallecido y la Madre Superiora —precisó don Salustiano.

—Así es. ¿Los conocieron?

Don Salustiano negó despacio con la cabeza.

—No estoy seguro. Ha pasado mucho tiempo y…

—¡Por supuesto que sí! —intervino doña Vicenta, salvando la situación—. Haz memoria, Salustiano. Yo sí recuerdo muy bien a Juana. Es un par de años más joven que Soledad.

—Soledad es tu hija menor, ¿no es así? Es la que vive cerca del río —quiso confirmar don Salustiano.

—Sí, Soledad y Juana solían jugar juntas cuando eran niñas. Juana era la hija de don Rodrigo, ¿te acuerdas? El padre de don Mario Villalobos.

—¡Ah, sí, claro! Ahora lo recuerdo.

—¿Don Mario? —intervino el párroco—. ¿El propietario de la ganadería Los Nogales?

—¡Ese mismo! —confirmó doña Vicenta.

—No sabía que tuviera una hermana, ni mucho menos que esta estuviera en un convento de clausura.

—Don Mario nunca habla de ella —reconoció la anciana—. Y Juana no ha regresado al pueblo desde que se hizo monja.

—¿Y qué puede decirme de don Luis? —preguntó el inspector.

—Luis era hijo de uno de los vaqueros de Los Nogales, pero quedó huérfano de padre muy joven. Aunque tenía tres hermanos, ellos se marcharon del pueblo antes que él. Su madre murió un año después de que Luis entró en el seminario.

—¿Don Luis y doña Juana se conocían? —preguntó José, casi seguro de que se trataba de una pregunta retórica.

—Sí, por supuesto —confirmó doña Vicenta, sin ningún asomo de duda—. No solo se conocían, sino que por aquellos años corrieron rumores de que tenían amores. Casi todos en el pueblo estábamos convencidos de que esa historia terminaría en boda.

—Es cierto, ahora lo recuerdo —corroboró don Salustiano—. La noticia de que se iban a hacer cura y monja nos sorprendió a todos.

—Ninguno lo esperábamos —sentenció doña Vicenta.

—¿Eran muy devotos?

La anciana fue quien respondió.

—Lo normal. Ya sabe, asistir a misa los domingos, a las procesiones, visitar la iglesia de vez en cuando, pero nunca habían mencionado la intención de tomar los hábitos.

Expósito se quedó pensativo por un momento. Dos jóvenes del pueblo que sostienen una relación sentimental, sin vocación religiosa conocida, que de repente decidían abandonar el mundo, hasta el punto de que Juana ingresó en un convento de clausura. En ese rompecabezas faltaba alguna pieza. Doña Vicenta estaba demostrando ser una excelente testigo, así que se dirigió a ella cuando hizo su siguiente pregunta:

—¿Ocurrió algo inusual en el pueblo antes de que Juana entrara en el convento y Luis en el seminario?

Doña Vicenta y don Salustiano intercambiaron miradas, compartiendo la misma expresión de duda. Ella ya comenzaba a negar con la cabeza, despacio, cuando los ojos de don Salustiano se encendieron con una chispa de revelación.

—Sí, ocurrió algo, aunque yo no lo tildaría de inusual —miró a su amiga en busca de

apoyo—. ¿Te acuerdas de Enrique Ochoa? Ya sabes… el chico aquel que tenía un lunar junto a la nariz, el hijo de la Petra…

—¡Ah, sí, claro! Es verdad. Fue por esos días que el chico desapareció del pueblo. Y nunca volvimos a verlo. Quién sabe dónde andará.

El inspector entornó los ojos y se quedó con la palabra que había llamado su atención.

—¿Desapareció? ¿Qué quieren decir con eso?

Don Salustiano se encogió de hombros.

—Como le decía, no es extraño. No sé ni por qué lo recordé. Este es un pueblo pequeño y con pocas oportunidades. Muchos jóvenes se marchan para buscar fortuna. Enrique fue uno de ellos.

—Lo extraño fue que se marchó sin despedirse —apuntó doña Vicenta.

—¿Ni siquiera de su familia?

—Enrique no tenía familia. Sus padres habían fallecido y sus hermanos se fueron del pueblo antes que él. Era uno de los vaqueros de la ganadería de don Rodrigo y un día no se presentó a trabajar.

—¿Le comentó a alguien su intención de irse?

Don Salustiano negó con la cabeza.

—A nadie. Eso fue lo único extraño. Aunque… Enrique era muy reservado y pasaba mucho tiempo solo, pensando. Llegamos a la conclusión de que en uno de sus paseos meditativos había tomado la resolución de irse del pueblo y que se fue de inmediato, sin darse oportunidad para cambiar de opinión.

—¿Era impulsivo? —preguntó José.

—Pues la verdad es que no, pero quién sabe lo que anida en la cabeza del prójimo.

—¿Cuánto tiempo pasó entre la marcha de Enrique y la decisión de don Luis y doña Juana?

Los ancianos volvieron a intercambiar miradas.

—No lo recuerdo con seguridad, pero yo diría que algunas semanas —respondió doña Vicenta.

—¿Le mencionaron a alguien el motivo de su decisión?

—No, al menos, no a los vecinos. Aunque supongo que Juana sí habló con su padre al respecto.

—¿Cuándo murió don Rodrigo?

—Poco después de que Juana tomó los hábitos —dijo doña Vicenta—. Solo habían pasado algunos meses. En el pueblo corrió el rumor de que a don Rodrigo le había afectado la decisión de su hija, porque eran muy unidos.

—¿Y la hacienda pasó a manos de su hijo… Mario? —precisó Expósito.

—Así es.

—¿Tenían otros hermanos?

—No, solo eran ellos dos.

El inspector asintió y les agradeció a los ancianos y al párroco por su colaboración. La entrevista le había aclarado algunas dudas y desencadenado otras. Sin embargo, sintió que había avanzado. Se despidió de sus testigos y salió en busca de su caballo. Las miradas y murmullos de los vecinos lo siguieron cuando cruzó la plaza.

Mientras José desataba al bayo y montaba, su cabeza se regodeaba en la nueva información y planificaba sus siguientes pasos. Su intuición le decía que la desaparición de Enrique estaba relacionada con la repentina vocación de Juana y Luis. Si quería avanzar, tenía

que averiguar más acerca del vaquero desaparecido y de la hacienda Los Nogales.

Capítulo 19

Expósito usó un viejo mapa de Salamanca para orientarse y encontrar la ganadería donde todo parecía haber comenzado. La comprobación de una relación sentimental entre el confesor y la Madre Superiora en sus años mozos, añadía un ingrediente de suspicacia al caso. A eso había que sumar la sospechosa resistencia de sor Teresa a la investigación.

La tarde se le echaba encima a José, así que apuró el paso del bayo, con la esperanza de poder regresar a Salamanca antes del anochecer. La hacienda Los Nogales ocupaba el centro de un terreno ondulado cubierto de pasto, donde algunas reses deambulaban con tranquilidad. La casa principal era una construcción sólida de piedra, cuyo techo de tejas rojas destacaba entre el verdor que lo rodeaba.

José llenó sus pulmones con el aire impregnado por el aroma de la tierra húmeda y la hierba recién cortada. Los graneros y establos se encontraban muy cerca de la construcción principal y al acercarse, el inspector comenzó a escuchar los resoplidos de los caballos, el golpeteo de los cascos sobre el empedrado, y el murmullo de los trabajadores, conversando entre ellos durante sus tareas.

El policía desmontó, subió las pocas escalinatas de la entrada y llamó a la puerta. Le abrió una doncella, que no disimuló su sorpresa cuando vio a un desconocido en el umbral. La chica tartamudeó un poco al hablar.

—Caballero, ¿qué desea?

Expósito se quitó la chistera, se presentó y solicitó hablar con don Mario Villalobos.

—¿Don Mario lo espera? —preguntó la joven, desconcertada.

—No. Sin embargo, se trata de un asunto oficial y muy urgente.

La doncella le dio acceso al vestíbulo y cerró la puerta.

—Aguarde aquí, por favor. Preguntaré.

Con la chistera en la mano, José asintió y permaneció de pie, en medio del vestíbulo, mientras la joven desaparecía por una de las puertas. El inspector detalló el interior de la casa, comprobando la misma solidez y austeridad que mostraba el exterior. Los muebles eran robustos y las cortinas de terciopelo aportaban un toque femenino. Su escrutinio terminó cuando la doncella apareció por la misma puerta por la que había salido.

—Don Mario lo recibirá. Acompáñeme, por favor.

Expósito obedeció y siguió a la joven. Cruzaron un salón hasta llegar a un amplio pasillo que los condujo hasta la biblioteca. Después de anunciarse con un par de golpes suaves, la doncella abrió la puerta y le permitió la entrada al visitante. La habitación era amplia y estaba bien iluminada. Lo rodeó el aroma de los libros viejos y el tabaco. Don Mario lo esperaba sentado detrás de su escritorio. Se trataba de un hombre en la cincuentena, con el rostro curtido por el viento y el sol. El propietario de Los Nogales se puso de pie, en cuanto él cruzó el umbral. Después de estrecharle la mano, lo invitó a sentarse y él mismo ocupó su silla.

—Carlota me dijo que usted es un inspector de la Policía de Salamanca —Expósito asintió—. Me sorprende su visita. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me temo que soy portador de malas noticias.

Don Mario frunció el ceño y prestó atención, mientras el policía le notificaba acerca de la muerte de Luis Domínguez, así como la importancia de resolver la investigación lo antes posible, para proteger a las monjas del convento.

—¡Es espantoso! ¿Y no tienen idea de quién ha cometido un acto tan deleznable?

—Es lo que estamos tratando de averiguar, señor Villalobos.

—¿Juana está bien? Esto ha debido ser muy difícil para ella. Luis… bien, era un buen amigo.

—Sor Teresa está bien, dentro de lo que puede esperarse en esta situación. Es evidente que se trata de una mujer muy fuerte y decidida.

—Así es —respondió Mario, con una sonrisa complacida—. Siempre lo ha sido, pero, no comprendo el motivo de su viaje hasta aquí para hablar conmigo. El crimen se cometió en Salamanca... ¿No debería investigarlo allí?

—Es importante que indague en el pasado, para conseguir avanzar en la investigación. Lo que ocurrió podría tener su origen en la juventud de don Luis.

—Comprendo. Sin embargo, y con todo respeto, creo que está perdiendo el tiempo, inspector. Nunca he sabido nada de Luis durante su vida en el pueblo que explique semejante final.

—Tengo entendido que era hijo de uno de los vaqueros de esta hacienda.

—Así es. Sin embargo, Luis nunca tuvo vocación para el trabajo en el campo. Prefería los libros. Cuando era niño, le pidió al párroco de entonces que le enseñara a leer. Y soñaba con ir a Salamanca para aprender un oficio administrativo.

—¿Ese fue su motivo para entrar en el seminario?

—Es posible, aunque…

Mario se mordió los labios.

—Aunque, ¿qué?

—Su decisión nos sorprendió a todos. No era lo que esperábamos.

—Y ¿qué esperaban, don Mario?

El hacendado rechinó los dientes y se quedó pensativo por un momento, antes de responder.

—Todos creíamos que iba a pedir la mano de mi hermana.

—¿De Juana?

—Sí, es la única hermana que tengo.

—¿Qué les hizo llegar a esa conclusión?

Villalobos se encogió de hombros.

—Llevaban tres años de noviazgo y siempre estaban hablando de formar una familia y de tener muchos hijos.

—Comprendo. ¿Alguien se oponía?

—No. Mi padre veía la relación con buenos ojos. Conocía a Luis desde que nació y le tenía aprecio. Yo diría que lo llegó a querer como a un hijo.

—¿Hubo una tercera persona que se interpusiera en la relación?

Mario sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa.

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó?

—No lo sé. Todo fue muy inesperado. Luis venía a visitar a Juana todos los días y de repente, se ausentó por dos semanas. Cuando por fin apareció fue para despedirse, porque había

sido admitida su solicitud para ingresar en el seminario.

—¿Cómo reaccionó su hermana?

—Como ya le comenté, Juana es una mujer muy fuerte. Aceptó su decisión con estoicismo. Un par de semanas después, ella misma nos dijo que quería entrar en un convento de clausura. Para mi padre fue devastador. Yo esperaba que se opusiera, pero lo permitió.

—¿Cree usted que la decisión de don Luis influyó en la de su hermana?

—Eso no lo sé, inspector. Tendrá que preguntárselo a ella.

Expósito se quedó pensativo por un momento, mientras digería la información que estaba recibiendo.

—Hay otro asunto sobre el que quiero preguntarle, don Mario.

—Adelante.

—¿Conoció usted a Enrique Ochoa?

El hacendado parpadeó y frunció el ceño.

—¿Enrique? Sí, por supuesto. Éramos amigos. ¿Por qué lo pregunta, inspector? Se marchó del pueblo hace muchos años. No lo he visto desde entonces. ¿Qué tiene que ver Enrique con todo esto?

—Es lo que estoy tratando de averiguar, don Mario. ¿Puede ser más preciso acerca de la fecha en la cual el señor Ochoa abandonó el pueblo?

Mario entornó los ojos.

—Déjeme recordar. Sí, fue poco antes de las fiestas del pueblo… en el año… No recuerdo el año, pero fue el mismo en que Juana entró en el convento.

—¿Antes o después?

El testigo lo pensó por un momento.

—Antes.

—Acaba de decir que el señor Ochoa era su amigo —Mario asintió—. ¿Se despidió de usted? ¿Le dijo adónde pensaba ir?

—No, Enrique era muy reservado, pero recuerdo que aun así me lo tomé a mal. Me pareció muy desconsiderado de su parte que se marchara, sin siquiera despedirse de los pocos amigos que tenía.

—¿Conoce a alguien con quien don Enrique pudiera mantener el contacto?

—Me temo que no, inspector. Ya no le quedaba nadie en el pueblo y ninguno de sus amigos hemos vuelto a tener noticias de él.

José asintió y se puso de pie. El hacendado lo imitó.

—Le agradezco mucho su colaboración, don Mario.

—Nada que agradecer, inspector. Como comprenderá, me preocupa la seguridad de mi hermana. ¿Me mantendrá informado?

El policía asintió.

—Le prometo que le enviaré un mensaje en cuanto detenga al asesino.

Después de despedirse de su testigo, Expósito salió de la casa Los Nogales, mientras su cabeza comenzaba a rumiar toda la información que acababa de recibir.

Capítulo 20

Al mismo tiempo que José entrevistaba a sus testigos en Colmado de la Reina, Leandro e Inocencio llegaron a la calle Zamora, donde se encontraba la sala de té de doña Carmen. Las grandes ventanas de la fachada permitían ver el interior, acogedor y bien decorado. En cuanto entraron, los rodeó el aroma del té y las pastas recién horneadas. Las mesas, cubiertas por manteles blancos de encajes, se distribuían estratégicamente por el amplio salón y reposaban sobre alfombras tejidas con intrincados dibujos. Cuadros al óleo y espejos dorados adornaban las paredes tapizadas. El murmullo sordo, que provenía de las conversaciones apagadas de las elegantes damas y los distinguidos caballeros, servía de fondo a las suaves notas de un piano.

Un camarero, vestido con chaqué negro y guantes de seda blancos, se acercó a ellos con el ceño fruncido y la mirada clavada en Inocencio, cuyo atuendo desentonaba como un gallo en una biblioteca. Ante la mirada reprobatoria, el joven exladrón respondió con una sonrisa cargada de sarcasmo. Leandro intervino, antes de que el camarero tuviera oportunidad de hablar.

—¡Policía! —le dijo en voz baja, pero con tono seco, al mismo tiempo que le mostraba su identificación—. El chaval viene conmigo.

El camarero parpadeó y bajó la mirada.

—Sí, señor. ¿Qué desean?

—Queremos hablar con doña Carmen. ¿Puede hacerla venir?

—Sí, señor. De inmediato.

El empleado se apresuró a desaparecer por la puerta que daba a la cocina y con mucha probabilidad, también al despacho de la propietaria del local. Leandro e Inocencio ocuparon una de las mesas vacías y se sentaron a esperar. Los murmullos a su alrededor subieron de volumen. Era evidente que ambos se habían convertido en el tema de todas las conversaciones.

Al cabo de un par de minutos, una dama mayor que rebosaba elegancia y distinción salió por la misma puerta por la que había desaparecido el camarero. Recorrió la sala sin ninguna prisa, como una reina en un desfile, mientras se detenía en las mesas que encontraba en su camino, para saludar a los clientes que las ocupaban. Cuando doña Carmen llegó por fin hasta la mesa donde la esperaban, tanto Leandro como Inocencio se levantaron para recibirla. Ella centró una mirada cariñosa en el chico y lo saludó con una sonrisa.

—Inocencio, cariño, ¿cómo estás? Hacía mucho tiempo que no me visitabas —Doña Carmen plantó dos besos en las mejillas del chaval y sosteniéndolo por los hombros, lo observó de arriba abajo—. Déjame verte, si hasta creo que has crecido. Veo que vienes muy bien acompañado. Roberto me dijo que el caballero es policía.

—Sí, doña Carmen —respondió Inocencio, con docilidad—. Le presento al inspector Leandro Rodríguez. Creemos que usted lo puede ayudar en la investigación que le asignaron.

Doña Carmen sonrió a Leandro con amabilidad, al mismo tiempo que ocupaba una de las sillas e invitaba a sus interlocutores a imitarla.

—Si está en mi mano, lo haré con mucho gusto, inspector. ¿No lo he visto antes por aquí?

—Eh, sí, doña Carmen. En alguna ocasión he traído a mi mujer. A ella le gusta mucho el

ambiente de su local.

—Eso me complace. Mi mejor recompensa es la satisfacción de mis clientes, pero dígame, ¿en qué puedo serle útil?

Doña Carmen escuchó con atención la explicación del policía.

—… por eso hemos venido a solicitarle su ayuda. Quizá usted haya escuchado algún rumor que pueda conducirnos por el camino correcto para detener a La Sombra, y devolver los objetos robados a sus legítimos dueños.

La dama miró a Inocencio y le dedicó una sonrisa maternal.

—Comprendo. Por supuesto que quiero ayudar a la Ley, inspector, pero comprenderá que no puedo acusar a ninguno de mis clientes, basada en rumores. Eso sería nefasto para mi reputación y para mi negocio, pero, sobre todo, para mi conciencia.

—Es loable su preocupación, doña Carmen. Sin embargo, no se trata de acusar a nadie, sino de revelar alguna pista. Le prometo que cualquier información que pueda proporcionarnos será usada con prudencia y no actuaremos contra nadie sin tener pruebas fehacientes.

Doña Carmen volvió a centrar su mirada en Inocencio, quien asintió con una sonrisa.

—Por lo que veo, Inocencio confía en usted. Y eso es suficiente para mí.

—Gracias. Le aseguro que está haciendo lo correcto.

—Eso espero —dijo ella con un suspiro—. Sí, inspector, yo suelo pasar por este salón para saludar a mis clientes más leales. Aunque mi interés no es enterarme de nada, gozo de buen oído y una excelente memoria, lo que me permite estar al tanto de lo que está ocurriendo en la ciudad y saber quiénes son mis clientes en su vida privada.

—¿Ha escuchado algo que pudiera relacionarse con La Sombra o con los objetos de arte robados?

Doña Carmen se quedó en silencio por un momento, mientras trataba de recordar y ordenaba sus ideas. Leandro tensó los músculos de la espalda, como si la información fuera una pelota que su testigo se disponía a lanzar, y él tuviera que estar atento para poder atraparla. Inocencio también tenía todos sus sentidos centrados en la propietaria del salón. Por fin, doña Carmen asintió.

—Hace una semana, escuché fragmentos de la conversación de uno de mis clientes más asiduos. Hablaba sobre un cuadro que acababa de comprar.

Leandro sacó su libreta y el estuche que contenía su plumilla, y se dispuso a tomar nota.

—¿Conoce más detalles?

Doña Carmen asintió.

—Sí, inspector, pero por favor, recuerde su promesa de no actuar contra nadie, sin hacer las comprobaciones necesarias… No quisiera dañar la reputación de un caballero, por un malentendido.

—Tiene mi palabra.

—Se trata de don Javier Morales. Es el propietario de «El diario del Tormes» y es un apasionado del arte. La semana pasada le comentó al amigo con el que compartía mesa que había comprado un cuadro de Joaquín La Riva. Le contaba que pertenecía a la colección del conde Gonzalo de Monteverde, en Madrid.

—Es un dato muy interesante —reconoció el inspector, mientras terminaba de tomar nota y guardaba los instrumentos de escritura—. Muchas gracias, doña Carmen.

La dama se levantó del asiento, por lo que Leandro e Inocencio hicieron lo propio.

—Le deseo suerte en su investigación, inspector —Leandro hizo una reverencia—. Y tú, Inocencio, no te pierdas por tanto tiempo, hijo, que tu visita me regocija.

—Le prometo que pasaré a saludarla con más frecuencia, doña Carmen.

Después de despedirse de Leandro con un gesto amable y de Inocencio con dos besos en las mejillas, doña Carmen regresó a sus dependencias privadas, mientras sus visitantes salían del salón de té, con la expectativa de estar sobre la pista de La Sombra.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Inocencio con entusiasmo—. ¿Vamos a interrogar a este sospechoso?

Leandro frunció el ceño.

—Calma, Inocencio. Debemos ir con pies de plomo. Ante todo, cumpliré con mi palabra. No me perdonaría que esta exquisita dama sufriera algún perjuicio por un apresuramiento inconveniente. Regresaré a la comisaría para llevar a cabo algunas averiguaciones acerca de don Javier. Te enviaré un aviso cuando esté preparado para entrevistarlo.

—De acuerdo, pero no olvide su promesa de avisarme, don Leandro. No quiero perderme el final de este caso.

Capítulo 21

Cipri terminó su última tarea del día más temprano, con la ilusión de que el esfuerzo merecería la pena. Esperaba convencer al dueño del establo de que le cediera esas horas de la tarde que necesitaba para su entrenamiento. El chiquillo se acercó a don Cosme, quien se encontraba en una de las esquinas de la caballeriza, aceitando una silla de montar. Cuando el chaval llegó junto a su jefe, lo alcanzó el olor rancio y terroso del sebo, que dominaba sobre el del cuero de la montura.

—Don Cosme, perdone que lo moleste, pero…

—¿Qué ocurre, Cipri? ¿Algún problema?

—No, señor. Solo quería decirle que ya terminé todas mis asignaciones de hoy.

—¿Tan pronto? Muy bien, Cipri. Entonces, tal vez deberías…

—Quiero pedirle un favor —lo interrumpió el chico, antes de que le asignara una nueva tarea.

—Si lo que quieres saber es si puedes llevarte a Macabeo, ya don José habló conmigo y dio su autorización, aunque no me explicó el motivo. Sin embargo, siendo tú su pupilo, supongo que debe tener buenas razones.

—Sí, señor. Era parte de lo que quería decirle, pero hay más.

—¿Más? —Don Cosme hizo a un lado la silla de montar y entornó los ojos—. Te escucho, hijo.

—Yo… quisiera pedirle que me permitiera salir más temprano.

El dueño del establo frunció el ceño.

—¿Por qué debería hacer eso?

Cipri se mordió los labios y respiró profundo para hacer acopio de valor.

—Necesito tiempo para entrenar con Macabeo.

Sin dar oportunidad a que don Cosme reaccionara, Cipri le contó todos sus planes: su anhelo de concursar con Macabeo y de ganar el premio. También le habló de don Ernesto, haciendo hincapié en que dicho plan contaba con el respaldo de su tutor. Después de escucharlo, don Cosme se rascó la cabeza debajo de la boina.

—Ahora comprendo el motivo de la decisión del inspector sobre Macabeo… —El dueño del establo se quedó pensativo por un momento—. ¿Estás seguro de que es una buena idea, Cipri? En esa carrera suelen participar jinetes experimentados, con caballos criados para ese fin.

—Lo sé, señor, pero estoy seguro de que Macabeo es más veloz que cualquier caballo y don Ernesto Vilar ha accedido a entrenarme… y él ha ganado muchas competencias. Por favor, don Cosme…

El patrón de Cipri entornó los ojos, mientras pensaba. Al cabo de algunos segundos, asintió.

—Bien, tu tutor es don José, y si él considera que es una buena idea, ¿quién soy yo para contradecirlo? Por otro lado, lo que me estás pidiendo es muy irregular, chaval, aunque tengo que reconocer que eres mi mejor empleado. Eres el primero en llegar, el último en marcharte y

nunca te quejas del trabajo. Además de que tienes una conexión especial con los caballos. Supongo que mereces una oportunidad.

El rostro de Cipri se iluminó con una sonrisa, al mismo tiempo que daba un salto de alegría.

—Entonces, ¿me dará permiso para salir más temprano y llevarme a Macabeo, mientras dure el entrenamiento para la carrera?

Don Cosme volvió a coger la silla de montar y el sebo, antes de responder.

—El permiso para llevarte a Macabeo ya lo tienes de don José, que es su dueño. Con respecto al horario, hagamos esto: Llegarás una hora más temprano y trabajarás durante la hora de la comida. A cambio, podrás salir dos horas antes, siempre que hayas terminado todas tus tareas. ¿Te vale?

—Por supuesto, don Cosme. Muchas gracias. Es usted el mejor patrón que existe.

—Pero, hay una condición…

Cipri parpadeó y su rostro perdió la sonrisa.

—¿Cuál?

—¡Qué ganes la carrera, chaval! Porque estaré allí y pienso apostar por ti.

La sonrisa volvió a iluminar el rostro del chiquillo.

—Puede estar tranquilo, don Cosme. Le prometo que ganará la apuesta. ¿Puedo irme ahora?

—Ya estás tardando.

Cipri dio un salto de alegría y corrió de regreso a las cuadras, para recoger y prepararse antes de salir. El propietario del establo soltó una carcajada, al mismo tiempo que volvía a su tarea. El chico recogió sus utensilios de trabajo, ensilló a Macabeo y después de despedirse de don Cosme, sacó al potro del establo y lo montó.

Mientras recorría las calles en dirección a la mansión de don Ernesto, el isabelino mantuvo un paso fluido y una actitud relajada. El balanceo suave de su cola y los constantes movimientos de las orejas en todas las direcciones, le permitieron comprender a Cipri que su compañero estaba disfrutando el paseo.

El chico no pudo evitar sorprenderse cuando llegó a su destino. Por un momento, se preguntó si se habría equivocado de lugar. Pero no, aquella era la misma casa señorial desvencijada, con sus rejas oxidadas y la pintura desconchada en las paredes cubiertas de moho. Sin embargo, las altas hierbas del jardín habían desaparecido, y fueron sustituidas por un amplio terreno despejado, libre de cualquier obstáculo.

El chico comprendió que don Ernesto no había perdido el tiempo y se había dedicado a limpiar el jardín, para convertirlo en un campo de entrenamiento. El viejo jinete lo esperaba en la puerta con el ceño fruncido. Cuando Cipri se acercó, don Ernesto soltó un gruñido, al mismo tiempo que palmeaba con afecto el cuello de Macabeo.

—Quería ver cómo montas. No está mal, para un chiquillo que nunca tiene oportunidad de practicar, pero si quieres ganar la carrera, tendremos mucho trabajo que hacer para mejorar tu técnica. Por otro lado, este caballo es una montura excelente y ni siquiera siente tu peso. No tengo la menor duda de que si sigues mis consejos, tienes una gran oportunidad de ganar la carrera.

El rostro del chico se iluminó.

—Por supuesto, don Ernesto. Estoy dispuesto a trabajar duro. Y Macabeo es el mejor caballo del mundo. Él también lo hará bien.

—Es lo que quería oír. Ahora, escúchame bien —Cipri asintió—: te inclinas demasiado

hacia adelante cuando montas. Esto puede desequilibrar al caballo y reducir tu control sobre él. Mantén la espalda recta y los hombros relajados. Imagina que tienes una línea recta desde tu cabeza hasta tus talones. Esto ayudará a distribuir tu peso de manera más uniforme, y permitirá que Macabeo se mueva con más libertad y equilibrio. Practica esta postura, primero al paso y luego al trote, hasta que se convierta en algo natural. ¡Vamos!

—Sí, señor.

Sin desmontar, Cipri condujo a Macabeo hasta el terreno despejado y comenzó a recorrerlo en círculos, tratando de recordar todas las recomendaciones de su instructor. Estuvo más de media hora practicando el ejercicio, hasta que don Ernesto le hizo una señal para que se acercara. El chico obedeció.

—Está mejor, pero estás tensando demasiado las riendas. Eso puede incomodar a Macabeo y hacer que se resista. Mantén las riendas firmes, pero suaves. Piensa en tus manos como si estuvieran sosteniendo un pajarito: lo bastante firmes para que no se escape, pero con suficiente suavidad para no lastimarlo. En vez de tirar de las riendas, usa ligeros movimientos de muñeca para comunicarle a Macabeo lo que quieres que haga. Esto hará que tus indicaciones sean más claras y que el caballo responda mejor.

Cipri asintió y regresó al terreno. Continuó recorriendo el amplio jardín de un lado al otro, bajo la mirada atenta de don Ernesto, que lo observaba desde la escalera con los brazos cruzados y los ojos entornados. Después de quince minutos, le ordenó que volviera a acercarse.

—Tus piernas, chaval, están demasiado adelantadas. Debes mantenerlas en constante contacto con los flancos de Macabeo. Solo así podrás darle señales claras a tu caballo —Don Ernesto empujó un poco la pierna del chico—. Lleva tus piernas hacia atrás. Deben mantenerse alineadas con tus caderas. Así. Perfecto. Ahora, regresa al terreno y usa tus pantorrillas para darle señales sutiles. Recuerda que debes dirigir a Macabeo con firmeza, pero con suavidad. Veamos cómo lo haces.

Cipri asintió con seriedad y condujo a su caballo de regreso al campo de entrenamiento. El potro se dejó guiar con docilidad. El chico reanudó el ejercicio, con el entusiasmo que le proporcionaba la seguridad de que la tutoría de don Ernesto, lo convertiría en un jinete experto, capaz de ganar la carrera de Aldehuela del Río.

Capítulo 22

En cuanto salió de la hacienda Los Nogales, José emprendió el camino de regreso a Salamanca a lomos del bayo. Durante el trayecto, su cerebro repasó toda la información que había recolectado en Colmado de la Reina, sin encontrarle ningún sentido. No tenía lógica que en su juventud, Luis y Juana tuvieran planes de formar una familia, y que sin ninguna explicación, cada uno de ellos por separado tomara la decisión repentina de consagrarse a la Iglesia. Estaba convencido de que había algo oculto en el pasado de ambos. Un oscuro secreto que se relacionaba con aquella decisión. Sin embargo, después de tantos años y ante la falta de testigos, no sería fácil descubrir de qué se trataba.

El inspector analizó sus opciones: a sor Teresa la protegía su condición de Madre Superiora del convento. De momento, era inaccesible. Necesitaría encontrar más evidencias en su contra. Por otro lado, el secreto que guardaba la religiosa debía estar relacionado con la víctima, pues ambos tomaron los hábitos con semanas de diferencia. ¿De qué estaban huyendo? También debía tener en cuenta el anónimo que recibió don Luis, en el cual se señalaba el pasaje bíblico: «El prudente ve el peligro y lo evita; el inexperto sigue adelante y sufre las consecuencias». A José le parecía una amenaza muy clara, pero ¿quién la hizo? ¿Sor Teresa? ¿Quizá don Luis se disponía a revelar el secreto que compartían y ella lo asesinó, para evitar que se descubriera? Era una posibilidad, pero no explicaba la desaparición de las monjas.

Un par de horas después, José entró en Salamanca. Sus elucubraciones no le habían permitido llegar a ninguna explicación, pero lo que más lo desanimaba era que no se le había ocurrido ninguna vía de investigación, que le permitiera descubrir los motivos ocultos de sor Teresa. Lo más directo sería interrogarla, pero él estaba seguro de que no le iba a decir la verdad. No tenía forma de presionarla, a menos que encontrara alguna prueba que la incriminara. Si pudiera registrar su celda y su despacho… Descartó la idea de inmediato. El claustro era una barrera infranqueable y no tenía suficientes evidencias contra la religiosa, para convencer al obispo de que le permitiera investigarla, llevando a cabo un registro dentro del convento. Por otro lado, todavía no sería prudente poner a la Madre Superiora sobre aviso, acerca de sus sospechas.

Tenía que encontrar una solución, pero de momento no se le ocurría nada, así que decidió cambiar su objetivo. Sor Teresa no era su única sospechosa. Catalina, la novicia criada en el convento, había mencionado una actitud extraña por parte de la monja encargada de la administración: sor María. ¿Qué era lo que había tratado de ocultar cuando apareció la joven y por qué actuó de ese modo?

Después de regresar el bayo a la estación de postas, el inspector sacó su libreta, consultó las notas que había tomado en el obispado y se encaminó a la calle San Pablo. Era allí donde sor María había vivido antes de entrar en el convento, bajo el nombre de Marta Díaz

La casa en la que vivió sor María durante su vida secular era un edificio majestuoso, cuya fachada de ladrillo rojo estaba enmarcada con piedra blanca. A las ventanas con arcos de medio punto las adornaban balcones de forja negra, repletos de macetas en las que florecían geranios y

claveles. José llamó a la puerta y le abrió una doncella con delantal y cofia. La joven no disimuló su sorpresa cuando él se identificó.

—¿Policía? Aguarde un momento, por favor. Avisaré a mi señora.

La chica le permitió pasar, lo dejó esperando en el vestíbulo y se ausentó. Al cabo de algunos minutos, por la puerta por la que había salido la joven apareció una elegante dama, cuya expresión no disimulaba su sorpresa. José le calculó unos cuarenta y cinco años. La doncella la acompañaba.

—Este es el inspector de la Policía, doña Clara.

—Gracias, Carlota. Yo me ocuparé de atender al caballero.

La chica hizo una sutil reverencia con una leve flexión de las rodillas y se apresuró a marcharse. La señora de la casa se acercó al inspector. Él se inclinó en una reverencia y se presentó.

—Le ruego me perdone por importunarla, señora. Estoy aquí para rogarle su colaboración.

—Mi nombre es Clara Salinas, inspector. Disculpe si no le permito pasar, pero mi marido no se encuentra en casa y usted comprenderá que por decoro…

—No es necesario que se explique, señora. Solo le ruego que me conceda un par de minutos de su tiempo, para hacerle algunas preguntas.

—No se me ocurre en qué pueda ayudar a la Policía, pero adelante, inspector. Pregunte. Haré lo posible por responder a sus interrogantes.

—¿Conoció usted a Marta Díaz, la antigua propietaria de esta casa?

—¿Marta? Sí, por supuesto. Pero ¿qué interés puede tener la Policía en Marta? —Doña Clara enarcó las cejas—. Espero que no haya sufrido ninguna desgracia.

—No se preocupe, señora. Ella está bien. Estoy llevando a cabo una investigación sobre algunos sucesos que han ocurrido en el convento, y debo recopilar información acerca de las personas que lo habitan.

—Tiene usted un trabajo muy extraño, inspector. En fin, ¿qué desea saber?

—¿Quién era sor María antes de tomar los hábitos? Y si usted lo sabe, ¿cuál fue el motivo por el que lo hizo?

Doña Clara llenó sus pulmones de aire y lo soltó despacio en un largo suspiro.

—Mi marido es comerciante, al igual que lo era el de Marta. Ambos tenían negocios en común. Algunas veces nos reuníamos en eventos sociales y nosotras cultivamos una amistad.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace algunos años. Me temo que no lo recuerdo con exactitud. Soy muy despistada para las fechas.

—No se preocupe. Continúe.

—Julio, el marido de Clara, murió de repente.

—¿Sabe cuál fue la causa de su muerte?

—Me temo que no lo sé. Solo que ocurrió de repente. Un día estaba bien, y al siguiente había muerto —Aunque el policía frunció el ceño, doña Clara continuó—. La tragedia dejó a Marta devastada. Se aisló durante algún tiempo, sin querer ver a nadie, hasta que un día nos visitó. No parecía la misma mujer. La pobre había envejecido veinte años. Entonces, nos comunicó su decisión de entrar en el convento para conseguir consuelo en la oración.

—¿Cómo llegaron ustedes a ocupar esta casa?

—Siempre nos gustó, así que mi marido le hizo una oferta para comprarla y ella la aceptó.

Con una reverencia, Expósito le agradeció a doña Clara por su colaboración, se despidió y salió a la calle. La información sobre sor María era interesante, pero insuficiente. El inspector se acercó a un par de casas para indagar entre los vecinos, pero no consiguió resultados significativos. O no habían visto nunca a doña Marta o apenas la conocían de vista y saludo.

La suerte no parecía estar del lado del policía, hasta que llegó a una sastrería ubicada en la esquina de la manzana. El sastre lo recibió con una sonrisa de bienvenida.

—Caballero, ¿en qué puedo servirle? Puedo ofrecerle una excelente selección de tejidos para un elegante traje a medida. Si busca algo en particular, estaré encantado de ayudarlo.

—Lamento decepcionarle, pero no he venido a solicitar sus servicios —El sastre enarcó las cejas, hasta que José le mostró su identificación. Entonces, las frunció—. Estoy aquí para pedir su colaboración. Necesito hacerle un par de preguntas sobre algunos de sus vecinos.

—Inspector… José Expósito. Así que es usted policía... —José asintió— ¿De qué se trata?

—Dígame su nombre, por favor.

—Venancio Roca, para servirle.

—Don Venancio, ¿conoció usted a don Julio Salinas y a doña Marta, su mujer?

—Don Julio y doña Marta. Sí, por supuesto. Don Julio, que en paz descanse, era uno de mis mejores clientes.

—¿Sabe usted cuál fue la causa de la muerte de don Julio?

—¿Yo? ¿Por qué tendría que saber yo algo acerca de eso? —preguntó don Venancio, cambiando de postura—. Yo me dedico a lo mío. No tengo tiempo para estar atendiendo a chismes y rumores.

Las alertas del policía se encendieron.

—¿Chismes y rumores? ¿Qué rumores?

—Yo… le repito que no sé nada, señor. Don Julio era mi cliente. Muy buen cliente, por cierto. Le gustaba usar los mejores trajes de lana merina y seda… Sentí un gran disgusto cuando falleció de forma tan repentina.

El inspector entornó los ojos.

—Y supongo que una muerte tan intempestiva despertó suspicacias entre los vecinos.

—Yo… inspector… comprenda que no quiero caer en habladurías.

—Solo dígame qué fue lo que se rumoreó en el barrio, acerca del fallecimiento de don Julio. Le prometo que no haré nada contra nadie con esa información.

Don Venancio suspiró.

—Muy bien, pero le repito que solo son cotilleos y que no hay ningún fundamento para semejantes comentarios.

—Lo entiendo.

—Verá, la muerte de don Julio nos sorprendió a todos. Algunas malas lenguas sugirieron que quizá no había sido natural. Después del deceso, doña Marta tuvo un comportamiento frío y distante, y esa actitud también contribuyó a los rumores. Aunque, a mí me parece muy normal. La pobre mujer no estaba para reuniones sociales.

A pesar de la justificación del sastre, Expósito también comenzó a tener dudas acerca del comportamiento de la viuda, que ahora administraba el convento. Se preguntó si la decisión de sor María de tomar los hábitos, después del fallecimiento de su marido, habría sido por devoción, o si la empujó la culpa.

Capítulo 23

El sol ya comenzaba a declinar cuando don Ernesto dio por terminado el entrenamiento de ese día. Cipri había ganado confianza y lamentó que el ejercicio hubiera llegado a su fin, pero obedeció sin rechistar. Además, Macabeo merecía un descanso. El chico le proporcionó agua fresca a su montura y se aseguró de que el caballo bebiera a gusto, mientras le acariciaba el cuello con afecto y lo felicitaba con palabras cariñosas.

Don Ernesto se le acercó y también palmeó el cuello del animal con suavidad.

—Es evidente que este potro tiene un nexo especial contigo, Cipri.

—Macabeo es mi amigo, y sé que nunca me fallará. Ni yo a él.

—Eso está muy bien —Don Ernesto entornó los ojos y se quedó pensativo por un momento—. Ahora, ven. Entra en la casa, que Macabeo no es el único que necesita reponerse del ejercicio. Debes tener sed.

—Sí, señor.

El anciano condujo al chico hasta la cocina, lo invitó a sentarse y después de llenar un botijo con agua fresca, se lo entregó al chaval. Cipri bebió a gusto y dejó el botijo sobre la mesa, después de aplacar su sed.

—Quiero agradecerle de nuevo por aceptar entrenarme, don Ernesto.

El viejo jinete sonrió.

—No, Cipri. Hoy ha sido el mejor día de mis últimos veinte años. Soy yo quien te agradece por haberme devuelto la ilusión. Me temo que la amargura se ha apoderado de mi vida, y tu aparición ha sido providencial.

Cipri parpadeó y se recostó en el respaldo de su silla.

—¿Por qué se siente así, señor?

Don Ernesto suspiró.

—Por la soledad, chaval, por la soledad. No estaba preparado para experimentarla de este modo. Antes era diferente, ¿sabes? Tenía una esposa, dos hijos, esta casa estaba llena de vida y hacíamos grandes celebraciones a las que asistían muchos invitados.

—¿Y qué pasó? —preguntó Cipri, con los ojos muy abiertos—. ¿Dónde están todos?

El anciano negó despacio con la cabeza.

—La vida, hijo, la vida. Mi pobre mujer murió. Se la llevó una pulmonía, en el invierno del año sesenta y cinco. Mis hijos… —Don Ernesto hizo una pausa— Mi hijo mayor murió en un trágico accidente, cuando los caballos que tiraban de su coche se desbocaron cerca de un barranco. Con respecto a mi hija, se casó con un buen hombre, pero decidieron emigrar para «hacer las Américas». De vez en cuando recibo alguna carta suya, así que sé que tengo cuatro nietos en alguna parte del mundo.

—¿Y qué pasó con sus amigos?

El anciano sacudió la cabeza.

—En realidad, no eran amigos, sino personas a las cuales atrajo el renombre que tenía como jinete por aquellos días. Cuando la edad y la artritis me impidieron montar, se esfumó la

fama y con ella, desaparecieron todas esas gentes. Fueron como polillas, atraídas por la efímera luz del reconocimiento social.

—¿Todos se marcharon?

—Eso me temo, hijo. Además, nunca he sido un buen administrador. Aunque recibí en herencia esta casa y una fortuna cuantiosa, nunca me atrajeron los negocios y solo tenía interés por los caballos. Mi mujer era quien llevaba las cuentas. Y lo hacía muy bien, pero cuando ella murió, comenzó la ruina. Me temo que mi falta de interés en las finanzas me llevó a la bancarrota. Y aquí me tienes, como la sombra de un pasado glorioso, pero sin ninguna motivación. Incluso, montar me resulta cada día más difícil. Mis articulaciones ya no lo soportan por mucho tiempo.

El chiquillo se quedó pensativo por un momento, antes de afirmar con contundencia.

—A mí sí puede considerarme su amigo, don Ernesto.

Por primera vez desde que Cipri lo conocía, el viejo jinete sonrió.

—Gracias, hijo. Tengo la certeza de que es así —El anciano cogió aire, con la mirada perdida por un instante. Cuando volvió a centrarse en el chiquillo, su rostro estaba cargado de amabilidad—. Quiero contarte una historia de mis años mozos. Creo que conocerla puede ayudar a tu entrenamiento.

Los ojos de Cipri brillaron con curiosidad.

—Me gustaría escucharla, don Ernesto.

—Esto fue en el año 1852, durante una competencia. Era una carrera con salto de obstáculos y asistió toda la aristocracia. El premio era considerable, pero lo más atractivo era el honor. Yo montaba un hermoso alazán llamado Relámpago.

El chiquillo se inclinó hacia adelante y abrió mucho los ojos, para no perder palabra.

—Y, ¿qué pasó?

—Relámpago y yo éramos inseparables. Además, habíamos entrenado mucho para esa carrera. Estábamos decididos a ganar.

—¿Había muchos participantes?

—Competían los mejores jinetes de España —continuó don Ernesto—. La carrera fue muy difícil. Los obstáculos eran altos y las curvas muy cerradas. Muchos se quedaron en el camino…

Los ojos de Cipri casi saltaban de sus órbitas.

—¿Relámpago y usted lo consiguieron?

El anciano se balanceó un poco, como si su cuerpo rememorara los movimientos del caballo durante la carrera.

—Casi todos nuestros competidores fallaron en el mismo punto. Era una valla muy alta, con una trampa de agua justo después.

—Pero Relámpago y usted sí pudieron saltarla —dijo Cipri con voz firme, anticipándose entusiasmado.

—Allí estábamos, a pocos metros de la valla. Relámpago corría como el viento. Yo me incliné hacia adelante y le susurré al oído: «Ahora, compañero, tú puedes». Y Relámpago saltó. Lo hizo con una gracia y una fuerza que nunca había visto antes en ningún caballo. Superamos la valla y la trampa de agua con una facilidad sorprendente. El público enmudeció por un instante, y entonces estallaron los aplausos.

Cipri dibujó una amplia sonrisa.

—Es genial, don Ernesto. ¿Ganaron la carrera?

—Por supuesto. El premio fue nuestro, pero no solo lo conseguimos gracias al

entrenamiento. Esta es la lección que quiero que aprendas, chaval: tan importante como la preparación del jinete y el caballo, son la confianza y el vínculo que exista entre ellos.

—Entonces, Macabeo y yo lo vamos a lograr.

—De eso no tengo ninguna duda, chaval.

Cipri se levantó de repente, se acercó al anciano y lo rodeó con sus brazos.

—Y le prometo que usted nunca volverá a estar solo, don Ernesto.

El viejo jinete correspondió al abrazo del chiquillo, al mismo tiempo que una lágrima solitaria comenzaba a rodar por su mejilla.

Capítulo 24

Cuando el inspector Expósito salió de la sastrería, la información que había descubierto sobre sor María daba vueltas en su cabeza. La monja encargada de la administración del convento se había convertido en una sospechosa prometedora. Si los rumores eran ciertos y ella estuvo involucrada en la muerte de su marido, eso podría explicar su decisión de tomar los hábitos. ¿Tal vez se enclaustró a sí misma para expiar su pecado? ¿O lo hizo para acallar los rumores y evitar que la alcanzara la Justicia? El inspector elaboró una teoría: sor María, acosada por la culpa y el remordimiento, tal vez buscó el consuelo de la confesión, pero una vez que compartió su secreto más oscuro, decidió eliminar al único testigo de su crimen. Se trataba de una buena teoría, pero no explicaba la desaparición de las monjas o las campanadas a destiempo. ¿Y si esos hechos no estaban relacionados con el asesinato? José suspiró. No. Tenía que ser lógico. Era un convento. Resultaba muy difícil de creer que un asesinato y dos desapariciones que ocurrieron con pocos días de diferencia, no guardaran ninguna relación. Por otro lado, ¿cómo encajaba el anónimo que había recibido el sacerdote? Tal vez fue una advertencia para que no violara el secreto de confesión. ¿Por qué? Don Luis estaba obligado a guardar silencio. Expósito comprendió que estaba construyendo castillos en el aire.

José se detuvo en seco al escuchar la maldición del cochero, el chirrido agudo de las ruedas sobre el empedrado y el resoplido de protesta de los caballos, al ser frenados de repente.

—¿Qué le pasa? ¿Es que no tiene ojos en la cara? —le gritó el enfadado hombre, desde el pescante.

—Yo… lo lamento… iba distraído —respondió el inspector, llevándose la mano a la chistera, a modo de reconocimiento de su culpa.

—¡Pues tenga más cuidado! Ha estado a punto de hacerle una visita inesperada a San Pedro.

Expósito se apartó y permitió que el coche siguiera su camino. Solo entonces, él también reanudó sus pasos hacia la comisaría, pero más atento a lo que ocurría a su alrededor. El sol cálido de primavera invitaba al paseo. El policía fue consciente del bullicio de las conversaciones, que se mezclaba con el traqueteo constante de los carruajes pasando por la calzada. También comenzó a prestar atención a los olores que lo rodeaban: el fresco perfume de las flores que adornaban los balcones, mezclado con el humo de alguna chimenea lejana, y el tentador aroma de las pastelerías, que anticipaba la hora de la merienda, impregnando el ambiente de la tarde y atrayendo a los clientes.

Mientras continuaba su recorrido, José cambió el objetivo de sus elucubraciones, para centrarse en la historia de sor Teresa y el confesor. Allí había algo muy extraño. ¿Por qué una pareja de jóvenes a punto de casarse había abandonado la vida secular y la idea de formar una familia, para vestir los hábitos? ¿Qué les hizo cambiar de opinión? Don Luis se había llevado el secreto a la tumba. Si quería avanzar en esa línea de investigación, necesitaba conseguir más información.

Expósito se sintió desbordado. Nunca hubiera esperado enfrentarse a un caso tan extraño,

que ponía en el centro de peligro al lugar más seguro de Salamanca: el convento de Santa Ana de la Encarnación. Un escalofrío recorrió su espalda. Además, era donde vivía recluida su propia madre. Si algo le ocurría… Sin siquiera ser consciente de ello, José desvió su camino en dirección al convento. Tenía la urgente necesidad de comprobar que Jimena estaba bien.

Al cabo de pocos minutos, el inspector llegó a Santa Ana. La monja portera lo recibió con un gruñido.

—Buenas tardes, hermana. Deseo ver a mi madre.

El ceño de sor Juana se frunció de inmediato.

—Las visitas frecuentes no son recomendables. Alteran las emociones de las hermanas y les impiden centrarse en su deber de consagrarse a Dios.

—Tengo la autorización del obispo —afirmó el inspector.

José hurgó en el bolsillo del chaqué y sacó el documento que el obispo le había proporcionado para el bibliotecario. Sor Juana cogió el papel y lo ojeó en silencio. Por la actitud de la monja, el inspector comprendió que no sabía leer. Sin embargo, debió reconocer el papel timbrado, así como la firma y el sello del obispo. La monja portera abrió mucho los ojos y le devolvió el folio al policía, sin hacer más comentarios.

—Sígame, por favor.

José permaneció en silencio, mientras recorrían la familiar ruta, en dirección al locutorio. Una vez allí, la hermana portera le ordenó con voz seca que esperara y se marchó. Minutos después, Jimena apareció detrás de la celosía. Una sonrisa iluminó su rostro, en cuanto lo vio.

—José, hijo, me complace mucho verte de nuevo.

—Con todo lo que está ocurriendo en el convento, me preocupa tu bienestar —confesó el joven inspector.

Jimena pasó la mano entre las rejas de la celosía y le acarició la mejilla.

—No debes preocuparte. Estoy bien. Reconozco que el ambiente del convento es más tenso que de costumbre, pero la rutina continúa sin ninguna variación. En cierto modo, resulta tranquilizante.

—Prométeme que me avisarás de inmediato si surge cualquier indicio de que puedas estar en peligro.

—Nunca te ocultaría nada, José. ¿Has avanzado algo? ¿Tienes idea de quién cometió ese crimen tan atroz?

Expósito se acercó a la celosía y miró a ambos lados con desconfianza. Bajando la voz, le habló a su madre de sus descubrimientos y sospechas. Quería que estuviera prevenida. Ella lo escuchó con atención y sin interrumpirlo, enarcando las cejas de vez en cuando.

—De momento —concluyó José—, sor Teresa y sor María son mis principales sospechosas. Aunque todavía no soy capaz de explicar cómo podrían estar relacionadas con el homicidio, no descarto que el motivo se encuentre en su pasado.

—Estoy segura de que sea lo que sea, lo descubrirás —afirmó Jimena, con la voz cargada de orgullo.

—¿Alguna de ellas ha comentado cualquier detalle sobre su vida, antes de ingresar al convento?

Su madre negó con la cabeza, despacio.

—Me temo que no, hijo. Las conversaciones triviales están prohibidas por las reglas de la orden, así que no solemos hacer comentarios acerca de nosotras mismas. Quisiera ayudarte, pero no sé cómo.

—No debes preocuparte, madre. Yo conseguiré averiguar lo que sea necesario. Prefiero

que te mantengas al margen de este asunto. La persona a la cual nos enfrentamos ya ha demostrado que es muy peligrosa y no tiene reparos en recurrir al homicidio.

Jimena se quedó pensativa.

—Espera, creo que se me ocurre algo. Aunque yo no conozco ningún detalle sobre la vida secular de sor Teresa y sor María, hay alguien que sí podría saber más acerca de ellas.

—¿Quién?

—Muchas damas de la alta sociedad se ocupan de organizar colaboraciones y conseguir donaciones para el convento, pero hay una que está más comprometida que las demás. Suele visitarnos con frecuencia y conoce bien a todas las monjas. Además, tiene un trato muy cercano con la Madre Superiora y la administradora del convento, como consecuencia de sus actividades benefactoras.

—¿Crees que esa dama estaría dispuesta a colaborar?

—Por lo que he escuchado de ella, supongo que sí. Al parecer, una de sus mayores preocupaciones es el bienestar del convento.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Jimena asintió.

—Su nombre es doña Isabel de Montemayor. Estoy segura de que es muy conocida en los círculos de la alta sociedad salmantina.

—Isabel de Montemayor —repitió José, para memorizar el nombre—. Es un dato muy importante. Gracias, madre. Intentaré hablar con ella, para que me proporcione información sobre sor Teresa y sor María.

—Me complace ayudarte, hijo.

El inspector consultó su reloj de bolsillo.

—Ahora debo marcharme, pero mañana regresaré a visitarte. Por favor, ten mucho cuidado.

—Estaré bien, hijo y no te preocupes por mí. Siempre me complacen tus visitas, pero reconozco que estás muy ocupado. Si no puedes venir, lo comprenderé.

José negó con la cabeza.

—Vendré. Necesito comprobar que te encuentras bien.

Capítulo 25

Al mismo tiempo que Expósito visitaba a su madre en el convento, Cipri regresaba al establo. La lección con don Ernesto había conseguido proporcionarle seguridad. A pesar de las intensas actividades del día, no sentía ningún cansancio. La práctica lo había entusiasmado, pues tenía el mejor caballo del mundo y lo entrenaba el mejor jinete que existía. Ahora estaba seguro de que iba a ganar la carrera y conseguir el trofeo para Macabeo y el premio para su tutor. Recordando el consejo de su padre, acerca de ser agradecido, Cipri se dispuso a recompensar a Macabeo. Su amigo lo merecía. Después de poner el morral con avena en la cabeza del potro, el chico buscó sus utensilios de trabajo, mientras silbaba una melodía que había aprendido en Castañal. El chaval comenzó a cepillar el pelaje de Macabeo con alegría, al mismo tiempo que le hablaba sobre la carrera y cómo ambos se convertirían en campeones. Una voz conocida lo sacó de sus ensoñaciones.

—¡Cipri! ¿Qué haces aquí a esta hora?

El chiquillo se volvió hacia la voz y dibujó una sonrisa.

—Hola, Juan. Podría preguntarte lo mismo.

El joven, un poco mayor que él, se encogió de hombros.

—Debo hacer una reparación en casa y vine a recoger mis herramientas. Ya sé que ese caballo es tu favorito, pero ¿por qué lo cepillas a esta hora? Ya deberías estar en casa, cenando.

Cipri palmeó el cuello de Macabeo con cariño.

—Ha entrenado mucho esta tarde y merece que lo recompense.

—¿Entrenado? ¿Para qué?

—Para la carrera —respondió Cipri, señalando el cartel, cuyos colores resaltaban en una de las paredes del establo.

—¿El inspector va a participar en la carrera?

El orgullo se reflejó en la sonrisa de Cipri.

—No. Yo lo haré. Don José me autorizó para que compita con Macabeo, y ambos estamos entrenando para llevarnos el premio.

Los ojos de Juan se abrieron como si quisieran saltar de sus órbitas.

—¿En serio? Te felicito, Cipri. Yo he querido participar en esa carrera desde hace muchos años, pero es un sueño imposible.

—¿Sabes montar?

Juan asintió.

—Crecí en una ganadería y aprendí a montar casi antes que a andar, pero me temo que eso no es suficiente. Yo no tengo ningún caballo para poder participar.

—Lo lamento mucho, Juan. Sin embargo, si eres tan buen jinete, es posible que en algún momento puedas competir. Alguien podría prestarte un caballo, como me ha ocurrido a mí.

Juan bajó la mirada y respondió sin mucha convicción.

—Sí, claro.

—No pierdas la esperanza, Juan. Las oportunidades pueden surgir cuando menos las

esperas.

—Olvídalo, Cipri. No tiene caso seguir soñando con un imposible. Soy y seré toda la vida un mozo de cuadra. Cuidaré los caballos de otros, pero nunca tendré la oportunidad de montarlos. Es mi destino.

El joven se acercó al rincón donde se guardaban las herramientas y sacó una bolsa de cuero del interior de una de las cajas.

—Aquí están. En fin, Cipri, regreso a casa, que mi madre me está esperando. Te deseo buena suerte para la carrera.

Sin decir una palabra más, Juan salió del establo, dejando a Cipri con la convicción de que era muy afortunado al contar con amigos como don José, Inocencio y Macabeo. El chiquillo palmeó el cuello del isabelino con cariño.

—Espero que Juan pueda cumplir su sueño algún día, Macabeo, pero ahora nos corresponde a nosotros trabajar en el nuestro.

El potro sacudió la cabeza de arriba abajo, para mostrar su satisfacción por las caricias que estaba recibiendo. Cipri dejó escapar un suspiro y volvió a coger el cepillo, para seguir acicalando a su amigo. Al cabo de un par de horas, recogió y salió en dirección a la posada, con el corazón colmado de ilusión y el pensamiento centrado en una buena cena.

Capítulo 26

Con todas las evidencias mezclándose en su cabeza y la preocupación por su madre aprisionando su pecho, José salió del convento en dirección a la posada. Lo acicateó la temperatura, que comenzaba a descender a pasos agigantados, por lo que apuró el paso en busca de refugio. En cuanto entró en la posada, lo recibió la calidez del ambiente como un abrazo reconfortante.

En vista de la hora, José encaminó sus pasos al comedor y como esperaba, allí encontró a Inocencio y a Cipri, sentados en su mesa favorita. Conversaban con buen ánimo entre bocado y bocado del hornazo que saboreaban. El inspector ocupó su lugar habitual frente a ellos, al mismo tiempo que dejaba escapar un suspiro de cansancio.

—¿Un mal día? —preguntó Inocencio.

—No te lo puedes imaginar.

—Enseguida le traigo su cena, inspector —anunció don Pancho, que se había acercado a la mesa con sigilo.

José iba a negarse, argumentando que no deseaba cenar, pero los aromas culinarios que inundaban el comedor le hicieron cambiar de opinión. Tal vez un trozo de hornazo no sería tan mala idea.

—Muchas gracias, don Pancho —José se volvió hacia sus amigos—. ¿Cómo os fue a vosotros el día de hoy? ¿Ya comenzaste tus clases de equitación, Cipri?

El rostro del chiquillo se iluminó.

—Sí, don José. Don Ernesto es un gran jinete, que ha ganado muchas competencias y ha prometido que me enseñará todos los trucos que sabe. También me confirmó que Macabeo es un gran caballo. Además, se ha portado muy bien durante la práctica.

—Me alegra mucho, Cipri.

El chaval sonrió.

—Estoy seguro de que Macabeo y yo ganaremos la carrera y de que podré demostrar que él es el mejor caballo de Salamanca. Además, conseguiré el primer premio para usted, don José.

Expósito se mordió los labios y meditó por un momento.

—Estoy seguro de que Macabeo y tú lo haréis muy bien, Cipri, pero recuerda que lo más importante es participar. No tienes que demostrarnos nada y estaremos muy orgullosos de ti, sin importar si ganas o pierdes. ¿De acuerdo?

—Le aseguro que ganaré, señor.

—Vale —dijo Expósito, tratando de no desilusionar al chico.

El inspector guardó silencio por un momento. Esperaba que el chaval hiciera un buen papel en la carrera. Cipri no merecía una decepción. Don Pancho volvió a interrumpirlos al colocar el plato de hornazo frente al inspector, mientras José desviaba la atención de Cipri, para centrarla en Inocencio.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Ya te hiciste amigo de la hija del carpintero?

El chico se enderezó en el asiento.

—He estado ocupado en asuntos más importantes.

Las cejas del policía se enarcaron.

—Ah, ¿sí? ¿qué asuntos? Espero que no se parezca a aquella ocasión, en la que te colaste en la casa del conde de Ordago, porque estabas enamorado de su hija. Recuerdo que entonces también hablabas de estar ocupado en un asunto muy importante.

—¡Oye! ¡Eso dolió! ¿Así tratas a tus amigos?

José estalló en carcajadas, al mismo tiempo que Cipri enarcaba las cejas sin comprender.

—¿Qué pasó? ¿Por qué dolió, Inocencio?

—Respóndele al chico —lo animó Expósito—. Es una historia que vale la pena contar.

Inocencio se cruzó de brazos.

—No veo la necesidad de remover el pasado.

—Bien, entonces, se la contaré yo —respondió el inspector.

Inocencio frunció el ceño, al mismo tiempo que Cipri se inclinaba hacia adelante, para escuchar mejor. José cogió aire y comenzó su relato.

—Ocurrió hace algunos años. Tanto Inocencio como yo éramos todavía un par de ladronzuelos que desvalijábamos las casas señoriales, cuando teníamos oportunidad.

—Antes de regenerarse —precisó Cipri.

—Así es. Inocencio vio a la hija del conde paseando por una plaza y se enamoró de inmediato…

—Era preciosa —intervino Inocencio—. Tenía que enamorarla. Además, yo le gustaba. Me lo hizo saber con los gestos de su abanico.

Expósito sacudió la cabeza y continuó su relato.

—El caso es que Inocencio entró en la casa a hurtadillas una noche, para encontrarse con la joven…

—Ella me lo facilitó. Ya os dije que yo le gustaba.

—Mientras estaba dentro de la mansión, el padre de la chica apareció y lo descubrió allí, cortejando a su hija…

—¡No estaba haciendo nada malo!

—No, solo allanaste la casa señorial, para seducir a la hija del conde.

Cipri tenía los ojos abiertos como un besugo al horno.

—¿Y qué pasó?

A José se le escapó una carcajada, mientras el ceño de Inocencio se fruncía cada vez más.

—Que ¿qué pasó? —continuó Expósito—. Cuando Inocencio vio al padre de la joven, saltó por la primera ventana que encontró desde el segundo piso.

—¿Te lastimaste? —preguntó Cipri, preocupado.

—Solo en su orgullo —aclaró el policía—. Inocencio saltó sin mirar lo que había abajo. Estaban haciendo remodelaciones en el jardín, así que cayó en un carro lleno de estiércol. Aunque salió ileso, no se pudo quitar el olor de encima durante días.

—¿Por qué siempre tienes que recordar esa historia? —protestó Inocencio—. Yo la quiero olvidar.

—Es que te define muy bien, amigo. Nunca conocí a nadie con tanta facilidad para meterse en problemas ni con tanta suerte para salir de ellos. Por eso te pregunto cuál es ese asunto tan importante del que te estás ocupando.

—Pues estoy ayudando a tu amigo policía.

—¿A Leandro?

—Al mismo. Me ha pedido ayuda para encontrar al tío ese que roba obras de arte.

El inspector enarcó las cejas.

—¿Tú, colaborando con la policía?

—¿No te ayudo a ti? ¿No eres tú policía? Leandro es un buen tío. Me simpatiza. Y es divertido ayudarlo.

—¿Habéis hecho algún avance? —quiso saber José.

Inocencio le relató todo lo que sabía acerca de la investigación y los últimos pasos que habían dado, incluyendo sus indagaciones en la casa de té de doña Carmen. Expósito escuchó con atención y asintió con expresión aprobadora.

—Me alegra que estés colaborando con Leandro. Eso te mantendrá lejos de los problemas, además de que es una buena causa. Sin embargo, procurad que el comisario no se entere de tu participación en el caso. Estoy seguro de que no la aprobaría.

—Lo tenemos en cuenta.

Los tres se centraron en sus correspondientes hornazos, se despidieron y se retiraron a sus habitaciones. A pesar del agotamiento del día, cuando José se quedó solo en su dormitorio, decidió repasar las piezas del rompecabezas una vez más, tratando de encontrarle sentido a ese galimatías. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, no fue capaz de elaborar una teoría que explicara todas las evidencias que había recolectado. Y las evidencias siempre eran lo más importante. Estaba claro que todavía había información crucial de la cual no disponía, así que decidió dejar de lado las notas y descansar. Tal vez el nuevo día trajera nuevas respuestas que le permitieran avanzar.

Capítulo 27

El recuerdo de la preocupación en la mirada de José no le había permitido dormir a Jimena en toda la noche. La felicidad de su hijo era lo más importante para ella y no deseaba convertirse en un motivo de angustia para él, pero no sabía cómo ayudarlo a cumplir su tarea de encontrar y detener al asesino. Jimena comprendió la severidad de su insomnio cuando escuchó las campanadas que llamaban a maitines. Así que faltaba poco para el amanecer. Entonces, tuvo una idea.

Jimena se puso un hábito negro sobre el camisón y ajustó el velo sobre su cabeza. Salió de su celda y se unió a la procesión de monjas que ya llenaba los pasillos, en dirección a la capilla. La penumbra reinante se convirtió en su aliada. Cuando pasaron por un cruce poco iluminado, Jimena se escabulló en las sombras y permaneció inmóvil, hasta que la última de sus hermanas se perdió de vista. Cuando tuvo la certeza de que estaba sola, salió de su escondite y encaminó sus pasos en dirección a la celda de la Madre Superiora.

La madre de Expósito no se sorprendió cuando encontró la puerta cerrada con llave. Sin embargo, aquello no sería un obstáculo para ella. Años de encierro con Saturnino y Brígida la habían preparado para aquel momento.

Jimena sacó un abrecartas del amplio bolsillo del hábito y lo utilizó para abrir la vieja cerradura. Entró en la celda vacía y cerró la puerta a su espalda. La recibió el frío y austero ambiente de la estancia. El tiempo era crucial. Los maitines terminarían en una hora, así que debía ponerse manos a la obra.

Recorrió la estancia con la mirada. La celda era una réplica exacta de la suya propia. La única concesión a la autoridad de la Madre Superiora era el Cristo sobre la cabecera de la cama. Se trataba de una talla fina, en lugar de la tosca cruz de madera habitual. Era lo único que adornaba las frías paredes de piedra. El escaso mobiliario lo componían una cama, un escritorio y un armario, fabricados con madera de pino.

Después de respirar profundo y darse una pausa para reflexionar, la intrépida monja comenzó su escrutinio por el escritorio. Abrió cada uno de los cajones con cuidado, revisando su contenido y tanteándolo por toda la superficie, en busca de compartimentos secretos. Encontró una biblia, plumas, papeles en blanco, cerillas y una vela a medio consumir. Nada fuera de lo habitual. Dio por terminada su revisión, después de haber colocado cada objeto en el lugar exacto al que pertenecía.

Su primer objetivo había sido un fracaso. Albergaba la esperanza de encontrar algo que pudiera ayudar a su hijo. Necesitaba tanto poder ayudarlo… Debía darse prisa. No tenía forma de medir el tiempo y cuando los maitines concluyeran, era probable que sor Teresa regresara a su celda. Jimena no había preparado ningún argumento lógico que explicara su presencia allí. En su cabeza se instaló el tictac de un reloj imaginario que la azuzaba para que se diera prisa.

Cuando terminó con el escritorio, decidió revisar el armario. Apartó los hábitos que colgaban y removió la manta que se encontraba doblada en un rincón. Allí no había nada. Entonces, le llegó el turno a la cama. Levantó el colchón y buscó entre las sábanas, con la

esperanza de encontrar una pista. Lo que fuera. Su esfuerzo fue infructuoso. Removió la almohada, pero tampoco consiguió lo que buscaba. Sus miradas en dirección a la puerta se hacían cada vez más frecuentes. Los maitines debían estar a punto de terminar. Eso, si no habían concluido ya. Si sor Teresa la descubría…

Jimena apretó los dientes y golpeo la almohada con frustración. ¡Un momento! ¿Qué había sido eso? El tacto le hizo comprender que en el interior de la almohada había algo duro que no debería estar ahí. Los latidos de su corazón, ya acelerados, cobraron una velocidad vertiginosa y sintió que le golpeaban la garganta. Comprendiendo que allí podía estar lo que buscaba, Jimena metió la mano entre el relleno de la almohada y entonces lo encontró: El objeto cuya dureza le había llamado la atención y cuyo hallazgo en ese lugar solo podía explicarse por haber sido escondido.

La madre de Expósito sacó el pequeño libro que había permanecido oculto entre el relleno de la almohada. Cuando lo vio, comprendió que se trataba de un diario. Las tapas de cuero raspadas en las esquinas por el uso, el olor a la vez mohoso y avainillado del papel viejo y su color amarillento, le hicieron comprender que aquel pequeño cuaderno tenía muchos años de uso. Jimena lo abrió y en los trazos elegantes reconoció la letra de la Madre Superiora. Sin duda alguna, aquel diario le pertenecía.

Antes de que Jimena tuviera tiempo de decidir qué debía hacer con su hallazgo, el chirrido de los goznes de la puerta le desencadenó un escalofrío que le recorrió la espalda. Sin siquiera detenerse a pensar, la madre de Expósito entró en el armario y se ocultó detrás de los hábitos, dejando una pequeña rendija entreabierta, para poder respirar.

El sonido de los goznes le hizo comprender que la puerta se cerraba. Sor Teresa había regresado a su celda, pero no venía sola. El murmullo de voces le advirtió a Jimena que la Madre Superiora estaba acompañada por una hermana. La voz de sor Teresa tenía el inconfundible timbre del enfado.

—Muy bien. Ya estamos en un lugar privado y nadie nos escucha —advirtió la Madre Superiora—. Ahora quiero que me diga sin titubeos ¿cómo y cuándo encontró esta bolsa de dinero?

La voz que le respondió a sor Teresa era muy joven, y Jimena creyó reconocer a sor Magdalena.

—Sí, Madre, pero no quiero acusar a nadie. Solo se lo comuniqué porque me pareció extraño. Quizá exista una explicación y…

—Sin rodeos, sor Magdalena. Responda de una vez.

Jimena tuvo que aguzar el oído para poder escuchar la respuesta.

—Yo… Estaba limpiando el despacho de Administración. Sor María… sor María no estaba allí en ese momento. Entonces, abrí un arcón que se encuentra en un rincón. No lo hice para husmear… Solo quería cumplir bien mi tarea. El arcón estaba lleno de libros y documentos llenos de polvo y yo los saqué para limpiarlos. Fue entonces cuando vi esta bolsa… Estaba en un rincón del arcón, oculta bajo todo su contenido. Eso fue lo que más me sorprendió. Por eso se la traje a usted. Por favor, no le vaya a decir a sor María que yo se lo conté. No quiero que se enfade conmigo.

—¿Oculta?

El tintineo de las monedas hizo comprender a Jimena que sor Teresa estaba en posesión de la bolsa. La voz de la novicia se escuchó titubeante.

—Estaba debajo de todo. La única forma de encontrarla era vaciar el arcón, que fue lo que yo hice.

Un silencio tenso siguió a las palabras de sor Magdalena. Pasaron algunos segundos, antes de que se escuchara la voz firme de la Madre Superiora.

—Muy bien, sor Magdalena. Yo me haré cargo. Le prohíbo que haga ningún comentario a nadie acerca de esto.

—¿Ni siquiera a sor María?

—En especial, no a sor María. El descubrimiento de esta bolsa en esa oficina debe quedar entre usted y yo. Nadie debe enterarse de que conocemos la existencia de este dinero. ¿Lo entiende?

—Sí, Madre. No diré nada. ¿Puedo regresar a los maitines?

—Vaya, hija.

Los suaves pasos sobre la piedra y el chirrido de los goznes cuando sor Magdalena salió de la celda, le hicieron comprender a Jimena que sor Teresa se había quedado sola. Jimena apretó los dientes y contuvo la respiración, mientras escuchaba los pasos nerviosos de la monja recorriendo la celda.

Al cabo de algunos interminables minutos, la madre de José escuchó el tintineo de las monedas cuando fueron depositadas sobre la mesa. Entonces, los pasos decididos de la Madre Superiora y el chirrido de los goznes le anunciaron que sor Teresa también se había marchado. Con mucho sigilo y sujetando el diario dentro del bolsillo de su hábito, Jimena se asomó a la rendija del armario, para asegurarse de que estaba sola. Solo entonces salió con prisas, apenas a tiempo para incorporarse a un grupo de monjas que recorría los pasillos de regreso de los maitines, en dirección a sus celdas.

Capítulo 28

El día amaneció con una capa de nubes cubriendo el cielo y la amenaza de lluvia se podía sentir en el ambiente como un peso invisible, pero ineludible. José se levantó más temprano que de costumbre, para planificar sus siguientes pasos. A pesar de sus últimas indagaciones, sus sospechosas principales seguían siendo un misterio, cuyo velo necesitaba apartar para avanzar en su misión. Sus descubrimientos acerca del pasado de ambas religiosas añadían más preguntas que respuestas a su investigación. ¿Quiénes eran en realidad esas mujeres y de qué podían ser capaces? El inspector decidió que debía entrevistarse con doña Isabel, la benefactora de la que le había hablado su madre. Necesitaba información más personal acerca de las monjas y tenía claro que el convento guardaba sus secretos. Esperaba que la dama fuera capaz de despejar esas incógnitas.

Expósito se sentó en el pequeño escritorio de su habitación y revisó las notas de su libreta. Para conseguir que el testimonio de doña Isabel aportara nuevos e importantes datos, él tendría que hacer las preguntas correctas, así que dedicó los siguientes minutos a prepararse para el interrogatorio.

Concentrado en su tarea, el tiempo transcurrió sin que lo notara. Cuando terminó, consultó su reloj de bolsillo. Eran las nueve treinta y lo azuzó la impaciencia. El policía se puso su chaqué, cogió la libreta, su chistera y salió de la habitación. Al bajar las escaleras escuchó el murmullo que provenía del comedor. Dudó por un momento, pero decidió que ya habría tiempo para un café más tarde, así que pasó de largo y salió de la posada.

Las calles ya estaban repletas de gente que transitaba de un lugar a otro, apurando el paso, para que no los pillara la inminente lluvia. El traqueteo de los carros se sumaba al ruido de los cascos y los gritos de los pregoneros, dando fe de que Salamanca ya se había despertado por completo. Los aromas del café y el pan recién horneado, que inundaban la ciudad, desencadenaron una protesta en el estómago vacío de José, que él ignoró.

Expósito apuró el paso en dirección a la comisaría. Si alguien podía informarle dónde encontrar a doña Isabel de Montemayor, ese sería don Carlos. Gracias a su importante cargo, el comisario mantenía una relación estrecha con la alta sociedad salmantina.

El inspector apenas saludó a Quintana al pasar, le preguntó si el comisario había llegado y después de recibir una respuesta afirmativa, subió las escaleras a toda prisa hasta su despacho. Holguín lo recibió con la preocupación pintada en el rostro.

—José, espero que vengas a informarme que ya descubriste quién asesinó al cura. No imaginas las presiones que estoy recibiendo de parte del obispado sobre este asunto.

Expósito suspiró.

—Ya lo supongo, don Carlos, pero me temo que el caso es más complicado de lo habitual… —José le informó a su superior acerca de sus avances, mientras Holguín escuchaba con el ceño fruncido—… Así que tengo la esperanza de que doña Isabel de Montemayor pueda arrojar luces sobre lo que está ocurriendo en el convento.

El comisario se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos, manteniendo el ceño

fruncido.

—No me gusta, Expósito. Un asesinato con dos monjas como sospechosas y una condesa como testigo… ¡Este caso es un desastre!

—¿Condesa?

—Así es. Doña Isabel de Montemayor es la viuda del conde de Villamuriel y es una dama muy respetada entre la alta sociedad, así que será mejor que uses guantes de seda cuando hables con ella. Nada de presiones.

—Sí, señor. Le prometo que seré muy cuidadoso.

—De acuerdo. La condesa vive en un palacete en la calle San Pablo, número quince.

José tomó nota mental de la dirección y después de prometerle a don Carlos que no tendría quejas por su trato hacia doña Isabel, salió del despacho y de la comisaría, decidido a cumplir su tarea. Apresurando el paso, el joven inspector no tardó en llegar a la calle San Pablo, que era una de las preferidas de la alta sociedad salmantina. No era de extrañar que estuviera repleta de casas señoriales y palacetes.

El número 15 de la calle San Pablo era una construcción de tres plantas, cuya majestuosidad sobresalía entre sus pares. Su fachada de piedra arenisca estaba adornada con intrincados relieves y balcones de hierro forjado, dándole un aspecto sobrio, pero elegante. Sobre la puerta principal, enmarcada por dos columnas jónicas, sobresalía el escudo de la familia, en un bajorrelieve tallado en la piedra.

El policía cruzó la reja de hierro forjado que separaba el palacete de la calle y recorrió el sendero del jardín, flanqueado por setos. Lo alcanzó el aroma de los rosales y la hierba recién cortada. Una vez en la puerta, usó la pesada aldaba de bronce para anunciar su presencia. La puerta se abrió en silencio y apareció un mayordomo con chaqué negro, guantes blancos y cara de jugador de póker. El empleado miró a José de arriba abajo y enarcó las cejas.

—¿Qué desea, caballero?

El policía se identificó y le mostró sus credenciales.

—Debo hablar con doña Isabel de Montemayor. Es posible que su colaboración sea importante para la resolución de un caso.

Las cejas del mayordomo casi alcanzaron la línea de su cabello, como si su visitante hubiera pronunciado palabras absurdas en un idioma desconocido.

—Aguarde aquí. Preguntaré si la señora está visible.

Sin dar oportunidad a que José respondiera, el mayordomo cerró la puerta en las narices del policía, quien escuchó sus pasos a través de la gruesa madera de caoba. Al cabo de pocos minutos, el empleado regresó y abrió la puerta. La expresión de su rostro reflejaba su incredulidad.

—Pase. Doña Isabel lo recibirá.

El tono del mayordomo no ocultaba su incomprensión frente a la concesión de la condesa. Quizá era el capricho de una dama de alcurnia que se aburría.

Expósito siguió al empleado doméstico a través de un largo pasillo. La frialdad del mármol que pisaba se atenuaba con los tapices antiguos y con los retratos familiares
que adornaban las paredes, iluminados con lámparas de aceite.

Llegaron hasta un salón de recibo con techos altos. Los muebles eran de caoba con incrustaciones de marfil y tapicería de terciopelo verde, oscurecida por los años. La luz se filtraba desde un jardín interior a través de grandes ventanales, adornados con cortinas de Damasco. Sentada en uno de los sofás se encontraba una mujer de alrededor de cincuenta años. Su cabello oscuro estaba recogido en un elevado peinado, que dejaba ver algunas hebras

plateadas. Su rostro, matizado con algunas arrugas, todavía permitía adivinar una belleza que se resistía al paso del tiempo. Los movimientos de la condesa eran gráciles y estudiados. Llevaba las manos protegidas con finos guantes blancos de encaje. En ese momento, José tuvo una sensación de *déjà vu*, pero no fue capaz de definir el motivo. ¿Por qué le resultaba familiar? Doña Isabel saludó a Expósito con un ligero asentimiento y lo invitó a sentarse frente a ella, con un gesto de la mano.

—Roberto me dice que es usted policía y que desea hablar conmigo. Ha despertado mi curiosidad.

Después de hacer una leve reverencia, el inspector se sentó, obedeciendo a la invitación.

—He venido por lo que ocurrió ayer en el convento. Tal vez no se haya enterado…

—Por supuesto que me enteré —lo interrumpió ella—. Sor Teresa me envió un mensaje ayer mismo. Es espantoso que algo así pueda ocurrir en un santuario dedicado a la oración y el recogimiento. Sin embargo, no comprendo el motivo de su visita. No sé nada acerca de ese asunto.

—Lamento molestarla, señora condesa. Tengo entendido que usted visita el convento con frecuencia y conoce bien a las religiosas que lo habitan.

—Sí, por supuesto. Me he dedicado a la protección de Santa Ana de la Encarnación, desde hace muchos años.

—¿Alguna vez vio o escuchó algo que considerara fuera de lugar para un convento?

—¿A qué se refiere?

—Murmuraciones, expresiones de descontento entre las religiosas... Quizá alguna queja fuera de lugar.

—Nada de eso.

—¿Cómo se llevaban las hermanas con el confesor?

—Por lo que sé, entre ellos había una relación de respeto y cortesía. Él cumplía su función y la llevaba a cabo de manera impecable.

—¿Escuchó alguna amenaza contra el sacerdote?

—Por supuesto que no.

—¿Sabía que la Madre Superiora y el confesor mantuvieron una relación en su juventud, antes de tomar los hábitos? ¿Qué estuvieron a punto de casarse y cambiaron de opinión en el último momento?

—No lo sabía. Las conversaciones que sostengo con sor Teresa se centran en el convento y sus necesidades. No solemos tocar temas personales. Sin embargo, eso tal vez explica…

—¿Qué? —preguntó el policía, inclinándose hacia adelante con interés.

—Fue hace un par de semanas. Me acercaba al despacho de sor Teresa y escuché una discusión en voz alta. Antes de que pudiera llegar a la puerta, don Luis salió dando un portazo y pasó delante de mí sin saludar. Parecía muy enfadado. Creo que ni siquiera me vio.

Las alertas del policía se dispararon. ¿Se trataba de la misma discusión que había mencionado la novicia, o quizá la diatriba entre la religiosa y el confesor había ocurrido en más de una ocasión?

—¿Pudo escuchar lo que decían?

—No, pero tampoco me esforcé demasiado. Cuando llegué al despacho, sor Teresa estaba muy nerviosa y tuve la impresión de que se secaba las lágrimas. Sin embargo, no me atreví a preguntarle nada, pues no era de mi incumbencia. En la medida en que comenzamos a hablar sobre la siguiente recolección de fondos, ella se fue tranquilizando. No le di importancia. A fin de cuentas, los religiosos también son seres humanos con emociones.

Expósito tomó nota.

—¿Y sor María? ¿Le habló alguna vez del fallecimiento de su marido, antes de entrar en la vida religiosa?

—Me estoy enterando de que alguna vez estuvo casada. Sor María es una administradora muy competente y estoy segura de que es ajena a lo que ocurrió.

—¿Qué le hace llegar a esa conclusión?

—Las religiosas de Santa Ana de la Encarnación son mujeres devotas que han dedicado su vida a la oración y la contemplación, y que se han alejado de los placeres mundanos. No albergo dudas de que ninguna de ellas tiene nada que ver con el lamentable destino de don Luis.

—Parece usted muy segura de lo que afirma.

—Por supuesto. Las conozco desde hace años.

—Debo deducir entonces que salvo por esa discusión entre sor Teresa y don Luis, usted nunca ha visto nada extraño en el convento.

—Yo… eh… por supuesto que no.

Ante el tono dubitativo, José parpadeó.

—Doña Isabel, comprendo que sienta aprecio y confianza por esas mujeres, y no le estoy pidiendo que las acuse de nada. Sin embargo, cualquier detalle que pueda recordar que le haya parecido extraño, podría ayudarme a descubrir al asesino y eso les proporcionaría paz y seguridad a todas las hermanas. ¿Qué fue lo que llamó su atención?

—Yo… se refiere a sor María, pero estoy convencida de que no se relaciona con nada de lo que ha ocurrido. Le aseguro que sor María es la mujer más honesta que he conocido. Su mayor preocupación es asegurarse del bienestar de todas las religiosas que habitan el convento.

—¿No tiene usted ninguna duda al respecto?

—Pondría la mano en el fuego por ella.

—Por favor, dígame qué fue lo que le sorprendió. Le prometo que nadie resultará perjudicado y que no actuaré contra ninguna persona dentro o fuera del claustro, hasta no tener evidencias concretas.

—Muy bien. Hace un par de días fui al convento para dar una buena noticia a las hermanas. Había conseguido una donación considerable para reparar el tejado del ala sur y me sentía muy satisfecha. La puerta de la oficina de Administración estaba entreabierta y yo entré sin pensar. Sor María estaba guardando algo en un arcón. No pude ver qué era, pero ella se enfadó conmigo por haber irrumpido de ese modo en su despacho. Supongo que tenía razón, pero…

—A usted le pareció una actitud sospechosa —concluyó Expósito.

—No diría tanto, pero sí me sorprendió su reacción. Sin embargo, estoy segura de que no tiene nada que ver con lo que ocurrió después. Tanto sor Teresa como sor María son mujeres honestas y devotas, que han dedicado su vida a Dios. Ninguna de ellas se involucraría nunca en un acto tan brutal como un asesinato.

José asintió, se puso de pie y se inclinó en una leve reverencia.

—Le estoy muy agradecido por su colaboración, condesa. Le aseguro que descubriré al asesino y lo detendré, sin molestar a aquellas religiosas que sean inocentes. Tiene mi palabra de que el convento volverá a ser un refugio de paz.

—Confío en que así será, inspector —dijo doña Isabel, al mismo tiempo que sacudía una campanilla.

El mayordomo apareció con tanta rapidez, que el policía dedujo que había escuchado toda la conversación detrás de la puerta. Doña Isabel se volvió hacia él.

—Roberto, por favor acompañe al inspector hasta la salida.

—Sí, señora condesa. Por aquí, inspector.

Expósito siguió a su escolta y abandonó la mansión, convencido de que en las palabras de la condesa se encontraban las claves para descifrar aquel desconcertante asesinato.

Capítulo 29

Mientras Expósito se entrevistaba con doña Isabel de Montemayor, Inocencio aguardaba con paciencia frente a la comisaría. El día se desplegaba con un cielo encapotado, cargado de nubes grises, que prometían una lluvia inminente. Las campanadas de la catedral anunciaron las diez de la mañana. Era la hora acordada con Leandro. Mientras esperaba, el joven exladrón meditó acerca de lo que estaba haciendo. Comenzaba a comportarse de forma responsable y eso le preocupaba. Quizá sus amigos de la infancia tenían razón y andar tanto con policías estaba resultando una mala influencia. Solo le faltaba convertirse en un trabajador esforzado. La sola idea le ponía la piel como escarpias. Dejó a un lado sus cavilaciones cuando vio aparecer a Leandro. El inspector salía del edificio con el bombín en la mano y se lo puso, en cuanto pisó la calle. Sonrió al llegar junto al chico.

—Me alegra que seas tan puntual, Inocencio.

—Le di mi palabra, don Leandro. Estoy deseando saber cómo termina todo este asunto. No me gustan los delincuentes de cuello blanco. Son demasiado presumidos. ¿Ha descubierto algo?

Leandro suspiró y después de darle un resumen a su improvisado compañero, acerca de las indagaciones que había llevado a cabo por su lado, concluyó:

—… También he recibido algunos resultados de estas averiguaciones, pero me temo que no son lo que esperaba. Los agentes que envié por toda la ciudad, para investigar los lugares señalados por las cartas interceptadas, no encontraron ningún rastro. Estos sujetos saben cubrir bien sus huellas. Por otro lado, el geólogo que visité ayer ha comenzado a analizar la tierra que encontré en la tienda, en la que se llevó a cabo la subasta clandestina.

—¿Descubrió algo?

—De momento, solo ha tenido tiempo de hacer una revisión superficial de la muestra. Según me informó, la tierra proviene de suelo arcilloso y calizo, que es el habitual en Salamanca, aunque no pudo explicar algunos restos de caliza más oscura y lo que parece ser musgo. Someterá la muestra a pruebas químicas, pero tendremos que esperar algunos días para ese resultado.

—Entonces, ¿qué haremos hoy? ¿Seguiremos la pista que nos dio doña Carmen?

Leandro asintió.

La información proporcionada por la propietaria de la sala de té promete ser relevante. Además, también comprobé que algunos cuadros de Joaquín de la Riva se encuentran en la lista de obras de arte, que fueron robadas de la colección del conde Gonzalo de Monteverde, hace seis meses. Nuestro siguiente paso será hacerle una visita a don Javier Morales, para interrogarlo sobre este asunto.

—¿Cree que el director del diario pueda estar involucrado en los robos? ¿Qué quizá sea La Sombra?

—Todavía no lo sé, Inocencio, pero de momento, las evidencias apuntan en ese sentido. En cualquier caso, le pediremos explicaciones. Iremos a la calle Toro, donde se encuentra «El

diario del Tormes».

El inspector y su joven colaborador se encaminaron a su destino en silencio. Cada uno iba sumido en sus propias cavilaciones. Cuando llegaron, se encontraron en medio del bullicio de una de las arterias principales de la ciudad. Los comerciantes trabajaban apresurados, mientras sus clientes apuraban sus compras, antes de que los alcanzara el inevitable chaparrón.

Leandro e Inocencio avanzaron, esquivando a la multitud que se movía con urgencia, y que trataba de eludir las primeras gotas, que ya comenzaban a humedecer el empedrado de la calle. Los envolvió el murmullo de las conversaciones, el golpeteo de los cascos de los caballos sobre las piedras y el chirrido de los carros, todo lo cual creaba una sinfonía caótica, pero llena de vida.

Ambos zigzaguearon entre la gente, hasta que llegaron frente a un edificio que se destacaba entre sus vecinos por su imponente estilo neoclásico. Un letrero de fondo negro, pintado con letras doradas anunciaba que se trataba de «El diario del Tormes». Al cruzar el umbral, se encontraron en un vestíbulo amplio de techos altos. El olor a tinta fresca y papel recién impreso impregnaba el ambiente, y mientras avanzaban por el pasillo que conducía a las oficinas, el eco de sus pasos sobre el suelo de mármol comenzó a resonar con solemnidad.

Cuando llegaron a la sala de redacción, los recibieron las voces de los periodistas, que se mezclaban con el sonido de las plumas rasgando el papel. Se aproximaron a uno de los redactores, quien al sentirlos cerca levantó la mirada. Leandro le mostró su identificación y tomó la palabra.

—¿Dónde se encuentra el despacho del director, por favor?

Las cejas del periodista se enarcaron de inmediato, pero contuvo su curiosidad. Con un gesto de la cabeza señaló una puerta al fondo de la sala, adornada con molduras, sobre la cual una placa indicaba que se trataba de la oficina que buscaban. El policía y el chico se acercaron al secretario, cuyo escritorio ubicado de forma estratégica, servía como alcabala para llegar a la dirección. Leandro volvió a identificarse.

—Queremos hablar con don Javier Morales. ¿Se encuentra en su despacho?

—Sí, señor —respondió el empleado con nerviosismo—. Los anunciaré.

Antes de que el inspector pudiera responder, el secretario ya estaba junto a la puerta y después de anunciarse con un par de golpes, entró en el despacho. Salió enseguida, les franqueó el paso a los visitantes y cerró la puerta a sus espaldas.

Al contrario de la sala de redacción, el despacho del director era un remanso de silencio. En el centro, detrás de un imponente escritorio de caoba, se encontraba don Javier Morales. Su presencia dominaba la habitación y en sus ojos se reflejaba una chispa de curiosidad.

Don Javier frunció el ceño cuando vio a Inocencio. Leandro recordó haber leído un artículo sobre los golfillos de la ciudad, que ese mismo diario había publicado hacía mucho tiempo. El inspector supuso que el director del periódico había reconocido al exladrón, y que su presencia, acompañando a un policía en visita oficial, le resultaba desconcertante.

—Robles me informó que usted es inspector —dijo el director, dirigiéndose a Leandro—. Conozco al chico. Es un hábil ladronzuelo. ¿Ahora también es policía?

—Inocencio se ha regenerado. Colabora conmigo en una investigación.

Don Javier meditó en silencio por algunos instantes.

—Usted sabrá. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estamos interesados en el cuadro de Joaquín de la Riva que usted adquirió hace algunos días.

—¿Por qué?

—Investigamos una información que señala a Salamanca como centro de operaciones de un famoso ladrón de arte. Algunas de las piezas reportadas como robadas pertenecen a este pintor.

—¿Está sugiriendo que mi cuadro es robado? ¿O que tal vez yo mismo lo robé?

—No lo estoy acusando, don Javier. Sin embargo, la coincidencia me obliga a solicitarle una aclaración al respecto. ¿Es cierto que usted es propietario del cuadro? Y si es así, ¿cómo lo adquirió?

Morales inspiró profundo y luego soltó el aire en un resoplido. Sin decir palabra se levantó y señaló con el índice a Inocencio en una muda advertencia. Entonces, se encaminó a un armario repleto de carpetas y libros que se encontraba frente al escritorio. Apartó con facilidad el contenido de una de las estanterías, deslizándolas hacia un lado. Desplazó también el panel de madera del fondo, lo que dejó a la vista la combinación de una caja fuerte. Antes de manipularla, el director del periódico se volvió hacia Inocencio y con un gesto le ordenó que desviara la mirada. Una vez que comprobó que el chico había obedecido, manipuló la combinación, hasta abrir la caja.

Del interior, don Javier sacó algunos documentos, volvió a cerrar la caja fuerte y a dejar las carpetas en su lugar. Luego le entregó los papeles al policía.

—Aquí tiene, inspector. Adquirí el cuadro en una subasta legal. Esta es la factura de compra, que incluye los impuestos. Ahí también tiene el documento que demuestra la autenticidad del cuadro. Espero que esto despeje sus dudas.

Leandro cogió los papeles y los revisó. Asintió, a su pesar. Don Javier Morales era inocente. Su teoría se había desmoronado, lo cual significaba que volvían a la casilla de salida. No tenían idea de la verdadera identidad de La Sombra. Leandro le devolvió los documentos a Morales.

—Lamento haberlo molestado, señor. Es evidente que nos equivocamos. Nos marcharemos. No queremos hacerle perder más tiempo.

—Aguarde un momento, inspector. Usted dijo que investigaba a un famoso ladrón que opera desde Salamanca… Como periodista, sus palabras han despertado mi interés.

—Lo lamento, don Javier, pero no estoy autorizado a…

—Comprendo su reserva, inspector. Y la respeto, pero creo que si colaboramos entre nosotros, ambos podríamos resultar beneficiados. ¿Me equivoco, o el ladrón que está buscando es el que se hace llamar La Sombra?

Leandro parpadeó desconcertado.

—¿Usted también…?

—Soy periodista, inspector. Y un amante del arte. Las fechorías de este ladrón despiertan mi interés desde hace mucho tiempo. Debo reconocer que la información que me han proporcionado mis fuentes me ha llevado a la misma conclusión que a usted. Aunque La Sombra nunca ha actuado en Salamanca o tal vez por eso, todo parece indicar que vive en esta ciudad y que este es su principal centro de operaciones. Le propongo un trato.

Leandro frunció el ceño.

—¿Un trato? No creo que…

—Compartiré con usted lo que he conseguido averiguar, a cambio de la exclusiva cuando detenga a este malhechor.

Leandro se quedó pensativo por un momento. Antes de decidirse intercambió una mirada con Inocencio, quien se limitó a encogerse de hombros. Solo entonces, el inspector asintió.

—Acepto, con una condición.

—Usted dirá.

—No publicará nada acerca de este asunto, hasta que La Sombra y todos sus secuaces hayan sido detenidos.

Don Javier estrechó la mano de Leandro en un acuerdo entre caballeros.

—Trato hecho. Tiene mi palabra.

—¿Cuál es esa información de la que dispone?

—Mis fuentes me han confirmado movimientos sospechosos en una tienda de antigüedades de la Calle de la Compañía. Su propietario, don Felipe Ruiz, es un anticuario que en los últimos meses se ha dedicado a vender objetos exclusivos a clientes selectos. Aunque todavía no tengo pruebas de ello, sospecho que algunos de estos objetos pueden ser robados.

Leandro entornó los ojos y asintió.

—Es una pista interesante, don Javier. Si sus sospechas son acertadas y nos conducen a La Sombra y su banda, usted podrá contar con la exclusividad de la noticia.

Capítulo 30

Cuando Expósito salió de la mansión de doña Isabel, ya la lluvia descargaba toda su furia sobre Salamanca. El inspector fue recibido por un relámpago que partió el cielo encapotado, seguido a los pocos segundos por un trueno estremecedor. El pavimento adoquinado brillaba bajo una cortina de agua que no cesaba de caer.

Las calles lucían vacías de transeúntes, comerciantes y vehículos, como si una mano invisible las hubiera arrasado. Algunos vecinos contemplaban con resignación la ferocidad del chaparrón desde los umbrales de las tiendas donde se habían refugiado. El descenso de la temperatura era evidente y el ambiente se había tornado gris y pesado.

José murmuró una maldición. No tenía tiempo que perder, así que, después de abrir el paraguas que le había pedido prestado al mayordomo de la condesa, se sumergió en la tormenta. Cada paso que daba sobre las calles encharcadas se acompañaba de un chasquido sordo.

Durante su recorrido, el viento lo azotó con fuerza, y lo obligó a levantar las solapas de su chaqué, que ya empapado, se había pegado a su cuerpo como una segunda piel. El único sonido a su alrededor era el golpeteo constante de la lluvia sobre las tejas y las ventanas, que creaba una sinfonía sincopada con los truenos.

José avanzó con determinación. Las gotas de agua resbalaban por su rostro y le entorpecían la vista, pero la urgencia de su misión le presionaba el pecho y lo azuzaba a desafiar a los elementos.

Sorteando charcos y ráfagas de viento, el inspector por fin llegó a la comisaría, bastante mojado. El agente de la recepción lo recibió con un parpadeo.

—¡Válgame el Cielo, inspector! Viene usted empapado. ¡Va a pillar una pulmonía!

Después de sacudir su chistera, José se quitó el chaqué, que a pesar de chorrear agua, le había protegido un poco.

—Espero que no, Rodríguez. Esto tiene solución con un café caliente.

—Lo que usted diga, inspector. Por cierto, un chiquillo trajo un mensaje para usted.

—¿Un mensaje? ¿Cuándo?

—Hace un par de horas. Antes de que se desatara la tormenta.

El agente le entregó un sobre sin remitente. Expósito lo revisó, tratando de identificar un origen.

—¿Quién se lo dio al chico?

—Lo lamento, inspector. No tuve oportunidad de preguntárselo. Entró con prisas, dejó el sobre encima de la mesa y solo dijo «para don José». Luego se fue corriendo, antes de que tuviera oportunidad de pillarlo.

—Comprendo.

En el sobre había una frase escrita con trazos limpios y letra redondeada. José la leyó, pensativo: «Solo aquello que permanece oculto tiene el poder de revelar la verdad».

Del interior del sobre, el inspector sacó una hoja de papel, ansioso por conocer su contenido. Sin embargo, en esta ocasión, el mensaje era un galimatías sin sentido:

«¡QWCOTRC! LCXXBO GMEÁ XB DGFTZFC. UO LNGSPWTT SB NID FOWVCYXG BQ JLLÓ RSUUAXFQKVTWO. GK FL VCBUCOXFOP OY KWSUAZ, THSPNLKÁB QQHEKO SNFL».

Expósito parpadeó, incapaz de comprender lo que estaba leyendo, pero convencido de su importancia. Don Luis, el autor del primer mensaje que comenzó todo, estaba muerto. Entonces, ¿quién le había enviado esta nota anónima y por qué había decidido cifrarla? ¿Qué revelaciones inconfesables contenía este nuevo mensaje?

José tuvo claro que solo había una persona que podía ayudarlo. No quería molestar a Encarna mientras trabajaba, pero comprendió que ese asunto no podía esperar. Podría haber vidas en peligro.

Aunque el cielo se mantenía plomizo y amenazante, la tormenta comenzaba a amainar. José volvió a ponerse el chaqué empapado, guardó el sobre en el bolsillo del pantalón, donde estaría a mejor resguardo y para sorpresa de Quintana, salió de la comisaría sin decir palabra. La ciudad estaba envuelta en un extraño silencio, solo roto por el chapoteo de las gotas que caían sobre los charcos desde los aleros. En cuanto el inspector salió a la intemperie, el aire frío y húmedo golpeó su rostro, y lo alcanzó el fresco olor de la tierra mojada, que se mezclaba con el tenue aroma de la piedra caliza de los edificios.

Expósito avanzó con prisa en dirección a la calle Compañía, escuchando sus propios pasos sobre los adoquines mojados. El golpeteo de sus botas se fue apagando poco a poco, conforme se sumaban los sonidos de la ciudad, que volvía a recuperar su ritmo de forma lenta, pero inexorable.

Después de algunos minutos llegó a su destino. Los adoquines humedecidos brillaban bajo la luz tenue de las farolas, que los faroleros habían comenzado a encender, para garantizar la seguridad de los vecinos, en un día demasiado gris. Con paso apresurado, José se acercó a la mansión de los Rocha y golpeó la puerta con la aldaba de bronce.

El mayordomo abrió la puerta y lo invitó a pasar con una sonrisa.

—Inspector Expósito, bienvenido. La condesa no se encuentra en casa.

En cuanto José cruzó el umbral, lo envolvió el ambiente cálido del palacete, que contrastaba con el aire frío y húmedo que había dejado atrás. Enseguida reconoció el olor a cera de abejas y a madera noble, que asociaba con la acogedora casa señorial, donde siempre era bien recibido.

—Gracias, Sergio. En realidad, he venido a ver a la señorita Encarnación. ¿Es posible?

—Por supuesto, señor —respondió el empleado con una chispa de picardía en los ojos—. Está en la habitación de juego de los niños. Le avisaré enseguida.

Mientras esperaba, José sintió el peso de la nota cifrada en su bolsillo. Apenas era consciente de la humedad de su chaqué, pero la incomodidad lo mantenía en constante movimiento. Encarna apareció al cabo de algunos minutos. En cuanto lo vio, sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¡José! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué haces aquí con esa ropa empapada? Vas a coger una pulmonía.

—Olvida la ropa, Encarna. Necesito tu ayuda.

La joven parpadeó y sacudió la cabeza.

—Puedo ayudarte, sin que termines en cama por ello —Encarna sacudió una campanilla y el mayordomo reapareció de inmediato.

Comprendiendo las intenciones de su prometida, José intentó protestar, pero ella lo ignoró por completo.

—¿Puedo servirle en algo, señorita Encarna? —preguntó el mayordomo.

—Sí, Sergio. Por favor, busca entre los empleados alguno que sea de la talla del inspector, para que nos preste un traje, mientras secamos el que lleva puesto.

—Sí, señorita Encarna. Enseguida.

Sergio abandonó el vestíbulo y dejó sola a la pareja.

—Eso no es necesario —se quejó José.

—Por supuesto que lo es. No voy a permitir que te enfermes por una imprudencia. Ahora dime, mientras esperamos, ¿en qué puedo ayudarte?

José puso a Encarna al día con respecto al caso, los avances de la investigación y le mostró el extraño anónimo con el mensaje cifrado. Ella lo escuchó sin interrumpirlo y con creciente interés. Solo cuando él terminó su explicación, Encarna centró su atención en la nota y asintió.

—Lo más importante es determinar cuál es el código que usaron para cifrar el mensaje. Además, es muy probable que se requiera conocer una clave para descifrarlo.

—¿Una clave? ¿Cómo la descubriremos?

Ella se encogió de hombros.

—La respuesta debe estar en la frase escrita en el sobre. A través de ella debe ser posible encontrar esa clave. Sin embargo, necesitaré tiempo y ayuda. Ahora mismo visitaré la biblioteca de la universidad y lo consultaré con don Lorenzo. Estoy segura de que entre ambos podremos resolverlo.

Antes de que Expósito pudiera responder, Sergio apareció con un traje doblado y planchado a la perfección.

—Creo que las medidas de Arturo son muy parecidas a las del inspector. Estoy seguro de que este traje le servirá.

Encarna no le dio ninguna oportunidad a José. Antes de que pudiera negarse, ya estaba en la habitación de Sergio, cambiándose de ropa. El mayordomo le prometió que se ocuparía de que su empapado traje estuviera seco y planchado lo antes posible. Aunque un poco avergonzado por las molestias que estaba causando, José agradeció la comodidad de la ropa seca, en especial, en un día tan frío.

—Te avisaré en cuanto don Lorenzo y yo resolvamos el enigma —le prometió Encarna.

—Estoy seguro de que podréis descifrarlo y de que me proporcionará información muy útil, pero debo confesarte que este anónimo me preocupa. Es posible que sea el anuncio de nuevas desgracias.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Debo regresar al convento. Necesito comprobar que mi madre está bien. Temo que las vidas de todas las religiosas de Santa Ana se encuentran bajo amenaza. Y eso me vuelve loco.

Capítulo 31

Con la certeza de que Encarna haría todo lo posible por descifrar el anónimo, Expósito salió del palacete de la condesa de Rocha a toda prisa. La lluvia había amainado, pero el viento frío y el cielo plomizo creaban un ambiente desapacible y poco propicio para dar un paseo. Aun así, los salmantinos ya recuperaban el dominio de las calles y la ciudad volvía a la normalidad, después de la tormenta.

Con el corazón en un puño y la firme decisión de ver a su madre, José llegó al convento. Como respuesta a los golpes de la aldaba, sor Juana se asomó a la pequeña puerta destinada al uso cotidiano y contenida en el enorme portón. Un portón que solo se abría en festividades religiosas y procesiones. La monja portera frunció el ceño en cuanto reconoció al policía.

—¿Usted otra vez? ¿No le parece que está abusando de la generosidad de la Madre Superiora?

—¿Abusando?

—Le recuerdo que este es un convento de clausura. No es apropiado que interrumpa el retiro espiritual de una hermana con tanta frecuencia, aunque se trate de su madre.

—Estoy investigando un asesinato, sor…

—Ya lo sé. Sin embargo, sus frecuentes visitas alteran el ánimo de sor Jimena y desestabilizan el ambiente de recogimiento del convento.

El inspector suspiró, haciendo acopio de paciencia.

—Hermana, comprendo su preocupación con respecto a la espiritualidad del convento, pero ¿no cree que lo que está desestabilizando el ambiente son las desapariciones de sus compañeras y el asesinato del confesor? Estoy aquí para resolver esos crímenes.

Sor Juana sacudió la cabeza.

—Tal vez, pero no veo cómo sus visitas a sor Jimena podrían contribuir a resolver esa lamentable situación. Esos encuentros deberían espaciarse, por el bien de todos.

El inspector solo se encogió de hombros.

—El obispo…

—Sí, ya me mostró las instrucciones que dio el obispo para que colaboremos con la Policía, pero eso no cambia que sus frecuentes visitas a sor Jimena son poco apropiadas para la paz de su alma y de este convento.

—¿Me impedirá ver a mi madre?

—Por supuesto que no. ¡Quién soy yo para contradecir a su Excelencia! Solo le expresaba lo que opino al respecto. Venga conmigo.

Ambos recorrieron en silencio los pasillos, mientras avanzaban hacia el locutorio. Un camino que a José ya le resultaba familiar. Los acompañó el olor a cera y a incienso, al que se sumaba un ligero perfume que provenía de los rosales del jardín interno. Como siempre, sor Juana lo dejó solo en la habitación destinada a las visitas y le ordenó esperar. Algunos minutos después, Jimena apareció al otro lado de la celosía. Sin decir una palabra, su madre pasó los brazos entre los barrotes y lo recibió con un abrazo.

José sintió que Jimena deslizaba un objeto desde la manga de su hábito hacia el bolsillo del chaqué de él. Le sorprendió la habilidad implícita en el gesto de su madre. Antes de que él pudiera formular cualquier pregunta, Jimena se llevó un dedo a los labios, para que guardara silencio. Ella señaló las paredes con un movimiento discreto de los ojos, que él comprendió enseguida. Era evidente que su madre temía que los estuvieran espiando, a través de algún agujero oculto en la pared.

—Me alegra verte de nuevo, hijo. Aunque me sorprende que hayas regresado tan pronto. ¿Todo está bien?

—Estaba preocupado por tu seguridad —José le habló acerca del segundo anónimo, aunque sin entrar en detalles y sin mencionar a Encarna y su tarea.

—No debes preocuparte por mí. Yo estaré bien.

La mirada de Jimena contradecía sus palabras. Era evidente que ella no se sentía segura. Sus ojos buscaban el bolsillo donde había depositado el objeto que salió de su manga. José comprendió que el desasosiego de su madre se relacionaba con lo que le había entregado de forma tan subrepticia. El inspector no tuvo duda de que se trataba de algo importante.

Mientras duró la visita, Jimena desvió la conversación hacia temas triviales, lo cual solo consiguió aumentar la preocupación de su hijo. Sin embargo, él consiguió mantener la calma por el bien de ella y de la investigación.

—Debo marcharme ahora, madre. Prométeme que te cuidarás.

—Puedes ir tranquilo, hijo. Solo saldré de mi celda para las comidas y los oficios. Estaré bien.

Después de una corta y afectuosa despedida, José salió del locutorio. La visita no había servido para calmar sus ánimos. Al contrario. Su ansiedad crecía por momentos. Sintió el peso del objeto que le había dado Jimena en el bolsillo, como si se tratara de una enorme piedra. Aun así, se contuvo y evitó satisfacer su curiosidad cerca del convento. No podía estar seguro de que alguien no lo estuviera siguiendo.

El inspector aceleró el paso en dirección a la comisaría, saludó al agente de turno en la entrada sin darle ninguna explicación y subió hasta su escritorio. Una vez allí, por fin se atrevió a sacar el objeto del bolsillo. Se trataba de un viejo diario que pertenecía a Juana Villalobos: sor Teresa. Entre sus páginas, José encontró una carta con la redondeada y elegante caligrafía de Jimena.

«Querido hijo,

Te escribo estas líneas con urgencia, porque comprendo la importancia de tu tarea y siento que el convento ya no es el refugio de paz y serenidad, que solía ser. Las sombras nos rodean y vigilan. Sé que te preocupa mi seguridad, pero te confirmo que estoy bien.

Esta madrugada, durante los maitines, decidí que debía hacer algo para ayudarte. En vista de los comentarios que hizo la joven Catalina, decidí averiguar más sobre sor Teresa. Por ese motivo entré a hurtadillas en su celda y la revisé. Allí encontré el diario personal que ahora tienes en tus manos. Estaba muy bien oculto dentro de la almohada. Es muy probable que en él descubras información que resulte importante para tus indagaciones.

Además, mientras permanecía escondida en el armario de la Madre Superiora, escuché una conversación que sostuvo con una novicia. Al parecer, sor María también oculta algo. La novicia había encontrado una bolsa con mucho dinero, que estaba escondida en un arcón de su despacho. La Madre Superiora desconocía el origen y el propósito de este dinero, pero la noticia pareció preocuparla y enfadarla.

Tengo la esperanza de que mis hallazgos te ayuden a resolver el caso que tanto te

preocupa, y te permitan devolver la tranquilidad al convento, que ahora es mi hogar.

Con todo mi amor y confiando en que sabrás qué hacer con lo que he encontrado.

Tu madre, Jimena».

Mientras leía la carta, un escalofrío recorrió la espalda de José, al comprender los riesgos que había corrido su madre para ayudarlo. Azuzado por la intriga, el inspector se dispuso a leer el diario que sor Teresa tenía escondido, ansioso por descubrir los secretos que la Madre Superiora ocultaba con tanto celo.

Capítulo 32

Al mismo tiempo que Expósito visitaba a su madre para asegurarse de su bienestar, Leandro e Inocencio se alejaban de «El diario del Tormes», en dirección a la calle Libreros, donde se encontraba la tienda de antigüedades que había señalado don Javier. Emprendieron su recorrido, justo cuando las primeras gotas residuales de la tormenta de primavera comenzaban a mezclarse con la brisa fresca que recorría Salamanca. El cielo todavía lucía gris, pero un tímido resplandor de luz comenzaba a filtrarse a través de las nubes, mientras los adoquines empapados permanecían salpicados por los charcos residuales.

A lo largo del recorrido por la calle Toro, los rodeó el aroma de la tierra mojada, matizado con el perfume de las flores que se desprendía de las macetas que adornaban los balcones. La ciudad todavía permanecía silenciosa, pero ya algunos vecinos se aventuraban a salir con precaución. Cuando llegaron a la calle Libreros, los recibió el aire pesado de la humedad acumulada en sus recovecos.

La fachada gris de la tienda de antigüedades pasaba desapercibida, salvo por el cartel de madera desgastado, escrito con grandes letras negras, en el que se leía: «El arcón del tiempo. Antigüedades».

Leandro e Inocencio cruzaron el umbral de la tienda y el chirrido de los goznes anunció su llegada. De inmediato los envolvieron aromas antiguos a madera, cuero viejo y el inconfundible olor a moho de un ambiente cargado de humedad, con insuficiente ventilación. Las estanterías adosadas a las paredes estaban repletas de libros antiguos y curiosidades.

La única ventana, pequeña y mal ubicada, apenas dejaba entrar la luz natural, mientras un par de lámparas de queroseno tenían poco éxito atenuando la oscuridad dominante. Muebles de época, relojes de péndulo, y baúles de viaje se distribuían de manera que parecía caótica, pero cada pieza estaba seleccionada y ubicada con mucho cuidado.

En el fondo de la tienda, detrás de un mostrador repleto de pequeños objetos antiguos, se encontraba un hombre cuyo cabello blanco y rostro arrugado delataban su edad. Los recibió con las cejas enarcadas y una sonrisa cargada de curiosidad.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

Leandro llevaba su identificación en la mano y se la mostró al anticuario.

—¿Es usted don Felipe Ruiz?

El hombre palideció.

—Soy yo, pero no comprendo por qué la Policía pregunta por mí.

Leandro hizo una pausa estudiada, antes de sacar de dudas al anticuario.

—Queremos hacerle algunas preguntas sobre ciertos objetos exclusivos que han sido vendidos en su tienda.

Las cejas de don Felipe se elevaron, formando un arco perfecto.

—Esta tienda es pequeña, pero me precio de ofrecer una variedad de mercancía que satisface los gustos más exquisitos de mis clientes. No comprendo qué interés puede tener la Policía en cómo administro mi negocio.

Leandro cambió de postura y lanzó una ojeada a su alrededor como si buscara algún objeto en particular, hasta que el parpadeo del anticuario delató su nerviosismo.

—Tenemos muchos intereses, señor Ruiz. En especial cuando son vulnerados los derechos de propiedad de ciudadanos honrados —respondió el policía con voz calmada y severa.

—Espere un momento. Yo no he…

—Nos interesa saber de dónde provienen esos artículos tan exclusivos que ofrece en su tienda —lo interrumpió Leandro.

Don Felipe desvió la mirada hacia Inocencio como si tratara de comprender qué hacía ese chaval allí, en compañía de un inspector. El chico chasqueó la lengua y sacudió la cabeza en gesto de desaprobación. Con todos los músculos tensos, el anticuario apoyó ambas manos sobre el mostrador y respondió al policía con un leve temblor en la voz.

—Mi negocio es pequeño, inspector, pero tengo muchos años trabajando como anticuario. Eso me ha permitido tener contactos tanto dentro como fuera del país. Por ese motivo, en ocasiones mis clientes más asiduos me solicitan alguna pieza especial. Siempre a través de las vías legales, por supuesto.

—Siendo así, no debería tener ningún problema —le aseguró Leandro con voz firme—. Sin embargo, necesitaré comprobarlo con los documentos correspondientes.

Don Felipe suspiró y con un asentimiento, se inclinó para sacar un libro enorme de debajo del mostrador.

—Por supuesto, inspector. Aquí tengo anotados todos mis registros, con recibos y facturas de cada venta. Soy muy meticuloso en estos asuntos, pues soy consciente de que la transacción de algunos objetos puede levantar sospechas. En especial cuando se trata de obras de arte o artículos antiguos de gran valor.

Sin hacerse de rogar, Leandro abrió el libro y revisó con cuidado algunas de sus páginas. Después de intercambiar una mirada con Inocencio, volvió a centrar su atención en el anticuario.

—A primera vista, todo parece en orden, don Felipe. Sin embargo, necesitaremos revisar cada transacción con más detalle. Deberá llevar el libro a la comisaría, junto con las facturas y los comprobantes. El subinspector Castillo se hará cargo. Él le entregará un comprobante y se los devolveremos después de revisarlos.

El anticuario frunció el ceño y rechinó los dientes en una postura tensa que solo duró un instante. De inmediato, soltó el aire de sus pulmones y se encogió de hombros.

—Muy bien, inspector. Yo soy el primer interesado en que todo este asunto se aclare cuanto antes. Haré lo que me dice. Aunque eso significa que tendré que cerrar la tienda por algunas horas.

—Le agradezco su colaboración, don Felipe. Si todo está en orden, no lo molestaremos más. Nos pondremos en contacto con usted ante cualquier duda.

El anticuario respondió con un asentimiento. Después de una corta despedida, Leandro e Inocencio salieron de la tienda y se encontraron en un ambiente pesado y oscuro. Una capa de nubes ocultaba al sol, dando la impresión de que el ocaso estaba cerca, aunque solo era media tarde.

—¿Qué opina, inspector? —preguntó Inocencio, con una curiosidad que le picaba en la lengua.

—Hasta que revisemos las cuentas de la tienda no podemos descartar a don Felipe como sospechoso, pero por su actitud y lo que pude ver, creo que este es otro callejón sin salida.

—Entonces, ¿nos volvimos a quedar sin sospechosos?

—Me temo que así es, Inocencio. Por lo visto, La Sombra es mucho más astuto de lo que

esperábamos.

—Astuto y escurridizo —reconoció Inocencio con una sacudida de cabeza—. Es increíble que nadie sepa nada de él en la calle.

—Vamos, chaval. No te desanimes. Estoy seguro de que encontraremos ese hilo que nos permitirá deshacer la madeja. Solo es cuestión de paciencia, perseverancia y seguir un método de investigación.

Inocencio torció la boca en una mueca.

—Si usted lo dice.

Leandro dibujó una leve sonrisa y palmeó el hombro de su compañero.

—¡Ánimo! Te propongo que hagamos una pausa para poner en orden nuestras ideas y comer algo. Estoy seguro de que pensaremos mucho mejor con el estómago lleno. Yo invito.

Los ojos de Inocencio chispearon ante la perspectiva.

—Usted sí sabe levantar el ánimo, inspector. Conozco el lugar perfecto para hacer esa pausa.

Capítulo 33

Mientras Inocencio y Leandro se encaminaban en busca de una comida tardía, una taza de café caliente humeaba sobre el escritorio del inspector Expósito, al mismo tiempo que él abría el diario de sor Teresa. Los ecos de los pasos y las conversaciones de sus compañeros, que llenaban la sala a su alrededor, se disolvieron poco a poco en un silencio lejano, cuando la realidad se desvaneció para sus sentidos, en la medida en que se sumergía en la lectura. Incluso el persistente susurro del viento, que intentaba colarse a través de las rendijas de las ventanas quedó ahogado por la creciente tensión que impregnaba cada palabra del manuscrito. La preocupación por los secretos ocultos en esas páginas lo envolvió por completo, como si solo existiera la historia que estaba desenterrando del olvido.

Sor Teresa debía ser muy joven cuando comenzó a escribir el diario. Sus primeras páginas solo exponían las ilusiones, sentimientos y aspiraciones de una chiquilla que comenzaba a descubrir el mundo adulto. José se sintió un poco voyerista por leer aquellas declaraciones tan íntimas, pero consideró la posibilidad de que su contenido pudiera aportar respuestas al caso. Además, debía recordar los riesgos que había corrido Jimena para proporcionarle esa pista. Estas consideraciones hicieron que superara sus escrúpulos.

Juana, ahora sor Teresa, contaba su día a día y cómo se enamoró poco a poco del hijo de uno de los trabajadores de su padre: Luis. Un amor que fue correspondido. Además, el padre de Juana era un hombre sin prejuicios, a quien no le importaba la diferencia de clase de su futuro yerno. Luis era un joven decente y trabajador, lo cual era suficiente para que entrara en la familia con su bendición. En las páginas del diario, Juana se extendía en sus sueños de fundar su propio hogar y criar muchos hijos. Repetía sin cesar que quería envejecer junto a Luis.

El inspector se preguntó cómo había terminado esa historia con ambos protagonistas renunciando a la vida secular y tomando los hábitos. Solo hacia la mitad del diario comenzó a comprender. La vida de ambos jóvenes cambió drásticamente durante una cacería. Don Rodrigo, el padre de Juana, era muy aficionado a cazar conejos. Aquel fatídico día lo acompañaron Luis y Juana. Mientras los hombres cazaban, ella se ocupó de preparar una merienda en el campo, que disfrutarían cuando terminara la caza.

Después de uno de los disparos, Juana escuchó el grito de Luis. La desesperación en el tono de voz del joven, la empujó a correr en dirección a los hombres. Cuando llegó junto a ellos, lo que vio la horrorizó. En el suelo yacía Enrique Ochoa con el pecho ensangrentado. Estaba muerto. Rodrigo repetía una y otra vez que no imaginaba que el chico pudiera estar cerca. Luis trataba de consolar a su futuro suegro, diciéndole que había sido un accidente. José hizo una pausa en su lectura para tratar de recordar: Enrique Ochoa… El joven que, según las habladurías, se había marchado del pueblo sin despedirse. Ahora, el inspector comenzaba a comprender. Ochoa nunca abandonó el pueblo. Murió asesinado.

José reanudó la lectura: Rodrigo soltó la escopeta que tenía en la mano y anunció que se iba a entregar a la Guardia Civil. Juana lo abrazó y le rogó que no lo hiciera. La pena por asesinato era el garrote vil y ella no quería perderlo. Luis trató de tranquilizarla, diciéndole que

su padre tenía el atenuante de que había sido un accidente, pero Juana no cedió. ¿Y si el juez no le creía? Además, aunque no lo enviaran al garrote vil, lo encarcelarían por muchos años, quizá de por vida. Su padre ya no era tan joven para resistir las terribles condiciones de la prisión. En cualquier caso, sería una condena a muerte.

Luis la abrazó y le prometió que eso no iba a ocurrir. No podía permitirlo. Su prometido le dijo que regresara a casa y guardara silencio sobre lo que había ocurrido. Ante la pregunta de Juana acerca de lo que pensaba hacer, Luis les dijo que la única salida era enterrar el cuerpo y guardar el secreto. Enrique no tenía familia y era bastante huraño. Todos en el pueblo pensarían que se había marchado sin despedirse. Era una conducta que cualquiera podía esperar de él. Luis estaba seguro de que si lo planificaban bien, su desaparición no iba a despertar sospechas.

Don Rodrigo, todavía en estado de choque, aceptó el plan, aunque no parecía muy consciente de lo que estaba ocurriendo. Juana respaldó la idea de su prometido de inmediato. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para salvar a su padre. En cuanto recibió la aprobación de los involucrados, Luis le pidió a Juana que regresara a la casa y se encerrara en su habitación, sin hablar con nadie. Que fingiera una migraña. Mientras tanto, él se ocuparía de buscar una pala para enterrar a Enrique cerca del río, con la ayuda de Rodrigo.

Todo transcurrió según los planes de Luis. En los siguientes días, todos los habitantes del pueblo creyeron que Enrique se había marchado y nadie hizo preguntas. Sin embargo, la muerte del chico pesaba en la conciencia de los tres. Rodrigo, un hombre que siempre había sido sano y robusto, envejeció y se debilitó a pasos agigantados. Luis y Juana no podían verse, sin que toda la culpa y el horror de lo que había ocurrido se interpusiera entre ellos. Ya no era posible tejer sueños juntos de una familia feliz. La ilusión había desaparecido, sepultada por el horror del crimen en el que se habían involucrado. Al cabo de algunos meses, Luis le comunicó a Juana que había decidido tomar los hábitos. Abandonaba la vida secular, para tratar de encontrar paz, dedicando su vida al servicio y la devoción. Lejos de lamentar la decisión de su prometido, Juana vio en ella una salida al tormento de su conciencia, así que lo imitó pocas semanas después. Al cabo de algunos meses de que Juana ingresara al convento, su padre enfermó de gravedad y murió.

El resto del diario lo componían frases sueltas acerca de la vida monacal y el sentimiento de culpa que atormentaba a la Madre Superiora. José cerró el diario. Ahora comprendía la relación entre sor Teresa y el confesor…

El inspector se preguntó si tendría la solución del crimen frente a él. ¿Tal vez el sacerdote, agobiado por el peso de su conciencia, había decidido revelar la verdad y sor Teresa decidió impedírselo? ¿Habría sido el motivo de la discusión entre ellos de la que fueron testigos sor Catalina y doña Isabel?

Era una posibilidad viable, pero entonces, ¿cómo se explicaban la desaparición de las monjas y las campanadas a destiempo? ¿Y la bolsa de dinero oculta en el despacho de sor María? Su teoría dejaba demasiados cabos sueltos. Necesitaba encontrar una explicación para todo lo que estaba ocurriendo.

Como si sus pensamientos hubieran sido una invocación, en ese preciso instante, José escuchó las campanadas. De forma automática consultó su reloj de bolsillo. Entonces, el corazón le dio un vuelco: las cuatro y quince de la tarde. Sonaban a destiempo. Antes de que pudiera reaccionar, Encarna entró corriendo en la sala de la comisaría y se plantó frente a su escritorio. Sus mejillas arreboladas daban fe de su agitación.

—Tenemos que darnos prisa, José. El anónimo es una advertencia de que Jimena está en peligro.

Capítulo 34

Aunque la revelación no lo tomó por sorpresa, un escalofrío recorrió la espalda de José cuando escuchó el anuncio de Encarna.

—¿Qué dice el mensaje? —preguntó el inspector, al mismo tiempo que se levantaba de la silla, cogía el chaqué y comenzaba a avanzar hacia la salida.

La joven se explicó, caminando junto a él, en dirección a las escaleras.

—Don Lorenzo y yo quedamos sorprendidos. Utilizaron el cifrado de Vigenère para escribirlo. El cifrado de Vigenère es como un juego de sustitución de letras, pero con una clave secreta. Se emplea un «alfabeto especial», donde cada fila es una repetición del alfabeto, pero comenzando con una letra diferente, en función de la palabra clave —José escuchó la explicación con el ceño fruncido, tratando de seguirla—. Es un método de codificación bastante complejo, que suele usarse en el mundo militar. Por lo general, en tiempos de guerra.

El inspector frunció el ceño. Ya comenzaban a bajar las escaleras.

—¿Quién podría conocer semejante sistema en un convento?

Encarna se encogió de hombros y comenzó a buscar algo en la bolsa de su cintura, sin dejar de avanzar.

—No tengo la menor idea. Sin embargo, aunque no fue fácil, don Lorenzo y yo conseguimos descifrar el mensaje. La palabra clave estaba en la frase escrita en el sobre: «Solo aquello que permanece oculto tiene el poder de revelar la verdad». Probamos las palabras más importantes de esta oración: «poder», «verdad» y «oculto». Esta última resultó ser la correcta. Gracias a ello, pudimos descifrar el mensaje —Habían llegado al final de la escalera y Encarna aprovechó para leer el papel que ya tenía en la mano—: «¡Cuidado! Jimena está en peligro. Su ausencia en los maitines no pasó desapercibida. Si la consideran un riesgo, atentarán contra ella».

El inspector aceleró el paso.

—Tenemos que advertírselo a Jimena. Tal vez, incluso, sacarla del convento. ¡Vamos!

José y Encarna salieron de la comisaría a toda prisa y recorrieron las calles de Salamanca, en dirección al convento. Durante todo el trayecto, el corazón golpeaba el pecho del joven inspector como un potro al galope. Si algo le ocurría a su madre por intentar ayudarlo, nunca se lo perdonaría. El miedo lo atormentaba. La advertencia del anónimo, y el sonido de las campanadas a destiempo resonaban en su cabeza como el recordatorio del anuncio de una nueva desgracia.

Cuando por fin llegaron, José le pidió a Encarna que lo esperara afuera, mientras él averiguaba el motivo de las campanadas y se aseguraba de que Jimena estuviera bien. No sabía lo que iba a encontrar y no quería exponerla a ningún riesgo. Sin esperar respuesta, Expósito llamó a la puerta, hasta que la hermana portera la abrió. En esta ocasión, la expresión de sor Juana era más de sorpresa que de enfado. Al verlo, entrelazó sus regordetas manos con torpeza frente a ella, delatando su nerviosismo.

—Inspector… ¿Cómo supo…?

Un nudo presionó el estómago del policía sin piedad.

—¿Cómo supe qué? ¿Qué le ha ocurrido a Jimena?

—Ella... ella sufrió un accidente… Está en la enfermería.

Expósito cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Está malherida? ¿Qué fue lo que pasó?

—Sor Jimena… se cayó cuando bajaba las escaleras para asistir a la Sexta. Debió ser un resbalón. Recibió algunos golpes, pero creo que no tiene ningún hueso roto.

—¡Lléveme con ella! —ordenó el inspector, con un tono de voz firme que no dejaba lugar a la discusión.

—Por aquí. Sígame.

El sonido de las botas del policía sobre el suelo de piedra resonó con fuerza, pero José apenas pudo notarlo. Toda su atención estaba centrada en un solo pensamiento: ¿cómo estaría su madre? El aire, cargado del olor a incienso característico del convento, le pareció más pesado que nunca. Casi irrespirable. Cada rincón oscuro por el que pasaban parecía inclinarse sobre él, causándole claustrofobia.

La ansiedad del inspector crecía con cada paso. No podía pensar. Su mente solo estaba ocupada por el rostro sereno y afectuoso de su madre. ¿Jimena estaría malherida? Tendría que haberla sacado de ese nido de intrigas. Haberla puesto a salvo. La culpa lo devoraba, mientras seguía el andar rápido y temeroso de la hermana portera, que lo guiaba a lo largo de los pasillos del convento.

Cuando por fin llegaron a la enfermería, sor Inés le salió al paso y sonrió con dulzura.

—Puede estar tranquilo, inspector. Sor Jimena no ha sufrido heridas graves. Tan solo algunos moratones, aunque debo reconocer que la Providencia debió intervenir, porque la caída podría haber sido mortal.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto.

Sor Inés condujo a José junto al lecho de su madre y se retiró en silencio para dejarlos solos. Jimena recibió a su hijo con una sonrisa. Su ojo izquierdo comenzaba a hincharse y amoratarse. Al perspicaz policía no se le escaparon los leves gestos de dolor que ella trataba de disimular cada vez que se movía. Él cogió su mano a modo de consuelo.

—Madre… ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, hijo. No te preocupes. Solo son algunos moratones, que desaparecerán en pocos días.

—Me dijeron que resbalaste por las escaleras. ¿Eso fue lo que ocurrió?

Jimena negó despacio con la cabeza.

—Me temo que no se trató de un accidente, José. Alguien me empujó. Fue una bendición que estuviera prevenida acerca de tener cuidado. Permanecer alerta me permitió reaccionar a tiempo. Por eso pude sujetarme al pasamanos y evitar rodar escaleras abajo.

Expósito se frotó la cara con ambas manos y comenzó a pasearse alrededor de la cama.

—Esto está sobrepasando todos los límites, madre. Esta mañana recibí un anónimo en clave que Encarna consiguió descifrar. Era una advertencia de que habían notado tu ausencia del servicio religioso, el día que encontraste el diario. Saben que me estás ayudando y eso te pone en peligro.

—¿Un anónimo? ¿Una amenaza?

El inspector se quedó pensativo por un momento.

—No, el tono del mensaje era más de advertencia. Como si quisiera prevenirme de que corrías peligro.

—Eso significa que contamos con un aliado dentro del convento —dedujo Jimena.

—Ahora que lo dices… Tienes razón… Eso explicaría las campanadas a destiempo. Puede ser alguien de aquí, tratando de llamar la atención sobre lo que está ocurriendo entre estas paredes.

—Quizá esa persona no quiere mostrarse por miedo.

—¿Te refieres a que teme que el asesino vaya a por ella?

—Es posible, aunque también puede temer verse involucrada en lo que sea que está ocurriendo.

—Es un buen punto. Sin embargo, no acierto a adivinar quién puede ser —reconoció José.

—Si vive dentro del convento debe tratarse de una de las hermanas. No sería de extrañar el dilema en el que se encuentra.

—¿Dilema?

—Piénsalo bien —argumentó Jimena—. Estaríamos hablando de una mujer que se aparta del mundo para dedicarse a la oración en un convento de clausura y por lo tanto, ha decidido mantenerse al margen de las diatribas humanas. Al mismo tiempo, tiene conocimiento sobre asuntos turbios que ocurren entre estas paredes, por lo que su conciencia la impulsa a revelarlos.

—¿Por qué no hablar con el obispo o acudir a la comisaría en busca de ayuda? ¿Por qué buscar medios tan retorcidos como mensajes cifrados?

—Quizá no sabe en quién puede confiar y el miedo la paraliza.

El inspector lo meditó por un momento.

—Es posible. ¿Se te ocurre cuál de las hermanas podría reaccionar de este modo?

Jimena encogió un hombro e hizo una leve mueca de dolor.

—Supongo que cualquiera de las religiosas que habitan este convento preferiría revelar lo que sabe desde el anonimato.

—Sin embargo, esta persona ha sido capaz de cifrar un mensaje, siguiendo un código de uso militar —señaló José—. No es una habilidad habitual en una monja. ¿Esto te dice algo?

Jimena se mordió los labios y negó despacio con la cabeza.

—Me temo que no.

—En cualquier caso, sea quien sea, acertó con su advertencia. Atentaron contra ti y aquí corres peligro. Debes salir de este convento. Al menos, hasta que todo esto se solucione. Podría hablar con el obispo para…

Jimena suspiró.

—No lo hagas, José. No quiero irme.

Expósito recibió la respuesta de Jimena con un parpadeo.

—Madre. Alguien acaba de intentar asesinarte. Es urgente ponerte a buen resguardo.

Jimena extendió los brazos hacia su hijo, en un gesto muy claro, que José obedeció de inmediato. El inspector dejó que su madre le sujetara ambas manos entre las suyas.

—Escucha, hijo. Te agradezco tu intención de protegerme, pero no sería justo. Han desaparecido dos hermanas. Todavía no sabemos por qué motivo o en qué circunstancias. Eso significa que todas corremos peligro. No me sentiría bien poniéndome a salvo, al mismo tiempo que mis hermanas permanecen bajo amenaza…

—Pero fuiste tú quien casi rodó por las escaleras. Eres su objetivo. Corres más peligro que nadie.

—También soy la única que puede ayudarte a encontrar al asesino. Este convento está cerrado al mundo. Ya te demostré que puedo llegar a lugares y conseguir pistas, a las que no

tendrías acceso de otro modo.

—¿A qué precio, madre? No voy a ponerte en peligro para resolver un caso.

—¿Acaso olvidas de dónde vengo y quién soy? Que no te engañen el hábito y el velo. Bajo ellos, sigue intacta la misma doña Jimena que conociste en Castañal.

Expósito cogió aire, llenándose con una mezcla de admiración, desconcierto y temor. La mujer que él conoció como Jimena Zúñiga Abelló no era una dama vulnerable que necesitaba ser protegida. Era la mujer fuerte y decidida que ahora sostenía sus manos con firmeza.

—No soporto la idea de ponerte en peligro —argumentó José con voz débil.

—Si me marcho, el asesino habrá conseguido lo que quiere: quitarte una fuente invaluable de información sobre el convento y sus secretos.

Expósito cerró los ojos con fuerza.

—Muy bien, madre. Respetaré tu decisión de quedarte, pero con la condición de que a la menor señal de que sigues corriendo peligro, hablaré con el obispo.

Jimena soltó por fin las manos de José, al mismo tiempo que le dedicaba una sonrisa.

—Te prometo que tendré mucho cuidado. Confía en mí, hijo.

El inspector cogió aire y lo soltó con un resoplido.

—Muy bien. Si vas a colaborar conmigo desde el interior del convento, será mejor que sepas a lo que te enfrentas…

En pocas palabras, José le informó a su madre acerca del contenido del diario de sor Teresa, la Madre Superiora.

Capítulo 35

Después de poner al día a Jimena con respecto de sus últimas averiguaciones, José abandonó la enfermería, con el alivio de que su madre había salido bien librada del atentado y que pronto se repondría. Su preocupación, sin embargo, solo se había incrementado, pues era consciente de que ella correría peligro mientras permaneciera en el convento, y el responsable de la muerte del confesor estuviera libre. Le angustiaba la idea de que el asesino volviera a atentar contra Jimena y que no tuviera tanta suerte en esta ocasión.

El inspector recorrió los pasillos del convento en dirección a la salida, sumido en sus pensamientos. Se cruzó con un nutrido grupo de monjas que recorrían el corredor rezando y las saludó con una respetuosa inclinación de cabeza. De no haber sido por los últimos acontecimientos, el convento le habría parecido un lugar seguro y predecible, pero no lo era. Ahora resultaba más peligroso que los bajos fondos de la ciudad. Lo dominaba la impotencia. Se sentía incapaz de proteger a su madre, y eso lo atormentaba. Jimena estaba en el centro del huracán y fue él quien la puso allí.

Rumiando su culpa, José llegó a la puerta y después de darle las gracias a sor Juana por permitirle ver a su madre, salió del convento. En esta ocasión, la hermana portera estaba tan afectada por los acontecimientos, que omitió sus habituales gruñidos de protesta. El inspector abandonó el edificio y lo recibió el aire frío y húmedo de la tarde primaveral. Se acercó a Encarna, que lo esperaba junto a la entrada con la mirada fija en la puerta, mientras se frotaba las manos en un movimiento inconsciente.

—¡José! ¡Por fin! ¿Cómo está Jimena?

—Ella se encuentra bien, dentro de lo que se puede esperar —reconoció el inspector, dejando escapar un suspiro—, pero me temo que la nota llevaba razón. Sufrió una peligrosa caída y no se trató de un accidente. Alguien la empujó para que rodara por las escaleras.

Encarna ahogó un grito y sus ojos saltaron de las órbitas.

—¿Trataron de matarla? Pero… entonces, corre peligro allí adentro.

Expósito asintió con la mandíbula tensa.

—Lo sé, pero se niega a marcharse. No he podido convencerla.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo único que puedo hacer es redoblar los esfuerzos para detener al malnacido responsable de todo lo que está ocurriendo, antes de que haga más daño.

—Puedes contar conmigo en lo que pueda ayudar.

—Lo sé, Encarna. Muchas gracias.

—Sabes dónde encontrarme, pero ahora debo regresar con los niños. Cuando descifré la carta y comprendí que era urgente revelarte su contenido, dejé a mis pupilos al cuidado de Vicente, el mayordomo, pero debo regresar lo antes posible. ¿Qué hora es?

José metió la mano en el bolsillo del chaqué para buscar su reloj y enarcó las cejas en un movimiento involuntario.

—¿Qué es esto?

El inspector sacó un papel del interior del bolsillo. Estaba doblado con mucho cuidado. En cuanto lo leyó, varios bloques de letras sin sentido bailaron frente a sus ojos.

—Es otro anónimo y también está cifrado —anunció con desconcierto—. ¿Cómo pudo llegar a mi bolsillo?

—¿Estuviste cerca de cualquiera de las monjas?

—Sí, por supuesto. De varias.

—Entonces, es evidente que alguna de ellas lo deslizó en tu bolsillo sin que te dieras cuenta.

Expósito desvió la mirada en dirección al convento, como si lo viera por primera vez, bajo una nueva perspectiva.

—Jimena cree que tenemos una aliada allí adentro: Una de las hermanas, que quiere advertirnos acerca de lo que ocurre, pero que está demasiado asustada para dar la cara.

—Es una buena teoría. Tiene mucha lógica —reconoció Encarna.

—Pero ¿quién? Según lo que me comentaste, el código que usa esta supuesta aliada para cifrar sus anónimos es un sistema militar. ¿Qué tiene que ver con una monja? ¿Cómo lo aprendió?

—No deberías subestimarlas, José. No conocemos la historia de cada una de ellas, antes de tomar los hábitos. Que sean religiosas no las incapacita para tener otras habilidades más mundanas.

—Perdona, Encarna. Tienes razón. No es mi intención subestimarlas, pero no me negarás que cifrar y descifrar códigos militares no es un conocimiento habitual para una persona común.

—¿Incluyendo a las institutrices?

—*Touché.* En cualquier caso, será mejor que tú te lleves esta nota.

—De acuerdo. Será más fácil ahora, que sabemos cuál es el sistema de cifrado y la palabra clave que se utilizó para escribirlo.

—Te acompañaré de regreso a casa.

José y Encarna emprendieron el camino en dirección al palacete de la condesa Rocha. Recorrieron juntos las calles adoquinadas, cuyas piedras todavía brillaban por los restos de humedad de la reciente tormenta. El sol comenzaba a asomarse con timidez entre la densa capa de nubes que lo ocultaba. El aire fresco de la tarde no era suficiente para contrarrestar el agradable calor, que cada uno sentía en compañía del otro.

El inspector avanzaba en silencio, todavía sumido en la inquietud que le causaban los últimos acontecimientos, y la expectativa ante el nuevo anónimo que había encontrado en su bolsillo. ¿Representaría una pista o quizá el anuncio de nuevas desgracias? Encarna, a su lado, mantenía su mirada al frente, pero de vez en cuando desviaba los ojos hacia él. A pesar de la seriedad del momento, ella sentía la conexión que siempre había existido entre ambos; una corriente de complicidad que parecía más fuerte en esos momentos de peligro compartido.

—Me preocupa mucho Jimena, José.

—También a mí. Hubiera querido sacarla de allí y llevarla a un lugar seguro, pero no puedo hacerlo en contra de su voluntad.

—En especial si se trata de alguien con una voluntad tan férrea como la de Jimena —reconoció Encarna—, pero mucho me temo que hoy estuvimos a punto de perderla.

Un escalofrío recorrió la espalda de Expósito, cuando escuchó sus peores temores refrendados por una persona tan inteligente y perspicaz como su prometida.

—Si tan solo hubiera podido convencerla…

Encarna se detuvo de repente, y se plantó frente a él. Lo atravesó con su mirada de ojos

brillantes y comprensivos. En un movimiento atrevido, la joven institutriz cogió las manos de su prometido, y entrelazó sus dedos con los de él.

El frío de la tarde desapareció, dominado por el calor que emanaba del contacto entre ambos. Durante algunos segundos, la realidad a su alrededor se desvaneció para ellos. Encarna rompió el silencio con voz dulce y reconfortante.

—No te atormentes, José. Jimena sabe muy bien a lo que se enfrenta y ha demostrado que es capaz de salir adelante, aun en las peores situaciones. Confía en ella.

Las palabras de Encarna y su cercanía calmaron el ánimo del inspector. Él la miró con una mezcla de gratitud y un sentimiento profundo que no fue capaz de definir. Quería decirle lo importante que ella era para él, la paz que le proporcionaba tenerla cerca en esos momentos difíciles, pero las palabras se le atascaron en la garganta y no fue capaz de emitir ningún sonido. Solo consiguió asentir.

En un instante, Encarna notó que los transeúntes que pasaban junto a ellos los miraban con desaprobación y sacudían la cabeza. Solo entonces tomó conciencia de que continuaba sosteniendo las manos de José entre las suyas. Ruborizada por su atrevimiento, soltó a su prometido con toda la delicadeza de la que fue capaz.

—Vamos. Necesitamos saber qué dice ese anónimo. Cuanto antes llegue a casa, antes podré descifrarlo.

Ambos reanudaron la caminata, pero algo había cambiado. Aunque la amenaza sobre su madre seguía presente, el contacto con Encarna y su comprensión incondicional, le proporcionaron una renovada sensación de fortaleza al joven inspector. Cuando llegaron a la mansión Rocha, él cogió la mano de su prometida e inclinándose hacia ella, le habló en susurros:

—Eres extraordinaria. Gracias por todo.

Encarna le respondió con una sonrisa, que iluminó la gris tarde primaveral y le dio el valor necesario para seguir adelante.

Una vez que la joven desapareció detrás de la puerta de roble de la casa señorial, Expósito decidió regresar a la comisaría, para revisar de nuevo todas las evidencias y decidir acerca de cuál sería su próximo movimiento en aquel diabólico juego de ajedrez con el asesino.

Capítulo 36

Ya la tarde estaba avanzada y la idea de la invitación a una buena comida animó a Inocencio a apurar el paso. El joven condujo a Leandro a la «Fonda Salamanca», mientras la colmaba de alabanzas por el camino.

—Le aseguro que no encontrará mejor carne guisada en toda la ciudad, inspector. Y la hornaza…. —Inocencio puso los ojos en blanco— ¡Es la gloria!

Cuando por fin llegaron a su destino, Leandro asintió con satisfacción ante la apariencia del negocio. La decoración era sencilla, pero destacaba por el brillo de las baldosas pulidas y los manteles blancos impecables. El aire estaba colmado con aromas culinarios que despertaban el apetito. A pesar de que era tarde, casi todas las mesas permanecían ocupadas. Algunos clientes apuraban los últimos restos de una comida tardía, mientras otros paladeaban un vaso de vino con alguna tapa. Un hombre corpulento y calvo se acercó a los recién llegados. Por el mandil blanco y la actitud servicial, Leandro dedujo que se trataba del propietario.

—Bienvenidos, caballeros. Escojan la mesa que prefieran. Enseguida les tomaré la orden.

—Gracias, don Ramiro.

Inocencio abrió la marcha en dirección a la mesa del fondo, junto a la cocina. Leandro lo siguió y al cabo de pocos segundos, el propietario apareció frente a ellos con una sonrisa complacida.

—¿Qué desean los señores?

—¿Qué nos sugiere? —preguntó Leandro.

—La ternera morucha, sin lugar a duda. Hoy ha tenido mucho éxito entre mis clientes.

—Por mí está bien —dijo Inocencio.

Leandro asintió.

—Entonces, que sea la morucha. Y dos vasos del vino de la casa.

—Enseguida, señor.

Mientras esperaban su pedido, Inocencio se inclinó hacia adelante con expresión preocupada.

—¿Qué haremos ahora, inspector? Nos hemos quedado sin sospechosos y nuestros informantes no han escuchado nada sobre el asunto. Estamos en un callejón sin salida.

El policía permaneció pensativo por algunos momentos, mientras consideraba sus opciones.

—Solo veo una salida: tendremos que infiltrarnos en el mundo del comercio de las obras de arte. Es probable que una vez allí, encontremos alguna pista que nos conduzca hasta La Sombra y sus cómplices.

—Es una buena idea, pero ¿cómo lo conseguiremos?

—Con la ayuda de don Javier —respondió el inspector—. Estoy seguro de que estará dispuesto a colaborar con nosotros, a cambio de la exclusiva.

—¿Cree que conseguiremos atrapar a La Sombra? Ese tío es muy escurridizo —reconoció Inocencio, con un leve toque de admiración en la voz.

—Lo descubriremos y lo detendremos, Inocencio. No tengas duda de ello.

La llegada de don Ramiro, portando una bandeja, interrumpió la discusión. El propietario de la casa de comidas colocó las comandas frente a sus clientes. El chuletón casi se salía del plato y apenas dejaba espacio a la guarnición de patatas que lo acompañaba. El vino también era excelente.

Después de probar el primer bocado, Leandro asintió con aprobación.

—Reconozco que es la mejor ternera que he probado, salvo por la que prepara mi mujer.

—Entonces, su mujer debe ser una cocinera excepcional —sentenció Inocencio—. Para mí, esta es la mejor ternera de toda Salamanca.

Terminaron de comer en silencio. Las dificultades parecían más superables con el estómago lleno. Leandro culminó la excelente comida con un café, mientras Inocencio devoraba una rebanada de bollo maimón.

Leandro pidió la cuenta y ambos salieron satisfechos de la casa de comidas.

—¿Qué hacemos ahora, inspector? ¿Volvemos al periódico?

—Es nuestra mejor opción, Inocencio.

El paseo hasta la calle Toro les sirvió para facilitar la digestión de la excelente comida. En esta ocasión, «El diario del Tormes» les resultó más familiar. Subieron las escaleras y encaminaron sus pasos hacia el despacho de don Javier Morales. Su secretario los recibió con un parpadeo de sorpresa, pero no les puso ningún impedimento para ver a su jefe. Después de anunciarlos, el propio secretario les abrió la puerta y los invitó a entrar. Don Javier se encontraba sentado detrás de su escritorio y se apoyó en el respaldo de la silla en cuanto los vio.

—Inspector, chaval… ¿Les sirvió la información sobre el anticuario? ¿Pudieron averiguar algo acerca de La Sombra?

—Me temo que la tienda de la calle Compañía resultó una pista falsa, don Javier. Su propietario pudo demostrar el origen de su mercancía. Aunque revisaremos cada transacción en la comisaría, me sorprendería que encontráramos algo.

—Comprendo. Entonces, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Hemos venido a solicitar su ayuda para infiltrarnos en el mundo de la compraventa de arte en Salamanca. Es posible que de este modo consigamos acceder a alguna subasta clandestina, relacionada con La Sombra.

—Es una idea prometedora —reconoció don Javier—, aunque yo asisto a subastas legales desde hace muchos años y nunca he recibido una propuesta como esa.

—Usted es una figura conocida y respetada en Salamanca —argumentó el policía—. Sería muy peligroso para La Sombra o sus secuaces invitarlo a una de sus actividades. Se arriesgarían a ser primera plana del periódico del día siguiente.

—Supongo que tiene razón, inspector. Muy bien, les ayudaré en su plan. Ya sabe el precio.

—Cuando arrestemos a La Sombra, la exclusiva será suya.

Don Javier se frotó las manos.

—¡Excelente! Esta misma noche hay una subasta programada a las 20 horas. Si desean acompañarme, puedo presentarles como un rico comerciante y su hijo, interesados en comenzar a invertir en el mundo del arte.

—Me parece una buena cobertura. Sin embargo, para que el disfraz resulte creíble, tendremos que pujar. ¿Qué haremos si ganamos una puja?

—No será un problema. Puedo indicarle cuáles son aquellas piezas por las que tengo interés, mediante gestos acordados. Si gana la puja, yo mismo compraré el objeto en cuestión a

través de usted.

—Perfecto.

Don Javier sostuvo su mandíbula con la mano y extendió el índice sobre los labios, al mismo tiempo que miraba a Inocencio de arriba abajo.

—Sin embargo, sí hay un detalle que deberíamos cuidar. Se trata de un ambiente muy sofisticado, así que su vestimenta debe ser apropiada, para que no llamen la atención.

Inocencio frunció el ceño y se disponía a argumentar que todas las chicas que conocía le habían dicho que era el zagal más elegante del barrio, pero Leandro lo interrumpió.

—No se preocupe, don Javier. Yo me ocuparé de que nuestra apariencia sea la apropiada para ese ambiente.

—En ese caso, los espero aquí a las 19:30. Los llevaré en mi propio carruaje.

Leandro e Inocencio salieron de «El diario del Tormes» y comenzaron a recorrer la bulliciosa calle Toro, que después de la reciente tormenta, había recuperado su habitual actividad. El aire fresco y húmedo les acariciaba el rostro, mientras el sol de la tarde hacía un esfuerzo por abrirse paso entre las nubes grisáceas que quedaban en el horizonte. Los adoquines bajo sus pies reflejaban los destellos dorados de la luz, como si la ciudad entera se hubiera puesto un manto brillante, después del baño refrescante de la lluvia.

Ambos se mantenían en silencio, aunque la expresión de Inocencio no disimulaba su curiosidad por el destino de la caminata. Los rodeaba el murmullo sordo de las conversaciones de los transeúntes a su alrededor y el tintineo ocasional de alguna tienda, que recibía un cliente en el momento preciso en que ellos pasaban junto a su puerta.

Leandro avanzaba con la seguridad y el aplomo del buen conocedor de aquella zona de la ciudad. El inspector se desvió hacia la calle Zamora, donde las lujosas tiendas daban paso a las elegantes casas señoriales, con sus fachadas de piedra caliza, la elegancia de sus balcones de hierro forjado y sus ventanales enmarcados por cortinas de terciopelo de colores llamativos.

Para sorpresa de Inocencio, el inspector se detuvo frente a una de aquellas lujosas residencias, en uno de los puntos más altos de la calle. Se trataba de una majestuosa construcción de tres plantas, con una sólida fachada de piedra gris, decorada con detalles en mármol blanco. El exladrón la observó con ojo experto. Sin duda alguna, en otros tiempos habría sido un objetivo apetecible. El chico suspiró. Reminiscencias del pasado.

A Inocencio se le descolgó la mandíbula cuando Leandro sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta con suavidad. El chico lo siguió al interior de la mansión, tratando de que sus pasos no se escucharan demasiado. Los recibió un ambiente cálido y acogedor, que contrastaba con el frío de la calle. El vestíbulo, amplio y luminoso, estaba decorado con columnas de mármol y un gran espejo que multiplicaba el brillo de los candelabros que colgaban del techo. En una esquina, una mesa de caoba sostenía un jarrón con flores frescas, cuyo delicado aroma a jazmín impregnaba el aire.

—Bienvenido, cariño. Veo que has traído un invitado.

Inocencio desvió la mirada hacia la voz afable y cantarina. Una dama joven de imperturbable elegancia descendía por las escaleras con una afectuosa sonrisa.

El rostro de Leandro se iluminó.

—Inocencio, quiero presentarte a Daniela. Ella es mi esposa.

—¿Es… Esposa? No sabía que… Quiero decir…

—¿No sabías que tenía una esposa? —preguntó Daniela con tono de complicidad—. No me sorprende, Inocencio. Leandro es muy reservado con su vida privada.

—Es la mejor manera de protegerte, cariño —se defendió el policía.

—Debe tenerte mucha confianza para haberte traído a casa —reconoció Daniela—. Muy pocos compañeros y amigos de Leandro nos han honrado con su visita.

—Inocencio es un buen amigo —afirmó el inspector, palmeando el hombro del sorprendido joven—. Para Expósito es como un hermano.

—¡Ah, don José! Una de las visitas más interesantes que hemos recibido en esta casa.

—No solo he traído a Inocencio para presentártelo, cariño. Necesitamos tu ayuda.

Daniela enarcó las cejas y escuchó con atención las explicaciones de su marido.

—… así que tenemos que convertir a Inocencio en un gentilhombre, antes de las 19:30 horas. ¿Podrás hacerlo?

—¿Acaso dudas de mí? —preguntó la joven, haciéndose la ofendida—. Ven conmigo, Inocencio. Cuando acabemos, no te reconocerá ni tu propia madre.

Obediente, el chico siguió a la mujer de Leandro escaleras arriba. Mientras tanto, el inspector se encaminó al salón, dejando el asunto en manos de su cónyuge. A su paso por el pasillo del piso superior, Daniela reclutó a una de las doncellas, que intercambió una sonrisa tímida con Inocencio. La dueña de la casa desapareció en una de las habitaciones y dejó solos a los dos chavales en el pasillo, momento que Inocencio aprovechó para entablar conversación con la doncella.

—¿Cómo te llamas?

—Aurora.

—¿Te gusta trabajar aquí, Aurora?

—Mucho. La señora es muy buena y el señor es amable y respetuoso. He tenido mucha suerte. ¿Y usted? ¿Es amigo de don Leandro?

Inocencio ensanchó su pecho.

—En cierto modo. Lo ayudo en una investigación policial.

Aurora abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

La aparición de Daniela interrumpió el diálogo de los jóvenes. Llevaba las manos ocupadas por un traje muy elegante.

—Creo que este te servirá, Inocencio. Es de mi hermano menor. Puedes cambiarte en esa habitación. Te daremos algunos minutos.

Sin decir una palabra, Inocencio se apresuró a obedecer. Minutos después, se miraba frente a un espejo sin reconocerse. El chico que le devolvía la mirada desde su reflejo podría haber pasado por un aristócrata. El traje le quedaba bien, aunque su cuerpo flaco no llenaba por completo el chaqué. Llamaron a la puerta y cuando él confirmó que estaba visible, Daniela y Aurora entraron.

Después de observarlo con ojo crítico, Daniela anunció que solo el chaqué necesitaba ajustes. A un gesto suyo, Aurora comenzó su tarea, poniendo algunos alfileres aquí y allá. Cuando terminó, la doncella le ordenó al desconcertado joven que se quitara el chaqué. Inocencio se lo entregó de inmediato y se quedó absorto, contemplando cómo las hábiles manos de la joven trabajaban en la tela.

Al terminar y satisfecha de su labor, Aurora le devolvió el chaqué al desconcertado chico. Inocencio se lo puso y con sorpresa reconoció que parecía hecho a la medida. Daniela sonrió complacida. Una vez más, había cumplido con eficiencia el encargo que le había confiado su marido.

Capítulo 37

Cipri barría el establo con esmero, después de atender al último caballo. El golpeteo de los cascos sobre el suelo empedrado y algún que otro relincho que quería llamar su atención, constituían una música de fondo que ya formaba parte de su rutina. El rugido de su estómago se unió al coro. Fiel a su acuerdo con don Cosme, el chiquillo había renunciado a la hora de la comida, para poder salir más temprano y recibir su clase de equitación con don Ernesto. Soportar el hambre por algunas horas era un pequeño sacrificio, a cambio de cumplir su sueño. Con la finalidad de engañar a su tiránico estómago, Cipri bebió un largo trago de agua del botijo. Se disponía a coger de nuevo la escoba, cuando vio una silueta recortada en el umbral.

De inmediato, el chico soltó la escoba y se acercó al recién llegado, dispuesto a atender al cliente. Se trataba de un joven al que nunca había visto, pero, por la elegancia de su traje, dedujo que debía ser un aristócrata o el hijo de un comerciante acaudalado.

—¿Tú eres ese al que llaman Cipri?

—Eh… Sí, señor. ¿Lo conozco? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy yo quien ha venido a ayudarte a ti, mocoso.

Después de un corto parpadeo de sorpresa ante la actitud del visitante, Cipri frunció el ceño y enderezó la espalda.

—No comprendo. No lo conozco. ¿Qué es lo que quiere? ¿Es cliente del establo? ¿Tiene alguna queja?

—Mi nombre es Pedro Medrano. Para ti, el señor Pedro Medrano —El joven le entregó un papel sellado al chaval—. Vine a hacerte un favor, evitando que hagas el ridículo.

Cipri cogió el papel y lo leyó despacio. Inocencio le había enseñado a leer, pero todavía le faltaba práctica, así que demoró lo suficiente para que una sonrisa sarcástica se dibujara en el rostro de Medrano.

—Te ahorraré el esfuerzo, mocoso. Este documento te informa que has sido descalificado del Carnaval Ecuestre de Aldehuela del Río.

El chaval tuvo la impresión de que toda la sangre le bajaba a los pies, de repente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Yo te hice el favor. Me enteré de que te habías inscrito y te denuncié con uno de los jueces, que es amigo de mi padre.

—¿Denunciarme? ¿Por qué?

—Se trata de una carrera de prestigio. No es para arrapiezos con ínfulas. Tú no estás capacitado para participar y ni siquiera tienes un caballo propio. Me enteré de que inscribiste uno «prestado». Quién sabe si con el permiso de su dueño.

El ceño de Cipri ya formaba una sola ceja, y su mandíbula estaba tan tensa, que sus dientes rechinaron.

—¿Qué está insinuando? ¿Cómo se atreve a acusarme de…?

—Te acuso de lo que yo quiera, pequeño necio. ¿Vas a decirme que el caballo que inscribiste es tuyo? ¿Quién te lo va a creer?

—¡Tengo la autorización de su dueño! —gritó Cipri y de inmediato se enfadó consigo mismo por haber cedido a la presión, dándole explicaciones al petimetre.

—¿A quién le importa? El Carnaval Ecuestre es una carrera para caballeros. Los críos como tú no tienen cabida en ella. Así que, bájate de la nube y sigue barriendo, que es para lo que sirves. Si es evidente que ni siquiera sabes leer. Eres un don nadie y no hay lugar para ti en esa competencia.

Cipri enmudeció. Sentía el rostro caliente y las palabras se le habían atorado en la garganta, a causa del llanto contenido. Con expresión satisfecha, Medrano le dio la espalda y salió del establo. En cuanto se vio solo, el chiquillo dio rienda suelta a sus lágrimas. Humillado y abatido, solo acertó a correr a la cuadra de Macabeo y abrazar el cuello del caballo, en busca de consuelo.

Como si el potro comprendiera lo que ocurría, Macabeo correspondió al abrazo del chico con movimientos de la cabeza que buscaban más carantoñas. El contacto con el caballo tranquilizó al chaval. Después de secarse las lágrimas, Cipri suspiró, como si con ello pudiera sacudir su desasosiego.

—Lo lamento mucho, Macabeo. Ya no podremos demostrar que eres el mejor caballo de Salamanca. Aunque tú y yo ya lo sabemos, ¿verdad? —Cipri acarició el cuello del isabelino, que respondió al contacto, sacudiendo la cabeza de arriba abajo, como si asintiera—. ¡Claro que sí!

Con el corazón en un puño, pero resignado, el chiquillo terminó sus tareas y regresó junto al caballo de su tutor.

—Tendremos que darle la mala noticia a don Ernesto, Macabeo. Te llevaré conmigo. Al menos, podremos cabalgar juntos una última vez, y a ti te vendrá bien el paseo.

Después de ensillar al isabelino, Cipri se encaminó a la vieja mansión de don Ernesto. La tarde gris concordaba bien con su ánimo. Durante todo el trayecto, su mente iba ocupada en cuál sería la mejor forma de informar a su instructor sobre las malas noticias.

Cuando llegó a la mansión Vilar, don Ernesto ya lo estaba esperando en la puerta. En cuanto el chico desmontó, el viejo jinete le entregó un bulto envuelto en un paño de cocina.

—Toma, chaval. Sé que no has podido comer nada en todo el día, a causa de tu acuerdo con el dueño del establo. Una pequeña merienda no te vendrá mal.

Sorprendido por el detalle, Cipri apartó la tela, que protegía un bocadillo de chorizo.

—Se lo agradezco, don Ernesto, pero no tengo apetito.

El anciano frunció el ceño.

—¿Cómo es posible que no tengas hambre, después de haberte saltado la comida? Además, ¿a qué vienen esa cara de tristeza y los ojos húmedos? He visto gente más risueña en muchos funerales. ¿Qué ocurre, Cipri?

Con la voz entrecortada y la mirada baja, Cipri le contó a su instructor todo lo que había ocurrido aquella tarde. Desde la visita de don Pedro, hasta la descalificación de la carrera. En la medida en que el chico le relataba los acontecimientos, don Ernesto iba inflando su pecho como un pavo, al mismo tiempo que enderezaba la espalda, dando la impresión de que crecía un par de centímetros frente a sus ojos. Cuando Cipri repitió las últimas palabras de Medrano, el rostro del viejo jinete había adquirido un tono carmesí y su ceño estaba tan fruncido, que dibujaba un triángulo entre las cejas.

—¡Maldita sea su estampa! —gritó don Ernesto, tan enfadado, que Cipri dio un respingo, asustado—. ¡Será cabrón! Es la conducta más rastrera que he visto en mi vida. ¿Caballero? Ese sujeto no tiene idea del significado de la palabra. ¡Sécate las lágrimas, chaval! ¡Y cómete el bocadillo! Tenemos una clase que dar y no quiero que te desmayes de hambre a lomos de

Macabeo.

— Pero... la descalificación…

—¡Olvídate de eso! He participado y ganado el Carnaval Ecuestre de Aldehuela del Río más veces de las que puedo recordar. Conozco a todos los organizadores y los jueces. No existe ningún reglamento que señale un nivel mínimo de entrenamiento, ni tampoco que exija que el caballo sea propio. El tal don Pedro debió valerse de influencias o sobornos para conseguir tu descalificación.

—Entonces… ¿cree que a pesar de todo podré participar en la carrera?

—¡Por supuesto! En cuanto terminemos el entrenamiento, montaré en mi mejor caballo e iré a Aldehuela del Río en persona, para resolver este desaguisado. Ningún pisaverde con influencias va a evitar que compitas en esa carrera. ¡Cómo me llamo Ernesto Vilar! —confirmó, besando la punta de sus dedos.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Cipri, quien sintió cómo se desvanecía el puño que apretaba su pecho. Con sus esperanzas renovadas y más fuertes que nunca, el chaval corrió a abrazar a don Ernesto. El viejo jinete permaneció inmóvil durante un momento de desconcierto. Enseguida, sus brazos correspondieron al abrazo del chiquillo, y un calor reconfortante los inundó a ambos.

Cuando se separaron, don Ernesto frunció el ceño de manera poco convincente.

—¡Cómete el bocadillo de una vez! —le ordenó con tono gruñón—. No tenemos tiempo que perder.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Cipri le dio un enorme mordisco al bocadillo y comenzó a masticar con entusiasmo, consciente de que su sueño volvía a estar a su alcance.

Capítulo 38

Una vez terminada la transformación de Inocencio en un caballerete, Daniela lo condujo a la biblioteca, donde Leandro se encontraba ocupado, trazando un plan de acción. Al ver al chaval, el inspector le agradeció el esfuerzo a su mujer, alabó sus habilidades y le prometió recompensar a Aurora. Inocencio solo acertó a murmurar un «gracias» a Daniela, con una leve reverencia, que ella recompensó con una cálida sonrisa.

—Os dejo solos. Supongo que tenéis mucho que hacer.

Leandro despidió a su mujer con un beso y le pidió a Inocencio que le prestara atención. A continuación, se aseguró de que el chico memorizara las normas de comportamiento y etiqueta básicas, para que nadie sospechara que el elegante traje ocultaba un chaval que había crecido en las calles.

Una vez satisfecho con las respuestas de Inocencio, Leandro también subió las escaleras para cambiarse, dejando al chico solo en la biblioteca durante algunos minutos. Mientras esperaba, Inocencio se paseó por las estanterías plagadas de volúmenes encuadernados en cuero con letras doradas. Por el desgaste de los lomos en los bordes comprendió que aquellos libros no estaban allí como un adorno, sino que eran consultados con frecuencia. El chico no sabía qué pensar. Para él, todo lo que tenía que ver con riqueza era sinónimo de frivolidad y petulancia. Sin embargo, Leandro no encajaba en ese molde y eso lo desconcertaba. Las preguntas sin respuesta se agolpaban en su mente.

Mientras Inocencio cavilaba acerca de lo que estaba experimentando, Leandro se cambió de ropa y al cabo de algunos minutos, regresó a la biblioteca con un elegante traje de etiqueta.

—Bien. Creo que estamos listos —anunció el policía, consultando un reloj de oro que apareció en su mano y que permanecía sujeto al bolsillo de su chaleco con una cadenita, también de oro.

Los ojos del antiguo ladrón se centraron en la joya sin que pudiera evitarlo. Leandro notó el interés y sonrió, pero no hizo ningún comentario. Después de despedirse de Daniela y prometerle que sería precavido y que cuidaría del chaval, Leandro se encaminó a la salida, seguido por Inocencio. El chico se mantenía en silencio, haciendo un esfuerzo por morderse la lengua, para no hacer preguntas indiscretas. La intriga había despertado su vena cotilla y se estaba conteniendo a duras penas.

Cuando ya habían recorrido la mitad del trayecto de regreso a la calle Toro, la curiosidad pudo más que la prudencia y la pregunta salió de la boca de Inocencio sin que pudiera evitarlo.

—¿Cómo puede un inspector vivir en una casa como esa, digna de un aristócrata, señor?

Inocencio se arrepintió en cuanto las palabras salieron de sus labios. En especial, cuando Leandro detuvo sus pasos. ¿Lo habría ofendido? Para su sorpresa, el policía no se enfadó. Con una sonrisa comprensiva que acompañó a una mirada de afecto, Leandro apoyó la mano en el hombro del chaval.

—Comprendo tu confusión, Inocencio. No eres el primero que se plantea esa pregunta. Aunque pocos son lo bastante honestos para hacérmela sin tapujos.

—Yo… No quise ofender, señor…

—No me ofendiste, Inocencio. Es una duda muy válida. Y aunque te parezca extraño, te agradezco tu franqueza. Hay una explicación muy simple: Mi padre hizo una fortuna con la importación de productos exóticos desde Las Américas. Yo soy el primogénito, así que recibí la mayor parte de la herencia. Sin embargo, nunca me sentí atraído por los negocios. Siempre quise ser policía. Así que cuando mi padre murió, yo decidí seguir mi vocación. Mi hermana resultó ser un lince para los negocios, por lo que llegamos a un acuerdo y es ella quien se encarga de administrar la empresa familiar.

—Entonces… ¿usted podría vivir sin trabajar?

—Sí, esa era una de mis opciones.

—¿Y prefirió hacerlo? Quiero decir… ¿trabajar?

—¿Te sorprende?

—Mucho —reconoció el chaval—. Nunca había conocido a nadie que prefiriera trabajar, aunque no tuviera que hacerlo.

—Supongo que es una posibilidad que se le presenta a pocas personas, pero piénsalo bien: Levantarte de la cama cada mañana sin tener un objetivo, una meta que alcanzar…

—Ninguna obligación, ni preocupación —argumentó el chico—. Para mí sería un sueño hecho realidad.

—Un sueño que pronto se convertiría en pesadilla —le advirtió Leandro—. Está bien por algunas semanas, como un descanso, pero si se prolonga demasiado, esa ausencia de motivación deja un vacío en la vida que es difícil de llenar. Por eso seguí mi vocación.

Inocencio parpadeó, mientras trataba de comprender el argumento.

—¿Vale la pena? Quiero decir, ser policía.

—Por supuesto. Ser policía me permite enfrentar desafíos que además de satisfacer mi autoestima, hacen que la ciudad donde vivimos mi familia y yo sea un lugar más seguro. Mi labor le da sentido a mi vida. ¿Lo comprendes?

El chaval se encogió de hombros.

—Supongo…

—Te lo explicaré de otro modo. ¿Por qué me estás ayudando en la investigación, Inocencio? Nadie te está pagando por hacerlo.

El chico abrió mucho los ojos.

—Porque usted es amigo de José, me cae bien y me siento bien ayudándolo.

—Te sientes bien… —repitió el inspector—. ¿Por qué?

—Por… porque me gusta cuando conseguimos resultados… Me hace sentir importante.

—Te sientes bien cuando alcanzas una meta. De eso se trata, hijo —Leandro desvió su atención en dirección al edificio del periódico. Mira, allí está don Javier, junto a su carruaje.

Mientras avanzaban hacia el carruaje donde los esperaba el periodista, Inocencio se aflojó el cuello de la camisa. Aquella ropa le apretaba por todos lados como si tuviera puesto uno de esos corsés que usaban las mujeres. No veía la hora de quitársela. Cambió de opinión cuando comenzó a notar que las miradas de todas las chicas con las que se cruzaban se desviaban hacia él. Quizá valdría la pena acostumbrarse.

Don Javier los estaba esperando junto al carruaje, saboreando un cigarro con deleite. En cuanto Leandro e Inocencio se acercaron, la mirada del periodista se centró en el chico, como si la hubiera atraído un imán.

—¡Menuda transformación! —El periodista se volvió hacia Leandro—. Lo felicito, inspector. Si consigue que este paleto mantenga la boca cerrada, dará el pego.

Leandro recibió el comentario clasista con un fruncimiento de ceño.

—Inocencio sabe cómo debe comportarse y estoy seguro de que lo hará muy bien.

—Entonces, vamos allá.

En cuanto los tres subieron al carruaje, el cochero azuzó a los caballos para que se pusieran en movimiento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Inocencio, sin poder contener la curiosidad.

—Al «Club Social de Salamanca», en la calle Compañía.

—¿A la calle Compañía? ¿Por qué no vamos a pie? Llegaríamos más rápido —argumentó Inocencio.

Don Javier resopló.

—Por las apariencias, cateto. Llegar a pie al club sería lo más vulgar que podríamos hacer. Vamos a una subasta de arte, así que queremos que nos tomen en serio.

Inocencio enarcó las cejas y desvió la mirada hacia Leandro, quien se encogió de hombros.

—Así de frívola puede ser la sociedad, chaval. En este caso, nos conviene seguirles la corriente, para pasar desapercibidos.

El chico asintió y guardó silencio. Leandro y don Javier aprovecharon el intervalo para ponerse de acuerdo con las señas que usarían para comunicarse durante la subasta. Don Javier le entregó una bolsa de cuero al policía.

—Aquí tiene siete mil quinientas pesetas en billetes de quinientas y de mil, inspector. Es lo que he decidido invertir esta noche. Hoy «perderé» todas las subastas, para que usted pueda ganarlas para mí.

—Perfecto.

Leandro guardó la bolsa de cuero en uno de los bolsillos internos de su elegante chaqueta. Veinte minutos después, el carruaje se detuvo frente al Club Social de Salamanca. El edificio destacaba de sus vecinos por su imponente fachada de piedra, de color más claro del habitual. La entrada principal estaba flanqueada con grandes columnas. Las ventanas, altas y estrechas, se abrían a balcones de hierro forjado. Y junto a la puerta brillaba una enorme placa de bronce pulido con el nombre del club.

Cuando cruzaron el umbral, Leandro e Inocencio se encontraron en un vestíbulo revestido en mármol, iluminado por un candelabro de cristal. El aire estaba impregnado con los aromas del tabaco de pipa y el cuero viejo. El murmullo de conversaciones a *sottovoce* se mezclaba con el crujido de las maderas antiguas del suelo, creando un ambiente sofisticado. Un camarero les dio la bienvenida a los recién llegados y les ofreció una copa de jerez a cada uno, incluyendo a Inocencio, quien lo probó y arrugó la nariz.

—¿No te gusta, chaval? —Don Javier acompañó su pregunta con una carcajada mal contenida.

—Es muy fuerte —reconoció el chico.

—Supongo que prefieres el moscatel o el vino de consagrar, ¿no es así?

Inocencio respondió con un fruncimiento de ceño, al comprender que el periodista lo estaba confundiendo con un chiquillo. A modo de desafío, el joven dio un largo trago a su copa.

—Despacio, Inocencio —intervino Leandro—. Necesitaremos todos nuestros sentidos alerta.

—Sí, señor.

El mayordomo se acercó a ellos y los invitó a seguirle. Con sus copas en la mano, los tres recién llegados acompañaron al empleado al salón principal. A pesar de haber sido

acondicionado para la subasta, el recinto conservaba el ambiente de lujo y elegancia al que estaban acostumbrados los socios del club. Un nutrido grupo de caballeros esperaba el evento con expectación. Don Javier presentó a Leandro como un rico comerciante recién llegado a la ciudad, acompañado por su hijo. Inocencio se mantuvo en prudente silencio y Leandro se desenvolvió en aquel ambiente como pez en el agua, así que nadie sospechó el engaño.

Minutos después, un camarero recogió las copas, al mismo tiempo que el subastador subía a la tarima y los invitaba a ocupar sus asientos. Sobre cada silla había un pequeño cartel con un número, que sería usado para las pujas. Leandro e Inocencio se sentaron juntos y el inspector cuidó mantener a don Javier a la vista.

El subastador presentó las piezas, describiendo cada una con detalle y revelando el nombre del artista. Gracias a las señales acordadas, cada vez que era presentada una pieza de interés para don Javier, Leandro levantaba la mano para participar en las pujas, ganando varias de ellas con determinación. El plan se ejecutó sin levantar sospechas, permitiendo que los asistentes creyeran que Leandro era un comerciante muy rico, dispuesto a invertir grandes sumas de dinero en obras de arte.

Cuando el subastador presentó la última pieza, una naturaleza muerta cuya subasta comenzó en cinco mil pesetas, uno de los empleados del club se acercó a Leandro con mucha discreción, para entregarle una nota. El inspector la leyó de inmediato con expectación. Se trataba de una invitación.

«*Si el buen gusto y la exclusividad son su verdadera pasión, sabrá apreciar lo que no está al alcance de cualquiera. Esta noche, a las veintitrés horas, la mansión Valverde abrirá sus puertas solo para aquellos que comprenden el verdadero valor del arte. Le aguardan piezas únicas, que jamás verá expuestas en galerías comunes. No deje escapar la oportunidad de adquirir lo que muchos codician, pero pocos pueden llegar a poseer.*

La discreción es tan importante como el talento para distinguir lo extraordinario».

Capítulo 39

Al mismo tiempo que Daniela se ocupaba de la transformación de Inocencio, José llegaba por fin a la comisaría. Lo dominaban el desasosiego y la frustración, por lo que decidió poner sus ideas en orden. Saludó a Quintana al paso y subió las escaleras a toda prisa. En cuanto se sentó en su escritorio, comenzó a consultar sus notas: El homicidio se había cometido en un entorno cerrado, al que muy pocas personas tenían acceso. Entonces, ¿cómo era posible que la identidad del asesino o asesina fuera tan difícil de descifrar? ¿Qué detalle crucial se le estaba escapando? La ausencia de pistas era su principal problema. Todo apuntaba a que al menos una de las monjas debía estar involucrada, pero ¿cuál de ellas y por qué?

Después de analizar la información de la que disponía, el inspector llegó a la conclusión de que sor Teresa seguía siendo su mejor baza. Su relación con el confesor antes de entrar al convento le daba un motivo, además de que era la religiosa que tenía mayor libertad de movimientos dentro de la abadía. Si la conciencia de don Luis lo había empujado a querer confesar su participación en el homicidio de Enrique y el ocultamiento de su cadáver, esa revelación podía perjudicar a su antigua prometida. ¿Habría sido suficiente motivo para asesinarlo? Expósito lo pensó por un momento. Quizá, pero eso no explicaba qué le había ocurrido a sor Beatriz y sor Concepción. ¿Estaban relacionadas esas desapariciones o se trataba de una «coincidencia»? José sacudió la cabeza, en respuesta a sus propios pensamientos. No creía en las coincidencias. La desaparición de las religiosas, una monja y una novicia, tenía que estar relacionada con el homicidio del confesor de alguna forma. Además, también debía tener en cuenta el misterio de las campanadas a destiempo y los anónimos cifrados. Era evidente que se trataba de advertencias, pero ¿cómo se relacionaban con lo que estaba ocurriendo detrás de los muros de piedra de Santa Ana?

El inspector sacó de su bolsillo el pañuelo de lino en el que había conservado el cabello que encontró en la sotana del confesor. Se acercó a una ventana y lo observó bajo la lupa con mucha atención. Era oscuro y resaltaba sobre el pañuelo blanco. Además, Expósito notó que también destacaba por su brillo uniforme, así que dedujo que ese cabello había sido tratado con algún tipo de aceite, un cuidado que solían aplicar las mujeres. ¿Significaba eso que el cabello pertenecía a una mujer? La conclusión lo desconcertó. Si bien sería una pista esclarecedora en cualquier otra situación, en este caso particular solo agregaba confusión. Las monjas no usaban aceites ni perfumes, además de que debían cortarse el cabello. ¿Significaba eso que había una tercera persona involucrada en el crimen? Pero si ese era el caso, ¿cómo consiguió el asesino llegar hasta la capilla del convento? Expósito decidió que su primer paso sería comprobar que el brillo del cabello no era natural, sino que involucraba algún tipo de cosmético.

José volvió a envolver el solitario cabello en el pañuelo, lo guardó en el bolsillo y salió de la comisaría. La lluvia había dejado una sensación de limpieza y frescura en la ciudad. El olor húmedo y terroso de la piedra mojada se mezclaba con el aroma a jazmín y rosas proveniente de los balcones y los jardines cercanos. De vez en cuando, si pasaba cerca de una pastelería, esos aromas sucumbían, dominados por el del pan recién horneado.

El inspector se encaminó a la Botica del Socorro, cerca de la pensión San Marcos. Allí encontró a don Felipe Márquez, quien lo recibió con una sonrisa amigable.

—¡Ah! ¡Bienvenido, inspector! ¿Qué puedo hacer por usted? —Don Felipe se frotó las manos con anticipación—. ¿Qué nuevo desafío tiene para mí?

Con una sonrisa, José sacó el pañuelo del bolsillo y lo desplegó para mostrarle el misterioso cabello al boticario, al mismo tiempo que le explicaba el lugar y las circunstancias en los que lo había encontrado, así como sus conclusiones acerca del evidente brillo que lucía. Don Felipe escuchó con atención y después de examinarlo con una lupa, asintió.

—Es evidente que ha sido tratado con algún tipo de aceite, pero me temo que no me resulta posible identificarlo a partir de un solo cabello.

—¿De qué tipos de aceite podríamos estar hablando? ¿Cuáles suelen usarse?

Don Felipe sacudió la cabeza.

—Es muy variable, inspector. La clase alta tiende a usar aceite de almendras en el cabello, para hidratarlo y volverlo más sedoso. Sin embargo, no es extraño que la mujer de cualquier obrero o labriego utilice aceite de oliva o de ricino con el mismo fin.

—Comprendo. De manera que este cabello podría pertenecer a cualquiera.

—Eso me temo. Quisiera darle una respuesta más precisa, pero necesitaría una muestra más significativa.

—Muchas gracias, don Felipe. Al menos lo intentamos —dijo José, con la desilusión pintada en el rostro. Al parecer, el solitario cabello en la sotana del confesor era otro callejón sin salida.

Cuando salió de la botica, en la cabeza del policía todavía anidaba la convicción de que tanto el cabello como el olor a perfume eran pistas importantes. Sin embargo, no tenía idea acerca de cómo interpretarlas para que lo condujeran hacia el camino correcto. Las campanas de la catedral anunciaron las ocho de la tarde, así que decidió regresar a la comisaría, para continuar revisando las evidencias y encontrar ese hilo del cual tirar.

Acompañado por la frustración, el camino de regreso se le hizo más largo que cuando lo había recorrido hacia la botica, animado por la esperanza y aleccionado por la expectación. José iba razonando sobre cada una de las circunstancias de su caso: El cabello largo en la sotana del cura era una nota discordante, como una mosca en un vaso de leche. No podía pertenecer a ninguna de las monjas. ¿O sí? ¿Y si alguna de ellas había roto las normas y ocultaba una melena bajo el velo? ¿Y el perfume? Esconder el cabello no sería un problema, pero con el perfume la habrían descubierto. ¿Y si no era una monja? ¡Imposible! El convento era una fortaleza y sor Juana era más eficiente guardando la puerta, que Cerbero cuidando la entrada al inframundo. La única explicación posible era que cuando el confesor llegó a la capilla, el asesino ya se encontraba dentro del convento. Y eso significaba que tenía que ser una de las monjas.

Cuando Expósito llegó a la comisaría, encontró a Encarna en la puerta, paseándose de un lugar a otro. El corazón de José dio un salto de alegría y comenzó a golpear su pecho con fuerza. Sin embargo, la emoción del joven inspector se esfumó, en cuanto se dio cuenta de que la expresión del rostro de su prometida no auguraba buenas noticias.

—Encarna, ¿qué ocurre?

—¡José! Menos mal que llegaste. Cuando el agente de la puerta me dijo que habías salido y no tenía idea de cuánto tardarías en regresar, no supe qué hacer.

—Ya estoy aquí. ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?

—Conseguí descifrar la nota. Como te expliqué, una vez que se sabe el sistema de cifrado y la palabra clave, el proceso es bastante sencillo.

Las cejas de José se dispararon hacia arriba.

—¿Conseguiste descifrarla? —Encarna asintió—. ¿Revela algo importante?

—Muy importante.

—Acompáñame a mi mesa de trabajo. Me lo explicarás allí.

El inspector y su prometida subieron las escaleras a toda prisa. Con gesto galante, José sostuvo la silla de visitantes por el respaldo, hasta que ella se sentó. Solo entonces, él ocupó su propia silla.

—Te escucho.

Con manos temblorosas, Encarna sacó una hoja de papel de su bolsa y se la entregó a José.

—Esta es la transcripción de la carta descifrada.

José cogió la hoja de papel y comenzó a leer:

«*Una súplica de auxilio al inspector Expósito.*

Soy una de las hermanas del convento, y escribo bajo el temor de que mis palabras puedan costarme la vida. Este es el motivo por el que he recurrido a mensajes cifrados. Tengo la esperanza de que al usar un código militar, estas palabras puedan ser descifradas por la Policía y por nadie más. También soy yo quien trata de avisar a las autoridades acerca de lo que está ocurriendo, a través de las campanadas que se escuchan a destiempo.

No puedo revelar mi nombre, porque tengo miedo, pero sí puedo hacerle saber lo que ocurre entre estas paredes.

Desde hace tiempo, personas inescrupulosas han involucrado al convento en un delito que amenaza nuestra fe y nuestro santuario. Las hermanas desaparecidas lo descubrieron y pagaron caro este conocimiento.

Sor Beatriz le reveló sus sospechas al confesor, antes de desaparecer. Aunque las indagaciones que hizo don Luis a partir de esa confesión fueron discretas, sus preguntas llamaron la atención de estas personas. Por ese motivo, él también fue silenciado. Ahora me encuentro en peligro, y temo me descubran. No puedo huir. No puedo hablar dando la cara. Solo espero que mis palabras lleguen a sus manos y que usted pueda detener esta locura, antes de que tengamos que lamentar nuevas víctimas...»

Desconcertado, José interrumpió su lectura por un momento.

—Puedo comprender por qué cifra las cartas, pero todavía no me explico cómo. ¿Dónde aprendió este código? No creo que fuera en su preparación como novicia.

Encarna se encogió de hombros.

—Eso no lo sé, José. Supongo que podremos preguntárselo cuando descubramos de quién se trata.

El inspector asintió, pensativo y continuó leyendo la carta descifrada. A continuación, el anónimo explicaba en detalle todo lo que estaba ocurriendo en el convento. A partir de ese momento, las piezas encajaron y José comenzó a comprenderlo todo.

Capítulo 40

Después de que Jimena manifestó sentirse recuperada, y una vez que sor Inés se aseguró de que se encontraba bien, la hermana enfermera cedió a los ruegos de su paciente y le permitió regresar a su celda.

Los golpes que Jimena había sufrido en la caída la incomodaban con cada movimiento, pero lo que más la angustiaba no eran los moretones. Aunque no quería inquietar a su hijo, ella también estaba preocupada. Mientras el asesino permaneciera libre y actuara a sus anchas, nadie estaría seguro en el convento. Todas las hermanas corrían peligro, pero ella en especial. Su colaboración con José no pasó desapercibida, como era de esperarse, así que se había convertido en un objetivo a ser eliminado.

Jimena no era una mujer que esperara que los problemas la encontraran de brazos cruzados, así que decidió que tenía que actuar. Necesitaba descubrir quién estaba detrás de los crímenes que asolaban lo que antes era un refugio de paz y sosiego. Y debía hacerlo, antes de que el asesino volviera a atentar contra ella. Su cerebro comenzó a trabajar a marchas forzadas. ¿Cómo conseguirlo? ¿Por dónde podía comenzar a buscar una pista, un indicio, que le permitiera desvelar el misterio? Jimena repasó en su mente todos sus recuerdos desde que llegó al convento: las palabras que había escuchado, las sensaciones que había experimentado con lo que esperaba encontrar, y también con aquello que le resultó extraño. Esto en especial. ¿Qué había visto en aquel claustro que no esperaba encontrar allí? ¿Qué era lo que no encajaba? Entonces, recordó un detalle que le había llamado la atención la primera vez que lo vio. Aunque luego se acostumbró y lo normalizó, tenía que reconocer que seguía siendo peculiar. Ahora resultaba sospechoso. Sería un buen lugar para comenzar sus indagaciones, así que elaboró un plan en su mente.

Jimena aguardó a la hora de la cena. Cuando sonó la campanilla que anunciaba el momento de acudir al comedor, ella permaneció atenta junto a la puerta de su celda, manteniendo abierta una pequeña rendija. Esperó a escuchar los pasos de una de sus compañeras que se acercaba por el pasillo y vio su silueta en movimiento. Entonces, se asomó y la llamó con discreción

—Sor Ana, ¿podría hacerme un favor?

—Por supuesto, sor Jimena.

—No me siento bien y prefiero permanecer en mi celda descansando. ¿Podría informar a la Madre Superiora del motivo de mi ausencia en la cena?

—No se preocupe, sor Jimena. Yo avisaré a la Madre Superiora. Espero que se mejore pronto.

Con una inclinación de cabeza, sor Ana continuó su camino en dirección al comedor. En cuanto la religiosa desapareció de su vista, al doblar una esquina, ella regresó a su celda. Se obligó a tener paciencia y esperó algunos minutos. Necesitaba asegurarse de que no correría el riesgo de cruzarse con nadie en los pasillos o su coartada se derrumbaría, así que permaneció en su celda el tiempo suficiente, para que el resto de sus compañeras acudieran a la cena. Solo entonces, se deslizó fuera de la celda, cerrando la puerta con cuidado y sin hacer ruido. El cielo

cubierto de nubes creaba la impresión de que estuviera anocheciendo, haciendo que el ambiente se sintiera pesado.

Jimena se encontró frente a un pasillo, apenas iluminado por la escasa luz que se colaba a través de las estrechas ventanas. Le pareció que era más largo y frío de lo habitual. La rodeó un silencio agobiante, solo roto por el suave roce de sus zapatos sobre el suelo de piedra.

El habitual olor a incienso y cera de vela que caracterizaba al edificio se sentía más intenso y penetrante que nunca, llegando a dificultarle la respiración. ¿O era el miedo lo que hacía que sus inhalaciones fueran más cortas? Avanzó por los solitarios pasillos y en más de una ocasión se detuvo asustada, hasta que podía comprobar que el motivo de su alarma solo era una de las tantas sombras que la rodeaban. En algún momento se preguntó si estaría cometiendo un error por correr aquel riesgo. Sin embargo, ya había llegado demasiado lejos, así que hizo acopio de valor y siguió adelante, tratando de ignorar la mano invisible que le apretaba el pecho.

Cuando giró en una de las esquinas, rozó la pared con sus dedos. La fría y húmeda piedra era un ancla que le permitía sujetarse a la realidad, aunque no era suficiente para proporcionarle la serenidad que tanto necesitaba. Jimena centró toda su atención en su objetivo: llegar a la capilla sin ser descubierta. Allí comprobaría si aquello que había visto, y que ya todos en el convento consideraban normal, podía ser una pista clave sobre lo que estaba ocurriendo.

Después de un par de minutos, que se le hicieron eternos, Jimena alcanzó el arco de entrada de la capilla. Se detuvo por un momento y respiró profundo, haciendo acopio de fuerza y tratando de calmarse a sí misma. Entonces, cruzó el umbral y de inmediato se sintió inmersa en un ambiente denso, origen de los aromas que dominaban el edificio, y que aquí también se mezclaban con los olores de la humedad y la madera vieja. El silencio de la capilla era más penetrante que en cualquier otro lugar y las velas del altar parpadeaban en la penumbra.

Jimena se acercó al púlpito, junto al cual se encontraba la alfombra de arabescos, que tanto desentonaba con las decoraciones religiosas del resto de la capilla. Entonces, caminó sobre la alfombra y notó que allí el suelo perdía solidez. Con manos temblorosas la apartó a un lado y comprendió el motivo de la sensación que acababa de experimentar. En lugar de la piedra, bajo la alfombra había una pequeña puerta de madera con una gruesa anilla de metal. ¿Habría encontrado lo que fue a buscar? Después de mirar a su alrededor para comprobar que se encontraba sola, Jimena tiró de la anilla con fuerza. Le sorprendió la facilidad con la cual cedieron los goznes, que giraron para permitir la apertura de la trampilla con suavidad y en silencio. Alguien se había ocupado de aceitarlos con frecuencia. Un escalofrío recorrió su espalda, ante lo que esto significaba.

Jimena cogió prestada una de las velas del altar y comenzó a descender por una escalera de piedra, que apareció frente a ella. Comprendió de inmediato que se encontraba en una cripta. Conforme se internaba en la oscuridad, el aire se enrarecía cada vez más. La envolvieron el frío y la humedad, que resultaba más evidente con el penetrante olor del moho que cubría las resbalosas paredes.

Cuando llegó al final de la escalera, se quedó sin aliento. Las dos tumbas que albergaba la cripta eran mudas guardianas de las riquezas que las rodeaban. La cueva estaba repleta de antigüedades, cuadros y refinadas joyas. Jimena se internó en la cripta, absorta con su hallazgo. Un objeto en un rincón llamó su atención. Aquello le resultaba familiar. Cuando lo recogió del suelo, lo reconoció de inmediato. Se trataba de un rosario con una cruz de plata, en cuyo reverso estaba grabado el nombre de su propietaria: *Beatriz*, una de las monjas desaparecidas. Jimena recordaba con claridad haberlo visto en las manos de la religiosa, mientras rezaba.

El descubrimiento hizo que su corazón se desbocara. Aquel rosario era una prueba de que

sor Beatriz estuvo en esa cripta, así que su desaparición tenía relación con lo que ella acababa de encontrar. ¿Quién conocía la existencia de ese tesoro y guardaba silencio? ¿Por qué? Jimena comprendió de inmediato que todos los objetos valiosos que la rodeaban podían ser robados. ¿Acababa de dar con la guarida de un botín? Un nudo atoró su garganta. Lo que ocurría en el convento era más grande de lo que había imaginado. Y ella se había colocado a sí misma en el ojo del huracán. Tenía que salir de allí de inmediato y hacerle llegar un mensaje urgente a José. Él sabría qué hacer.

Se disponía a volver sobre sus pasos, cuando un sonido sutil le heló la sangre en las venas. Antes de que pudiera reaccionar, sintió una fuerte presión sobre su rostro que le dificultó la respiración. La tela áspera que cubrió su nariz y su boca tenía un olor penetrante, dulzón y nauseabundo, que le repugnó. Jimena forcejeó con desesperación, golpeó el aire con sus manos y lanzó un grito de ayuda que quedó ahogado en su garganta, sin llegar a romper el silencio de la cripta. Las fuerzas la abandonaron y soltó la vela, que se apagó de inmediato, sumiéndola en la oscuridad.

El mundo a su alrededor comenzó a perder estabilidad. Aunque su mente luchaba por mantenerse consciente, los párpados le pesaban demasiado. Tenía que hacer grandes esfuerzos para respirar y las piernas comenzaron a fallarle, hasta que la debilidad se apoderó de ella y su propio peso llegó a ser insostenible. El frío del suelo de piedra contra su piel fue lo último que sintió. Antes de que todo se desvaneciera, su último pensamiento fue para José. En su cabeza, formuló una súplica para que alguien notara su ausencia y avisaran a su hijo. Estaba segura de que él sería capaz de encontrarla, pero ¿llegaría a tiempo? Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, mientras el miedo la arropaba como si la hubiera envuelto una fría neblina.

Entonces, cayó en un abismo negro, que dejó atrás el eco distante de su propio jadeo y el silencio escalofriante de la cripta.

Capítulo 41

En la comisaría, el inspector Expósito releyó el anónimo, para asegurarse de que no se le escapaba ningún detalle. Encarna permaneció en silencio por un largo rato, observando las reacciones de su prometido, hasta que no pudo contenerse.

—¿Qué opinas?

Con el ceño fruncido por la preocupación, José cogió aire y lo retuvo por un momento.

—No estoy seguro. Es esclarecedor, pero se trata de un anónimo. Me pregunto si será prudente confiar en su contenido. Después de todo, todavía no tenemos idea de quién lo escribió ni cuáles fueron sus motivos.

—¿No crees que sea verdad lo que afirma?

—No lo sé. Tal vez sea sincero, pero también podría tratarse de un engaño del asesino, para desviar nuestra atención y confundirnos. Aunque tengo que reconocer que no encuentro fallos ni contradicciones en la información. Todo encaja.

—Estoy segura de que descubrirás la verdad, José, pero ahora debo marcharme. En vista de la urgencia del mensaje, la condesa de Rocha me dio permiso para traerte la carta descifrada. Ahora debo regresar para ocuparme de los niños.

—Por supuesto, Encarna. Ve tranquila. Ya has hecho mucho por mí.

Ambos se despidieron con la promesa de que volverían a verse muy pronto. José la observó, mientras ella salía de la oficina con su paso elegante, con el que parecía deslizarse, en lugar de caminar.

En cuanto José perdió de vista a su prometida, decidió cuál sería su siguiente paso. Necesitaría respaldo, tanto logístico como legal, así que era el momento de informar al comisario acerca de lo que estaba ocurriendo. Expósito cogió el anónimo descifrado y subió al despacho de Holguín. El comisario le autorizó la entrada en cuanto llamó a la puerta.

—¡Ah, José! Espero que vengas a decirme que ya resolviste el caso y que el asesino del cura se encuentra en una de nuestras celdas.

—Todavía no, don Carlos, pero tengo algunas evidencias que quiero mostrarle.

Expósito puso al día a su superior con respecto de sus avances. También le explicó la forma en que el anónimo esclarecedor había llegado a sus manos y cómo Encarna lo había descifrado.

—Esa chica es muy lista —reconoció Holguín—. Si no fuera una mujer, haría lo posible para incorporarla al cuerpo. Lástima que eso no sea posible. ¿Y qué dice ese anónimo?

El inspector le entregó la carta al comisario, al mismo tiempo que le hacía un resumen. Holguín recibió el papel con el ceño fruncido y de inmediato comenzó a leerlo. En la medida en que avanzaba en la lectura, el comisario iba apretando la mandíbula, hasta rechinar los dientes. Al terminar, levantó la mirada hacia su subalterno.

—¡Esto es inaudito! Haz lo que tengas que hacer, José. Yo me ocupo de convencer al obispo, para que no estorbe las indagaciones. Llévate refuerzos. Creo que los vas a necesitar.

—Sí, señor. Gracias, señor.

El inspector salió del despacho del comisario e interceptó al primer agente con el que se cruzó. Se trataba de García.

—Argimiro, tenemos que cumplir una misión. Avisa a tu compañero y a dos parejas más de agentes que estén disponibles. Os espero en la entrada de la comisaría, de inmediato.

—Sí, señor.

El inspector pasó por su escritorio y recogió su arma reglamentaria, la cual puso en su cintura y se aseguró de que quedara oculta con el chaqué. No se trataba de aterrorizar a las monjas. Cuando bajó las escaleras, ya las tres parejas de agentes lo estaban esperando. Después de explicarles en qué consistía su misión, José los aleccionó.

—¡Vamos!

Expósito abrió la marcha en dirección al convento. La luz de la tarde ya comenzaba a declinar y los trabajadores salían de sus labores. Algunas tiendas cerraban sus puertas y las calles se encontraban repletas de rostros cansados de regreso a casa. La comitiva de policías atrajo las miradas de todos los transeúntes con los que se cruzaron.

Cuando por fin llegaron al convento y José llamó a la puerta, sor Juana no disimuló la sorpresa y el disgusto que le ocasionó el nutrido grupo de agentes.

—¿Qué es esto, inspector?

—Seguimos órdenes del comisario —anunció Expósito—. Y ya sabe que él actúa con el beneplácito del obispo. Necesitamos entrar y yo debo hablar con la Madre Superiora de inmediato.

Sor Juana parpadeó y José creyó que iba a negarse a obedecer, pero después de un momento de reflexión, les permitió pasar.

—Sígame, inspector. Lo llevaré con la Madre Superiora. Sus compañeros pueden esperar aquí.

—Me temo que eso no será posible, sor Juana. Iré con usted, pero ellos no se quedarán esperando —José se dirigió a sus hombres—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Sí, señor —respondieron todos a coro.

—¡González! Usted se quedará aquí. Se asegurará de que nadie entre ni salga, hasta nuevo aviso.

—Sí, señor.

Después de soltar un gruñido de desaprobación, sor Juana desvió la mirada, como si no quisiera ser testigo de la invasión de su preciado refugio. Sin pronunciar una palabra, se encaminó al despacho de sor Teresa, seguida por Expósito, cuyos pasos decididos resonaban entre las paredes de piedra y contrastaban con el ambiente sereno del convento.

Sor Juana anunció al policía con timidez y después de recibir la autorización de sor Teresa, lo dejó entrar. La Madre Superiora no disimuló su sorpresa ante la inesperada visita.

—¿Qué puedo hacer por usted, inspector? No son horas…

—Me temo que tendremos que olvidarnos de la hora, Madre. Tengo motivos para sospechar que el convento está siendo usado por delincuentes para ocultar el botín de sus delitos.

Sor Teresa se persignó.

—Espero que todo esto se trate de un lamentable error.

—Si es así, me disculparé, Madre, pero hasta entonces, llevaré adelante mi investigación. Aparte de las monjas, ¿Quién tiene entrada libre al convento?

—Nadie, por supuesto. Usted sabe muy bien que nuestra orden es de clausura. Al igual que su madre, las hermanas reciben visitas de sus familiares en ocasiones muy contadas. Nunca con la frecuencia y liberalidad que se le han concedido a sor Jimena y a usted.

—¿Algún empleado, jardinero, proveedor?

Sor Teresa negó despacio con la cabeza.

—Dos de las hermanas cuidan los jardines. Usted sabe que contamos con una enfermera, que avisa al doctor cuando es necesario. Aunque esto ha ocurrido en muy pocas ocasiones. Sor Inés es muy competente y tiene mucha experiencia. En cuanto a los proveedores, ellos dejan la mercancía en carretillas en el patio, junto a la cocina. Nuestras hermanas se ocupan de introducirlos al interior del edificio.

José meditó acerca de la respuesta de la Madre Superiora. ¿Le estaría diciendo la verdad?

—Necesito que reúna a todas las hermanas en el comedor.

—¿Para qué?

—Solo, hágalo —respondió el inspector con voz autoritaria.

Pálida y cabizbaja, sor Teresa se levantó y salió del despacho. Expósito la siguió. La Madre Superiora llamó la atención de sor Catalina, quien se encontraba cerca, y le dio la orden de reunir a todas las hermanas en el comedor. Aunque el rostro de la novicia reflejó su sorpresa, la joven obedeció sin hacer preguntas.

Minutos después, el comedor estaba repleto con todas las religiosas que habitaban el convento. Algunas monjas cuchicheaban entre sí, llenando el salón con un murmullo sordo, mientras otras permanecían en silencio con el desconcierto y la curiosidad pintados en el rostro. El olor a miedo era casi palpable. José observó con cuidado cada rostro y cada expresión. En su revisión del comedor notó una ausencia que le erizó la piel. Jimena no había acudido a la llamada.

—¿Dónde está mi madre? —le preguntó a sor Teresa.

—Yo… Eh… No lo sé. No he visto a Jimena desde que la visité en la enfermería, después del accidente. No bajo a cenar.

—¿Eso no le pareció extraño?

La respuesta de la Madre Superiora fue firme.

—No. Ella se excusó porque se sentía indispuesta. Me envió un mensaje con una de las hermanas, así que no me pareció extraño. Quizá todavía se encuentre en su celda. Es posible que se haya quedado dormida —Sor Teresa se volvió hacia una de las religiosas—. Sor Lucía, sor Jimena debe estar en su celda. Por favor, avísele acerca de esta reunión.

José se obligó a concentrarse en su tarea. El inspector se dirigió a las monjas y les explicó el motivo de aquella reunión, pero revelándoles solo lo indispensable.

—Esta abadía está siendo utilizada por personas inescrupulosas para cometer delitos. Si alguna de ustedes sabe o sospecha algo, debe decírmelo ahora. No tiene nada que temer. Para garantizar su seguridad, me aseguraré de que sea trasladada fuera del convento de inmediato, con la anuencia del obispo.

El silencio se apoderó del comedor. Las religiosas se miraban unas a otras, pero ninguna parecía dispuesta a hablar. O no sabían nada o estaban demasiado asustadas para correr el riesgo. El regreso de sor Lucía rompió el silencio. Venía sola.

—Lo lamento, Madre —dijo con una reverencia—. Sor Jimena no está en su celda. No pude encontrarla.

Un nudo aprisionó el estómago de José cuando comprendió que su madre también había desaparecido.

—¡Debemos encontrarla! Puede estar en peligro. ¿Cuándo la vieron por última vez?

—Cuando llamaron a la cena —dijo una de las monjas, que había permanecido en silencio hasta ese momento—. Ella le envió un mensaje a la Madre Superiora conmigo.

—Entonces, es evidente que desapareció durante la cena —concluyó el inspector—. ¿Quién más estuvo ausente en este comedor, a esa hora?

—¡Cálmese, inspector! —lo reprendió sor Teresa—. No tiene ninguna prueba de que alguna de nosotras tenga que ver con la desaparición de Jimena. Permítame recordarle que no somos delincuentes, sino religiosas, que hemos dedicado nuestra vida a la oración. Nuestros horarios son muy estrictos y están regidos por las reglas de la vida monacal. Durante la cena estuvimos aquí, como corresponde. Solo Jimena se excusó.

—Lo lamento, sor Teresa, pero la condición de religiosas no las exime de ser sospechosas. Preguntaré lo que tenga que preguntar, hasta que encuentre a mi madre y descubra a los responsables de lo que está ocurriendo.

Esta vez, fue el agente Argimiro García quien apareció en el umbral para interrumpir. Con evidente timidez, el joven guardia se acercó a su superior. le habló en murmullos y le entregó un objeto. Ambos policías sostuvieron una conversación en voz baja, al mismo tiempo que Expósito examinaba el misal que el joven guardia le había entregado.

José paseó la mirada por el comedor, hasta que la centró en una de las religiosas.

—¡Sor Catalina! —dijo con una voz autoritaria que sobresaltó a la joven—. ¿Quiere explicarme por qué encontramos en su celda este misal, que tiene grabado el nombre de Concepción Jiménez, la novicia desaparecida?

En lugar de responder, sor Catalina se levantó del asiento de un salto y trató de escapar. Argimiro se lo impidió, interceptándola, antes de que ella pudiera llegar a la puerta del comedor. La novicia comenzó a forcejear y gritar como una fiera e hizo varios intentos de morderlo, para librarse. El compañero de García intervino, para ayudar a Argimiro a controlarla. Una vez que consiguieron dominarla, le pusieron los grilletes.

—¿Dónde está Jimena? —preguntó el inspector, con una voz que helaba la sangre—¿Qué le hiciste?

—¡Jimena está donde debe estar! ¡Nunca la va a encontrar! ¡Nunca volverá a verla!

—¡Llévensela a comisaría! —ordenó José, al mismo tiempo que la Madre Superiora y las demás hermanas se persignaban, estupefactas.

Capítulo 42

Mientras José se enfrentaba a la desaparición de su madre, Leandro analizaba el giro de los acontecimientos que representaba la invitación a la subasta en la mansión Valverde. No albergaba ninguna duda de que aquella subasta era clandestina y que detrás de ella se encontraba La Sombra. Se trataba de una oportunidad única.

El inspector percibía su objetivo muy cerca, pero sabía que cualquier error podía dar al traste con toda su estrategia. Era el momento de informar sus descubrimientos y planes al comisario Holguín, y recibir el respaldo institucional de su jefe.

Cuando Leandro levantó la mirada de la nota, se encontró con los ojos curiosos y expectantes de Inocencio.

—¿Qué es eso, padre? —preguntó el chico, acompañando la palabra «padre» con un deje casi imperceptible de sorna.

Con una sonrisa, el policía se apresuró a guardar la nota en su bolsillo.

—Te lo contaré luego, Inocencio.

—Espero que sea interesante. Nunca me había aburrido tanto.

El inspector sacudió la cabeza y simuló prestar atención al subastador. Aunque ese no era uno de los cuadros que le interesaba a don Javier, él debía mantener su papel de coleccionista de arte, para no despertar sospechas. La pintura terminó en manos de un marqués.

Una vez que el subastador dio por terminado el evento, los asistentes se levantaron de sus asientos y comenzaron las tertulias, las felicitaciones a los ganadores de las subastas y las lamentaciones de quienes las perdieron. Don Javier acompañó a Leandro para «asesorarle» en el pago y entrega de sus «nuevas adquisiciones», que serían enviadas a la casa de un amigo del periodista, de quien se suponía que don Leandro era huésped.

En cuanto concluyeron los trámites correspondientes, Leandro, Inocencio y don Javier abandonaron el club y subieron al carruaje que los esperaba en la puerta. El policía le agradeció al periodista por su ayuda y le confirmó que tendría la exclusiva en cuanto atraparan a La Sombra.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Inocencio, cuando apenas habían recorrido dos manzanas.

—Nos bajaremos aquí —respondió el inspector.

Don Javier usó su bastón para golpear el techo de la cabina y ante esta señal, el cochero detuvo el carruaje. Después de agradecerle de nuevo a don Javier por su colaboración, Leandro e Inocencio descendieron del vehículo, que continuó su camino.

—Todavía no me ha dicho de qué se trata esa nota que le dio el camarero, inspector.

Con una sonrisa, Leandro puso al día a su compañero acerca del contenido de la nota.

—¿Y usted cree que La Sombra está detrás de esa subasta en la mansión Valverde?

—Estoy seguro —le confirmó el policía—. Es evidente que escogen bien a sus potenciales clientes.

—¿Por qué no invitaron a don Javier? Él es más conocido en el mundo de las subastas y es evidente que invierte mucho dinero en esos cuadros. ¡siete mil quinientas pelas! Nunca he

visto tanto dinero junto.

—Tú mismo diste la respuesta a tu pregunta, Inocencio. Don Javier es conocido en la ciudad. La Sombra y sus cómplices saben que es un hombre honrado y además, periodista. Sería la última persona a la que invitarían. Nosotros, en cambio, «estamos de paso». Se supone que no tenemos muchos nexos con Salamanca, pero sí una abultada bolsa de dinero para gastar en arte. En este caso, les pudo más la avaricia que la prudencia.

—Entonces, asistiremos a esa subasta, ¿no es así? —preguntó Inocencio con resignación.

—Eso me temo, hijo. Sin embargo, debemos prepararnos. La subasta comienza a las veintitrés horas, así que tenemos tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

—Para informar al comisario y solicitar su respaldo. Ya sabes lo que él opina acerca de involucrar a civiles en los casos, así que será mejor que esperes fuera de la comisaría.

—No tengo inconveniente, inspector.

Leandro e Inocencio apuraron el paso en dirección a la comisaría. El chico se quedó en la calle, y se acercó a una vendedora de empanadas, con la clara intención de aprovechar el tiempo. El inspector entró y se encaminó a toda prisa hasta su mesa de trabajo. Sobre ella encontró el informe de la entrevista al tendero que había alquilado su trastienda para la subasta. Leandro abrió la carpeta como si se tratara de un regalo de Reyes. Sin embargo, el relato del comerciante no aportaba nada nuevo a la investigación. Leandro observó con detalle el retrato hablado del sujeto que había negociado el alquiler. Se trataba de un completo desconocido. Con un suspiro, el inspector cerró la carpeta y subió al despacho de Holguín.

—¡Leandro! Ya me preguntaba en qué andabas. Ha pasado bastante tiempo desde tu último reporte.

—Lo sé, comisario. Y lo lamento. Ese sujeto, La Sombra, es muy eficiente ocultando su rastro. Sin embargo, acaba de cometer su primer gran error.

El comisario se inclinó hacia adelante e hizo un gesto con la mano, animando a su subalterno a seguir hablando.

—Cuenta, cuenta.

Leandro puso al día al comisario respecto de todo lo que había ocurrido, evitando mencionar a Inocencio en su relato. Al final, le habló de la subasta y le mostró la invitación que había recibido para participar en ella.

—Reconozco que estás haciendo un excelente trabajo de infiltración, Leandro. Por supuesto que cuentas con todo mi respaldo. Por cierto, recibí un informe del banquero al que visitaste. Una buena idea eso de seguir el rastro del dinero, pero me temo que en este caso, resultó infructuosa. Don Rafael Olmedo no encontró ninguna evidencia de tramitaciones sospechosas a través de los bancos de Salamanca.

—Tal vez La Sombra lleva sus finanzas empleando a terceros y en otras provincias.

—Es posible. Encuentro más prometedora la línea de investigación que estás siguiendo ahora. ¿Qué necesitas?

El inspector le explicó su plan a don Carlos, quien lo escuchó con los ojos entornados y asintiendo de vez en cuando. Leandro terminó su exposición y esperó. El comisario se apoyó en el respaldo de su silla.

—Me gusta, aunque reconozco que reviste cierto peligro. ¿Eres consciente de que vas a meterte en la cueva del lobo?

—Sí, señor.

—Muy bien. Confío en que estás preparado para afrontar los riesgos.

Holguín se levantó de su asiento y se acercó a la caja fuerte de la comisaría. Después de abrirla, sacó un maletín de cuero, que depositó en su escritorio. Estaba repleto de billetes de quinientas y mil pesetas, así como de letras de cambio contra uno de los bancos más importantes de Salamanca. Leandro enarcó las cejas. ¿Cómo era posible que una comisaría tan humilde dispusiera de tanto dinero?

—Es falso. También las letras —le aclaró el comisario, al ver la expresión de sorpresa en su subalterno—. Y todo está marcado. Tenemos orden de utilizar estos recursos solo en misiones especiales. Estoy seguro de que esta operación llena los requisitos.

Don Carlos contó diez mil pesetas y se las entregó, junto con una abultada letra al portador.

—Aquí tienes. Con esto podrás despertar su codicia.

—Muchas gracias, señor. No lo defraudaré.

El inspector salió de la comisaría con el dinero y la letra falsos y se reunió con Inocencio, que daba los últimos mordiscos de su empanada.

—Es la tercera —reconoció el chico—. Están muy buenas.

—¿Dónde metes todo lo que comes, Inocencio?

El joven se encogió de hombros y atacó la empanada de nuevo, al mismo tiempo que seguía al inspector y este lo ponía al día. Se encaminaron a la Posada San Marcos, donde permanecerían hasta que se acercara la hora de la subasta. Allí podrían aprovechar la espera y prepararse para el momento crucial. Estaban a punto de llegar cuando el inspector terminó sus explicaciones.

—…Ese es el plan. Quizá sería mejor que yo fuera solo —afirmó el policía—. No quisiera que corrieras un riesgo innecesario.

—Ni lo sueñe. No me lo perdería por nada. Además, recuerde que soy su hijo y debo acompañarlo. Soy parte de su disfraz.

El policía suspiró.

—Supongo que tienes razón.

Siguiendo el ejemplo de don Javier Morales, cerca de la hora de la cita, Leandro e Inocencio alquilaron un carruaje para que los llevara hasta la mansión Valverde, que quedaba en los límites de Salamanca.

Antes de que la ciudad se desvaneciera para dar espacio a campos abiertos, frente a ellos apareció la antigua casa Valverde. Su fachada de piedra estaba ennegrecida por los años y el escaso mantenimiento. Las enredaderas salvajes se habían adueñado de grandes extensiones de los muros y llegaban a cubrir algunas ventanas.

El aire que los rodeaba estaba cargado con un inconfundible aroma a petricor, que se mezclaba con el olor de las hojas en descomposición. Leandro e Inocencio bajaron del carruaje y el inspector le pidió al cochero que los recogiera en dos horas. Si no aparecían, debía comunicarlo en la comisaría. El inspector le dio cinco pesetas de su propio bolsillo al sorprendido conductor.

Al acercarse a la antigua casa señorial, Leandro e Inocencio escucharon el eco de sus pasos, que resonaron sobre la grava, casi asfixiada por la invasión vegetal. La reciente limpieza del sendero, junto con una luz que se filtraba desde el interior por una ventana entreabierta, eran los únicos indicios que sugerían la presencia humana reciente.

Leandro llamó a la puerta principal, cuya madera envejecida comenzaba a cuartearse. Un mayordomo de notable envergadura la abrió despacio. Leandro reconoció de inmediato al hombre del retrato hablado. Estaban en el lugar correcto. En cuanto la puerta se entreabrió, del

interior surgió un murmullo sordo de voces que se comunicaban en susurros. El mayordomo los miró con el ceño fruncido.

—¿Han traído una invitación?

El policía sacó la nota que había recibido durante la primera subasta. El sujeto la miró con detenimiento y asintió.

—Pasen. Comenzaremos en pocos minutos.

Antes de cruzar el umbral, los alcanzó una ráfaga de aire frío y húmedo que los estremeció. En cuanto lo traspasaron, se encontraron en un amplio vestíbulo, iluminado por candelabros de cristal que colgaban del techo. El olor a tabaco de puro que provenía del salón era penetrante y dominaba el ambiente.

—Por aquí —les indicó el mayordomo, al mismo tiempo que los conducía a uno de los salones.

La amplia sala, que en el esplendor de la mansión debió servir como salón de baile, ya estaba preparada para la subasta. El lujo que rebosaba contrastaba con el abandono que predominaba en el exterior. Los «invitados» al evento formaban un grupo uniforme de hombres de la alta sociedad salmantina, que se paseaban entre las piezas exhibidas, estudiándolas con interés. Todos sostenían una copa de vino en la mano, y muchos de ellos fumaban habanos. Algunos sostenían una pipa entre los dientes. El humo del tabaco formaba una densa neblina, cuyo olor se pegaba a la ropa y a la piel.

Las piezas de arte destinadas a ser subastadas esa noche reposaban sobre una larga mesa que se encontraba en el centro del salón, protegida con terciopelo verde. Leandro las observó con interés, leyendo las pequeñas etiquetas que las identificaban y que resonaron en su memoria de la lista de objetos robados por La Sombra.

Un hombre elegante con un bigote a la moda se acercó a Leandro.

—¿Nos conocemos? —le preguntó al policía, al mismo tiempo que apartaba la pipa de su boca y le estrechaba la mano—. Su rostro me resulta familiar.

El inspector se recuperó de su estupor inicial con rapidez.

—Debe estar en un error, caballero. Es la primera vez que visito Salamanca. Tal vez me esté confundiendo con mi hermano, que sí suele venir con frecuencia, en representación de los negocios de la familia.

—Mi nombre es Leopoldo Augusto de la Vega y Montenegro, marqués de Montesal. Juraría que lo había visto en otras recepciones.

—Estoy seguro de que se trató de Rodrigo. Nos parecemos mucho.

—Es posible. En cualquier caso, bienvenido.

El marqués se despidió con elegancia y se alejó cuando uno de los cuadros captó su interés.

—Estuvo cerca —murmuró Inocencio.

—Sí, esperemos que nadie más me reconozca.

—Caballeros, iniciaremos la subasta. ¡Por favor, ocupen sus asientos!

Los murmullos subieron de volumen, mientras los presentes seguían las instrucciones del subastador. La subasta comenzó y los asistentes pujaron por las primeras piezas. Leandro participó en algunas pujas menores, para mantener su fachada, pero su verdadero interés estaba en el cuadro más valioso de la noche.

—Caballeros, ha llegado el momento que todos esperaban —anunció el subastador con voz petulante —. Por fin queda abierta la subasta de «La serenata de la dama», del conocido pintor Esteban del Valle. Este retrato muestra a una dama aristocrática tocando el laúd en un

jardín renacentista. Esteban del Valle, célebre por sus retratos detallados y expresivos, capturó con precisión la serenidad y la elegancia de la modelo, así como la intrincada belleza del jardín que la rodea. ¿Quién ofrece cinco mil pesetas?

La sala guardó silencio por algunos instantes, como si el salón necesitara una respiración profunda ante la magnífica obra. De inmediato comenzaron las pujas y el precio se disparó con impresionante rapidez, al mismo tiempo que aumentaba la tensión.

—¡El caballero ofrece doce mil pesetas! ¿Quién da más?... Doce mil pesetas a la una… Doce mil pesetas a las dos…

—¡Ofrezco quince mil! —dijo don Leopoldo, con voz decidida.

—¡Quince mil pesetas por este magnífico cuadro! Quince mil pesetas a la una…

—¡Setenta y cinco mil! —gritó Leandro, al mismo tiempo que Inocencio se volvía hacia él y le clavaba la mirada con los ojos como huevos fritos.

Un profundo silencio se apoderó de la sala.

—Vendida al caballero con el número siete, por setenta y cinco mil pesetas —confirmó el subastador, al mismo tiempo que señalaba al policía—. ¡Enhorabuena!

El golpe del mazo selló el acuerdo y las felicitaciones y palmaditas en la espalda comenzaron a llover sobre el falso coleccionista. Los murmullos llenaron la sala con expresiones de incredulidad, admiración y felicitaciones por la audaz adquisición.

En cuanto la subasta terminó, entró un hombre ataviado con un traje de lana, que llevaba un libro contable en la mano. Leandro dedujo que se trataba del administrador que se ocuparía de tramitar las ventas. En efecto, se sentó en una mesa junto a los objetos subastados y comenzó a recibir a los ganadores, acordando pagos y entregas.

Leandro se acercó a las obras de arte y permaneció un largo rato mirando con admiración el cuadro recién adquirido, como si contemplarlo fuera un disfrute exquisito. El subastador se le acercó con discreción.

—Prepararemos el cuadro para su traslado a la dirección que nos indique, señor. El pago debe ser de inmediato, por supuesto.

—Comprenderá que no llevo esa suma encima. Si le soy honesto, excede en mucho lo que había presupuestado para esta subasta, pero este cuadro tenía que ser mío —Ante el fruncimiento del ceño del subastador, Leandro se explicó—. Entregaré siete mil quinientas pesetas en efectivo como adelanto. Un diez por ciento. Y firmaré una letra de pago que podrán cobrar mañana temprano, en mi banco.

—Me temo que no trabajamos así —protestó el subastador—. Nuestras ventas son en efectivo y con pago inmediato. Un acuerdo como este sería muy irregular.

—El monto que estoy dispuesto a pagar también es irregular.

El subastador se quedó pensativo.

—Aguarde un momento. Lo consultaré.

Sin dar tiempo a que Leandro respondiera, el subastador desapareció escaleras arriba.

—¿Cree que aceptarán? —le preguntó Inocencio al inspector en un murmullo.

—Confío en que su avaricia pueda más que su prudencia —respondió Leandro, en el mismo tono.

Un par de minutos después, el subastador regresó y asintió.

—Aceptaremos su propuesta, pero no le entregaremos el cuadro, hasta que hayamos recibido el pago completo.

—Me parece una condición justa.

Acompañado por el subastador, Leandro pagó las obras menos costosas y las siete mil

quinientas pesetas de adelanto, para lo cual empleó los billetes falsos y marcados que le había proporcionado el comisario. También entregó la letra de cambio que cubría lo que faltaba para las setenta y cinco mil pesetas del precio del cuadro.

El subastador sonrió con satisfacción ante semejante suma.

—Supongo que comprenderá que en estas condiciones no le podemos dar un recibo.

Leandro se encogió de hombros.

—No se preocupe. No es necesario entre caballeros.

Capítulo 43

Al mismo tiempo que Leandro e Inocencio salían de la subasta clandestina, y mientras sor Catalina, ya detenida, era trasladada a la comisaría, Expósito vivía su peor pesadilla en el convento. La urgencia lo dominaba, y el temor por la seguridad de su madre le impedía pensar. Después del impacto inicial, José hizo un esfuerzo por conservar la calma. Por el bien de Jimena, debía mantener a raya sus emociones. En especial el miedo, que podía paralizarlo o hacerle cometer errores.

Una vez que recuperó la suficiente serenidad para actuar con coherencia, el inspector distribuyó a los agentes para cubrir todas las alas del edificio, con la finalidad de dar con el paradero de su madre. Jimena solo llevaba pocas horas desaparecida, así que José conservaba la esperanza de que aún podría encontrarla en el convento.

El policía experimentó un nudo en el estómago frente a la magnitud de la tarea: El edificio era enorme, lleno de pasillos, sótanos y escondrijos. Un verdadero laberinto. Además, él tenía la sensación de que el tiempo se le agotaba.

Después de detenerse un momento a pensar, José comprendió que las hermanas conocían mejor que nadie todos los rincones del enorme convento, así que, con el beneplácito de la Madre Superiora, hizo que una monja acompañara a cada pareja de agentes. Esperaba que el registro rindiera frutos, pero la urgencia de la situación no le dejaba espacio para errores ni demoras. En vista de la reacción de sor Catalina, decidió que su mejor opción para encontrar a su madre sería interrogar a la novicia. Tenía la certeza de que ella sabía dónde estaba. Mientras sus hombres revisaban a fondo todo el edificio, el inspector se encaminó a paso apresurado a la comisaría. Cuando llegó, Quintana enarcó las cejas.

—¡Inspector! No esperaba verlo de nuevo hoy.

—Quintana, Valdemoro y Domínguez han traído a una detenida…

El agente se persignó.

—Sí, señor. Una monja. Le aseguro que nunca hubiera creído presenciar algo así. Y es muy joven. ¿Qué fue lo que hizo?

—Es una historia muy larga. ¿Quién más está de guardia hoy?

—Tenedor, señor.

—Bien, que Tenedor la lleve a la sala de interrogatorios. Quiero hablar con ella de inmediato.

—Sí, señor. ¡La Virgen de la Aparecida! Lo que uno tiene que ver. Como sigamos así, no sé dónde vamos a terminar…

—¡Quintana!

—Sí, inspector. Enseguida, señor.

El agente se apresuró a cumplir la orden, mientras Expósito subía a su escritorio, para preparar las preguntas que le haría a la novicia. No tenía ninguna duda de que Catalina sabía dónde estaba Jimena y qué le había ocurrido. Minutos después, José se encaminó a la sala de interrogatorios. Se sorprendió al encontrar a Tenedor en la puerta con los brazos cruzados.

—Ya la detenida está adentro, inspector.

—¿Qué haces tú aquí afuera, Tenedor?

—Lo estoy esperando, señor. Quería advertirle que yo no golpeo a mujeres. Y menos si se trata de una monja.

—Sabes que yo nunca maltrato ni ordeno maltratar a ningún detenido. No es mi forma de proceder. ¿A qué viene la advertencia?

—Por si acaso. Valdemoro me comentó que esta chica está involucrada en la desaparición de su señora madre, así que… Solo quería decirle que uno tiene sus límites.

El inspector cogió aire.

—Comprendo, Tenedor. La advertencia no es necesaria. Nunca te ordenaré golpear a un detenido. Yo también tengo mis límites. Espera aquí.

Expósito entró en la pequeña sala de interrogatorios, que apenas estaba iluminada por una lámpara de queroseno. El aire, denso y viciado, olía a humedad y a miedo. Los únicos muebles eran dos viejas sillas de madera. Una de ellas estaba situada en el centro de la habitación, destinada al reo, y la otra acumulaba polvo en un rincón, junto a la pared. La novicia permanecía sentada con las manos sujetas entre sí por grilletes y con un tobillo encadenado a una de las patas de su silla. Señal de que les había dado problemas a los agentes que la habían escoltado desde la celda.

El sonido hueco de los pasos de José resonó en el suelo de granito. Conforme el policía avanzaba, sentía más la opresión de aquel ambiente que le traía tan malos recuerdos.

El inspector sabía que aquella habitación estaba diseñada para incomodar, para derribar las defensas del interrogado: El crujido de la madera, el eco de las palabras, el frío de las losas... cada detalle estaba pensado para crear una atmósfera de tensión. José cerró la puerta detrás de él y se plantó frente a Catalina, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Desafiante, ella le devolvió una mirada cargada de odio y resentimiento.

—Ya todo se terminó, Catalina. Dime dónde está Jimena y qué pasó con las monjas que desaparecieron, e intercederé por ti ante el juez, para que sea benevolente.

Una sonrisa sarcástica se dibujó en el rostro de la joven.

—¿De verdad cree que va a ser tan fácil?

—Sé que no estás sola en esto. Y es posible que ni siquiera seas la principal responsable de los delitos más graves. Eres muy joven. ¿Sabes que podrías terminar en el garrote vil si te acusan del asesinato del confesor?

—¿Quiere asustarme? No lo va a conseguir. ¿Garrote vil? Eso no pasará. Nadie se atreverá a ponerme un dedo encima.

La seguridad de la sospechosa desconcertó al policía.

—No esperes ayuda del obispado. Frente a delitos tan graves, tu condición de novicia no te salvará.

—¡Es usted un imbécil, que no tiene idea de lo que está haciendo! Si espera asustarme para que le diga dónde está Jimena, ya se puede ir olvidando. Se lo repito, nunca volverá a verla.

A José no se le escapó que Catalina usó el verbo en presente para referirse a Jimena, lo cual significaba que seguía viva. Y eso imprimía todavía más urgencia a la necesidad de encontrarla. A pesar de los esfuerzos del inspector, Catalina se mantuvo firme en su silencio. Parecía muy segura de que, a pesar de las evidencias contra ella, saldría bien librada de aquella acusación. O la chica era de una ingenuidad que rayaba en la estupidez, o estaba convencida de tener el respaldo de alguien con mucho poder.

Aunque el paso del tiempo no era perceptible en aquella habitación aislada del mundo, el

inspector era muy consciente de que el suyo se agotaba. Con desesperación, José comprendió que estaba perdiendo unos minutos preciosos. Hizo un último intento.

—Catalina, estoy seguro de que tú no eres la única que está involucrada en estos crímenes. No sé quién te ha prometido suficiente protección, como para que estés convencida de que saldrás impune de acusaciones tan graves como el asesinato y las desapariciones. Debo advertirte que esa persona te ha mentido. Nadie tiene tanto poder. Si no hablas ahora y algo llega a ocurrirle a Jimena por tu silencio, las consecuencias serán catastróficas, también para ti.

La novicia levantó la cabeza con altanería.

—Se lo diré por tercera vez: No volverá a ver a su madre.

Expósito se acercó a la puerta y la abrió. Tenedor permanecía en el pasillo, esperando.

—¡Lleva a la detenida de regreso a su celda! Y luego avisa al comisario, para que también informe al obispado sobre lo que está ocurriendo.

—Sí, inspector.

José se volvió por un momento, para mirar a la novicia

—No podrás decir que no te lo advertí.

Sin esperar ninguna respuesta, Expósito salió de la sala de interrogatorios y de la comisaría, para regresar al convento. Una vez allí, sor Juana lo acompañó al despacho de la Madre Superiora. En esta ocasión, sin ninguna queja ni reproche. La pobre anciana estaba en estado de choque. En el trayecto, el inspector le ordenó a uno de los agentes con los que se cruzaron, que buscara a Argimiro García, para que le presentara un informe. Cuando por fin llegaron al despacho, sor Juana regresó a la portería, mientras José entraba sin esperar autorización.

—¿Se sabe algo? —le preguntó el policía a la religiosa.

—Me temo que no he recibido ninguna novedad.

El sonido de un par de golpes tímidos en la puerta llamó la atención de Expósito.

—Con su permiso, inspector. Madre.

—Argimiro, ¿qué habéis encontrado?

El joven agente sacudió la cabeza, cabizbajo.

—Me temo que nada, señor. A pesar de la colaboración de las hermanas, no pudimos hallar ni el menor rastro de sor Jimena.

José se frotó la cara con ambas manos y después de una respiración profunda, se dirigió a sor Teresa.

—Madre, necesito que reúna de nuevo a todas las religiosas del convento en el comedor. Aunque no disponemos de tiempo para entrevistarlas una por una, alguna de ellas podría proporcionarnos la pista que necesito para encontrar a Jimena.

La Superiora dudó por un momento, pero optó por callar y obedecer al policía. Media hora después, las monjas cuchicheaban entre sí, sin disimular su desconcierto frente a los súbitos acontecimientos que estaban quebrando la paz de su rutina conventual.

Impulsado por la urgencia, José expresó sus temores de que Jimena corriera peligro de muerte y les informó sobre la poca disposición de Catalina a colaborar. Necesitaba ayuda para salvar a su madre y el tiempo se agotaba. El murmullo de voces se elevó de volumen y las expresiones de los rostros no disimularon la incredulidad y confusión que invadió a las religiosas. El inspector continuó su exposición, ignorando sus reacciones.

—¡Este es un anónimo que una de ustedes me hizo llegar! —declaró, enarbolando la copia descifrada del último mensaje—. Sé que esta hermana se encuentra entre ustedes y sabe lo que está ocurriendo, pero tiene miedo de hablar. ¡Debe hacerlo ahora! Quienquiera que sea, le

prometo protección. Tenemos que rescatar a Jimena, antes de que suceda una nueva desgracia.

Un pesado silencio se apoderó del comedor durante un par de minutos. Las monjas se miraban entre sí, de una forma en que nunca lo habían hecho. Con miedo y desconfianza. De repente, una de ellas se puso de pie y se expresó con voz y manos temblorosas.

—Yo le envié los anónimos, inspector. Quería prevenirlo sobre lo que estaba ocurriendo, pero estaba demasiado aterrorizada para contárselo, sin ocultar mi identidad.

Las voces apagadas de las hermanas volvieron a llenar el salón. Expósito hurgó en su memoria. Con el hábito y el velo, todas eran tan parecidas…

—¿Usted es…?

—Sor Inés, inspector. Yo soy la enfermera del convento.

Capítulo 44

Una vez que descubrió quién había sido la responsable de las notas cifradas, Expósito se volvió hacia la Madre Superiora.

—Sor Teresa, necesito un lugar privado donde pueda hacerle algunas preguntas a sor Inés.

La Superiora, todavía desconcertada por el giro que estaban tomando los acontecimientos, tardó un par de segundos en responder.

—Eh… Sí… Puede usar mi despacho, inspector.

Siguiendo las órdenes de sor Teresa, las religiosas comenzaron a abandonar el comedor con orden y en silencio, aunque las expresiones de sus rostros no disimulaban su sorpresa. Era evidente que los rumores mundanos iban a turbar la concentración sobre las oraciones, durante algunos días.

Cuando el comedor quedó vacío, la Madre Superiora abrió la marcha en dirección a su despacho. José y sor Inés la siguieron. La monja enfermera iba cabizbaja y miraba a un lado y otro con frecuencia, como si temiera un ataque violento desde cualquier rincón.

En la pequeña oficina, austera y bien ordenada, el ambiente se cargó de tensión, como si el aire en su interior hubiera acumulado peso. El cristo tallado en madera que colgaba sobre el escritorio sería el único testigo mudo de aquel interrogatorio. José le pidió a la monja que se sentara en una de las sillas de visitantes y él ocupó la otra. Sus primeras palabras estuvieron destinadas a tranquilizar a la religiosa, prometiéndole protección y seguridad.

En cuanto ocupó el asiento que el policía le había indicado, sor Inés rompió a llorar. Sus palabras quedaron ahogadas en su garganta, hasta que consiguió tranquilizarse lo suficiente para recuperar el aliento.

—Lo siento. Sé que debí ser más valiente y contarle todo a la Policía, pero no pude por el miedo.

—Lo comprendo, sor Inés —la tranquilizó el inspector con voz suave, casi paternal—. Tuvo que enfrentarse a una situación de peligro para la que no estaba preparada. Hizo lo que pudo, lo que creyó que era mejor, pero ahora… ahora es el momento de hablar. ¿Usted también era quién hacía sonar las campanas a destiempo?

La enfermera se quedó en silencio por algunos segundos.

—Cuando desapareció sor Concepción, fue sor Beatriz quien las hizo sonar para llamar la atención sobre el convento.

—¿Por qué sor Beatriz no le contó a la Madre Superiora lo que estaba ocurriendo?

—Ella… no sabía en quién podía confiar. Después de que sor Beatriz desapareció, yo tomé el relevo. Esperaba conseguir la atención del Obispado o de cualquiera que pudiera ayudarnos, antes de que ocurriera una desgracia. Me temo que mi advertencia llegó tarde para salvar a don Luis. Quizá si hubiera hablado antes… Y ahora, también Jimena ha desaparecido. No puedo evitar sentirme culpable.

—No es su culpa, sor Inés. Si no hubiera actuado con prudencia, quizá usted habría sido

una de las víctimas y hoy no estaríamos teniendo esta conversación. Dígame algo, ¿dónde aprendió «El cifrado de Vigenère»?

—En África… Apenas concluí mi noviciado, me enviaron a servir como enfermera en un hospital, durante la Guerra de Tetuán. Cuando el conflicto terminó, la euforia se apoderó del ambiente. Yo era muy joven y tenía una gran avidez por aprender. Uno de mis pacientes, un mayor, estaba agradecido por mis cuidados y aceptó enseñármelo. Para mí era como un juego. Nunca creí que llegaría a usarlo.

—¿Por qué decidió hacerlo? ¿Por qué usó el código?

—Al igual que sor Beatriz, yo sabía que había una o más hermanas involucradas en lo que estaba ocurriendo, y que era posible que sor Catalina fuera una de ellas, pero no tenía idea de quién más podía estar relacionado. Tenía miedo de que, si enviaba un mensaje claro, pudiera ser interceptado y me descubrieran. Mi esperanza era que, tratándose de un código militar, solo la Policía podría descifrarlo.

—¿Cómo se enteró usted de que alguien estaba utilizando el convento para actividades criminales?

—Por sor Beatriz.

—¿Ella se lo dijo?

Sor Inés se frotó el rostro con las manos y sacudió la cabeza.

—No, pero antes de desaparecer, sor Beatriz enfermó y tuvo mucha fiebre. Durante sus delirios mencionó que había escuchado a sor Catalina salir a hurtadillas de su celda durante las noches. Las celdas de sor Beatriz y la de sor Catalina eran contiguas. Cuando sor Beatriz mejoró, le comenté acerca de lo que había revelado en sus delirios. Se mostró perturbada y me confirmó que estaba convencida de que sor Catalina era un peligro para el convento.

»Al principio, no le di importancia a sus palabras. No es extraño que una novicia se sienta agobiada por las estrictas normas de la orden y las transgreda en ocasiones. Así se lo comenté a sor Beatriz, pero ella insistió en que el asunto en el que estaba involucrada Catalina era mucho más grave. También me comentó que lo iba a consultar con el confesor.

—¿No le explicó qué era lo que hacía sor Catalina, que le preocupaba tanto?

Sor Inés bajó la mirada.

—Sí, una de esas noches, sor Beatriz la siguió y escuchó una conversación que Catalina sostuvo con una persona que se mantuvo en las sombras. Era una revelación muy grave, pero me temo que no la tomé en serio. Sor Beatriz era… Lo último que haría sería criticarla, pero era muy rígida con el cumplimiento de las normas. Ella veía grandes transgresiones en los pequeños deslices de las novicias y tendía a la exageración. Creí que había escuchado algunas palabras sueltas que hilaron un relato en su cabeza. Así que no le di importancia a sus quejas.

—¿Cuándo cambió de opinión con respecto de sor Catalina?

—Cuando sor Beatriz desapareció. La conocía bien y sabía que nunca se hubiera marchado de ese modo por voluntad propia. Sor Beatriz era una de las más devotas entre nosotras.

—¿Qué puede decirme de la novicia que también desapareció?

—En el caso de sor Concepción, siendo aún una novicia, cabe la posibilidad de que huyera del convento, incapaz de soportar la rigurosidad de las reglas de nuestra orden, pero considerando la situación, me temo que haya sufrido el mismo destino que sor Beatriz. Es posible que hiciera algún descubrimiento accidental que fuera su perdición.

—¿Qué fue lo que le reveló sor Beatriz?

—Me comentó lo que ya le dije en la carta: que un grupo de personas inescrupulosas

estaban usando el convento para cometer delitos, y que sor Catalina colaboraba con ellos. Yo… no le creí

—Hasta que desapareció…

Los ojos de sor Inés se humedecieron.

—Desde entonces, me he preguntado muchas veces si el resultado habría sido diferente si la hubiera escuchado.

—¿Tiene alguna idea de lo que pudo ocurrirle a sor Beatriz y a sor Concepción?

—Me temo que no, inspector. Y le confieso que no quiero pensar en eso.

—¿Sor Beatriz le mencionó algún lugar específico del convento desde donde operaran estas personas?

La enfermera sacudió la cabeza.

—Me gustaría poder ayudarle más, inspector, pero es todo lo que sé.

—Le agradezco su colaboración, sor Inés. Por favor, regrese a su celda. Uno de los agentes la acompañará y permanecerá de guardia frente a su puerta para protegerla. Le solicitaré al comisario que interceda con el obispo, para que la trasladen a otro convento, hasta que se resuelva este asunto.

Sor Inés suspiró.

—Muchas gracias, inspector. Contarle todo esto me ha permitido aliviar mi alma de un peso enorme y bajo su protección, ahora podré dormir tranquila. Espero que Jimena aparezca pronto, sana y salva.

Expósito llamó a Argimiro y le dio instrucciones para que organizara la protección de la enfermera. Sor Inés salió, acompañada por el joven agente. José se quedó solo en el despacho y durante algunos minutos, meditó acerca de la información que acababa de recibir. Aclaraba algunos detalles del caso, pero por desgracia, no lo acercaba a descubrir el paradero de su madre. Con este pensamiento en la cabeza, el inspector salió del despacho. En la puerta encontró a la Madre Superiora. La acompañaba una monja anciana, a quien el inspector no reconoció.

Capítulo 45

José se sorprendió ante la aparición repentina de las dos monjas. Sor Teresa frotaba sus manos y se movía sin cesar, como si albergara una colonia de hormigas bajo el hábito. La anciana que la acompañaba, en cambio, conservaba una serenidad envidiable.

—¡Sor Teresa! ¿Qué ocurre?

—Inspector, todas estamos muy preocupadas por la desaparición de Jimena. Ya varias hermanas se me han acercado, para preguntarme cómo pueden ayudar… Sor Caridad, además, ha tenido una idea. Le ruego que la escuche.

—Por supuesto. Cualquier recomendación es bienvenida, si me acerca a encontrar a mi madre.

Sor Caridad intervino. Su voz clara y firme contrastaba con su edad y sorprendió al policía.

—Verá, inspector. Me ocupo de la biblioteca del convento desde hace muchos años, así que estoy bien informada acerca de todo lo que resguarda. Este edificio fue construido en la Edad Media y desde entonces, se han realizado muchas reformas. En las estanterías más antiguas se encuentran los documentos que registran toda la historia y cambios arquitectónicos, desde su fundación.

Expósito comprendió de inmediato la sugerencia de la hermana bibliotecaria. Un hilo de esperanza levantó su ánimo.

—¿Y usted cree que en esos registros podríamos encontrar la pista que nos conduzca al paradero de Jimena…?

—He pensado… si un grupo de criminales ha podido actuar desde aquí, sin que la mayoría de nosotras se enterara, tienen que existir rincones ocultos del convento que desconocemos.

—Su razonamiento es muy lógico, sor Caridad —reconoció el policía—. Y ante la falta de indicios concretos, es la única opción que tenemos. Revisemos esos documentos.

La Madre Superiora entrelazó los dedos de sus manos. Su habitual postura de autoridad se había desvanecido, avasallada por los inesperados acontecimientos.

—Si no le importa, inspector, los acompañaré para ayudarlos.

Expósito dudó por un momento. ¿Podría confiar en sor Teresa? Entonces, comprendió que si la Madre Superiora hubiera querido entorpecer la investigación, le habría bastado con no informarle acerca de la idea de sor Caridad.

—Muy bien, Madre. Así avanzaremos más rápido.

Las religiosas condujeron a Expósito a través de los laberínticos pasillos, a un paso que distaba mucho del andar pausado y meditativo con el que solían moverse. El policía quedó sorprendido por la energía que demostró la anciana bibliotecaria, cuyo ritmo era aún más enérgico que el de la Madre Superiora.

Cuando llegaron a la biblioteca, José notó de inmediato el cambio en el aire que lo rodeaba. Era más frío y lo acompañaban los aromas inconfundibles del papel viejo y la madera

antigua. A esa hora, la penumbra dominaba la sala, que durante el día debía iluminarse, gracias a las ventanas cuya ubicación les permitía recibir la luz del sol, desde el amanecer hasta el anochecer.

—Aguarden aquí —les dijo sor Caridad, cogiendo una lámpara de aceite y moviéndose con soltura entre los altos estantes de roble oscuro que se alineaban a lo largo de la sala.

La hermana bibliotecaria era una reina en sus dominios, donde ni siquiera la Madre Superiora superaba su autoridad. Mientras sor Caridad revisaba las estanterías, sor Teresa encendió las lámparas de aceite que iluminaban la sala y que comenzaron a desprender un olor a grasa quemada, que se sumó a los aromas que ya envolvían a la biblioteca, creando una atmósfera pesada y envolvente.

Al cabo de algunos minutos, sor Caridad regresó con varios volúmenes de gran tamaño y los colocó sobre la mesa con un cuidado maternal.

—Estos son los registros de todas las reformas del edificio a lo largo de su historia.

De inmediato, los tres comenzaron a revisar los documentos, comenzando por los más recientes. A pesar de tener la sensación de que el tiempo se le terminaba, Expósito se obligó a serenarse y leyó cada detalle como si lo bebiera, consciente de la importancia de hacer un trabajo meticuloso. Los minutos pasaron y pronto se convirtieron en horas, mientras la noche avanzaba y la oscuridad se hacía más penetrante, tanto en el exterior como en el ánimo de José.

Los maitines ya habían tenido tiempo de concluir, cuando sor Caridad les alertó.

—Creo que aquí hay una información interesante —anunció con entusiasmo.

Tanto José como sor Teresa levantaron la mirada de inmediato. Sus ojeras evidenciaban su agotamiento, pero la chispa de la esperanza brilló en los ojos de ambos.

—¿De qué se trata? —preguntó el policía.

—Es un pasaje que data de la época de las invasiones napoleónicas.

Sor Caridad leyó el texto en voz alta:

—*«En el año del Señor de 1809, cuando la tempestad de la guerra se abatía sobre nuestra patria, y las huestes extranjeras, con profanación impía, hollaban nuestras tierras, se tomó la determinación de preservar los sagrados tesoros del convento de Santa Ana. Por orden de la reverenda madre abadesa y con la anuencia del cabildo, se dispuso que dichos objetos, de inmenso valor espiritual y terrenal, fueran trasladados a la cripta que yace bajo el altar mayor, siendo sellada con solemne juramento de custodia y secreto.*

Allí, bajo los santos muros de este sagrado recinto, se depositaron los cálices, reliquias y ornamentos, ocultos de los ojos sacrílegos del invasor. Que el velo de la noche y la providencia divina los resguarden, hasta el día en que la paz retorne a nuestra amada tierra y la fe pueda ser restaurada con gloria.

En nombre de Dios, se ha encomendado a estas fieles guardianas del convento la protección de estos bienes, hasta que los tiempos de peligro cesen, y los santos bienes puedan ser devueltos a su luz y servicio».

—No tenía noticia de que existiera una cripta bajo el altar mayor —anunció la Madre Superiora.

—Eso es lo que me llamó la atención del pasaje —reconoció la hermana bibliotecaria—. Al parecer, se selló y cayó en el olvido.

—¿Quieren decir que nadie en el convento tiene conocimiento de la existencia de esa cripta? —preguntó José.

La Madre Superiora negó con la cabeza.

—Con motivo de las últimas reformas, he tenido en mis manos los planos más recientes

del convento y le aseguro que la cripta no se encuentra señalada en ellos.

Sor Caridad sostuvo su barbilla y entornó los ojos.

—Esto me trae algo a la memoria…

—¿De qué se trata, hermana? —preguntó el inspector con interés.

—Bajo el altar mayor… allí hay una alfombra de arabescos, más apropiada para una mezquita que para una capilla. Siempre me pareció inusual, pero terminé acostumbrándome a su presencia.

—Sí, tiene razón —reconoció sor Teresa—Yo tuve la misma impresión.

José frunció el ceño. La capilla. El mismo recinto donde el confesor fue asesinado por una persona con el cabello largo y aceitado. Una escena del crimen que olía a perfume, en un convento donde los cosméticos estaban prohibidos.

—Creo que merece la pena investigarlo —decidió Expósito, al mismo tiempo que cogía una de las lámparas de aceite que iluminaba la mesa.

—Lo acompañaré a la capilla —se ofreció la Madre Superiora.

—Yo continuaré aquí, revisando la información —anunció sor Caridad.

Al albor de la madrugada y con paso decidido, sor Teresa y José se encaminaron a la capilla. Los pasos de las botas del policía resonaron por los amplios y silenciosos pasillos desiertos y su corazón le golpeó el pecho con tal ferocidad, que sus latidos resonaron en sus oídos. Una vez en la puerta, José se adelantó a la monja.

—Un momento, Madre. Yo entraré primero. No sabemos qué vamos a encontrar.

La Madre Superiora asintió y le cedió el paso. José empujó las pesadas puertas, que se abrieron con un leve crujido. En cuanto cruzó el umbral, un estremecimiento le recorrió la espalda. No supo si fue a causa del evidente descenso de la temperatura o del miedo. En el aire permanecía el olor del incienso de la reciente liturgia, mezclado con el aroma de las escasas velas que todavía titilaban frente a las imágenes de los santos.

Mientras se movía entre los viejos bancos de madera, el eco de sus pasos sobre las losas retumbaba en la bóveda del techo, como si el propio convento protestara por su intromisión. Con decisión, pero con cautela, Expósito avanzó en dirección al altar mayor, que tan solo mantenía la iluminación, gracias a una vela bajo la talla del crucifijo. Después de recorrer una distancia suficiente para permitirle asegurarse de que no había peligro, se volvió hacia la Madre Superiora y le hizo un gesto de asentimiento. Sor Teresa se acercó a él, de inmediato.

—¿Esta es la alfombra a la que se refería sor Caridad? —le preguntó a la monja.

—Sí, esta es. Siempre ha estado ahí, pero...

—¿Qué?

—Ese arcón. Es el arcón donde guardamos los sagrados objetos de las liturgias de fechas especiales, como Semana Santa o Navidad, pero ese no es su lugar… Siempre ha estado en aquel rincón. No sé qué hace aquí.

—¿Usted no ordenó el cambio?

Sor Teresa negó con la cabeza.

—¿Otra hermana?

—No lo creo. No, sin informarme y darme una buena razón para ello.

José le entregó la lámpara a la religiosa y trató de mover el arcón, pero era demasiado pesado. El policía frunció el ceño.

—Tenemos que apartarlo de la alfombra, ahora mismo —afirmó con decisión, al mismo tiempo que abría la tapa.

Para sorpresa de ambos, además de los objetos litúrgicos, el cofre estaba repleto de libros

y hasta piedras. El objetivo era evidente. El inspector comenzó a sacar objetos del cofre sin siquiera mirarlos, al mismo tiempo que la Madre Superiora trataba de salvaguardar aquellos que tenían algún significado sagrado. Cuando José por fin consiguió aligerar el peso del baúl, lo apartó de la alfombra y retiró esta. Como sospechaba, debajo había una trampilla.

—¡La Virgen nos proteja! —exclamó sor Teresa—. Tantos años aquí y nunca hubiera sospechado…

—Madre, el agente Argimiro García debe encontrarse frente a la celda de sor Inés para protegerla. Por favor, dígale que deje a su compañero de guardia y venga a ayudarme. Infórmele de lo que está ocurriendo. No quiero que entre en la cripta, sino que vigile que nadie cierre la trampilla a mis espaldas.

—Por supuesto, inspector. Enseguida.

Sor Teresa salió de la capilla a toda prisa. Expósito miró la trampilla como si se tratara de una serpiente venenosa, lista para saltar sobre él. Lo más prudente sería aguardar la llegada del agente y estar cubierto, antes de siquiera intentar levantarla, pero Jimena estaba en peligro y el tiempo apremiaba. No era momento para ser prudente.

José levantó la puerta de la trampilla, que giró sobre sus goznes con sorprendente facilidad. La oscuridad se abrió ante él como las fauces de un lobo, dispuesto a devorarlo. El inspector sacó su pistola y cogió la lámpara de aceite. Quizá, solo quizá, su madre estaría allí adentro. Con todo su corazón, esperaba encontrarla todavía con vida.

José bajó las escaleras de piedra con cautela. El aire enrarecido era difícil de respirar. La llama de su lámpara parpadeó, como una advertencia de que tenía que darse prisa y salir de allí lo antes posible. A duras penas consiguió dominar los temores atávicos, que le impulsaban a huir. La imagen de Jimena, el recuerdo de su voz y de sus brazos rodeándolo a través de la celosía, le infundieron valor. Al final de la escalera, la oscuridad era tan profunda, que la luz de la linterna apenas iluminaba el contorno de objetos amontonados. Lo rodeaba un silencio sepulcral. Sin embargo, pudo distinguir objetos antiguos, pinturas al óleo y joyas. ¿El tesoro escondido y olvidado? ¿O se trataba de algo más?

José se obligó a sí mismo a seguir avanzando. Los objetos que llenaban la cripta levantaron sus sospechas de que había encontrado el lugar desde el que operaban los criminales que estaban utilizando el convento para sus fines. Aquello parecía la cueva de «los cuarenta ladrones».

El inspector aumentó la intensidad de la llama y levantó la lámpara, arriesgándose a consumir la poca luz de la que disponía. Solo entonces divisó la figura de Jimena en un rincón, que permanecía inmóvil, tendida contra la pared. Corrió hacia ella, temiendo lo peor. José se agachó junto a su madre y le acarició el rostro. Entonces, Jimena abrió los ojos despacio, le regaló una sonrisa y habló con voz débil, pero clara.

—Sabía que vendrías por mí. Te estaba esperando.

Capítulo 46

José cogió a su madre en brazos con el alivio de haberla encontrado con vida, pero también lo invadió la preocupación por su debilidad. El peso de Jimena, lejos de representar una dificultad, le infundió ánimos para darse prisa. Como pudo, cogió entre sus dedos la anilla de la lámpara de aceite que había iluminado su camino hasta allí, subió con cuidado las escaleras y alcanzó la trampilla. Cuando llegó al altar, ya sor Teresa y el agente estaban allí.

—¡Jimena! —la Madre Superiora cubrió sus labios con la mano y abrió mucho los ojos por la sorpresa y la preocupación.

Expósito centró su atención en García. El joven agente se apresuró a ayudar a su superior, cogiendo de su mano la lámpara, que ya no era necesaria. El inspector asintió.

—Argimiro, en esa cripta hay una auténtica «cueva del tesoro». Y podría tratarse de objetos robados. Monta guardia y no permitas que nadie se acerque. Mantente alerta y ten cuidado. Te enviaré refuerzos, lo antes posible.

—Sí, señor. La hermana… ¿está bien? ¿Es su señora madre?

José asintió, agradecido por las manifestaciones de preocupación del agente.

—Estoy seguro de que se pondrá bien. Sigue mis instrucciones. Nadie debe entrar bajo ninguna excusa. Confío en ti.

—Sí, señor.

José se volvió hacia sor Teresa.

—Madre, por favor avísele a la enfermera para que asista a Jimena.

La religiosa, que parecía haberse quedado paralizada, reaccionó a las palabras del policía con un asentimiento y se apresuró a salir de la capilla. Con su madre en brazos, José avanzó a paso apresurado en dirección a la enfermería.

El inspector llegó antes que la enfermera y entró sin esperar ninguna autorización. En cuanto cruzó el umbral, lo envolvió el penetrante olor a alcanfor, apenas matizado por las esencias de romero y lavanda, que se mezclaban con los olores de hierbas y aceites medicinales, difíciles de identificar para un lego en las artes curativas.

La enfermería estaba desierta. José depositó a su madre en la cama más cercana, y el crujido de las impecables sábanas blancas resonó en la estancia. Jimena emitió un leve gemido, pero sus ojos permanecieron cerrados. Sor Inés llegó en ese momento, acompañando a la Madre Superiora, quien se mantuvo en un prudente silencio. De inmediato, la enfermera adoptó una actitud profesional, que distaba mucho de la asustada hermana a la que había interrogado, hacía tan solo unas pocas horas. Sor Inés le preguntó al policía qué había ocurrido. Escuchó con atención las explicaciones acerca de las circunstancias en las que José había encontrado a Jimena. Entonces, se volvió hacia la Madre Superiora.

—Creo que lo más prudente será llamar al médico —aseveró con voz respetuosa, pero firme. Sor Teresa asintió y abandonó la sala. Sor Inés se volvió hacia el policía—. Usted debe esperar afuera, inspector.

—¿Está muy mal? ¿Se pondrá bien? —preguntó José con voz temblorosa, sin moverse de

allí.

La enfermera apoyó su mano en el hombro del inspector.

—Jimena es fuerte como un roble y le procuraré los mejores cuidados posibles. Tenga fe en Dios y confíe en ella.

Expósito asintió y abandonó la sala. En la entrada de la enfermería encontró a sor Teresa, dándole instrucciones a una de las novicias para que buscara al médico. El agente que proporcionaba seguridad a sor Inés se encontraba a su lado, atento a todo lo que ocurría a su alrededor. Una vez en el pasillo, el inspector permaneció con la mirada clavada en la puerta, como si su vigilia pudiera influir en los acontecimientos. Todavía tenía la sensación del peso de Jimena en sus brazos, y en su imaginación podía escuchar su respiración, débil y trabajosa.

Al cabo de algunos minutos, sor Inés se asomó a la puerta y al verlo allí, desplegó una leve sonrisa.

—Esperaré al doctor por precaución, inspector, pero, aunque todavía está débil, sor Jimena comienza a recuperarse. Solo necesita descanso y aire puro. Estoy segura de que mejorará pronto.

José dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias. ¿Puedo verla?

Sor Inés intercambió una mirada con la Madre Superiora, quien asintió. Entonces, hizo un gesto al policía para que pasara.

—De acuerdo, pero sea prudente y no deje que se canse.

José se apresuró a entrar, antes de que la enfermera cambiara de opinión. Cuidando que sus pasos no perturbaran a su madre, se acercó a la cama y le acarició la mejilla. Ella abrió los ojos y al verlo, esbozó una sonrisa.

—Hijo…

—¡Shhh! No debes hablar. Descansa, te pondrás bien. Ya me contarás lo que ocurrió cuando te encuentres mejor.

El inspector se despidió de su madre con un beso en la frente, y salió con el mismo sigilo con el que había entrado. Encontró a la enfermera conversando con la Madre Superiora.

—Muchas gracias, sor Inés. Por favor, hágame llamar ante cualquier novedad.

—Cuente con ello, inspector.

Una incógnita rondaba la cabeza del policía. ¿Acaso el tesoro de la cripta era el mismo que fue escondido por los salmantinos de principios de siglo? Y si era así, ¿por qué los delincuentes que usaban el convento para sus fines no lo habían saqueado ya? Con la tranquilidad de haber encontrado a su madre y sabiendo que recibiría los mejores cuidados, el policía decidió averiguar los misterios que ocultaban las sólidas paredes del convento. Encaminó sus pasos a la biblioteca.

Sor Caridad sonrió, en cuanto lo vio aparecer en el umbral.

—Enhorabuena, inspector. Ya la Madre Superiora me hizo llegar un mensaje con una de las novicias, para avisarme acerca de la aparición de Jimena. Estoy segura de que se recuperará pronto.

—Usted hizo posible que pudiéramos encontrarla a tiempo, sor Caridad. Y le estoy muy agradecido por ello.

La bibliotecaria entornó los ojos.

—Hice lo que debía, inspector. Sin embargo, sospecho que no ha venido solo a darme las gracias.

—No, tiene razón. Es importante que descubramos quién está detrás de todo esto y por

qué. La cripta se encuentra llena de obras de arte y objetos antiguos, que parecen muy valiosos. ¿Me preguntaba si podría tratarse del tesoro que se ocultó a las tropas francesas?

—Me temo que no estoy en capacidad de responder a sus dudas en este momento, inspector. Sin embargo, puedo revisar los documentos posteriores a aquella época, para comprobar si existe alguna referencia a ese tesoro.

José se inclinó en una reverencia como si se encontrara frente a la propia reina.

—Sor Caridad, es usted increíble. Muchas gracias.

Con un gesto, la religiosa lo invitó a sentarse en una de las mesas. Al cabo de algunos minutos, regresó con un grueso libro de grandes dimensiones.

—Estos son los inventarios realizados después de 1809 —anunció sor Caridad. Para alivio del inspector, la información estaba registrada en forma clara y bien organizada, así que la eficiente bibliotecaria no tardó en encontrar lo que buscaban—. Aquí está.

La religiosa giró el libro, para que el policía pudiera leer:

«Inventario y registro de recuperación del Tesoro de la ciudad de Salamanca.

Día 12 de Noviembre del Año de Nuestro Señor de 1814.

A la atención de las autoridades civiles y eclesiásticas de la muy noble y muy leal ciudad de Salamanca:

Se procede en este día a levantar acta del inventario y recuperación de los bienes y tesoros, pertenecientes a esta ciudad, los cuales fueron debidamente escondidos y protegidos, en la cripta subterránea del Real Convento de Santa Ana de la Encarnación, con el fin de preservar su integridad, durante la invasión y ocupación del ejército napoleónico:

1. Cofre de plata labrada conteniendo joyas y ornamentos litúrgicos de oro.

2. Un arca de madera noble con cierre de hierro forjado, conteniendo monedas de oro y plata, acuñadas en el reinado de Carlos IV.

3. Diversas reliquias santas, relicarios de cristal y madera dorada, procedentes del desaparecido convento de San Gabriel de los Altos.

4. Documentos y títulos de propiedad de la ciudad y del obispado, junto con escrituras de notable importancia para el patrimonio eclesiástico y civil de la ciudad.

A la vista de la reciente liberación de la ciudad y la victoria de las fuerzas españolas, y en consideración a las necesidades que puedan presentarse en el porvenir, se establece que la cripta subterránea, en la cual fueron preservados estos bienes, se mantenga sellada y en secreto, de modo que su uso quede reservado como refugio, en caso de que las sagradas posesiones de esta ciudad se vean amenazadas.

Se establece, además, que los accesos a dicha cripta sean estrictamente restringidos, quedando bajo conocimiento exclusivo de las autoridades civiles y religiosas pertinentes, quienes guardarán discreción sobre su localización exacta y acceso, en previsión de futuras amenazas que puedan poner en riesgo la integridad del patrimonio sacro y civil de Salamanca.

Por el bien de la fe y la salvaguarda de nuestras posesiones sagradas y seculares, suscribe,

Sor Francisca de los Santos, abadesa del Real Convento de Santa Ana de la Encarnación.

Don Matías de Castro, Notario Mayor del Reino en Salamanca».

La conclusión era evidente: los objetos valiosos que ahora llenaban la cripta no se relacionaban con los que las autoridades de la ciudad resguardaron allí en el pasado. Alguien más había descubierto la cripta secreta y se estaba aprovechando de su existencia.

José le agradeció a la hermana bibliotecaria por su valiosa colaboración y se encaminó a

la salida. Antes de abandonar el convento, Expósito hizo llamar a la Madre Superiora, así como a los policías que lo habían acompañado en la misión desde el comienzo de la noche. Reorganizó las vigilancias, enviando una pareja de agentes a relevar a Argimiro en la cripta, para que este y su compañero pudieran ocuparse de la protección de su madre. También designó otra pareja de guardias al cuidado de sor Inés. Sor Teresa se mantuvo en silencio, con la mirada baja y el ceño fruncido. Expósito terminó de impartir órdenes y centró su atención en la monja.

—Lamento mucho la intromisión, Madre, pero es necesaria.

—Lo sé, inspector. Solo espero que pueda resolver este lamentable asunto pronto, para que podamos volver a nuestra vida tranquila y apartada del mundo.

—Ya estamos más cerca, Madre.

—¿Usted cree que puede haber más hermanas involucradas, además de Catalina?

José se quedó pensativo por un momento, antes de responder.

—No estoy seguro, Madre. Sin embargo, es una posibilidad que debemos tener en cuenta. Le ruego que ordene que todas las hermanas permanezcan en sus celdas. Y si necesitan salir de ellas, deben hacerlo siempre en grupos y de ser posible, acompañadas por un agente. Es por su protección.

—Así lo haré, inspector. Es doloroso que hayamos perdido la seguridad en nuestro propio convento.

—Encontraremos a los responsables y los detendremos. El convento volverá a la normalidad. Se lo prometo.

Cuando Expósito salió del edificio, ya el amanecer estaba a punto de despuntar. Con el alivio de haber encontrado a su madre a tiempo, cayó sobre él todo el cansancio de las últimas horas de tensión. Sabía que el día sería exigente, así que decidió regresar a la posada para descansar un par de horas, antes de continuar enfrentando los retos que lo desafiaban.

Capítulo 47

Antes de que las primeras luces del alba comenzaran a despuntar, la oscuridad dominaba el establo de don Cosme. El penetrante silencio, apenas era roto por el bufido de algún caballo o el sonido de un casco al golpear el suelo de piedra. El hedor del sudor de los animales se mezclaba con el olor del cuero y el heno, creando un ambiente característico.

Los goznes de la puerta, bien aceitados, no hicieron ningún ruido cuando giraron sobre sí mismos. La única señal de que alguien invadía la paz del establo fue la luz que provenía de la luna y de las farolas cercanas cuando se abrió la puerta. Una silueta se recortó en el umbral y entró a hurtadillas, moviéndose con agilidad y cautela. La figura cerró la puerta tras de sí y de inmediato, se acercó con paso decidido a una de las lámparas de aceite que colgaba de la pared, la cogió y la encendió, bajando la iluminación al mínimo posible.

Sabiendo que en ocasiones, alguno de los mozos dormía en el establo si cualquiera de los caballos estaba enfermo, el intruso recorrió la caballeriza con la lámpara en la mano. Cuando confirmó que estaba solo, se acercó con paso decidido a la cuadra de Macabeo. El noble potro retrocedió por instinto y lanzó un relincho de protesta, que se perdió en la soledad del alba.

El desconocido avivó la llama de la lámpara para iluminar al isabelino, que se movía nervioso, tratando de poner distancia con aquella presencia amenazante. El intruso estudió a Macabeo con detenimiento, como si tratara de encontrar una respuesta en la anatomía del caballo.

El silencio quedó roto por el sonido del suave deslizamiento del metal, al que siguió un chasquido brusco, cuando el desconocido abrió su navaja. La mantuvo en su mano, pensativo, durante algunos segundos. Entonces, el sujeto cogió aire y frunció el ceño, en actitud decidida.

Sin soltar la navaja y con los dientes apretados, el desconocido desvió la mirada del noble equino y se volvió hacia el rincón donde se guardaban los aparejos, cada equipo colgado de un gancho sobre el que estaba escrito el nombre del caballo al que pertenecía. Con paso firme, se encaminó al que correspondía a Macabeo.

La siniestra figura centró su atención en la silla de montar del isabelino y después de colocarla sobre sus piernas, comenzó a trabajar en ella con precisión meticulosa, como un relojero manipulando un delicado mecanismo. La hoja de la navaja reflejaba pequeños destellos en la oscuridad cuando la alcanzaba la luz de la lámpara, mientras la mano que la sostenía se movía con destreza sobre el material trenzado de la cincha.

Con habilidad, el intruso frenó la presión de la hoja, para dejar intacta una delgada franja de la sujeción. No se rompería de inmediato, pero durante el galope o con cualquier movimiento brusco…

Macabeo emitió un bufido suave que alertó al saboteador, quien enarboló la navaja, permaneciendo inmóvil y en guardia durante algunos instantes. El caballo solo se asomó en su cuadra. El intruso dejó escapar el aire con lentitud, en un suspiro de alivio, pero sin apartar la mirada del isabelino, como si temiera que este pudiera delatarlo.

Cuando por fin terminó su siniestra tarea, el desconocido revisó su trabajo y asintió con

satisfacción. El corte pasaría desapercibido, hasta que fuera demasiado tarde. Después de regresar la silla a su lugar, el intruso apagó la lámpara, se aseguró de que no hubieran quedado rastros de su paso y salió del establo, para perderse en la oscuridad que precedía al amanecer.

Capítulo 48

Cuando José por fin llegó a la posada San Marcos, se sentía agotado. Aun así, su cerebro continuaba bullendo con ideas y teorías. A pesar de que la oscuridad de la noche todavía no había dado paso al amanecer, don Pancho ya se había levantado y cruzaba el vestíbulo en dirección al comedor, para preparar el pan del desayuno. El inspector lo saludó con un susurro, y subió con sigilo a su habitación. Aunque el cansancio le pesaba en cada músculo, su cabeza no dejaba de rumiar los últimos descubrimientos.

En su habitación, Expósito se quitó el chaqué prestado y lo colocó en el respaldo de la silla con cuidado. Se desvistió y se acostó. Solo restaban un par de horas para el amanecer, así que podría dormir muy poco, pero la satisfacción de haber encontrado a su madre a tiempo y los avances en el caso, compensaban el sacrificio. Con algo de suerte, podría descansar un rato, antes de enfrentar el agitado día que le esperaba. Sin embargo, su mente no se apiadó de él, y el sueño resultó evasivo. Las imágenes de la cripta repleta de objetos valiosos y la silueta débil de su madre se mezclaron en su cabeza, alternándose con sus razonamientos y el temor por no haber descubierto toda la trama de traiciones dentro del convento.

Lejos de dormir, José repasó todos los elementos que tenía hasta el momento, una y otra vez. Cuanto más lo pensaba, más lógica le encontraba a la existencia de un tercero involucrado. Una persona de cabello largo y cuidado, que usaba un perfume intenso: el asesino. Su intuición le decía que sor Catalina solo era un peón en aquel juego de ajedrez. Por otro lado, el descubrimiento de la cripta daba un nuevo giro a los acontecimientos. Como buen policía, no creía en las coincidencias, así que una teoría comenzaba a abrirse paso en su cabeza: ¿Y si los objetos valiosos que se escondían allí eran el botín del ladrón apodado La Sombra? Consideró la posible relación entre La Sombra, las desapariciones de las monjas, y el asesinato del confesor. La sensación de que todo estaba relacionado inducía a José a pensar que sus razonamientos eran correctos. Sin embargo, no encontraba la forma de hilar aquel entramado.

Las preguntas se paseaban por los pensamientos del inspector como leones enjaulados. Tendría que comunicarse con Leandro, para compartir los descubrimientos de ambos casos. Solo así podrían llegar a conclusiones que les permitieran avanzar, pues cada vez estaba más convencido de que las dos investigaciones se relacionaban. Por otro lado, ¿cómo podría explicarse que una novicia, criada en el convento desde que nació, se hubiera convertido en la cómplice de un famoso ladrón de cuello blanco? ¿Cuál podía ser la historia detrás de esa situación? ¿La novicia apuñaló al confesor o fue La Sombra? ¿Qué hicieron con las monjas desaparecidas? Sus cuerpos no estaban en la cripta. ¿Cómo las sacaron del convento, sin que nadie lo advirtiera? ¿Cómo transportaban las obras de arte dentro y fuera del edificio, sin que las religiosas lo notaran? Tenía que reconocer que todavía quedaban muchos cabos sueltos y en cuanto el sol comenzara a despuntar, tendría que ponerse a trabajar en ello.

Por fin, el cansancio lo venció y consiguió dormir. Cuando despertó, los primeros rayos del sol apenas comenzaban a asomarse por la ventana. Sin darse tiempo a remolonear, José se levantó y se preparó para enfrentar los desafíos de ese día. A pesar del cansancio, sentía el

impulso de la determinación. Después de vestirse a toda prisa, bajó las escaleras de la posada, pasando de largo frente al comedor, sin siquiera tomar un café. Desde que había abierto los ojos, una idea daba vueltas en su cabeza, y estaba ansioso por comprobarla.

El inspector recorrió el camino que lo separaba de la comisaría casi corriendo. La ciudad comenzaba a desperezarse, envuelta en un velo de niebla ligera que suavizaba los contornos de las fachadas y las torres, difuminando sus perfiles. Los rayos del sol apenas comenzaban a teñir de oro pálido las cúpulas de las iglesias y el imponente campanario de la catedral, proyectando sus alargadas sombras sobre las angostas calles empedradas.

Expósito avanzó a paso rápido, sintiendo la humedad del rocío en sus botas, que resonaban con un eco apagado en el pavimento mojado. El aire fresco de la mañana le acarició la cara, y lo despejó de los últimos restos de la noche de insomnio. Durante su recorrido encontró algunos comerciantes que comenzaban a abrir las pesadas contraventanas de sus tiendas, mientras unos pocos salmantinos se encaminaban a sus trabajos, ahogando un bostezo y murmurando saludos inaudibles, al mismo tiempo que se frotaban los brazos para combatir el frío matutino. El silencio solo era roto por algún carruaje solitario que avanzaba despacio sobre el empedrado.

En cuanto llegó a la comisaría, lo primero que hizo Expósito fue ordenarle a Quintana que llevaran a sor Catalina a la sala de interrogatorios, luego cruzó el vestíbulo a grandes zancadas y subió las escaleras hasta la oficina donde se encontraba su mesa de trabajo. La amplia sala desierta estaba sumida en la penumbra, salvo por un par de lámparas de queroseno que parpadeaban en las paredes. Lo recibió la familiar mezcla de olor a tinta, tabaco y papel viejo.

José consultó sus notas y volvió a contemplar el largo cabello aceitado, mientras aguardaba algunos minutos, dando tiempo suficiente para que trasladaran a la novicia. ¿De quién era ese cabello? ¿Pertenecería a sor Catalina, después de todo? No le habría sorprendido que hubiera roto las reglas de su orden. ¿O quizá como sospechaba, la novicia solo era parte de un juego mucho más complejo y macabro?

Expósito calculó que había transcurrido suficiente tiempo, así que guardó las evidencias, su cuaderno de notas y se encaminó a la sala de interrogatorios, donde la novicia lo estaba esperando con la misma actitud arrogante del día anterior.

—No pierda su tiempo, inspector. No voy a decirle nada. Le aseguro que nunca va a encontrar a Jimena y que no volverá a verla.

José se recostó contra la pared frente a ella con los brazos cruzados y levantó una pierna, apoyando el pie en la superficie de piedra detrás de él. Después de dejar escapar el aire en un suspiro de conmiseración, ladeó la cabeza y miró a la detenida con estudiada indiferencia.

—Por fortuna para mí y desgracia para ti, anoche descubrí la cripta donde encerrasteis a Jimena. Ella está bien y a salvo, a buen resguardo. Por supuesto que también encontramos todos los objetos robados que habíais escondido allí.

Catalina parpadeó como si hubiera recibido un derechazo.

—No sé de qué está hablando.

—Catalina… Hasta ahora, tú eres la única persona que hemos podido relacionar con los delitos que se han cometido en el convento. Significa que el juez te acusará de tenencia de objetos robados, secuestro y homicidio. Podría condenarte a prisión de por vida, o incluso, al garrote vil.

El inspector se apartó de la pared y se acercó a la novicia, al mismo tiempo que la chica palidecía.

—¡Yo no lo maté! —gritó ella, con los ojos desorbitados.

Antes de que la joven se repusiera, Expósito le arrancó el velo por sorpresa. Sor Catalina se llevó las manos a la cabeza por instinto: Una cabeza cubierta por un cabello corto como el de un chico, tal como exigían las reglas de su orden. El policía rechinó los dientes. Su comprobación significaba que el cabello que él había encontrado en el cuerpo del confesor no pertenecía a la novicia, lo cual señalaba la presencia de otra persona en el confesionario cuando don Luis fue apuñalado. ¿La Sombra?

—¿Por qué hizo eso? —gritó la chica al borde de las lágrimas—. ¿Acaso quiere burlarse de mí?

—Al contrario, Catalina. Quiero ayudarte —El inspector se agachó frente a la joven—. Estoy seguro de que tú no lo mataste. Si me revelas el nombre del asesino, puedo conseguir que el juez te trate con benevolencia y tu sentencia sea menos severa. Podrían acusarte solo de complicidad en los robos. De lo contrario, cargarás con todo el peso del homicidio. Tal vez esta sea tu última oportunidad.

Sor Catalina perdió su arrogancia y rompió a llorar.

—Yo nunca quise ser monja, ¿sabe? Detesto llevar el cabello corto, también el hábito y todas esas reglas que controlan cada detalle de mi vida.

—Entonces, ¿por qué eres novicia?

—¿Cree que tuve elección? Me abandonaron en el convento cuando era recién nacida, y las monjas me criaron asumiendo que sería una de ellas, pero nunca me preguntaron lo que quería hacer con mi vida. Tampoco aprendí a hacer nada. Si no les seguía la corriente, habría tenido que marcharme y no sabría cómo sobrevivir afuera. Era ser monja o pasar hambre, o… ya se lo puede imaginar.

—¿Alguien te ofreció una alternativa?

Hipando a causa del llanto, la novicia asintió.

—Ella dijo que si colaboraba con ellos, me pagarían bien. Lo suficiente como para que pudiera iniciar una vida normal fuera del convento, sin pasar hambre ni tener que vender mi cuerpo.

—¿Quién es ella, Catalina?

Con la mirada baja, la novicia se mordió los labios, antes de contestar.

—Sor María —respondió en un murmullo—. Ella es cómplice de La Sombra, y recibe generosos pagos por su colaboración para guardar el botín.

El inspector se puso de pie y enderezó la espalda.

—¿Quién asesinó a don Luis?

—Fue ella. Lo hizo porque él comenzó a sospechar que estaba involucrada.

—¿Qué les ocurrió a las hermanas desaparecidas?

—Ellas… murieron en la cripta. Las llevaron hasta allí bajo el efecto del cloroformo y mientras todavía estaban dormidas, sor María las asfixió con una almohada. Luego esperó el momento oportuno para sacar sus cuerpos del convento.

Un escalofrío recorrió la espalda de Expósito. Su madre pudo haber corrido la misma suerte.

—¿Cómo sacaron los cadáveres sin que nadie se diera cuenta?

La novicia se encogió de hombros.

—Eso no lo sé, pero cuando sor Beatriz y sor Concepción desaparecieron, comencé a tener miedo, porque yo sabía demasiado y podía ser la siguiente… Entonces, comprendí que estaba atrapada. Que no había vuelta atrás y tenía que obedecer sus órdenes.

José confirmó lo que ya sospechaba: sor Catalina solo era una pieza secundaria dentro del

convento. El verdadero peligro era sor María, que seguía libre. Tenía que actuar con rapidez, antes de que la hermana administradora pudiera borrar todas las pruebas en su contra. El policía lanzó una última mirada a Catalina, antes de marcharse. Su propia vida pasó ante sus ojos. Él sabía lo que era el miedo a pasar hambre. José abandonó la sala de interrogatorios con una nueva inquietud. El convento seguiría en peligro hasta que arrestaran a La Sombra y a todos sus cómplices. Era imperativo sumar fuerzas con Leandro. Quizá entre ambos pudieran descubrir la identidad del escurridizo ladrón de obras de arte y de sus secuaces. El inspector bajó hasta la recepción y le preguntó a Quintana por Leandro.

—El inspector Rodríguez llegó en compañía del comisario poco después de que usted se marchó, pero volvió a salir enseguida con cuatro agentes, inspector.

Capítulo 49

Leandro y los cuatro agentes vestidos de civil llegaron a la calle Zamora, donde se encontraba el banco emisor de la letra de pago. La ciudad apenas comenzaba a despertar, y los primeros rayos de sol todavía libraban una batalla con las sombras que se imponían sobre las escasas luces de las farolas. Cuando la comitiva cruzaba las esquinas, el viento, frío y húmedo, les cortaba la piel como cuchillas. Los acompañaba el penetrante aroma a piedra húmeda, todavía impregnada con el rocío nocturno.

A pesar de la hora, de vez en cuando pasaba algún carruaje, y el eco de las ruedas y los cascos de sus caballos rompía el silencio. Los comercios todavía se encontraban cerrados, pero en algunas casas, la tenue luz de una lámpara de aceite se filtraba a través de las cortinas que cubrían los elegantes ventanales, dando fe del inicio de la jornada de sus trabajadores domésticos. Casi al final de la calle, un edificio imponente destacaba sobre los demás: el Banco de Crédito y Fomento de Salamanca.

Era muy temprano, así que el banco todavía no había abierto sus puertas. Sin embargo, el inspector sabía que los estaban esperando. Leandro y el comisario habían aprovechado las horas previas al amanecer para contactar al director del banco: don Alfonso. Don Carlos consiguió convencerlo para que colaborara en la trampa que le habían preparado a La Sombra. Por fortuna, la vieja amistad entre el comisario Holguín y el banquero, permitió que este aceptara.

Antes de llegar a su destino, Leandro se desvió en dirección a una pequeña cafetería que se encontraba frente al banco. Los agentes lo siguieron sin hacer preguntas. Desde allí podían vigilar la entrada del banco sin despertar sospechas. Mientras disfrutaba una taza de café, el inspector giró las últimas instrucciones y recomendaciones, para asegurarse de que nadie cometiera un error que diera al traste con la misión.

—¿Ese chico no es el que siempre lo acompaña, inspector? —preguntó el agente Cabrales, señalando la calle.

—¡Inocencio! ¿Qué diablos hace aquí? ¡Cabrales, no dejes que llegue al banco! Dile que lo estoy esperando aquí.

—Sí, señor.

El agente salió de la cafetería e interceptó a Inocencio, antes de que llegara a su destino. El chaval desvió la mirada en dirección a la cafetería, se encogió de hombros y acompañó a Cabrales, que lo llevó hasta la mesa donde esperaba su superior.

—Ha comenzado el día temprano, inspector —comentó el chico.

—¿Por qué has venido aquí, Inocencio?

—Le confieso que levantarme tan temprano va contra mis principios, pero no estaba dispuesto a perderme el arresto de La Sombra.

—¿Cómo supiste dónde era el operativo?

—Cuando llegué a la comisaría, lo vi salir con toda la comitiva y los seguí.

—No puedo permitir que participes en esta fase de la operación, hijo.

—Vamos, inspector. Hemos trabajado codo con codo para llegar hasta aquí. No pensará

hacerme a un lado, ahora que nuestros esfuerzos comienzan a rendir frutos.

Leandro se inclinó hacia adelante sobre la mesa para acercarse al joven, que lo miraba con expectación.

—Estoy seguro de que tus intenciones son buenas, Inocencio, y reconozco que tu colaboración ha sido clave para avanzar en el caso, pero no quiero involucrarte en el arresto. Por tu seguridad y porque el reglamento me impide que permita participar a un civil sin entrenamiento —Leandro levantó la mano, ante la inminente protesta del chico—. Aunque ese civil sea más astuto que un perro callejero.

—Le traería problemas con el comisario, ¿no es así?

—De eso puedes estar seguro. No te quiero cerca del banco. Tendrás que presenciarlo desde aquí.

Inocencio soltó un gruñido por los bajines.

—Muy bien, inspector. Usted es quien da las órdenes. Al menos, podré disfrutar de un buen desayuno, mientras espero.

El inspector desplegó una sonrisa.

—Es una buena idea, Inocencio. Yo invito.

El agente Alarcón llamó la atención de su superior.

—Señor, el banco ya está abriendo sus puertas.

—Muy bien, caballeros, todos saben qué hacer. ¡Tomen sus posiciones! Yo permaneceré oculto aquí, hasta que llegue el momento preciso.

Los agentes se levantaron de inmediato, salieron de la cafetería y se dispersaron, tomando posiciones estratégicas: dos de ellos entraron al banco para vigilar desde el interior, mientras que los otros dos se apostaron en ambos extremos de la calle, atentos a la entrada.

—Inspector, ¿usted cree que La Sombra acudirá en persona a cobrar la letra? —preguntó Inocencio, al mismo tiempo que sonreía al plato de huevos revueltos con tocino y la enorme taza de café con leche, que el camarero acababa de poner frente a él.

—No tengo la menor duda, Inocencio, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que hay en juego. La avaricia nubla el entendimiento. No creo que La Sombra le confíe esa suma a ninguno de sus secuaces.

—¡Por eso ofreció ese monto tan exorbitante para comprar el cuadro!

El policía asintió.

—Por eso y porque así me aseguraba de ganar la subasta, que era un paso necesario para tender la trampa.

—¡Es usted muy listo, inspector! —lo elogió el chaval, después de tragar un bocado de su desayuno—. Sin embargo… bien, los ladrones somos desconfiados por naturaleza. ¿Qué pasará si a pesar del riesgo, La Sombra envía a alguien más?

—En ese caso, detendríamos al intermediario y lo interrogaríamos para que revelara el nombre de su jefe, o lo averiguaríamos a través de sus conexiones. De cualquier manera, sería un enorme avance en la investigación.

Inocencio se concentró en sus huevos con tocino, mientras Leandro fijaba la mirada en la puerta del banco. Apenas habían pasado algunos minutos, cuando un elegante carruaje se detuvo frente a la puerta. El cochero abrió la portezuela y un hombre de mediana edad, con un traje de buen corte y cabello entrecano, bajó del vehículo con un maletín de cuero en la mano.

Leandro entornó los ojos, porque le resultó conocido, pero su memoria no estaba por la labor y no pudo identificarlo. Para cuando quiso apartar a Inocencio de su desayuno y preguntarle si él reconocía a ese sujeto, ya el sospechoso había desaparecido en el interior del

banco. Cuando el pasajero del carruaje entró en el banco, Leandro se lo señaló a sus hombres a través de un gesto convenido para alertarlos. Entonces, se dirigió a Inocencio.

—No te muevas de aquí, hijo.

—No se preocupe, inspector. No intervendré en sus asuntos —respondió el chico, atacando el plato con el tenedor—. Yo ya he cumplido, así que, cuando termine mi desayuno, regresaré a la posada. Tengo pendiente una partida al «Monte» con don Reinaldo.

Leandro miró a Inocencio con los ojos entornados.

—¿Estás pensando apostar, chaval?

El chico se llevó la mano al pecho, con gesto teatral.

—¡Por supuesto que no, inspector! Ambos sabemos que las apuestas son ilegales. Solo es un inocente entretenimiento entre amigos.

Leandro sonrió con complicidad y salió de la cafetería. Con mucha discreción, cruzó la calle y entró en un callejón por el que podría acceder a la parte trasera del banco. Allí, una segunda puerta con cerradura de seguridad permitía el acceso al despacho del director. Leandro llamó con la seña acordada y don Alfonso le abrió la puerta.

El despacho de don Alfonso era sobrio y elegante. Al cruzar el umbral, Leandro percibió una mezcla de aromas en la que se combinaban el cuero curtido, la tinta y un pequeño toque de tabaco de pipa. Las paredes estaban cubiertas con paneles de nogal con molduras doradas y el centro de la habitación lo ocupaba un macizo escritorio tallado a mano. Don Alfonso lo invitó a entrar y los pasos del policía quedaron silenciados por la gruesa alfombra.

En una de las paredes que daba al interior, el inspector vio una pequeña ventana con una persiana entreabierta. El director del banco lo invitó a que se asomara por ella. Leandro siguió la indicación de don Alfonso y pudo observar con detalle el área comercial del banco, sin correr el riesgo de ser visto desde el otro lado.

La sala donde se llevaban a cabo las transacciones era un espacio grande y bien iluminado por la luz que entraba por las ventanas. El mármol del suelo y las cortinas de terciopelo rojo añadían toques de lujo a la estancia.

Casi de inmediato, Leandro ubicó al sospechoso que había descendido del carruaje y cuyo rostro le resultaba tan familiar.

El policía aprovechó la ventaja de su punto de observación para detallar al sujeto, que se encontraba sentado frente a una de las mesas de la sala. El cliente estaba esperando que el empleado comprobara la legitimidad de una letra de cambio. Era muy probable que se tratara de la misma que él les había entregado a los cómplices de La Sombra, la noche anterior. El sospechoso se removía en la silla con frecuencia y miraba a un lado y otro. El empleado, siguiendo las instrucciones que había recibido de su jefe, se excusó y se encaminó al despacho del director.

—Don Alfonso, el cliente que estoy atendiendo ha traído una letra de cambio con las características que usted nos advirtió esta mañana, antes de abrir el banco.

El director cogió la letra de manos del empleado y la estudió con ojo experto. Entonces, asintió y se la entregó al policía.

—Creo que esto es lo que usted estaba esperando, inspector.

Leandro contempló la letra de cambio falsa, que él mismo había usado como carnada. Con una sonrisa de satisfacción, levantó la mirada hacia el empleado.

—¿El caballero que le entregó esta letra se ha identificado?

—Sí, señor. Me dijo que su nombre era don Rafael Olmedo.

A la memoria del inspector acudió el recuerdo del banquero al cual había solicitado

ayuda para rastrear los movimientos financieros de La Sombra. Ahora comprendía por qué la indagación no había rendido frutos. El nombre también desencadenó una reacción en el director, cuyas cejas se enarcaron.

—¿Don Rafael Olmedo? Es un prestigioso banquero. Aunque no lo conozco de trato, hemos coincidido en algunas reuniones de trabajo.

—¿Podría reconocerlo? —preguntó Leandro—. La Sombra se caracteriza por su capacidad para el disfraz. Quiero estar seguro de que el hombre que trajo esta letra no está usurpando la identidad del banquero.

Don Alfonso asintió y se acercó a la ventana para asomarse.

—Sin lugar a duda, se trata de él.

Leandro sacó de su bolsillo un tintero de cristal vacío y se lo entregó al empleado, al mismo tiempo que le daba instrucciones acerca de lo que debía hacer. El joven regresó a su escritorio, volvió a ocupar su silla y le sonrió a su falso cliente.

—Todo está correcto, don Rafael. Le haremos entrega de su dinero en cuanto terminemos de contarlo.

Con un suspiro de satisfacción, Olmedo relajó los músculos de la espalda y se recostó en el respaldo de la silla. En ese mismo instante, el empleado que lo atendía dejó caer el tintero de cristal, siguiendo las instrucciones del policía. En el silencio del banco, el ruido del cristal contra el mármol resonó con estridencia, atrayendo la atención de don Rafael y de los pocos clientes presentes. Aprovechando el desconcierto general, los agentes de civil que se hacían pasar por clientes, se movilizaron y rodearon al banquero. Uno de ellos sujetó al sospechoso por el hombro:

—¡Caballero, queda usted arrestado por intento de estafa con una letra falsa, y por sospecha de ser el autor del robo de numerosas obras de arte!

Capítulo 50

Aquella misma mañana, después del desayuno, Cipri salió de la posada con una sonrisa pintada en el rostro. En cuanto lo vio, don Pancho le transmitió un mensaje de don Ernesto. Su tutor había cumplido su palabra y la tarde anterior, después de la práctica, se había trasladado a Aldehuela del Río para exigir que lo reincorporaran a la carrera, si no querían verse en problemas. Cipri volvía a participar. Por otro lado, ante la inminencia de la competencia, Don Cosme le había concedido tres días libres para sus prácticas, a cambio de que trabajara los domingos del mes siguiente al evento. A él le parecía un buen acuerdo. Estaba a punto de comenzar uno de los mejores días de su vida, porque podría pasarlo montando a Macabeo. La ciudad se estaba despertando y lo rodeó el bullicio matutino de Salamanca, que se sumó al repique de las campanas de la iglesia. El olor del pan recién horneado flotaba en el aire como un buen augurio.

Cuando llegó al establo, Cipri se acercó a la cuadra de Macabeo y colocó una bolsa repleta de avena en su cuello, al mismo tiempo que le susurraba palabras de ánimo y acariciaba su pelaje. El caballo respondió con movimientos de la cabeza, para hacer carantoñas al chaval.

Cipri se ocupó de preparar la montura, mientras su amigo se terminaba la avena y saciaba la sed. Solo entonces, el chico ensilló a Macabeo y lo sacó de la cuadra. El isabelino se dejó conducir fuera del establo con docilidad. Una vez en la calle, el chaval montó sobre él y comenzó a recorrer el camino, en dirección a la mansión Vilar. La brisa fresca de la mañana le acariciaba el rostro, y los nacientes rayos del sol iluminaban las fachadas de la ciudad con reflejos dorados. Mientras movía el cuerpo sobre la silla, al compás de los pasos de Macabeo, a Cipri lo envolvió una sensación pletórica de felicidad.

Cuando llegó a la mansión de don Ernesto, encontró a su tutor esperándolo en la puerta. El viejo jinete mantenía la mirada fija en el camino, con los brazos cruzados y el ceño fruncido por la concentración. En cuanto Macabeo alcanzó el umbral de la casa, su rostro se relajó y esbozó una leve sonrisa. Su experta mirada se centró en Cipri y su montura. Cuando el chico detuvo a Macabeo frente a él, el veterano jinete asintió con aprobación, pero levantó una mano, frenando el movimiento del niño para bajarse del caballo.

—Lo estás haciendo muy bien, chaval, pero hay un par de detalles que debes corregir, para que puedas superar a tus contrincantes en la carrera. Macabeo y tú debéis moveros como una perfecta unidad.

Cipri enderezó la espalda y asintió.

—Sí, señor.

—En primer lugar, tus hombros. —don Ernesto señaló su propia espalda—. Tiendes a tensarlos cuando Macabeo aumenta la velocidad. Relájalos, deja que caigan con naturalidad. Si te pones rígido, el caballo notará esa tensión, y le transmitirá incertidumbre.

Cipri asintió, tratando de aflojar la rigidez de sus hombros.

—Así lo haré, don Ernesto.

El viejo jinete continuó exponiendo sus observaciones:

—Con respecto a las riendas, mantén un contacto constante, pero no demasiado firme. Es como un baile —explicó Vilar, al mismo tiempo que movía sus manos en el aire, como si guiaran una pareja invisible—. Debes darle dirección sin forzar, permitirle que se mueva con libertad, pero siempre sintiendo tu presencia. No sujetes las riendas como si te fuera la vida en ello, o el pobre animal pensará que hay un peligro y se pondrá nervioso.

Macabeo movió las orejas como si entendiera y aprobara la explicación. Cipri aflojó un poco las riendas. El viejo jinete sonrió con satisfacción.

—¡Excelente! No se trata solo de subirse al caballo y hacer que avance. Necesitas comunicarte con tu montura usando tu cuerpo. Después de tantos años como jinete, te aseguro que Macabeo comprende cada instrucción que le transmites con tus gestos, aunque tú mismo no seas consciente de ellas. ¿Estás listo para intentarlo de nuevo?

—Sí, señor —respondió Cipri, con una sonrisa de expectación.

—Entonces, adelante. Recuerda: condúcelo con firmeza, pero sin rigidez. Suave, pero decidido. Una carrera no se gana solo con velocidad. Son más importantes el control y la confianza.

Cuando el chico se apartó de su maestro para comenzar a cabalgar, don Ernesto le gritó una última instrucción.

—¡Mantén tu respiración constante y profunda, así le transmitirás confianza! Mira siempre hacia adelante, concéntrate en tu objetivo y anticípate a cada movimiento. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Recorre el jardín que rodea la mansión, hasta que te ordene regresar para indicarte lo que debes corregir.

—Muy bien, don Ernesto.

Cipri obedeció, tratando de recordar cada observación y aumentando la velocidad, conforme crecía su confianza sobre la montura. El viento soplaba con suavidad sobre el chico y su caballo, convertidos en unidad, y el sonido de los cascos del potro resonaba en el terreno. Vilar no les quitaba la vista de encima. Con sus amplios conocimientos y su vasta experiencia, observó con detalle a Cipri y Macabeo, mientras hacían el recorrido. Entonces, se dio cuenta de que había algo inusual en los movimientos del jinete y el caballo. Don Ernesto notó que Cipri ajustaba demasiado su postura, como si estuviera tratando de mantener el equilibrio. Además, la parte delantera de la silla, el arzón, se levantaba un poco en cada paso de Macabeo. Entonces, el viejo jinete comprendió lo que estaba ocurriendo y sintió que la sangre huía de su rostro.

—¡Cipri, detente ahora mismo! La silla no está segura. ¡La cincha está a punto de romperse!

Alarmado por la advertencia, Cipri tiró de las riendas con firmeza, pero con suavidad, hasta que detuvo a Macabeo. Don Ernesto se acercó con rapidez, al mismo tiempo que el chico desmontaba con cuidado. Vilar revisó la cincha con minuciosidad y confirmó sus sospechas. Se había mantenido sujeta tan solo por algunas hebras. El corazón de Cipri comenzó a latir con rapidez y lo azuzó un sentimiento de culpa.

—No lo comprendo, señor. Revisé la montura anoche y todo estaba bien.

—No es tu culpa, hijo. Esto no es consecuencia del desgaste. Mira estos bordes. Están limpios y uniformes. Alguien cortó parte de la cincha, para que se rompiera mientras cabalgabas.

—Pero, entonces…

—Entonces, es evidente que alguien tuvo la intención de ocasionar un accidente que te sacara de la carrera.

—¿Quién?

—Eso es lo que tenemos que averiguar ahora.

Capítulo 51

Después de interrogar a la novicia y de que Quintana le informara que Leandro se encontraba en una misión, José subió al despacho del comisario para informarle, acerca de los últimos acontecimientos. Holguín lo escuchó con atención sin interrumpirlo. Cuando el inspector terminó su exposición, don Carlos soltó un bufido.

—¡Un convento convertido en una cueva de ladrones! Nunca hubiera imaginado que llegaría a ver algo así.

—Si lo piensa bien, es el escondite perfecto, señor. Debido al respeto que inspira, nadie lo consideraría como un lugar a registrar.

—¡Profanar un lugar sagrado y amenazar a las mujeres que han dedicado su vida a la oración! Esta gente no tiene escrúpulos. Tenemos que atraparlos, José.

—Sí, señor.

—No creo en coincidencias. Ese botín debe tener relación con La Sombra. Por fortuna, el inspector Rodríguez le ha tendido una trampa a ese delincuente y con un poco de suerte, hoy mismo le daremos albergue en una de nuestras celdas…

La noticia dibujó una sonrisa en el rostro de Expósito, mientras escuchaba las novedades sobre los avances de su colega.

—Estoy seguro de que Leandro lo conseguirá, señor.

—Yo también. Trabajad juntos y desmantelad de una vez esa red de delincuencia que lleva tanto tiempo burlándose de nosotros.

—Sí, señor.

José salió del despacho de Holguín con la sensación de que estaban cerca, muy cerca de conseguir desenmarañar aquella red de crímenes, intrigas y mentiras.

En cuanto llegó a la sala de trabajo, Expósito envió un mensaje a Argimiro, quien a esa hora debía estar protegiendo a Jimena. Solo entonces, el inspector ocupó su escritorio para esperar a Leandro. La luz del amanecer se colaba por la ventana, iluminando los papeles desordenados. El silencio de la sala comenzó a romperse con el murmullo de los policías que iban llegando para iniciar su turno, y el aroma del café recién hecho inundó la estancia. El chico de los recados ya estaba llenando las tazas de los presentes, con la cafetera de peltre que había traído desde una cafetería cercana. A pesar de que José se sentía agotado por la noche en vela, su mente se mantenía trabajando sin descanso en cada uno de los detalles del caso. Tenía la desagradable sensación de que algo se le escapaba.

Mientras esperaba con impaciencia el regreso de su colega, Expósito decidió revisar de nuevo las evidencias que había sobre el caso, a la luz de los nuevos descubrimientos. Consideró todas las pruebas: el cabello hallado en la sotana, el misterioso aroma del perfume en el confesionario, las cartas anónimas cifradas y el testimonio de sor Inés. A menos que sor María ocultara una melena bajo el velo, el cabello seguía siendo un misterio. Si la sospechosa principal seguía siendo una monja, el perfume en la escena del crimen tampoco tenía explicación. Además, por comentarios de su madre sabía que sor María era una de las hermanas más estrictas con

respecto a las reglas de la orden. ¿Acaso esa rigurosidad ocultaba sus propias transgresiones en secreto? Era una opción que debía tener en cuenta.

Por otro lado, el inspector ya tenía la certeza de que detrás de las misteriosas desapariciones de las monjas y del asesinato del confesor, estaba La Sombra, y que el convento era un escondite seguro para las piezas de arte y joyería que robaba. ¿Sería el único lugar? Estaban a punto de averiguarlo. Si Leandro tenía éxito en su misión, muy pronto la identidad de La Sombra aportaría una pieza más del rompecabezas. La información quizá le permitiera atar uno de los cabos sueltos de su investigación: ¿Cómo fue posible que sor María se involucrara con un ladrón de obras de arte? ¿Qué lazos los unían? Al cometer el homicidio contra el confesor y participar en la desaparición y asesinato de las monjas, la hermana administradora había arriesgado su libertad y hasta su vida. Eran crímenes que se pagaban con el garrote vil. ¿Por qué lo hizo? ¿Dinero? No se explicaba. Antes de entrar en el convento, sor María había sido la viuda de un hombre rico. ¿Amor? ¿O quizá la motivaba algún oscuro secreto? La participación de sor María en los crímenes solo tendría sentido cuando descubrieran la identidad de La Sombra y pudieran investigar su relación con Marta Díaz, ahora conocida como sor María.

Mientras estaba concentrado en sus razonamientos, el inspector escuchó los pasos, las órdenes y el tintineo de los grilletes que provenían de la escalera. José enderezó la espalda y por un momento hizo a un lado sus razonamientos, para prestar atención a lo que ocurría del otro lado de la puerta. Los sonidos le permitieron concluir que sus compañeros habían hecho un arresto. Al cabo de pocos segundos, Leandro entró en la sala con un brillo de satisfacción en los ojos.

—¡Lo hemos conseguido! Ya tenemos a La Sombra tras las rejas. Ahora solo resta encontrar a todos sus cómplices y descubrir dónde esconden el botín.

José recibió a su compañero con una sonrisa y una palmada en el hombro.

—¡Felicitaciones! Los acontecimientos en el convento están relacionados con tu caso, así que será conveniente que intercambiemos información.

Leandro parpadeó.

—¿En el convento? —Leandro llamó la atención del chico de los recados—, ¡Chaval, tráeme una taza de café, por favor! Sospecho que la voy a necesitar.

Con las cejas enarcadas, Rodríguez se sentó frente a José y lo invitó a hablar con un gesto de la mano. Expósito hizo una amplia exposición acerca de cómo había encontrado el botín de La Sombra, en la cripta oculta del convento. En cuanto su colega terminó de hablar, Leandro le contó su experiencia, incluyendo la colaboración que le había prestado Inocencio, la planificación de la trampa y el arresto. Cuando terminó su relato, el inspector Rodríguez se recostó en el respaldo de la silla en una posición relajada.

—…Así que ya todo está resuelto. Tenemos a La Sombra y hemos encontrado el botín. Estoy seguro de que a partir de ahora, será mucho más fácil identificar a los cómplices de la banda. De momento, Azuaje y un equipo rodean la mansión Valverde. Ya envié a un agente con el mensaje de que caigan sobre ellos, para arrestar a todos los que encuentren en el interior de la mansión. Este caso está casi cerrado.

José negó con la cabeza.

—Me temo que yo no soy tan optimista, Leandro. Todavía hay algunos cabos sueltos y detalles que no encajan.

—¿A qué te refieres, Expósito? Yo lo veo todo claro. Don Rafael Olmedo, el prestigioso banquero, llevaba una doble vida, actuando como La Sombra en la clandestinidad. Por otro lado, sor María habría sido su mano derecha dentro del convento, la custodia del botín. Es lo que

confesó la novicia, ¿no es así?

—Eso no explica el cabello largo y negro en la sotana de don Luis. Tampoco el olor a perfume en el confesionario.

—¿En serio sigues preocupado por esos detalles? —protestó Leandro—. El confesor pudo haberse acercado a alguien más, antes de llegar al convento, y quizá fue entonces cuando el cabello quedó adherido a la tela, aun cuando esa persona no tuviera nada que ver con el crimen. Lo mismo pudo ocurrir con el perfume, que quizá impregnó la sotana, antes de que la víctima llegara a la capilla.

José pensó en el argumento de su compañero durante algunos segundos.

—Reconozco que es una explicación posible, pero no es mi única duda. ¿Cómo consiguieron los ladrones trasladar el botín desde y hasta la cripta, sin que las monjas se dieran cuenta del trasiego de objetos?

Leandro frunció el ceño.

—No había pensado en ese detalle —Entonces, se encogió de hombros—. Supongo que lo averiguaremos durante los interrogatorios. Yo no me preocuparía por eso.

—Piénsalo bien —insistió José—. Es evidente que los movilizaban con libertad cuando querían subastarlos. Solo encuentro dos explicaciones posibles.

—Te escucho —lo animó Leandro, sin disimular su curiosidad.

—O bien todas las monjas son cómplices de La Sombra, lo cual sería absurdo, o existe una entrada oculta a la capilla, una vía tan secreta que ni las propias religiosas del convento la conocen.

—Es muy probable que tengas razón —admitió el inspector Rodríguez, pensativo—. Entonces, es necesario que encontremos esa entrada secreta. ¿Tienes idea de dónde podría estar?

Antes de que José pudiera responder, uno de los agentes interrumpió la conversación, para entregarle una nota.

—Esto es interesante —anunció José.

—¿Qué ocurre?

—El perfume. Le ordené a Argimiro que, después de conseguir la autorización de la Madre Superiora, él y sus compañeros registraran a fondo las celdas del convento, con cuidado especial en las de sor Catalina y sor María. En esta nota me está confirmando que no encontró ningún frasco de perfume ni rastro de que hubiera existido, en ninguna de las celdas. Sigo pensando que eso sugiere que el asesino del confesor provino de afuera del convento. Tenemos que encontrar esa entrada secreta.

Capítulo 52

Mientras José y Leandro intercambiaban información acerca de sus investigaciones y llegaban a conclusiones sobre La Sombra, don Ernesto y Cipri habían suspendido la práctica, por decisión de Vilar. El viejo jinete argumentó que si el sujeto que rompió la cincha se había atrevido a tanto, Cipri y Macabeo estarían en peligro hasta que pudieran identificarlo y detenerlo.

—Deberíamos denunciarlo en comisaría, señor. Sé que don José haría lo posible por descubrir quién hizo esto—sugirió el chico.

Don Ernesto lo pensó por un momento y sacudió la cabeza.

—No creo que sea buena idea, chaval. Los organizadores de la competencia no querrán arriesgarse a que un escándalo perjudique el evento. Si la denuncia por un sabotaje llega a sus oídos, podrían descalificarte, para evitarse problemas. Creo que lo más conveniente será averiguar nosotros mismos quién fue el canalla que cortó la cincha.

—Entonces, lo investigaremos nosotros, señor —En la voz de Cipri había una chispa de entusiasmo—. No quiero poner en riesgo mi participación en la carrera.

—Muy bien, chaval. Dejaremos a Macabeo aquí. De momento, estará mejor resguardado…

—Sí, señor.

—Luego preguntaremos en los alrededores del establo. Quizá encontremos algún testigo que nos pueda dar una pista.

—Señor… ¿por qué no le pedimos ayuda a Inocencio? Don José siempre comenta que sus contactos resultan muy ventajosos para las investigaciones.

—Ese sería un buen comienzo. ¡Busquemos a ese truhan!

Después de dejar a Macabeo a buen resguardo en los establos de la mansión Vilar, don Ernesto y Cipri se encaminaron a la posada San Marcos, en busca de Inocencio. Lo encontraron en el salón, muy ocupado, jugando a las cartas con don Reinaldo. Cuando ambos entraron, el joven exladrón recogía las monedas que estaban sobre la mesa.

—Parece que la suerte me volvió a sonreír, don Reinaldo. ¿La revancha?

—¿La revancha? ¡Pero si me has dejado más desplumado que un pollo en una cazuela! Ya no me queda dinero, chaval. Esto me pasa por volver a jugar contigo. ¡Es que no aprendo!

Inocencio sonrió con picardía y levantó la mirada en dirección a los recién llegados, en cuanto escuchó sus pasos.

—¡Don Ernesto, Cipri! ¿Qué hacen aquí? Creí que estarían dedicando todo su tiempo a prepararse para la carrera.

En pocas palabras, Cipri le explicó a su amigo el incidente de la cincha. En la medida en que hablaba, el ceño de Inocencio se iba frunciendo. Cuando el chaval terminó de explicarse, el joven explotó.

—¡No podemos permitir que ese cabrón se salga con la suya! Claro que les ayudaré a encontrarlo y darle una lección.

—Considero que el mejor lugar para comenzar a indagar es el propio establo —sugirió

don Ernesto.

Los jóvenes se mostraron de acuerdo con la propuesta y los tres emprendieron el camino a la caballeriza. Ya era la hora de la comida, así que las calles comenzaron a llenarse con los olores que provenían de las cocinas, mientras los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías en las esquinas.

Cuando llegaron al establo, solo encontraron a don Cosme, fumando un cigarro junto a la puerta.

—¡Cipri! No esperaba verte por aquí hoy. ¿Vienes a buscar a alguien? Todos los chicos salieron a comer. ¿Necesitas algo?

El chaval se mordió los labios con timidez.

—Don Cosme, es que…

—Hemos venido a buscar una fusta que el chaval piensa que le trae buena suerte —intervino don Ernesto.

—¿Una fusta? Nunca te hubiera imaginado usando una fusta con Macabeo.

—¡Claro que no! —reaccionó Cipri de inmediato—. Macabeo es mi amigo.

—No dije que la va a usar —aclaró Vilar—. Solo que vino a buscarla, para tenerla en la mano durante los entrenamientos y la carrera. Como le dije, para el chaval es como un amuleto.

El dueño del establo se encogió de hombros.

—Vaya, hoy es el día de los amuletos. Pues por mí está bien. Pueden entrar y buscar lo que necesiten. Yo daré un paseo, mientras me fumo este cigarro. Regresaré en algunos minutos.

El dueño del establo se alejó a paso lento, sin esperar respuesta. Una vez que estuvo a suficiente distancia, Cipri se acercó a su entrenador y le habló en susurros.

—Don Ernesto. ¿Por qué le mintió a don Cosme? ¿Yo no tengo ninguna fusta de la suerte?

—Lo hice por precaución, Cipri. Todavía no sabemos si tu jefe tuvo algo que ver con la cincha cortada, o si está relacionado de alguna manera con el saboteador y pudiera estar dispuesto a protegerlo.

—¿Don Cosme?

—Don Ernesto hace bien en ser precavido —lo respaldó Inocencio—. Hasta que sepamos un poco más, no podemos confiar en nadie.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Cipri.

—Busquemos testigos —sugirió Inocencio, al mismo tiempo que se acercaba a la vendedora de empanadas de la esquina.

Cipri y don Ernesto lo siguieron. Inocencio le compró una empanada a la buena mujer y empleó toda su labia, para interrogarla acerca de si había visto algo extraño cerca del establo, el día anterior.

—Pues ahora que lo dice, joven, sí que vi algo peculiar.

Los tres amigos intercambiaron miradas.

—¿Qué fue lo que vio, señora? —preguntó don Ernesto.

—Ayer vi a un joven elegante, rubio, con un lunar delante de la oreja izquierda…

—¡Don Pedro! —exclamó Cipri.

Don Ernesto frunció el ceño al reconocer el nombre.

—¿Ese es el sinvergüenza que puso la denuncia con los organizadores de la carrera?

—Sí, señor.

—Continúe, bella dama —La animó el viejo jinete. La mujer esbozó una leve sonrisa y se ruborizó—. ¿Por qué le pareció extraña la presencia de ese joven cerca del establo?

—Estaba hablando en susurros con un chico que tiene muy mala reputación en el barrio.

—¿Sabe su nombre?

La vendedora sacudió la cabeza.

—No sé su nombre, pero es un chaval con el cabello negro y corto. Su rostro parece aplanado, y siempre lleva un pañuelo negro anudado al cuello.

—«El Chato» —sentenció Inocencio.

Don Ernesto centró su atención en él.

—¿Lo conoces? ¿Sabes cómo encontrarlo? —El joven exladrón asintió—. ¿Crees que podrías descubrir el motivo de su conversación con don Pedro?

—Lo intentaré.

El viejo jinete asintió, y después de darle las gracias por su colaboración a la vendedora, centró su atención en su pupilo.

—Cipri, mientras Inocencio trata de localizar a El Chato, tú y yo revisaremos el establo. Quizá el responsable del sabotaje haya dejado alguna pista.

Después de tocar su gorra, a modo de despedida, Inocencio se alejó de sus amigos, para internarse en las callejuelas de Salamanca que tan bien conocía. Cuando don Ernesto y Cipri regresaron al establo, los alcanzó el olor a heno, mezclado con el del cuero viejo y el sudor de los animales. En la medida en que avanzaron, los resoplidos de los caballos rompieron la calma del establo. Un ruido que provenía de la cuadra junto a la de Macabeo, les alertó acerca de la presencia de alguien.

—¿Quién anda ahí? —preguntó don Ernesto con voz de trueno.

—Eh… yo… ¿Ocurre algo? Don Cosme me dijo que podía entrar.

La voz aflautada sorprendió a don Ernesto, en especial cuando su propietaria se dejó ver. Se trataba de una joven y elegante dama, ataviada con un vestido de encajes. El viejo jinete enarcó las cejas, al mismo tiempo que Cipri esbozaba una sonrisa.

—¡Doña Clara!

—¿La conoces, chaval? —preguntó Vilar, al mismo tiempo que apoyaba su mano en el hombro de Cipri.

—Sí, señor. Es doña Clara, la hija del alcalde.

El jinete entornó los ojos.

—¿Tiene usted algo que ver con la carrera? —preguntó de repente, al mismo tiempo que señalaba el cartel pegado en una de las paredes del establo.

—Yo… no, pero mi padre participa todos los años —reconoció la chica.

El ceño de don Ernesto se frunció de inmediato.

—¿Qué hace una dama como usted, sola entre el heno y el estiércol de un establo?

—Yo… ya le dije que tengo el permiso de don Cosme para estar aquí. Ayer salí a pasear con Estrella, mi yegua —La joven señaló la alazana de la cuadra junto a la de Macabeo—. Perdí un broche que tiene mucho valor para mí, porque perteneció a mi abuela. Lo he buscado por toda mi casa sin éxito. Se me ocurrió que se me pudo haber caído aquí, y por eso vine a comprobarlo.

—¿Y lo encontró? —preguntó don Ernesto con el ceño todavía fruncido.

—Sí, señor —afirmó la joven, abriendo la mano y mostrando un broche de perlas.

—Perdone usted mis bruscos modales, señorita —le pidió el viejo jinete, con una reverencia—. Ahora que encontró el broche, será mejor que regrese a casa. Un establo solitario no es un lugar apropiado para una dama.

Con un asentimiento y expresión de alivio, la joven se apresuró a marcharse. Don Ernesto y Cipri registraron cada rincón de las caballerizas, sin encontrar ningún indicio del saboteador.

Cuando terminaron, Vilar propuso preguntar a los vecinos. Quizá tuvieran la suerte de que hubiera un testigo.

El anciano y el niño comenzaron a llamar a las puertas de las casas de los alrededores. En una de las calles del frente les abrió un hombre que, a pesar de la expresión severa de su rostro, los trató con amabilidad.

—¿Quieren saber si vi algo extraño? —repitió el vecino—, pues es curioso que lo pregunten, porque anoche sí que hubo algo inusual.

—¿Qué?

—Regresé muy tarde a casa y noté que había luz en el interior del establo, a pesar de que su puerta estaba cerrada. No le di importancia, porque pensé que podía ser alguno de los mozos, que se había quedado para cuidar a un animal enfermo. Aun así, permanecí atento por un rato, por si acaso se trataba de un ladrón de caballos. Ya saben, después de lo que pasó el año pasado con aquella banda, uno tiende a ser más desconfiado.

—¿Pudo ver al intruso?

—Estaba muy oscuro, así que solo vi la silueta de una persona delgada saliendo a hurtadillas. Iba a comentárselo a don Cosme hoy, pero no he tenido la oportunidad.

—¿Tiene idea de quién era?

—Lo lamento, no pude reconocerlo. Aunque sí puedo decirle que se movía con mucha agilidad, así que debió tratarse de alguien muy joven.

Don Ernesto y Cipri le dieron las gracias a don Pablo. Cuando regresaron al establo, vieron a Inocencio que se acercaba.

—¿Descubriste algo, chaval?

—Sí, señor. Encontré a El Chato y sostuvimos una conversación. Por suerte, es de los viejos amigos que todavía me habla. Entre otras cosas, El Chato se dedica al negocio de las apuestas y me contó que don Pedro es un jugador empedernido y le debe mucho dinero. Ayer trató de convencerlo de que tenía asegurado el premio de la carrera, que sumado a lo que iba a conseguir con las apuestas, sería suficiente para cubrir su deuda.

—Para eso necesita ganar —sentenció don Ernesto, pensativo—. Esto llega más lejos que la honra o la avaricia por el premio. Si pierde, las consecuencias serían catastróficas para él.

—La competencia incluye a muchos participantes —intervino Cipri—. ¿Por qué escogerme a mí, para eliminarme como rival?

Don Ernesto sonrió.

—Macabeo es un ejemplar extraordinario, Cipri. Tú pesas muy poco, y modestia aparte, mi nombre es reconocido en el mundo de la hípica, así que tu entrenamiento está garantizado. Si resultas un buen jinete, tienes muchas probabilidades de ganar. Eso es algo que don Pedro debe saber muy bien.

—Entonces, vamos a por él —propuso Inocencio.

El viejo jinete sacudió la cabeza y le informó al joven acerca del testimonio de don Pablo.

—Debemos ser prudentes, chaval. Además de que nuestras deducciones no son suficientes para acusar a nadie, antes de hacerlo, tenemos que interrogarlo.

—Tal vez, pero ya he escuchado historias sobre ese sinvergüenza, y no me sorprendería que esté detrás de todo esto —argumentó Inocencio.

—Es un buen punto, pero las sospechas no son suficientes. Sugiero que sostengamos una conversación con ese caballerete.

Inocencio asintió.

—Es una buena idea. Yo sé dónde podemos encontrarlo.

Capítulo 53

José y Leandro discutían acerca de la confluencia de ambos casos en una sola investigación, así como la estrategia que seguirían para atar los cabos sueltos. Debían encontrar la entrada secreta a la capilla del convento y era prioritario identificar al asesino del confesor. Mientras intercambiaban ideas y teorías, los alertó un revuelo de voces y pasos, que provenía de las escaleras. Ambos centraron su atención en la puerta, por donde apareció el joven subinspector Azuaje, quien recorrió la sala con la mirada, hasta que localizó a Leandro.

—Vaya, deduzco por su expresión que la operación ha sido exitosa —dijo el inspector Rodríguez.

—Sí, señor. Llevamos a cabo la misión, siguiendo sus instrucciones. Cuando los cómplices de La Sombra comprendieron que estaban rodeados, se rindieron y se entregaron, sin oponer resistencia.

—¡Excelente! Buen trabajo.

Expósito se inclinó hacia adelante sobre su escritorio.

—¿Había alguna mujer entre ellos?

Azuaje enarcó las cejas y negó con la cabeza.

—No, señor. Se trataba de cuatro hombres.

—Hicieron un buen trabajo, subinspector. Por favor, ocúpese usted mismo del papeleo de los arrestos.

—Sí, señor.

Con la satisfacción pintada en el rostro, Azuaje se retiró, para terminar con su tarea. De inmediato, José se levantó de su silla, dispuesto a seguirlo. Leandro miró a su colega con curiosidad.

—¿Adónde vas?

—¡Tengo que ver a esos hombres por mí mismo! —respondió Expósito sin detenerse.

Desconcertado, Leandro lo siguió y ambos subieron las escaleras en dirección al área de las celdas. Los recibió un aire denso y húmedo, cargado con el habitual hedor a sudor rancio y a orina vieja, resistente a cualquier esfuerzo por limpiarlo. La piedra tosca de las paredes y las ventanas altas y enrejadas creaban una agobiante sensación de claustrofobia.

Las tétricas celdas estaban ocupadas por vagabundos y ladronzuelos, que intercambiaban miradas, sin salir de su sorpresa ante los recién llegados. En una de las mazmorras se encontraban don Rafael y sus cómplices, con sus trajes elegantes y sus zapatos de cuero reluciente. El contraste entre la prestancia de los prisioneros y la sordidez de las celdas era tan marcado, que resultaba grotesco. Desentonaban en ese lugar como una mosca en un pastel de merengue. Sor Catalina, que se encontraba sola en la celda más próxima a la escalera, se mantenía cerca de la reja contemplando a los nuevos reos en silencio y con evidente interés. Por su parte, si alguno de ellos la conocía, lo disimuló bastante bien, porque la ignoraron por completo, a pesar de lo extraña que resultaba su presencia en aquel lugar.

—¡Mirad, tenemos nuevos invitados de gala! —gritó uno de los vagabundos con tono

burlón, y un coro de risas estalló a su alrededor—. Este lugar está subiendo de categoría, compañeros. Primero una monja, y ahora esto.

Expósito se acercó a La Sombra y sus cómplices y los observó con detenimiento, como si se tratara de fieras exóticas encerradas en un zoológico, mientras las burlas de los demás presos se imponían a su alrededor. El más joven de los cómplices de don Rafael rompió a llorar.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó el chico, dominado por la angustia—. ¿Es cierto lo que se cuenta? ¿Nos van a golpear? ¡Yo no sé nada! Solo era el camarero en las subastas.

—¡Cállate, imbécil! —le gritó don Rafael.

José se acercó un paso más, ignorando los hipidos del joven y los gritos burlones de los demás presos. Después de algunos segundos de observación, negó con la cabeza.

—No puede ser ninguno de ellos —La voz de Expósito reflejó su frustración.

Leandro alzó una ceja, hasta que comprendió qué era lo que José estaba tratando de comprobar.

—¿El cabello? —preguntó el inspector Rodríguez en un murmullo.

Expósito asintió y confirmó la sospecha de su amigo, también en voz baja.

—Todos llevan el cabello demasiado corto.

—¿No le estás dando demasiada importancia a esa supuesta evidencia?

—No. Estoy seguro de que es la clave para identificar al asesino. Y Olmedo debe saber de quién se trata.

—Lo averiguaremos de inmediato —sentenció el inspector Rodríguez, al mismo tiempo que miraba a su alrededor—. ¡Tenedor! Tendremos una conversación privada con don Rafael Olmedo. Ocúpese de trasladarlo.

—Sí, señor.

Mientras esperaban que el agente cumpliera la orden, los inspectores regresaron a sus mesas de trabajo para prepararse. Al cabo de algunos minutos, ambos policías entraron en la habitación destinada a los interrogatorios. Olmedo los esperaba sentado en la silla. A pesar de los grilletes que sujetaban sus manos, su actitud era altiva. Parecía estar a punto de conceder una audiencia, en lugar de ser sometido a un interrogatorio.

—Están cometiendo un error, caballeros. Ustedes no tienen idea de quién soy yo, y las consecuencias que tendrá este atropello en sus carreras.

Leandro se cruzó de brazos y observó en silencio, al mismo tiempo que José sacudía la cabeza.

—De momento, usted y sus cómplices son los únicos que van a sufrir consecuencias, señor Olmedo. Pasarán muchos años en la cárcel y aquellos involucrados en el asesinato del confesor y las muertes de las hermanas, se enfrentarán al garrote vil.

En lugar de intimidarlo, la afirmación de Expósito dibujó una sonrisa de satisfacción en el reo.

—¿Aquellos? Eso significa que todavía no saben quién fue el responsable.

—No sé qué parte de mi afirmación le complace, don Rafael, pero le advierto que siendo el jefe de la banda, si no identificamos al asesino, será usted quien pague por esos crímenes.

El banquero se acomodó en el asiento para quedar más erguido.

—Inspector, usted no tiene idea de quiénes son mis amigos. No permitirán que mis derechos sean atropellados de esta forma.

José apoyó una mano en el respaldo de la silla y acercó su rostro al de Olmedo.

—¿Cree que sus amigos lo seguirán apoyando cuando sepan que usted es La Sombra y

que se aprovechó de esa amistad, para robarles sus bienes más preciados?

Don Rafael parpadeó y por primera vez, su armadura pareció sufrir un golpe letal.

—Ustedes no…

Expósito se irguió en toda su estatura y sonrió con satisfacción.

—Encontramos el botín oculto en la cripta, señor Olmedo. Y ya comprobó por usted mismo que sor Catalina ha sido arrestada.

—¡Ella no ha podido contarles nada! ¡Nunca lo haría!

—Está usted muy seguro de la lealtad de la novicia, señor —intervino Leandro—. ¿Por qué?

Don Rafael se mordió los labios por toda respuesta.

—¿Quién apuñaló al confesor, señor Olmedo? ¿Fue usted? —preguntó Expósito

El reo frunció el ceño y miró a sus interrogadores a los ojos.

—No me importa si me golpean. No diré una palabra más.

Expósito entornó los ojos.

—¿A quién está protegiendo, señor Olmedo? —Ante el silencio del banquero, José decidió presionarlo—. Usted es el conocido ladrón apodado La Sombra, y el jefe de la banda. El juez no dudará en responsabilizarlo por la muerte del sacerdote. Puede terminar en el garrote vil.

El tintineo de los grilletes delató el ligero temblor de las manos del detenido, que se limitó a negar con la cabeza.

—¿Cree que esto es una broma, señor Olmedo? —preguntó Leandro—. Podríamos permitir que este interrogatorio lo lleve a cabo un agente menos sutil.

El banquero se encogió de hombros, contradiciendo la palidez de su rostro y la tensión de los músculos de su mandíbula.

—Hagan lo que tengan que hacer. Sus amenazas no me asustan.

Expósito le hizo un gesto a su compañero para invitarlo a salir. Una vez en el pasillo, José dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

—Este sujeto no merece ninguna consideración, Leandro, pero no estoy dispuesto a mancharme las manos, dejándolo a merced de Tenedor.

—Lo sé. Yo tampoco. Solo lo dije para meterle el miedo en el cuerpo, aunque es evidente que mi estrategia no dio ningún resultado.

—Estoy seguro de que protege a alguien —concluyó Expósito—. Al asesino.

—Tal vez. O quizá él mismo es el asesino y se niega a confesarlo, para tener la oportunidad de evitar el garrote.

—En cualquier caso, tendremos que averiguarlo por nosotros mismos —sentenció José —. Será mejor que informemos al comisario acerca de las novedades.

Los policías le ordenaron a Tenedor que llevara al detenido de regreso a su celda y se encaminaron al despacho del comisario. Holguín los recibió con una sonrisa de satisfacción.

—¡Ah, aquí están mis dos mejores investigadores! Los felicito, caballeros. Han hecho un excelente trabajo. No esperaba menos de ustedes. Ahora solo resta cerrar el caso. En cuanto me entreguen los informes, le comunicaré las buenas noticias al gobernador civil de la Provincia y al señor obispo.

Después de intercambiar una mirada con Leandro, José cogió aire para hablar.

—Yo no diría que el caso está cerrado, señor.

El ceño de don Carlos se frunció de inmediato.

—¿De qué estás hablando, Expósito?

En pocas palabras, José le explicó al comisario su teoría acerca de una tercera persona

involucrada, quien habría sido responsable directa del asesinato del cura y la desaparición de las monjas. Holguín escuchó en silencio. Cuando su subalterno terminó su explicación, el comisario centró la mirada en Leandro.

—Inspector Rodríguez, ¿usted está de acuerdo con la teoría de su compañero?

Leandro suspiró.

—No, señor. Yo creo que al confesor lo asesinó la novicia o quizá sor María, sobre quien también recaen nuestras sospechas. Ellas ya se encontraban en el interior del convento. Tal vez lo hicieron entre ambas.

—¿Qué opina usted del cabello que menciona José?

—Considero que el cabello en la sotana del sacerdote pudo llegar allí en cualquier momento, antes de que entrara en el convento.

Don Carlos se volvió hacia Expósito, quien ya había comenzado a negar con la cabeza.

—Es una teoría razonable, José. ¿Cuáles son tus argumentos para rechazarla?

—¿Cómo explican el perfume? Estoy seguro de haber percibido el aroma de un perfume floral en la escena del crimen. Las monjas no usan perfume. Su regla se los prohíbe.

El comisario permaneció pensativo por algunos instantes.

—Mmmm. Reconocerás que se trata de una pista muy subjetiva, José. Sin embargo, confío en tus dotes de observación. Cuál es tu hipótesis.

—Estoy seguro de que existe una entrada secreta a la capilla, y que don Rafael contaba con otro cómplice: alguien con el cabello largo… Creo que esta persona fue quien apuñaló al confesor.

Holguín se mordió los labios, antes de responder.

—Muy bien, caballeros. Ambos argumentos son razonables. No deben olvidar la declaración de la novicia acerca de sor María. Todavía no sabemos lo suficiente sobre esa monja. La aparición de la bolsa de dinero en su despacho la hace muy sospechosa —El comisario levantó la mano, antes de que José pudiera protestar—. Lo sé, el cabello. Considera que sor María podría ocultar una melena bajo el velo. Tenemos que asegurarnos de que no se nos escape el asesino, así que sigan investigando.

—Sí, señor —respondieron ambos a coro.

—También deben poner el botín a buen resguardo. Yo mismo me ocuparé de que sea trasladado a un lugar seguro, hasta que las obras de arte puedan devolverse a sus legítimos dueños. Es todo, caballeros. Manténganme informado.

Ambos policías salieron del despacho.

—Y bien, ¿qué sugieres? —preguntó Leandro—. ¿Cuál será el siguiente paso?

—Debemos dividirnos el trabajo.

—De acuerdo, en ese caso, yo me ocuparé de investigar a don Rafael Olmedo.

Expósito asintió.

—Yo trataré de averiguar cómo accedían a la cripta de la capilla, sin ser detectados por las monjas. Es posible que encuentre alguna pista que me conduzca al verdadero asesino. Tiene que haber usado esa misma ruta el día del crimen.

Capítulo 54

Después de haber llegado a un acuerdo con Leandro acerca de cuál sería su estrategia para la resolución del caso, José salió de la comisaría en dirección al convento. En esta ocasión, sor Juana no hizo ningún comentario cuando él apareció en el umbral. La pobre mujer había visto trastocada su pacífica vida y todavía no era capaz de reaccionar.

—Inspector, ¿ha venido a visitar a su madre?

—Quiero asegurarme de que está bien, por supuesto, pero he venido a hablar con la Madre Superiora.

—Lo llevaré primero con sor Jimena. Acompáñeme, por favor.

La hermana portera condujo a Expósito hasta la enfermería, donde Jimena se recuperaba bajo los cuidados de sor Inés.

—No debes preocuparte por mí, hijo. Estoy bien.

Aunque la voz de Jimena todavía conservaba un leve temblor, la palidez ya había abandonado su rostro y sus ojos reflejaban su determinación habitual. Más tranquilo, José se despidió de su madre con un beso en la frente y salió de la enfermería para permitir que ella descansara. En la puerta, se detuvo frente al agente que había relevado a Argimiro en la guardia para proteger la enfermería.

—¿Alguna novedad, Martínez?

—No, señor. Nadie ha intentado visitar a la señora.

—Muy bien. No debe permitir que sea molestada. Aunque se presentara aquí el Papa, no lo dejará entrar sin mi autorización.

—Entendido, inspector.

Más tranquilo, Expósito siguió a sor Juana, que lo aguardaba con paciencia, para acompañarlo hasta el despacho de la Madre Superiora. Sor Teresa lo invitó a sentarse frente a ella con voz amable, al mismo tiempo que frotaba sus manos sin ser consciente de ello.

—¿Ha descubierto algo, inspector? ¿Terminará pronto esta pesadilla?

—Hemos hecho grandes avances, Madre, pero todavía persisten algunos cabos sueltos. Necesitaré su ayuda para resolverlos.

—Por supuesto. Cuente con ella. Somos las más interesadas en que se descubra la verdad y podamos volver a la normalidad.

Aprovechando la buena disposición de sor Teresa, Expósito le explicó qué era lo que quería de ella. La Madre Superiora cogió aire y se removió en el asiento.

—Esperaba hablar con sor María al respecto cuando tuviera oportunidad. ¿Cómo se enteró de la existencia de ese dinero, inspector?

—Eso no importa ahora. Lo único que debe interesarnos es cuál es el origen de esa bolsa y por qué sor María la mantenía oculta.

—Todo esto es muy incómodo —se quejó la monja.

—Los crímenes siempre lo son. No suelen dejar muchas alternativas a los investigadores.

Sor Teresa asintió y tiró de un cordón que colgaba junto a su escritorio. Debió accionar

una campanilla en alguna habitación cercana, porque a los pocos segundos, una joven monja se asomó a la puerta. La Madre Superiora le pidió que buscara a sor María. Algunos minutos después, la hermana encargada de la administración del convento tomaba asiento junto al policía, con los músculos del rostro tensos y el ceño fruncido.

—Sor Esperanza me dijo que quería hablar conmigo, Madre. ¿Qué ocurre?

Manteniéndose en silencio, Expósito centró la mirada en sor Teresa, quien ya sabía lo que tenía que hacer. La Madre Superiora colocó sobre la mesa la bolsa de dinero, que había aparecido en el arcón de sor María. La monja encargada de la administración se mantuvo impasible ante el teatral gesto. Sin mover un músculo, seguía esperando una explicación. José no le quitaba la mirada de encima.

—Sor María… —dijo él con voz amable, pero firme.

—Dígame, inspector.

—¡Quítese el velo, por favor!

Los ojos de ambas monjas se abrieron como platos. Sor María se llevó ambas manos a la cabeza, como si quisiera protegerla de una agresión.

—¡Inspector! ¿Es consciente de lo que me está pidiendo? —protestó la hermana administradora.

—Lamento perturbarlas, pero estoy investigando el homicidio de un sacerdote en este convento. La situación es excepcional y lo que le estoy solicitando es necesario.

Sor María miró a la Madre Superiora como si buscara apoyo en su autoridad. Sor Teresa dejó escapar un largo suspiro y asintió despacio. La administradora se retiró el velo como si hacerlo le causara un dolor físico. El gris cabello de la monja estaba cortado casi al rape.

—Gracias, sor María. Ya puede volver a ponerse el velo y le ruego que me disculpe —Mientras la religiosa se apresuraba a volver a cubrir su cabeza, José señaló la bolsa de dinero—. ¿Puede decirme cuál es el origen de este dinero y por qué lo guardaba en el arcón de su oficina?

Sor María parpadeó, antes de volver a fruncir el ceño.

—No sé de qué me está hablando, inspector. Es la primera vez que veo esa bolsa.

—Una de las novicias la encontró en el fondo de un arcón de su oficina, sor María —sentenció la Madre Superiora.

—¡Eso no es posible! —se defendió la administradora—. Les repito que nunca había visto esa bolsa. Si la encontraron en el arcón de mi despacho, alguien debió ponerla allí para perjudicarme. Ese arcón guarda documentos viejos, así que casi nunca lo abro.

José frunció el ceño, al mismo tiempo que la imagen de sor Catalina acudía a su mente. A pesar de su reticencia a colaborar, la novicia había implicado a sor María con demasiada facilidad. ¿Esa acusación formaría parte de un plan para desviar la atención del verdadero asesino? José se inclinó hacia adelante para acercarse un poco a la religiosa.

—Sor María, le haré una última pregunta. ¿Dónde se encontraba usted cuando asesinaron a don Luis en la capilla?

La monja enderezó la espalda y miró al policía a los ojos con la actitud digna de una reina.

—Ya comprendo. Alguien ha tratado de incriminarme y usted está creyendo sus mentiras. Se equivoca, inspector, no tengo nada que ver con los horrendos crímenes que han asolado al convento, así que responderé su pregunta: poco antes de que sor Cecilia encontrara muerto a don Luis, yo caminaba por los pasillos, en dirección a la capilla.

—¿Iba sola?

—No. Cuando salí de mi celda, encontré a varias de las novicias más jóvenes

remoloneando. Les ordené que dejaran de cuchichear y siguieran adelante. Para asegurarme, las acompañé durante todo el trayecto, hasta que llegamos a la capilla y oímos gritar a sor Cecilia.

El policía escuchó la declaración de sor María con el rostro serio. La versión de la monja sería fácil de comprobar y no tenía duda de que las novicias la confirmarían. Sor María era demasiado inteligente para exponerse, mintiéndole de esa forma. Así que la monja encargada de la administración tenía coartada y según su declaración, la bolsa de dinero era una prueba falsa destinada a incriminarla. Aunque para José habría sido más fácil obviar la defensa de la monja y acusarla, había algo en esa «evidencia» que no terminaba de convencerlo. Entonces, lo comprendió. La bolsa con el dinero no encajaba. Sor María había sido una viuda rica que dejó a un lado todos sus bienes materiales para entrar al convento. No tendría sentido que colaborara con una red de delincuentes por dinero. Además, su cabello era corto y gris. A José le resultó evidente que el carácter huraño de la monja la había convertido en el chivo expiatorio perfecto. Sor Catalina se había esforzado en incriminarla, pero ¿para proteger a quién? Era lo que tenía que averiguar.

—Puede retirarse, sor María. No se preocupe. No volveré a molestarla.

En cuanto la administradora salió del despacho, el policía se quedó en silencio, sumido en sus pensamientos.

—Espero que esta entrevista satisficiera sus dudas, inspector —dijo la Madre Superiora —. La conducta de sor Catalina ya es una mancha que será difícil de borrar del prestigio de este convento, pero se trata de una chica muy joven e influenciable, que creció entre estas paredes y nunca ha tenido oportunidad de elegir. Aunque esto no la justifique, puede explicar que haya sido convencida por gente inescrupulosa para involucrarse en un asunto tan vil, quién sabe con qué engaños o promesas. No puedo concebir que existan más hermanas relacionadas con semejantes crímenes.

—Admiro su fe en la humanidad, sor Teresa, pero me temo que mi profesión me impide seguir su ejemplo. Todavía no descarto que sor Catalina contara con cómplices dentro del convento. Sin embargo, después de haber entrevistado y casi descartado a sor María, tengo interés en indagar otros aspectos del caso.

Expósito le explicó a sor Teresa lo que tenía en mente y solicitó su ayuda para conseguirlo.

—No veo inconveniente en ello —declaró la Madre Superiora—. Acompáñeme, inspector.

Ambos salieron del despacho y recorrieron los pasillos hasta llegar a la biblioteca. Una vez allí, la Madre Superiora le pidió a sor Caridad que colaborara con el policía en todo lo posible y se marchó. José le expuso su problema a la anciana bibliotecaria, quien escuchó con atención y asintió.

—Sí, existen algunos planos del convento que incluyen sus alrededores. Sin embargo, no estoy segura de que podamos encontrar lo que busca, inspector. Estos planos en particular son los más antiguos y en algunos casos, el tiempo los ha deteriorado. El convento fue construido en el siglo XIII y desde entonces ha pasado por invasiones, asedios, revueltas y algún que otro incendio. Es posible que en cualquiera de esas circunstancias se haya perdido información.

—Aun así, debo intentarlo, hermana.

—Muy bien, en ese caso, lo ayudaré en todo lo que pueda.

Sor Caridad desapareció entre las estanterías. Volvió al cabo de algunos minutos, cargando una vieja caja de la que se desprendía un olor terroso, que se mezclaba con el hedor del moho y el matiz avainillado del papel y la resina. La caja estaba repleta de pergaminos y planos.

Cuando la hermana la dejó reposar sobre la mesa, levantó una leve polvareda que desencadenó un estornudo en el desprevenido policía.

La anciana, más acostumbrada a manipular libros y documentos viejos, dibujó una leve sonrisa y comenzó a sacar planos y pergaminos de la caja, entregándole a José los más recientes y ocupándose ella de los más antiguos.

—Tenemos una larga tarea por delante, inspector.

Una hora después, sor Caridad llamó la atención de José sobre el pergamino que estaba revisando. Se trataba de uno de los más antiguos. Databa del siglo XIV, y mostraba un túnel que salía de la capilla hasta lo que en el mapa estaba señalado como un molino cercano.

—¿Es esto lo que está buscando, inspector?

Expósito cogió el plano y trazó el recorrido con el dedo.

—Justo esto. Si este túnel existe y es transitable, sería la explicación para muchos misterios. Me pregunto por qué lo habrán construido.

—El siglo XIV fue muy convulso y en esos tiempos, los conventos y monasterios servían como refugios fortificados en momentos de peligro. Los túneles solían usarse para evacuaciones rápidas o para mover suministros de manera discreta, durante los asedios y guerras civiles. Estos planos son originales, así que no tenga duda de que el pasadizo existe. Con respecto a si está transitable… —sor Caridad se encogió de hombros— tendrá que comprobarlo por usted mismo.

El inspector estudió el plano con detenimiento. Los detalles, entradas y salidas estaban señalados con símbolos medievales y textos en latín. José echó de menos a Encarna. Por fortuna, sor Caridad pudo traducir la información más importante para el policía.

—La entrada desde la capilla está aquí —señaló la hermana bibliotecaria—. Debe buscarla en el coro, detrás del órgano.

—¿Sabían ustedes que existía esta salida secreta del convento?

Sor Caridad sacudió la cabeza.

—No, aunque teniendo en cuenta la antigüedad del edificio, no me sorprende.

—¿Qué hay allí ahora?

La religiosa se quedó pensativa por un momento, antes de responder.

—Un cuadro de san Antonio de Padua en tamaño natural.

Después de agradecer su colaboración a la monja, José salió de la biblioteca. Le ordenó al primer agente con el que se cruzó que buscara a Argimiro y lo enviara a su encuentro. El inspector recorrió los pasillos del convento hasta llegar a la capilla y se encaminó al coro. Allí, los olores a incienso y cera de vela que dominaban el edificio resultaban casi asfixiantes. Expósito estudió el espacio señalado en el mapa. Tal como le había indicado sor Caridad, frente al órgano había un enorme cuadro de tamaño natural, que representaba a un sacerdote con un hábito franciscano marrón, sosteniendo al Niño Jesús en sus brazos, y rodeado de lirios.

—Aquí estoy, inspector. ¿En qué puedo serle útil?

José se volvió hacia la familiar voz y asintió.

—Argimiro. Me alegra que respondieras a mi llamado con tanta celeridad. Espera un momento.

José comenzó a revisar el marco del cuadro con mucho cuidado. En la medida en que avanzaba en su revisión y no encontraba nada, su ceño se iba frunciendo. Argimiro, sin tener muy claro qué estaba haciendo allí, rompió el incómodo silencio con un comentario:

—Las hermanas deben ser muy devotas de san Antonio de Padua.

José desvió la mirada hacia el agente con las cejas enarcadas.

—¿A qué te refieres Argimiro?

Por toda respuesta, el chico señaló una pequeña estatuilla que representaba al mismo santo del cuadro. José desplegó una sonrisa.

—¡Excelente observación, Argimiro!

El inspector se apartó del cuadro y centró su atención en la estatuilla, estudiándola con minuciosidad. Entonces, la giró sobre su propio eje, desencadenando un clic revelador que provenía del cuadro. Cuando José volvió a prestar atención a la pintura del Santo, notó que uno de los lados se había separado de la pared. Bajo la mirada del sorprendido Argimiro, Expósito tiró del cuadro, que cedió sobre bisagras ocultas y bien aceitadas, como si fuera una puerta.

Frente a los policías se abrió un pasadizo oscuro. José palmeó el hombro de su subalterno.

—Pásame una de las lámparas de aceite que cuelgan de las paredes, chaval.

El agente obedeció.

—¿Entrará allí? ¿Quiere que lo acompañe, inspector?

José sacó de su bolsillo su reloj y se lo entregó al chico.

—Voy a entrar solo. Espérame aquí. Si no regreso en una hora, avísale al comisario.

Sin esperar respuesta, José se internó en el oscuro pasadizo con la escasa luz que le proporcionaba la lámpara que llevaba en la mano.

Capítulo 55

Guiándose con el antiguo mapa que le proporcionó sor Caridad, Expósito se internó en el túnel, avanzando despacio y con cautela. Lo envolvió el aire enrarecido por el olor a tierra y piedra mohosa. La tenue luz de la lámpara de aceite apenas le permitía ver a pocos pasos, más allá de los cuales solo había una penetrante oscuridad. Un estremecimiento le recorrió la espalda. Se convenció a sí mismo de que era a causa del frío, pero sabía que se trataba de un atávico miedo a lo desconocido.

El pasadizo, estrecho y sinuoso, lo obligaba a bajar la cabeza en algunos tramos para poder pasar. En ocasiones se encontraba con alguna bifurcación y debía consultar el plano para encontrar el camino correcto. Sus pasos resonaban en los muros de piedra con una cadencia inquietante, tan solo acompañados por el sonido del goteo lejano de alguna filtración. El inspector era consciente del crujido de las piedrecillas del suelo, a través de la suela de sus botas. Al acercar la lámpara al suelo, comprobó la existencia de numerosas huellas recientes, que le confirmaron que aquel túnel era visitado con frecuencia. No le sorprendió descubrir que muchas de esas huellas pertenecían a zapatos de mujer. Continuó avanzando, con una luz cada vez más vacilante, que le advirtió acerca de la escasa ventilación y la falta de oxígeno dentro de aquella ratonera. El túnel no había sido construido para permanecer mucho tiempo en él. Y el encierro de los siglos no mejoraba la situación. Debía darse prisa en salir de allí y no errar el camino… si quería salir.

A medida que avanzaba, se veía obligado a esquivar las raíces de los árboles que se habían abierto paso entre las junturas del techo, colgando sobre su cabeza como dedos esqueléticos. Por un momento fue consciente de que Salamanca palpitaba por encima de él. Se preguntó si la estructura soportaría el desgaste de los siglos y el trasiego de una ciudad, que ignoraba lo que existía bajo sus pies. Algunos montículos de piedra, señal de pequeños derrumbes, alimentaron sus temores. Se tranquilizó un poco cuando comprobó que el techo había sido apuntalado en algunos lugares estratégicos. Otra señal del uso habitual del túnel por parte de La Sombra y sus secuaces.

Un chillido distante rompió el silencio y lo detuvo en seco. Expósito fue consciente de que la sangre había abandonado su rostro, al mismo tiempo que su corazón aceleraba su ritmo. Respiró profundo cuando comprendió que solo se trataba de una rata que huía de la incómoda presencia humana. Continuó avanzando. Una gota de agua fría le hizo dar un respingo. Pasado el susto, siguió adelante con precaución.

Después de lo que le pareció una eternidad, notó que el pasillo comenzaba a ascender en una pendiente muy pequeña. José levantó la lámpara de aceite, tratando de revelar lo que le esperaba, pero su intento fue inútil. Las sombras impenetrables lo acompañaron hasta que, después de recorrer un largo tramo, la luz de la lámpara reveló un arco de piedra, que servía de marco a una puerta de madera. Al contrario de lo que podría esperarse en aquel túnel con siglos de antigüedad, la madera de la puerta era nueva. Cedió sin mucho esfuerzo y en silencio cuando José la empujó. Sus goznes engrasados revelaban un uso frecuente y reciente. Expósito cruzó el

umbral y se encontró en el sótano de una antigua bodega abandonada. Lo recibió el aire viciado por el encierro, que se entremezclaba con el persistente olor de la madera enmohecida y un tenue rastro a vino rancio, como un testimonio de las barricas que yacían rotas y apiladas en un rincón, cubiertas por el polvo y las telarañas.

Envuelto en la penumbra, el amplio espacio estaba repleto de restos de lo que en otros tiempos había sido un negocio floreciente. La escasa luz natural apenas entraba por un par de pequeñas ventanas altas, cubiertas por el barro y la suciedad acumulada durante años. El inspector avivó la llama de la lámpara para tener una visión más amplia del salón. El paso de los años había ennegrecido la piedra desnuda de las paredes. Las vigas de madera que soportaban el techo, cubiertas por una pátina de hongos y líquenes, se arqueaban hacia abajo, dando la sensación de que se derrumbarían en cualquier momento. Cuando el policía comenzó a avanzar, los fragmentos de botellas rotas crujieron bajo sus botas, y lo envolvió un frío pegajoso que le caló hasta los huesos.

Algunas estanterías apenas permanecían en pie en un equilibrio precario y parecían a punto de desplomarse. Todavía estaban cargadas con botellas polvorientas, la mayoría de ellas rotas y vacías. En un rincón, un barril roto contribuía al desagradable ambiente con el hedor agrio del vino que había contenido. En el suelo polvoriento encontró las mismas huellas que había visto en el túnel, lo cual le confirmó que estaba en el lugar correcto.

El inspector continuó recorriendo el salón, atento a cada detalle y procurando que su presencia no cambiara nada de lo que había encontrado. Revisó con cuidado cada rincón, hasta que algo llamó su atención bajo una destartalada mesa: la luz de la lámpara se reflejó en un objeto blanco, a pesar del polvo que lo cubría. José lo recogió y comprobó que se trataba de un fino guante de seda con encajes. El guante de una mujer.

El policía acercó el guante a su nariz y reconoció el dulce aroma floral. El mismo que había llamado su atención en el confesionario donde asesinaron a don Luis. José escudriñó en sus recuerdos, hasta que la iluminación se abrió paso en su cerebro. Entonces, recordó a quién había visto usando un guante muy parecido al que tenía en la mano. También se dio cuenta de que la sensación de *déjà vu* que experimentó en aquel momento, se había debido al perfume que usaba la mujer a la que estaba entrevistando. La dueña de ese guante estuvo tan cerca de él, que casi la había pasado por alto. El inspector comprendió que tenía la pista clave que le faltaba para resolver el caso. Ahora las piezas del rompecabezas habían encajado en su cabeza y lo comprendió todo.

Expósito guardó el guante en su bolsillo y buscó la salida. Debía regresar a la comisaría para organizar la vigilancia de la bodega, y enviarle un relevo a Argimiro en la capilla. También necesitaba encontrar evidencias suficientes para conseguir el arresto de la asesina de don Luis, ahora que sabía de quién se trataba. Tenía mucho trabajo por delante.

Capítulo 56

Inocencio condujo a sus amigos a «El rincón del vino», una taberna que se encontraba cerca del establo, donde El Chato le había informado que el joven aristócrata solía pasar su tiempo, atraído por las partidas de cartas con apuestas ilegales que se organizaban en ese lugar. Inocencio la conocía, aunque ya no la frecuentaba. Llegaron en pocos minutos. Como nota discordante, un chico de más o menos doce años permanecía sentado en un taburete, junto a la puerta. Inocencio sabía que era el hijo del dueño de la taberna y que si se acercaba un policía, comenzaría a gritar la frase acordada: «¡El tío Jacinto ya viene con las cebollas!». Eso sería suficiente para que todo indicio de juego o apuestas desapareciera de inmediato en el interior del bar. El niño miró a don Ernesto con los ojos entornados, dudando si debía dar la voz de alarma. La presencia de Inocencio pareció tranquilizarlo y cuando vio a Cipri se relajó. Ningún policía acudiría a una redada, acompañado por un chiquillo.

—Hola, Gonzo —saludó Inocencio al chaval—. ¿Cómo va el día?

El chico se encogió de hombros.

—Aburrido, como siempre. Este no será un policía, ¿no? —preguntó Gonzalo, señalando a don Ernesto con el ceño fruncido.

—Claro que no. Sabes que nunca traiciono a mis amigos —respondió Inocencio con tono ofendido—. Solo queremos tener una charla amistosa con uno de los clientes de tu padre.

—Vale, pero no arméis ningún follón.

Inocencio, don Ernesto y Cipri entraron en la taberna. Desde la puerta pudieron escuchar las maldiciones y las carcajadas de los jugadores, que dominaban sobre un murmullo sordo que llenaba la sala como una música de fondo. La clientela era tan bulliciosa, que daba la impresión de que el lugar estaba más concurrido de lo que se encontraba en realidad. Los recibió el olor a tabaco negro, sudor viejo y vino rancio. El humo que salía de los cigarros saturaba el aire y desdibujaba los contornos como si se tratara de una neblina. Cipri comenzó a toser, pero continuó avanzando junto a sus amigos con determinación. Alrededor de cada mesa, los parroquianos se mantenían concentrados en sus cartas y en la bolsa de cuero que ocupaba el centro de cada mesa, sobre la cual eran depositadas las apuestas. Inocencio sabía que en caso de que Gonzalo diera la alarma, en pocos segundos el dinero y las cartas desaparecerían en compartimentos ocultos, eliminando todo indicio de apuestas. Frente a cada jugador había un vaso de vino o de algún que otro licor más fuerte.

En una de las mesas del fondo localizaron a don Pedro. Su traje de corte fino contrastaba con las ropas raídas y remendadas de sus compañeros de mesa. El joven aristócrata estaba tan concentrado en la partida de Tute, que no se dio cuenta de que Inocencio, don Ernesto y Cipri se acercaban a su mesa con determinación. Los demás jugadores sí advirtieron la presencia de los recién llegados y detuvieron el juego.

—¡Es tu turno, Toño! ¿Qué estás esperando? —protestó Pedro—. Estoy seguro de que esta mano es mía.

Toño permaneció en silencio y no se movió. Poco a poco, los gritos y murmullos se

fueron apagando, en la medida en que los parroquianos se daban cuenta de que ocurría algo fuera de lo normal. Las cartas y las apuestas comenzaron a desaparecer. El penetrante silencio, tan extraño en aquel lugar, hizo que Pedro apartara la mirada de las cartas que tenía en la mano, para centrarla en los dos hombres y el niño plantados frente a su mesa. Sus cejas se enarcaron por un momento, para luego juntarse en el entrecejo.

El tabernero ya se había acercado y estaba junto a ellos.

—¿Qué ocurre? No queremos problemas —advirtió con voz severa.

—Ningún problema, don Balbino —dijo Inocencio, en tono desenfadado—. Solo queremos sostener una amigable conversación con don Pedro.

El tabernero los miró con desconfianza, pero fue el aludido quien respondió.

—No tengo nada que hablar con zarrapastrosos como ustedes —En esta ocasión, todos los ceños presentes en la sala se fruncieron al unísono. El joven corrigió de inmediato—. Quiero decir, no los conozco. Así que no tenemos ningún asunto que tratar.

Indignado, don Ernesto apoyó la mano sobre el hombro de Cipri.

—No mienta, joven. Usted, no solo sabe quién es Cipri, sino que fue hasta el establo para amenazarlo y movió sus influencias, para que descalificaran al chico del Carnaval Ecuestre de Aldehuela del Río.

—Lo que queremos saber —intervino Inocencio, con una calma impostada—, es si después de fracasar en su intento, trató de sacarlo de la carrera cortando la cincha de su silla, para que tuviera un accidente.

Una mano rápida y fortalecida por el trabajo manual duro alcanzó la pechera de don Pedro como una garra, tirando de él sobre la mesa, hasta levantarlo de su silla.

—¿Es eso cierto? —preguntó el dueño de la mano, uno de sus propios compañeros de juego, que contaba con la envergadura de un oso—. ¿Trataste de hacerle daño al chiquillo?

Los ojos del joven parecían querer salir de sus órbitas y su mandíbula se descolgó por un momento. Con el rostro pálido, balbució su respuesta.

—Dionisio, yo… Eh… No sé de lo que ellos están hablando. ¡Te lo juro!

—¿Dónde estuvo usted anoche, poco antes de la madrugada?

—Yo… estuve en casa —Hubo un cruce de miradas incrédulas entre Dionisio, Inocencio y don Ernesto.

—¡Lo puedo demostrar! Ayer fue el cumpleaños de mi hermana y hubo una fiesta en casa. Terminó en la madrugada. Yo estuve allí toda la noche. Era uno de los anfitriones, así que todos me vieron —El tono de don Pedro se hacía más lloroso conforme hablaba—. ¡Tienes que creerme, Dionisio! Reconozco que traté de que el jurado lo descalificara, pero no hice nada contra él, ni contra su caballo.

Don Ernesto apoyó una mano en el hombro del jugador.

—Creo que puede soltarlo, don Dionisio. No puede ser tan estúpido como para inventarse una coartada tan fácil de comprobar.

—¡Y no dudes que la comprobaremos! —sentenció Inocencio.

—No fui yo. Lo juro.

Después de una última mirada a don Ernesto, Dionisio soltó su presa. Inocencio, don Ernesto y Cipri se encaminaron a la salida de la taberna, escuchando a sus espaldas los murmullos y gritos que volvían a llenar el silencio, conforme avanzaban.

Una vez en la calle, don Ernesto e Inocencio se miraron entre sí, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—Por lo visto, don Pedro resultó un callejón sin salida —sentenció Vilar.

—¿Usted le cree? —preguntó Inocencio, sorprendido—. Podría haberse escabullido por algunos minutos para acercarse al establo y cometer su fechoría.

El viejo jinete sacudió la cabeza.

—Recuerda el testimonio de don Pablo. El intruso era delgado, mientras que don Pedro es un joven corpulento.

—Un sujeto como él podría haberle pagado a algún truhan para que hiciera el trabajo sucio.

Vilar se quedó pensativo por un momento.

—Es posible, pero si mi experiencia no me engaña, yo diría que cualquier dinero que caiga en manos de ese chico terminará en una mesa de juego. Me parece que sería un error empecinarnos en él como sospechoso.

—¿Quién más podría querer sacarme de la carrera? —preguntó Cipri.

—Cualquiera con demasiadas ganas de ganar y pocos escrúpulos —respondió su entrenador, pensativo—. Sin embargo, me temo que en esa carrera pueden participar más de treinta jinetes y sería imposible investigarlos a todos. En especial, porque debemos continuar con el entrenamiento.

—¿Sugiere entonces que lo dejemos así? —preguntó Inocencio, indignado.

—Por supuesto que no. Solo propongo posponer las indagaciones hasta después de la carrera. Mientras tanto, tenemos que garantizar la seguridad de Cipri y de Macabeo.

Inocencio se quedó pensativo por un momento, antes de hablar.

—Creo que lo más prudente será que Cipri permanezca con usted en la mansión. Y que también guarde allí los arreos, al menos hasta el día de la carrera.

Don Ernesto asintió.

—Me parece una buena idea. Ya hemos visto de lo que es capaz este individuo.

Al escuchar las palabras de su entrenador, Cipri palideció.

—¿Y si lastiman a Macabeo para que no pueda correr?

Inocencio frunció el ceño.

—Es una buena pregunta. Don Ernesto, ¿puede usted ocuparse también de Macabeo? Yo hablaría con José, para advertirle lo que está ocurriendo. Estoy seguro de que comprenderá.

—Por supuesto. En mis caballerizas hay suficiente espacio, y será un placer dar albergue a tan magnífico animal.

—¿Podemos regresar al establo, antes de volver a la mansión? —preguntó Cipri—. Macabeo tiene preferencia por uno de los cepillos y me gustaría recogerlo, para atenderlo mejor en la casa de don Ernesto.

Su instructor sonrió con simpatía.

—Por supuesto, chaval. Tenemos que mantener contento a Macabeo.

Los tres regresaron al establo. Era la hora de la siesta y esperaban que estuviera vacío, pero encontraron a Juan, buscando entre los arreos.

—¿Qué haces aquí a esta hora y hurgando entre las sillas? —preguntó Inocencio con los ojos entornados.

—Vamos, Inocencio —intervino Cipri—. Juan es mi amigo. Nunca desconfiaría de él. Además, Juan no participará en la carrera.

——¿Desconfiar de mí? —preguntó el mozo— ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Después de presentarle a sus amigos, Cipri le contó lo que había ocurrido aquella mañana en su práctica de equitación.

—… así que ahora estamos buscando al saboteador.

Juan sacudió la cabeza.

—¿Están seguros de que la cincha no se rompió por desgaste? Quiero decir… ¿cómo pudieron cortar la cincha anoche, si el establo ya estaba cerrado?

El ceño de don Ernesto se frunció de inmediato.

—¿Cómo sabes tú que el saboteador actuó anoche?

Juan parpadeó, desconcertado.

—Yo… Cipri lo dijo.

—No, no lo dijo —sentenció el viejo jinete con voz severa—. Solo te contó lo que ocurrió durante la práctica.

—Es que… lo deduje. Si el accidente ocurrió esta mañana y se trató de un sabotaje, lo lógico es que lo hicieran anoche…

—Todavía no nos has dicho qué estás haciendo aquí en tu tiempo de descanso —insistió Inocencio, con los músculos de la cara tensos.

—Yo… vine a recoger mi cuchillo… Lo dejé en la caja de herramientas, y lo necesito para reparar mi cinturón de cuero.

—Déjame verlo —exigió don Ernesto, extendiendo la mano.

Con movimientos inseguros, Juan obedeció y le entregó el cuchillo a Vilar. Don Ernesto estudió la hoja con ojo experto, pasó los dedos sobre el filo con cuidado y luego observó con atención las fibras, que habían quedado adheridas a sus pulpejos. Entonces, levantó la mirada hacia Inocencio.

—Son restos de cuero y fibra. Coinciden con el tipo y color de la cincha cortada. ¡Lo tenemos!

Antes de darles tiempo a reaccionar, Juan empujó un barril medio lleno de agua para distraerlos, y salió corriendo del establo. Inocencio fue tras él. Don Ernesto sujetó a Cipri por el hombro, para evitar que se sumara a la persecución. Mientras Inocencio iba tras el saboteador, ambos permanecieron en el establo, calmando a los caballos y asegurándose de que estuvieran bien.

Juan emprendió una carrera desesperada en la que se llevó por delante a transeúntes y puestos de venta ambulantes, dejando una estela de caos a su paso que obstaculizaba el avance de su perseguidor. Gracias a esta estrategia, el mozo de cuadra comenzó a sacarle ventaja a Inocencio, hasta que la suerte lo abandonó. En su huida, Juan pasó por delante de la taberna donde habían interrogado a don Pedro, y el alboroto atrajo la atención de los clientes, muchos de los cuales se asomaron a la puerta. Entre ellos, Inocencio reconoció a Dionisio.

—¡Don Dionisio! ¡Este es el saboteador que cortó la cincha!

El grito de Inocencio fue suficiente para que el jugador se sumara a la persecución. Gracias a un tropiezo de Juan, Inocencio lo alcanzó y lo tiró al suelo. Con una agilidad sorprendente, el mozo giró sobre sí mismo y golpeó la nariz de Inocencio, quien lo soltó a causa de la sorpresa.

Juan aprovechó el momento para intentar ponerse de pie, pero recibió una ayuda inesperada. Cogiéndolo por el cuello de la camisa, Dionisio lo levantó en vilo, hasta que sus pies se separaron del suelo.

—¿Este es el cabrón que trató de lastimar al chaval? —preguntó el jugador, con voz de trueno.

—Es él, don Dionisio. Gracias por ayudarme a detenerlo.

—Detesto a los que maltratan a los niños o quieren hacerles daño. Son peores que escoria. ¿Qué quieres que hagamos con esta piltrafa? —gruñó el jugador, entre dientes, sin soltar

a su presa.

Una mancha húmeda comenzó a crecer en el pantalón de Juan.

—Eso dependerá de cómo responde a nuestras preguntas —dijo Inocencio con la voz todavía gangosa por el golpe que había recibido en la nariz.

Dionisio bajó a su presa lo suficiente para que sus pies tocaran el suelo, pero sin soltarlo. El chico temblaba como una hoja en una ventisca. Después de comprobar que su nariz no estaba rota, Inocencio miró a los ojos del mozo de cuadra.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Te pagó alguien?

—¡Responde con la verdad! —le advirtió Dionisio, sacudiéndolo un poco—. No me gustan las mentiras y tengo muy mala leche.

Juan alternó su mirada entre ambos y respondió en un murmullo, manteniendo la cabeza baja.

—Nadie me pagó. Fue mi decisión. Les juro que no quería lastimar a Cipri. Solo quería impedir que participara en la carrera.

El ceño de Inocencio se frunció de inmediato.

—¿No lo querías lastimar? ¿Piensas que somos idiotas?

Juan se mordió los labios, antes de hablar.

—Yo… lo siento mucho.

—Se supone que Cipri era tu amigo, o al menos eso creía él. Confiaba en ti. ¿Por qué cortaste la cincha?

—Yo… soy un buen jinete y habría querido participar en la carrera, pero no tengo caballo ni arreos. Cipri solo es un mocoso, pero tiene a don José para apoyarlo y para él fue fácil lo que para mí era imposible. Me pareció injusto. Corté la cincha para impedirle competir, no para hacerle daño.

—¿No querías hacerle daño? —preguntó Inocencio, enfurecido—. ¿Y qué crees que habría pasado si la cincha se hubiera roto mientras Cipri galopaba?

Juan respondió entre hipidos.

—Yo… no soportaba la idea de que él pudiera participar y yo no. Lo lamento mucho.

—¡Este desgraciado lo que suda es envidia! —sentenció Dionisio con desprecio.

Inocencio asintió.

—¿Qué van a hacerme? —preguntó Juan con voz temblorosa.

—Llevarte a la comisaría, por supuesto. Atentaste contra la vida de Cipri. Y eso es un delito.

Juan rompió en llanto.

—Yo voy contigo —afirmó Dionisio—. No voy a permitir que esta escoria se escape.

Capítulo 57

Al mismo tiempo que Inocencio detenía al saboteador, José salía de la bodega, para recorrer a toda prisa la distancia que lo separaba de la comisaría. Llegó a su destino agitado y sudoroso, pero con el ímpetu que le proporcionaba la convicción de que estaba a punto de cerrar el caso. Antes de subir a la oficina, le ordenó a Quintana que enviara refuerzos a Argimiro para proteger la capilla, además de una pareja de agentes a vigilar la bodega.

El inspector subió las escaleras a toda prisa y entró en la sala que albergaba su escritorio y los de sus compañeros. Allí encontró a Leandro, muy concentrado en la lectura de los documentos que tenía en las manos. Cuando José se acercó, comprendió que eran cartas personales, y su curiosidad se despertó.

—¿Se relacionan con el caso? —le preguntó a Leandro, señalándolas.

—Sí, y son muy interesantes. Tenías razón con respecto del cabello y el perfume.

—Lo sé. Ya descubrí quién es el cómplice de La Sombra y el asesino de don Luis. O más bien, la asesina.

—Yo también lo sé —afirmó Leandro, levantando la carta que tenía en la mano.

José sonrió, al mismo tiempo que revelaba el nombre con satisfacción.

—Doña Isabel de Montemayor: la benefactora del convento.

Leandro asintió.

—Veo que llegamos a la misma conclusión. ¿Cómo lo descubriste tú?

En pocas palabras, José le explicó todo lo que había ocurrido desde que acudió al convento para buscar respuesta, le contó acerca de los planos antiguos, el pasadizo, el descubrimiento de la bodega y el hallazgo del guante delator.

—… Además, doña Isabel tiene el cabello largo y negro. Lo lleva recogido en un moño, brillante por el aceite.

—No hay ninguna duda de que se trata de ella —confirmó Leandro—. Entonces, gracias a tu descubrimiento del túnel, ya sabemos cómo introducían y sacaban las obras de arte en la cripta, sin que las religiosas del convento sospecharan lo que estaba ocurriendo bajo sus narices.

Expósito se sentó frente a su compañero y planteó su teoría.

—El trasiego de objetos valiosos debió llevarse a cabo durante la noche y con sor Catalina como centinela —Rodríguez manifestó su acuerdo con un asentimiento—. ¿Cómo lo descubriste tú?

—En mi caso no se trató de ninguna deducción lógica ni inteligente —confesó Leandro, al mismo tiempo que se apoyaba en el respaldo de la silla—. Después del arresto del banquero, organicé un registro minucioso en su casa. Encontramos un paquete con cartas personales, oculto en el compartimento secreto de un armario.

—¿Qué tipo de cartas?

—Románticas.

Expósito enarcó las cejas.

—Como lo oyes —le confirmó Leandro—. Y son muy reveladoras.

José se inclinó sobre la mesa, sin disimular su interés.

—Te escucho.

Rodríguez se acomodó la chaqueta del traje, antes de continuar, paladeando el momento.

—Don Rafael Olmedo y doña Isabel de Montemayor provienen del mismo pueblo: Villalejos del Tormes. Así que se conocen desde niños. Iniciaron un noviazgo cuando él tenía diecisiete años y ella dieciséis. Estaban muy enamorados y querían formar una familia, pero ninguno tenía dónde caerse muerto y ambos compartían una característica: la ambición. Los dos soñaban con mansiones, ropa elegante, celebraciones en las que se codearan con la alta sociedad… Ya te imaginas.

José asintió.

—Por lo visto, lo consiguieron.

—Aunque no tenían recursos propios para alcanzar esos sueños, no carecían de astucia y determinación. De lo que sí andaban escasos era de escrúpulos.

Expósito dibujó una sonrisa ante el sarcasmo de su colega.

—Continúa.

—Bien, algo que no se le puede negar a Olmedo es su inteligencia. Gracias al párroco de su pueblo, alcanzó la suficiente preparación para trabajar como escribiente, aunque no tenía muchas oportunidades en Villalejos. Como era lógico, sus sueños de grandeza habrían sido inalcanzables en su pueblo, así que ambos vinieron a Salamanca. Don Rafael consiguió contratarse en una empresa de comercio internacional, mientras doña Isabel encontraba trabajo como aprendiz en una perfumería fina.

—Su situación debió mejorar, pero todavía estaban muy lejos de sus aspiraciones —comentó Expósito.

Leandro asintió.

—Eso cambió cuando doña Isabel fue capaz de seducir a uno de los clientes: el conde de Montemayor.

—¿Qué sabemos de él?

—Era un aristócrata venido a menos en cuanto a su fortuna. Sus arcas eran bastante reducidas si se comparaban con las de sus antepasados, pero resistía. Además de que mantenía excelentes contactos, sabía disimular su ruina económica y todavía se relacionaba al más alto nivel.

—Así que los sueños de formar una familia de Rafael e Isabel se fueron al traste.

—Sí y no. La relación amorosa entre ellos continuó, aun después de la boda con el conde. Yo diría que incluso, se volvió más apasionada. Al menos, es lo que se deduce del contenido de las cartas.

—¿Cómo reaccionó Olmedo frente a la boda de su amada?

—Con una mezcla de resentimiento y resignación. No le gustaba, por supuesto, pero transigió porque comprendió que esa podía ser la oportunidad que estaban esperando.

—¿Cómo y cuándo murió el conde?

—Esperaba que me hicieras esa pregunta —reconoció Leandro—. El conde falleció apenas tres años después de la boda. Sufrió un accidente.

Expósito entornó los ojos.

—¿Estamos seguros de que se trató de un accidente?

Rodríguez se encogió de hombros.

—Su caballo se encabritó durante un viaje corto, causándole una caída mortal.

José se quedó pensativo.

—Asumo que su muerte no despertó sospechas.

—No había ningún motivo que las despertara. Montemayor estaba solo y lo que su viuda heredó, apenas le permite mantenerse y guardar las apariencias.

—Pero la dejó libre para continuar la relación con su amante, sin riesgos —argumentó Expósito—. El caballo pudo haber sido drogado antes de abandonar las caballerizas.

Leandro asintió.

—Es posible, pero sería muy difícil demostrarlo, después de tanto tiempo.

—Tienes razón. Lamento la interrupción. Ciñámonos a los crímenes actuales.

—Continúo: una vez fallecido el conde, a doña Isabel le resultó muy fácil mover los contactos de su finado marido para impulsar la carrera de su amante, proporcionándole el apoyo necesario para que consiguiera un rápido ascenso social. Esto le permitió convertirse en un afamado banquero. Aunque hay que reconocer que la inteligencia del propio Olmedo también contribuyó a su éxito.

—Una vez que doña Isabel enviudó ya no había ningún impedimento entre ellos, ¿por qué no formalizaron su relación?

—Por las apariencias. Si algo caracteriza a esta pareja es su ambición. Aunque habían llegado a donde querían, no fue suficiente. A Isabel le parecía que su fortuna era demasiado modesta y Rafael quería más dinero y más poder. A Olmedo, el roce con la alta sociedad le despertó un interés inesperado por el arte, y le permitió comprender que había encontrado un filón. Fue así como se convirtió en La Sombra. Aprovechó los contactos que había conseguido gracias a su amante, para ganarse la confianza de grandes coleccionistas de obras de arte, y se aproximó a ellos, siendo capaz de robarles sin despertar sospechas. Cuando don Rafael se convirtió en La Sombra, Isabel se sumó al «negocio», facilitándole un escondite seguro para su botín.

—El convento.

Leandro asintió.

—Ella usaba su fachada de benefactora para encubrir su papel en la operación.

—Vaya pareja. Mis felicitaciones, Leandro. Tu descubrimiento cierra el círculo. Temía que mis deducciones y la prueba del cabello y el perfume no fueran suficientes, para convencer a nuestros jefes de arrestar a una condesa, pero estas cartas constituyen una prueba concreta e irrefutable.

—Creo que es hora de informar a don Carlos —sugirió Leandro.

Expósito asintió y ambos salieron de la oficina común en dirección al despacho del comisario. Antes de que pudieran subir las escaleras, uno de los subinspectores entró en la oficina y se acercó a ellos.

—Inspector Expósito. Lo estaba buscando.

—¿Qué ocurre, Castillo?

—Se trata de ese chico que es su amigo… Inocencio Garrido. Un ciudadano y él han traído a un chaval. Dicen que cometió un delito y vinieron a entregarlo.

José frunció el ceño. Si Inocencio había detenido a alguien y lo estaba entregando en la comisaría, no debía tratarse de un asunto banal. Estaba seguro de que era una detención justificada. Sin embargo, no era un buen momento para desviar su atención del caso.

—Ocúpese usted, Castillo. Por favor, tome la denuncia y considere que Inocencio tiene toda mi confianza. Si necesita asesoría para ese asunto, no dude en avisarme.

—Sí, señor.

Después de delegar el problema en manos del subinspector, José y Leandro continuaron

su camino en dirección al despacho del comisario, quien los recibió de inmediato. Cuando ambos inspectores le expusieron los resultados del caso, un Holguín sorprendido, pero satisfecho, les entregó la orden para que arrestaran a doña Isabel de Montemayor, condesa de Villamuriel.

Capítulo 58

Después de discutirlo, José y Leandro decidieron hacerse acompañar por un contingente de seis agentes. Temían encontrar problemas durante el arresto de la condesa, bien por parte de los empleados de la casa o de cómplices de La Sombra que hubieran recibido la misión de protegerla.

El grupo de policías se encaminó a la calle San Pablo y una vez frente al palacete de los Montemayor, Expósito organizó a sus hombres y les dio instrucciones precisas. Dos de ellos cubrirían la entrada y otros dos la puerta trasera.

—…y que nadie entre ni salga.

—Sí, señor.

—Vosotros dos, vendréis con nosotros. Mantened los ojos abiertos.

Los agentes aludidos asintieron.

José y Leandro cruzaron el jardín y golpearon la puerta con la aldaba, mientras los agentes permanecían a pocos metros, cubriéndoles las espaldas. Casi de inmediato, la puerta se abrió despacio y el mayordomo de la condesa apareció en el umbral. Sus cejas se enarcaron de inmediato.

—¿Usted otra vez?

—A mí también me alegra verle, don Roberto —afirmó Expósito con sorna—. ¿Dónde está la condesa?

—Tendrán que esperar a que ella me confirme que desea recibirlos —sentenció el mayordomo, muy digno.

—Me temo que en esta ocasión no podremos esperar su aprobación —afirmó Expósito, al mismo tiempo que entraba con paso decidido. Leandro lo siguió con la misma actitud.

—¡Oigan! ¿Qué creen que están haciendo? ¡No pueden entrar así!

El empleado se disponía a interceptar a los inspectores, cuando uno de los agentes que los acompañaba lo cogió por el brazo y le susurró unas pocas palabras al oído. Roberto palideció y se quedó inmóvil con la mandíbula caída. José y Leandro entraron en la sala, donde encontraron a doña Isabel leyendo un libro. La condesa parpadeó cuando advirtió la presencia de los policías.

—¿Qué es esto? —preguntó con tono indignado— Inspector, ¿cómo se atreve a entrar en mi casa de esta forma? ¡Roberto!

El mayordomo, cuyo brazo todavía sostenía el agente, solo acertó a balbucir.

—Lo… lo lamento, condesa. Ellos… dicen que si me opongo, me encerrarán en una celda.

La mirada de doña Isabel se clavó en José, quien se la sostuvo sin parpadear.

—Se acabó, condesa. Ya lo sabemos todo. Hemos venido a arrestarla. Tenemos pruebas suficientes, así que será mejor que nos acompañe sin oponer resistencia.

—Raf… —Isabel se mordió los labios, al comprender que iba a hablar de más.

—Don Rafael Olmedo y sus cómplices ya se encuentran en la comisaría bajo arresto —le anunció Leandro.

Las palabras del inspector Rodríguez tuvieron un impacto visible en la mujer, quien bajó la mirada y los hombros, como si se hubiera desinflado. Despacio, doña Isabel dejó el libro a un lado y se levantó del sofá, resignada a su suerte. Expósito desvió la mirada en dirección al agente de mayor edad que los acompañaba.

—González, usted y su compañero ocúpense del traslado de la condesa a comisaría. Llévense a dos agentes y envíe a los otros dos aquí, para que nos ayuden. Tenemos que revisar esta casa de arriba abajo. Sean precavidos. Ha sido responsable al menos de un asesinato.

—Sí, señor. Por aquí, señora condesa.

Los policías se llevaron a doña Isabel, mientras José y Leandro comenzaban a registrar la casa. Casi de inmediato, se les unieron los dos agentes que les envió González. El sol ya comenzaba a ocultarse cuando terminaron el registro, que por desgracia, resultó infructuoso.

—Es evidente que doña Isabel fue más prudente que su amante —comentó Leandro—. Debe haber destruido toda la correspondencia que la podía comprometer.

Expósito asintió, sin disimular su decepción.

—Nos enfrentamos a una asesina muy astuta —reconoció José—. No debemos subestimarla.

—¿Qué hacemos ahora?

—Se nos vino la noche encima. Deberías regresar a casa, con Daniela. Yo iré a la comisaría para tratar de cerrar este caso.

—No voy a dejarte solo con todo el trabajo, José. También es mi caso.

—De acuerdo. Entonces, vamos.

Cuando los policías abandonaron el palacete, los recibió el frío de la noche primaveral. Los acarició una brisa cargada con el olor a tierra húmeda, que poco a poco iba cediendo al humo de las chimeneas. Las calles, tan solo iluminadas por las tímidas farolas, se encontraban casi desiertas, y el bullicio habitual había sido sustituido por un silencio casi absoluto, tan solo roto por la cadencia de sus pasos sobre el empedrado y el eco de los cascos de algún carruaje, que avanzaba despacio por alguna calle cercana.

Lo primero que hicieron cuando llegaron a la comisaría fue informar al comisario Holguín, acerca del arresto de la condesa y la ausencia de pruebas en su casa. Luego se dividieron el trabajo. José decidió interrogar a doña Isabel, mientras Leandro continuaría revisando las cartas de don Rafael.

Doña Isabel permanecía en silencio en la misma celda que Catalina, quien sentada junto a ella en silencio, le sostenía la mano para consolarla. El inspector ordenó que llevaran a la condesa a la sala de interrogatorios. Una vez que Tenedor dejó sentada a la aristócrata en la silla, José comenzó el interrogatorio.

—Sabemos que Olmedo era La Sombra, quien planificaba y cometía los robos. Y usted le proporcionaba un escondite seguro para el botín. Háblame de la desaparición de las monjas y del asesinato del confesor.

Doña Isabel rompió a llorar.

—Todo esto tiene que ser un terrible error, inspector. Yo… no sé de qué me está hablando. Solo soy una benefactora del convento. Acepté colaborar con usted y respondí a todas sus preguntas, ¿lo recuerda?

—Sí. También recuerdo que hizo todo lo posible para arrojar sospechas sobre sor Teresa y sor María. Simulando defenderlas, las hundió en el fango.

—Solo le dije lo que vi y escuché —respondió ella entre sollozos.

—Puede dejar de fingir, condesa. No solo hemos arrestado a Olmedo, su amante, sino

que tenemos en nuestro poder todas las cartas que usted le envió. Lo sabemos todo.

Isabel cogió aire, se secó las lágrimas con un pañuelo y levantó la cabeza. El tono de su voz pasó del llanto a la soberbia en un segundo.

—¡Ese imbécil! ¡Cómo se le ocurre guardar esas cartas! Habíamos quedado en que toda la correspondencia entre nosotros debía ser quemada, después de leerla.

—Por lo visto, su amante es más sentimental que usted —sentenció el inspector.

—No me importa lo que diga o lo que haga. No diré una palabra más.

Expósito insistió en el interrogatorio, pero solo consiguió silencio y miradas de desprecio. Ya rozando la medianoche, abandonó la habitación, frustrado. Le ordenó al agente de guardia que trasladara a la sospechosa de regreso a su celda. Entonces, la imagen de Catalina sosteniendo la mano de la condesa acudió a su mente. La novicia. Quizá fuera el talón de Aquiles de la aristócrata. Expósito detuvo al agente cuando se disponía a salir de la sala.

—Llévese a esta y traiga a la novicia.

—Sí, señor.

Pocos minutos después, sor Catalina se encontraba sentada en la silla que antes había ocupado la condesa. La novicia había perdido su actitud altanera y miraba hacia la puerta una y otra vez, como un animal atrapado en una jaula, buscando la salida. José comprendió que el inesperado arresto de la condesa había socavado la seguridad de la joven. Era probable que la novicia se hubiera sentido protegida por el poder de la aristócrata, hasta que esta también fue detenida.

—Como habrás podido comprobar, doña Isabel se encuentra bajo arresto por ser cómplice de La Sombra. Además de que tenemos evidencias de que ella fue quien asesinó a don Luis.

—¿Evidencias? —preguntó Catalina con voz temblorosa— ¿Qué evidencias?

—Las suficientes para que el juez decida enviarla al garrote vil.

La novicia palideció y sus ojos parecían querer saltar de sus órbitas. De repente, rompió en llanto.

—No… eso no es posible —balbució entre sollozos—. Ella no… Déjela ir, por favor... No fue ella... Fui yo... Yo maté a don Luis.

José entornó los ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué lo mataste, Catalina?

—Me descubrió… Iba a denunciarme… Por eso lo maté… Doña Isabel no sabe nada… Por favor.

Expósito se quedó pensativo durante un largo rato, tratando de encontrar sentido al drama que se desarrollaba frente a él. Una idea se abrió paso en su cabeza. Sin apartar la mirada de la novicia, el inspector cogió la silla del rincón y se sentó a horcajadas frente a la sospechosa.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije… Iba a denunciarme y…

—No. ¿Por qué la proteges? ¿Por qué estás dispuesta a enfrentar el garrote vil por un crimen que no cometiste?

—¿Por qué no me cree?

—Ya te lo dije. Tenemos evidencias que demuestran que la mujer que apuñaló a don Luis en el confesionario fue la condesa. Esa mujer ha demostrado ser indiferente a tu suerte. ¿Por qué la sigues protegiendo?

—¡Eso no es verdad! —gritó Catalina, al borde de la histeria—. Yo no soy indiferente para doña Isabel… Ella me quiere… ¿Lo entiende?

—Catalina…

La joven se golpeó el pecho con el puño una y otra vez.

—Ella me quiere… Es todo lo que tengo… ¿No lo entiende? ¡Es mi madre!

El inspector se quedó sin aliento, mientras observaba a la chica llorar sin consuelo. Por un momento, Expósito no supo qué decir, mientras recordaba la historia que le había contado Jimena acerca de Catalina: la novicia abandonada en el convento recién nacida y criada por las monjas, para que fuera como una más entre ellas.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cómo te enteraste de que era tu madre?

Catalina recuperó la suficiente compostura para responder.

—Ella… ella me tuvo en secreto. Era soltera y tenía miedo del desprecio que tendría que afrontar, así que me dejó en el convento, porque allí estaría a salvo y podría verme cuando quisiera… Ella me quiere. Es lo único que tengo en el mundo. No quiero perderla. Tiene que dejarla ir. ¿Necesita un culpable? Yo ocuparé su lugar.

El inspector sacudió la cabeza.

—No se trata de conseguir un culpable, Catalina, sino «el culpable». Y en este caso, estamos seguros de que se trata de doña Isabel de Montemayor.

La chica volvió a ser presa de un llanto incontrolable, mientras Expósito salía de la sala de interrogatorios con el corazón encogido. Le ordenó al agente que regresara a la joven a su celda cuando se tranquilizara.

José bajó las escaleras y se reunió con Leandro.

—Traes mala cara. ¿Qué ocurre?

Expósito se sentó frente a su compañero y le contó lo que había descubierto y cuál era el motivo de su desasosiego.

—…doña Isabel involucró a su propia hija en los crímenes que cometía. No comprendo cómo una madre puede hacer algo así.

Leandro negó con la cabeza y se recostó en el respaldo del asiento, antes de hablar.

—Amigo mío, creo que en esta ocasión has caído en la trampa.

—¿De qué estás hablando?

—La historia no es como te la contaron —le advirtió Leandro—. Por suerte para nosotros, estas cartas son una fuente invaluable de información. Isabel nunca tuvo hijos.

—Entonces, Catalina…

—Engañaron a la chica. En una de estas misivas, doña Isabel le explica a su amante cómo iba a conseguir que una novicia, que había crecido con las monjas y que estaba ávida por el afecto de una madre, colaborara con ellos y se convirtiera en una infiltrada incondicional, dentro del convento.

José parpadeó al escuchar la revelación.

—Entonces, ¿Isabel se aprovechó de la orfandad de la chica y su necesidad de afecto, para que trabajara para ellos?

—Eso me temo.

Expósito cerró los puños y tensó los músculos de la cara.

—Leandro, esa mujer es un monstruo. Tenemos que asegurarnos de que no se libre de pagar por sus crímenes.

Epílogo

Algunas semanas después, Aldehuela del Río vestía sus mejores galas para celebrar sus fiestas patronales. Las fachadas de las casas habían sido blanqueadas con cal, y en sus balcones resaltaban los colores de las flores que los adornaban. Las calles, recién barridas y enmarcadas por farolillos, hervían de una actividad poco habitual. A los habitantes del pueblo se les sumaban los visitantes de las comarcas vecinas y gente venida de Salamanca. Habían acudido para presenciar la carrera ecuestre. Un murmullo sordo servía de música de fondo, solo roto por el relincho ocasional de algún caballo nervioso. Los olores a pasteles recién horneados, que provenían de la única pastelería del pueblo, se mezclaban con los aromas que salían de los puestos de vendedores ambulantes, que ofrecían dulces, empanadas y vino.

La pista de la carrera era un camino de tierra apisonada que trazaba una ruta en las afueras de Aldehuela, para regresar al punto de salida, donde también se encontraba la meta. A lo largo del trayecto serpenteaba entre campos verdes y había sido delimitada con cuerdas. Los jueces ya estaban apostados en lugares estratégicos, dispuestos a observar la carrera con ojos atentos. En las cercanías de la pista, el aroma de la hierba recién cortada, proveniente del campo, desaparecía bajo el dominio del olor inconfundible de las cabalgaduras, que era una mezcla del cuero con el sudor de los nerviosos caballos.

En la cabecera de la pista se encontraba la mesa del jurado, presidida por don Reinaldo, el alcalde y dos de los jueces. La medalla de oro, el trofeo de plata y la bolsa repleta de pesetas brillaban bajo el sol, atrayendo las miradas ansiosas de los participantes.

Los jinetes y sus monturas ya se estaban preparando para el gran evento. José y Encarna, junto con Inocencio y Leandro buscaron un lugar estratégico junto al recorrido, para no perder detalle de la carrera. Don Ernesto acompañaba a Cipri, quien se movía sin cesar, incapaz de permanecer quieto. Su entrenador apoyó las manos en los hombros del chico.

—Respira profundo, hijo y trata de calmarte. Macabeo será capaz de saber lo que tú sientes y es muy importante que le transmitas seguridad.

—Lo sé, don Ernesto, pero no puedo evitar pensar que cualquiera de estos competidores podría ganarme con facilidad.

—¡Esa no es la actitud que te enseñé, chaval! —lo reprendió el viejo jinete, aunque manteniendo un tono afectuoso en su voz—. Macabeo es un potro magnífico y tu técnica es impecable. Estoy seguro de que ganarás.

El chico sonrió y montó en el isabelino con la ayuda de su entrenador. Macabeo movía sus orejas en todas direcciones, como si no quisiera perder detalle de lo que ocurría a su alrededor. Cipri sintió la tensión de los músculos del caballo bajo la silla, se inclinó hacia adelante y susurró algunas palabras. El isabelino resopló y se relajó.

Mientras esperaban el comienzo de la carrera, José y Leandro les explicaban a Encarna e Inocencio los detalles del desenlace del caso.

—… Así que don Rafael y sus secuaces pasarán muchos años en prisión —sentenció Expósito.

—Saldrán siendo ancianos —puntualizó Leandro.

—Eso si sobreviven —comentó Inocencio—. Son pocos los que duran muchos años allí adentro y pueden salir para contarlo. El que no recibe una puñalada, muere víctima de la tuberculosis.

—¿Y qué pasará con doña Isabel? —quiso saber Encarna—. La sangre fría de esa mujer es desconcertante.

José y Leandro intercambiaron una mirada. Leandro fue quien respondió.

—Las evidencias demostraron que ella fue la responsable directa, no solo del asesinato del confesor, sino también de la muerte por asfixia de las hermanas desaparecidas. Ella las encerró en la cripta y les colocó una almohada en la cara cuando todavía se encontraban bajo el efecto del cloroformo. Doña Jimena habría corrido la misma suerte, si José no la hubiera encontrado, antes de que Catalina pudiera avisarle de que la había encerrado en la cripta.

—¿La ejecutarán en el garrote?

Expósito negó con la cabeza.

—Su abogado consiguió que se librara de la pena de muerte. Sin embargo, el juez la condenó a cadena perpetua. Nunca volverá a salir de la cárcel.

—¿Y la novicia? —preguntó Encarna—. Debo confesar que esa chica me inspira lástima.

—¿Lástima? —protestó Inocencio—. Ella sabía lo que su supuesta madre estaba haciendo y no solo guardó silencio, sino que fue su cómplice.

—Es cierto —reconoció Expósito—. Sin embargo, se trata de una chica muy joven, ávida de afecto y muy vulnerable a las manipulaciones. Tiene su cuota de responsabilidad, no hay duda, pero en cierto modo, también fue una víctima.

—¿Qué decidió el juez?

—El obispo intercedió por ella, condolido por su juventud y su historia.

—¿Su historia? —repitió Encarna, con un parpadeo.

—Después de descubrir el engaño del que había sido víctima por parte de doña Isabel, quise indagar acerca del origen de la novicia.

—¿Conseguiste averiguarlo? —preguntó Inocencio, sin disimular su curiosidad.

Expósito asintió.

—Sor Caridad, la bibliotecaria, es la religiosa más antigua del convento y ella conocía la verdad: Catalina en realidad era hija de sor Benedicta, una novicia que falleció hace muchos años a causa de una pulmonía. Sor Benedicta era huérfana y en una ocasión le confesó a sor Caridad que había ingresado en la orden para huir del hambre, pero que no tenía vocación. Era muy joven y se dejó seducir por el hijo de uno de los proveedores del convento. Como consecuencia, quedó embarazada de Catalina.

—¿Consiguió ocultar el embarazo dentro del convento? —preguntó Encarna con escepticismo—. ¿Cómo es posible?

—Según la bibliotecaria, sor Benedicta pudo disimular su preñez bajo el hábito, y antes de que resultara demasiado evidente, mintió acerca de una emergencia en su familia. Eso le permitió conseguir un permiso de la abadesa de entonces, gracias al cual permaneció lejos de la congregación durante las últimas semanas y el parto. Como no quería separarse de la niña, la dejó en una canasta frente a la puerta del convento. Algunos días después, ella regresó, sin que nadie sospechara lo que había ocurrido. Cuando sor Benedicta murió, ya Catalina formaba parte de la congregación.

—¿Y Catalina nunca sospechó que sor Benedicta era su verdadera madre? —preguntó Encarna.

—Sor Benedicta se lo confesó a sor Caridad, pero le pidió que nunca se lo revelara a su hija, porque se sentía culpable y avergonzada.

—¡Qué historia! —exclamó Encarna, entre fascinada y horrorizada.

—Cuando le conté la verdad sobre Catalina al obispo y supo cómo había sido manipulada por la condesa, su Excelencia se condolió de la novicia, así que utilizó todo su poder para convencer al juez de que conmutara la pena de prisión por el ingreso en una orden de clausura mucho más estricta, dedicada a la oración y la penitencia. Sor Catalina se encuentra ahora en un convento aislado y con más restricciones, donde tendrá pocas oportunidades de romper las reglas. No podrá salir de allí, salvo pena de ser enviada a prisión para cumplir condena.

—¡Atención, damas y caballeros! —gritó el alcalde a voz en cuello—. ¡El vigesimotercer Carnaval Ecuestre de Aldehuela del Río está a punto de comenzar!

La atención de todos los asistentes se centró en los caballos que se preparaban para competir. El rumor de la multitud se incrementaba conforme se acercaba el esperado momento de la partida. Los jinetes alinearon sus caballos, que resoplaban nerviosos, percibiendo la tensión a su alrededor. Cipri condujo a Macabeo hasta su marca con suavidad, al mismo tiempo que sentía los latidos de su corazón golpeándole el pecho. Las palabras de aliento de don Ernesto se repetían en su cabeza como un mantra.

La bandera que marcó el comienzo de la carrera bajó de repente y los caballos salieron disparados. El rumor del público fue sustituido por el ruido de los cascos al galope golpeando la tierra, al que acompañaban los gritos de ánimo que provenían de la multitud, dirigidos a uno u otro participante.

Los músculos de Macabeo desarrollaron una fuerza impresionante, que Cipri fue capaz de sentir bajo la silla. El chico se inclinó hacia adelante, recordando cada una de las instrucciones de don Ernesto.

—¡Vamos, Macabeo! ¡Vamos, campeón! —murmuró el chaval, una y otra vez, y por el movimiento de las orejas del isabelino, supo que sus palabras eran escuchadas.

Muchos competidores se quedaron atrás, después de la primera curva, pero Macabeo se mantuvo firme, avanzando a grandes zancadas y dándolo todo. Cipri escuchó el golpeteo de los cascos detrás de él. Cercanos y peligrosos. Se volvió a mirar por un instante: don Pedro le pisaba los talones. Su montura era impresionante: un purasangre criado para correr. Además, el propio don Pedro era un jinete formidable. Muy pronto, ambos quedaron a la cabeza, lejos de los demás, pero a muy corta distancia uno del otro. Macabeo marcando el ritmo, y el purasangre acortando terreno.

Después de la última curva, los dos jinetes se encontraron uno al lado del otro. Don Pedro azuzaba a su montura con los talones y la fusta, mientras Cipri seguía los consejos de don Ernesto. Se inclinó hacia adelante todavía más, para reducir la resistencia al viento, se aseguró de que sus piernas se mantuvieran en contacto con los flancos de Macabeo y acompasó los movimientos de su cuerpo con cada zancada de su caballo. El noble isabelino reconoció las señales y aceleró todavía más.

La meta ya estaba a la vista cuando Cipri sintió un fuerte tirón en sus manos y Macabeo redujo la velocidad de repente, con tal brusquedad, que el chico se vio en problemas para mantenerse sobre la silla. Por un momento, el chaval quedó desconcertado, hasta que vio que don Pedro se había inclinado hacia él y su mano sujetaba con fuerza las riendas de Macabeo, tirando hacia atrás para frenarlo.

Antes de que Cipri pudiera reaccionar, los gritos de algarabía de la multitud le anunciaron que habían cruzado la meta. El juez anunció que don Pedro había ganado la competencia por una

nariz.

El chico apretó los dientes con fuerza, tratando de asimilar la injusticia. Se dejó caer sobre el cuello de Macabeo y con los ojos inundados en lágrimas lo acarició, al mismo tiempo que pronunciaba palabras de consuelo y agradecimiento. Su noble amigo lo había dado todo, pero no contaban con el juego sucio de su competidor.

Cipri desmontó, al mismo tiempo que escuchaba una voz ya familiar.

—Hiciste una gran carrera, chaval. No siempre se puede ganar, pero Macabeo y tú estuvisteis magníficos.

—¿No vio lo que ocurrió, don Ernesto?

—¿Qué ocurrió, Cipri? —preguntó José, que le seguía los pasos a Vilar, acompañado por Encarna, Inocencio y Leandro.

El chico les contó cómo don Pedro le había robado el triunfo con malas artes. Don Ernesto negó con la cabeza.

—Me temo que este tipo de situaciones ocurren con más frecuencia de la que es razonable aceptar. Por eso se apostan jueces a lo largo de la pista y en el final. Sin embargo, me temo que ellos tienen la última palabra. Y si declaran ganador a don Pedro, no habrá forma de revertirlo.

—Pero es injusto —sentenció Cipri, secándose las lágrimas.

—Lo sé, hijo. Lo sé.

Inocencio apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—No te preocupes, Cipri. Ya habrá otras carreras y oportunidades.

El alcalde llamó la atención de los presentes. Se entregaría el premio al ganador. Don Pedro se acercó a la mesa con arrogancia, saludando a quienes lo felicitaban por el camino.

—Un momento, por favor —dijo el alcalde, levantando la mano para detener el avance del joven aristócrata.

Los jueces se reunieron alrededor de don Reinaldo y comenzaron a discutir entre ellos. El retraso levantó un murmullo entre la multitud, que no comprendía el motivo de la demora. Un par de minutos después, el alcalde asintió y se dirigió al público.

—Damas, caballeros… Acabamos de recibir una información lamentable de don Toribio, uno de los jueces del final de la pista. Fue testigo de cómo don Pedro sujetó las riendas del caballo de su competidor, para frenarlo en el último momento. Esto por supuesto es inaceptable. Por unanimidad hemos decidido descalificar a don Pedro de Fuentevieja. El ganador de la carrera es don Cipriano Pavía.

Cuando escuchó su nombre, Cipri, apenas fue consciente de la ovación que surgió a su alrededor como una marea. Solo acertó a rodear el cuello de Macabeo en un abrazo.

Nota de autor: Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta o comentario, así como recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, e intercambiar impresiones con otros lectores de la serie y conmigo, puedes unirte a mi canal en **Telegram**. También puedes seguirme en mis redes sociales: Facebook e Instagram. Si lo prefieres, también tienes la opción de contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com. Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme. Gracias.

M.J. Fernández

TRILOGÍA JOSÉ EXPÓSITO

Descubre los secretos de Salamanca en esta trilogía donde se entrelazan el misterio y la historia. En el siglo XIX, el inspector José Expósito se enfrenta a desafíos que ponen a prueba su ingenio y su valor. Desde las pintorescas calles de un pueblo salmantino acosado por un asesino astuto, hasta los enigmáticos edificios cargados de historia de la ciudad de Salamanca, donde la muerte acecha en los rincones más inesperados, cada investigación lo interna más en un laberinto de intrigas y secretos ancestrales. Con giros sorprendentes y personajes que parecen cobrar vida en cada página, esta serie es un viaje apasionante a través de la resolución de misterios con raíces en el pasado de una provincia legendaria.

LOS CRÍMENES DE CASTAÑAL (José Expósito 01)

LA LEYENDA DE LA CASA DE LA CASA BRACAMONTE (José Expósito 02)

LA MUERTE ACECHA EN EL CLAUSTRO

SERIE DEL INSPECTOR SALAZAR

En los viñedos de la Rioja Alta, el ingenioso inspector Salazar y su equipo enfrentan misterios que desafían la paz de Haro. Salazar deberá navegar entre casos intrincados y su compleja vida personal. Cada giro en la trama despliega un tapiz de intriga y humanidad, invitando al lector a sumergirse en un mundo donde la búsqueda de la verdad se entrelaza con momentos de ternura y astucia. Bienvenidos al vibrante universo de Salazar, donde cada descubrimiento es un brindis por la justicia.

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02)

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03)

UNA NOCHE DE GATOS Y OTROS CUENTOS. RECOPILACIÓN DE CUENTOS. (Inspector Salazar 3,5)

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04)

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05)

LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06)

SIETE VIDAS Y UN GATO (Inspector Salazar 07)

NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS (Salazar 08)

LAS CINCO PATAS DEL GATO (Inspector Salazar 09)

LA CULPA NO ES DEL GATO (Inspector Salazar 10)

EL GATO BAJO LA LLUVIA. Crónica de una venganza (Salazar 11)

EL GATO Y EL JUEGO DEL RATÓN (Salazar 12)

TRILOGÍA ARGUS DEL BOSQUE

¿A quién enviar cuando los crímenes son desconcertantes para los más investigadores más experimentados? La respuesta es: al comisario Argus del Bosque, un hombre misterioso con habilidades sorprendentes. Conocido por su seriedad y su actitud reservada, Argus es un enigma por sí mismo. Su entrenamiento poco convencional y su habilidad para resolver los casos más complejos le hacen indispensable en las situaciones más críticas.

Pero Argus no es solo su trabajo. Su pasado le persigue, enfrentándolo a desafíos que amenazan con cambiar su vida para siempre. Y en cada nuevo caso, se revela una pieza más del rompecabezas de su vida.

En esta emocionante trilogía de novelas policiales, cada investigación que Argus enfrenta es un nuevo enigma por resolver, y cada revelación de su pasado, un giro inesperado. La trilogía de Argus del Bosque es un viaje lleno de suspense que mantendrá al lector en vilo desde la primera hasta la última página.

Bienvenidos al mundo de este peculiar comisario, donde cada misterio resuelto es un peldaño que lo acerca más a la verdad acerca de su sorprendente pasado.

MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus del Bosque 01)

ENIGMA. (Argus del Bosque 02)

EL BAILE DE LOS ESCORPIONES (Argus del Bosque 03)

BILOGÍA RYAN Y BRADBURY

El intrépido detective Josh Bradbury cambia las apacibles costas de Florida por el frenético ritmo de Nueva York, sumergiéndose en un torrente de misterio. En la búsqueda de las piezas olvidadas de su pasado, se encuentra al borde de un laberinto que amenaza con engullirlos a él y a su leal compañero, Cody Ryan.

Juntos se enfrentan a engaños, traiciones y los casos más desconcertantes y fascinantes de sus carreras. Sin embargo, las sombras del pasado no tardan en entrelazarse con los desafíos del presente, amenazando con desdibujar las líneas del futuro de formas insospechadas.

En esta serie de novelas policiales, la vida de Josh Bradbury y Cody Ryan se convierte en un intrincado juego de suspense e intriga, donde el pasado y el presente danzan en un compás impredecible. Cada giro de la trama promete un viaje lleno de sorpresas, donde cada pista puede resultar ser un espejismo y cada revelación, una inesperada realidad.

Bienvenidos al mundo de Josh y Cody, donde cada caso es un enigma y cada verdad, tan esquiva como la ciudad que nunca duerme.

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01)

El ALIENTO DEL CUERVO (Ryan y Bradbury 02)

Books By This Author

LOS PECADOS DEL PADRE

TRAMPA PARA UN INOCENTE

LOS HIJOS DEL TIEMPO